

CARLOS ZANÓN

No llames a casa



Lectulandia

Barcelona. 2012. Bruno, Raquel y el hermanastro de esta, Cristian, parecen haber dado con el negocio que les sacará de la miseria, de dormir en parques y cajeros automáticos.

Bruno controla el negocio. Su novia, Raquel, ex toxicómana, lleva la contabilidad, y Cristian, el trabajo de campo. Es un negocio tan limpio y sencillo que es increíble que no se le haya ocurrido a nadie antes. Se apostan alrededor de las casas de citas donde las parejas acuden de día y de noche. Al salir, las siguen, apuntan las matrículas de los coches, consiguen saber quién es el titular del vehículo y después llaman y ponen precio a su silencio. Los chantajes no siempre salen bien, pero el negocio da dinero rápido y fácil.

Merche y Max son amantes. Una tarde ambos acuden a un local de alquiler de habitaciones. Cristian sigue a Max hasta el coche y anota su matrícula. El juego ha empezado.

¿Puede alguien fiarse más del animal manso que del fiero? ¿A quién debe uno lealtad? Y especialmente, ¿de qué serías capaz por ser feliz?

Lectulandia

Carlos Zanón

No llames a casa

ePub r1.0

dacordase 04.11.13

Carlos Zanón, 2012

Editor digital: dacordase
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

When you're alone and lonely in your midnight hour
And you find that your soul, it's been up for sale
And you begin to think about all the things that you've done
And begin to hate just about everything
But remember the princess who lived on the hill,
who loved you even though she knew you was wrong
and right now she just might come shining through
and the glory of love
glory of love, glory of love just might come through

LOU REED, *Coney Island Baby*

La gente que olvida mal suele hacerse daño. Porque los que olvidan mal se dicen la verdad con mentiras, extravían nombres, esconden personas y lugares y acaban por recordar solo lo bueno.

Cristian es de los que olvidan mal. Por eso, cuando recuerde, la añorará por mucho que ahora diga que no es más que un chiste malo, una solterona engreída, una ciudad inventada en un país que no existe.

Al olvidar mal solo recordará aquellos momentos en que Barcelona y él se llevaron bien. Recordará aquellas trampillas y aquellos toboganes que, de repente, se abrían bajo sus pies, de noche, en esta ciudad líquida. Recordará cuando la droga fluía como un río enloquecido y todos reían y consumían y volvían a reír y a consumir. Recordará motos ruidosas en callejones del Gótico. Recordará cuando la luna se quedaba atrapada en su vaso de ginebra. Y, sin embargo, no recordará el frío de febrero. La indiferencia. La arrogancia del otro superior. No recordará cuando los tipos de gafas de pasta, chaquetas de piel y socios de ONG se ponían a pasear a sus hijas chinas. Ni cuando las pijas de cabelleras limpias, forfaits y corazón teselado ya habían decidido qué ropa ponerse para no parecer muy ricas. No, nada de eso será recordado por Cristian y, sin embargo, sí la ciudad desierta, de madrugada, volviendo a casa. La de las calles mojadas. La eterna derrotada. No la del brazo en alto, no la de las componendas, no la del «*parlem*». Añorará la otra, la de las sombras en los rincones, la metrópoli anónima, la de los héroes fusilados contra las paredes, la de las rumbitas y las canciones eléctricas, la de las noches de Reyes. La Barcelona que pone en marcha las cafeteras al punto de la mañana. La de las plazas sin agua en las fuentes. La de los mercados sobre sus lechos de hielo, sangre y peces grises. La de las iglesias vacías, la de las flores encerradas, sin oxígeno, en tumbas de plástico.

Cristian —moreno, delgado, mirada algo estrábica— enfila Platería, Via Laietana, Ferran, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, no sin antes acomodarse el asa de la bolsa de viaje por debajo de la axila y decidir desayunar antes de verse con Max. Pasa por delante de una cafetería. Vieja, nueva, nadie podría decirlo. Al poco está dando cuenta de un café con leche y un delicioso cruasán. Los dedos se le pegan en el caramelo. Cristian piensa que aún hay gente que hace bien su trabajo. Si vas a pagar lo mismo por un cruasán como ése que por esos engrudos que te endosan en algunos bares, ¿por qué esmerarte tanto? Pues por lo que siempre, le decía su padre. Si las cosas puedes hacerlas bien, Cristian, ¿por qué hacerlas mal...? Es curioso, sigue enredado Cristian en sus pensamientos, que todas las cosas que las viejas te dicen se olvidan, y todas las que los viejos te dicen y redicen acaban entrándote en la

mollera para no irse jamás. Quizás es que nada acaba por diluir del todo el amargo licor de los padres muertos, de los padres idos, de los padres que o abandonas o te abandonan.

El arañazo que le cruza la mejilla hasta el labio aún le escuece. Al beber, la lengua se le ha ido a la comisura de la boca y con el escozor se ha acordado de Mireia. Él no pensaba decirle que se largaba. Iba a desaparecer y punto. Pero esa mujer siempre anda husmeando en sus cosas. Descubrió el billete de tren, se puteó y fue imposible hacerla entrar en razón. Quizás hubo un día en que pensó que ella le podría acompañar. Pero de eso hace mucho. No vas a arrastrar contigo a una tía que no te la pone dura, ¿no? Se lo dijo. ¿No quería la verdad? Toma, ésta es la Puta Verdad. A ver ahora qué haces con ella. Con la dichosa Verdad. Le dijo que no le excitaba. Que era una monja en el catre. Que la veía desnuda, con mis tetas de cabrita y su culo cortado como un jamón y se le bajaba la polla. Oh, al parecer, duele eso de la Verdad. Escuece, está hecha de piedra y más piedra dura la Señora Verdad. Cristian le agradecía todo lo que había hecho por él, pero no era ni su novio ni su salvador. Su Sant Jordi, como le puso en un libro de poemas que le regaló el día de la Rosa. Que busque al príncipe azul entre los borrachos de su bar. Y una vez encontrado, que lo ate rápido al reposapiés, no sea que se vaya a escapar. Adiós, Mireia. Me voy. Olvídame. Y aprende a follar, por el amor de Dios. Solo así se retiene a un hombre. Y aprende eso que saben todas, hasta las más tontas: a gritar antes de tiempo. Entonces, Mireia se abalanzó sobre él. Insultos, uñas de porcelana y mala leche para arañarle la cara con la misma facilidad con la que un niño dibuja nubes en un papel. Ya era demasiado tarde cuando la agarró por las muñecas. Se las retorció hasta que se le doblaron las rodillas, pero ya le había arañado. Le dolía tanto la cara que le levantó la mano. Pensó en Bruno y decidió no ponerse a su nivel. Nunca había pegado a una mujer, y no era momento de empezar a ser un saco de mierda.

Abre el periódico y el azar se divierte con él. Ultrapoderes mentales adivinatorios. De estar a punto de golpear a Mireia a la nueva campaña contra el maltrato a las mujeres. Un tío importante al que no conoce. Un actor, un presentador, *alguien*, en suma, pone ojitos de reprobación y muestra tarjeta roja al agresor. «A mí no, que he estado a punto pero que no he hecho ná», se dice Cristian, sacando el humor de donde no creía tenerlo. Pasa las páginas. Al parecer, hace poco hubo elecciones. Ni se enteró. Las ha ganado un tío que sonrío y las ha perdido otro que no lo hace. Ambos llevan a sus hijos a colegios de pago y están casados con rubias de padres ricos. El que ha ganado tiende la mano. El que ha perdido la estrecha. La puerta de la cafetería se abre. Entra un desgraciado con rastas. Va descalzo, lleva bermudas, barba, tez morena. Es oriental, moro, quizá solo alguien terriblemente sucio. Tiembla. «Pobre cabrón, con este frío de cojones», piensa Cristian. Lleva un vaso humeante de porexpán. Pide cualquier cosa, pan, un bicho igual que el que está comiendo él. El

presidente saliente habla de lección aprendida. El entrante, de humildad. El camarero le da un par de cruasanes, le acompaña a la puerta y le aconseja que la próxima vez vaya a pedir a la pastelería. Allí les salen más baratos. O a los comedores de pobres. Allí todo es gratis. «Ese tipo no llega a la semana que viene», se dice Cristian, que recuerda lo cerca que estuvo de acabar así. Y fue Bruno quien los rescató. A Raquel y a él. Lo quiera reconocer o no, la astilla del desagrado, de la traición, le escuece en la palma de la mano más que el arañazo de Mireia. «Pero siempre ha sido así, Bruno. Enseñas a uno, éste pillas el truco, la pasta y se va». El camarero, sesentón, calvo, de acento gallego, cruza la mirada con Cristian y se encoge de hombros. «Caída libre», dice uno de los tipos de la barra. Pero no se refiere al mundo ni al mendigo. Todos hablan hoy del Barça, que rompió el sábado al Madrid de arriba abajo. Bueno va a estar Bruno. Como Raquel le toque un poco los huevos, hoy habrá lluvia de hostias, por mucha tarjeta roja que haya en los periódicos.

Cristian lleva la bolsa con sus cosas. El objetivo es pillar la pasta de Max y largarse. No le hará más putadas. Le dejará tranquilo. No quiere abusar. Tiene la pasta que necesita para estar dos o tres meses tranquilo y montar algo allá abajo. Hablará con sus amigos. Alguno estará vivo. Germán tiene el chiringuito de la playa de los Atunes. Eso lo sabe de cierto. Igual le propone ser socio. Ha sacado el billete de tren para el viernes por la noche. Hoy es martes. Hasta ese momento dormirá en casa de Raquel y Bruno. Podría haber optado por otras posibilidades, pero prefiere ésa. Le conviene tener cerca a Bruno. Sabe que sospecha de él, pero no sabe ni qué ni dónde ni cómo. Por eso se larga ya. Porque prefiere guardarse el culo a dejarse llevar por la avaricia. El jugador de cartas siempre fue Bruno, no él. No ha de olvidarlo nunca ni recordarlo mal, del revés, como le suele pasar cuando la cabeza se le gira e inventa recuerdos, o éstos, directamente, le engañan y le hacen creer lo que no es.

Raquel estaba contenta cuando la ha telefoneado esta mañana. De hecho la última llamada del móvil robado ha sido ésa. Un Nokia que, ahora sí, se está muriendo irremediabilmente. Aprovecha Cristian los últimos estertores para, chafardero, revisar las lotos que el mexicano tenía allí metidas. Mujer, hijas, amigos. Luego, el móvil se despide. Adiós, señor Nokia. Estaba animada Raquel porque ha recibido carta del Hospital Clínico para comunicarle que ha entrado en el programa preparatorio de trasplante. También a ella la abandona: Aún no se lo ha dicho. Es probable que no se lo diga. Teme su reacción. Pero ése es un lastre que sabe que debe dejar caer lo antes posible. Ya la ha tenido colgada del cuello demasiados años. Ahora va a volar. Lejos, alto, libre. En la tele, Cristiano Ronaldo pone cara de bocazas al que le han arreado con la tabla de planchar en la cara. Luego, un presentador habla, despide a la audiencia. A nadie le importa mucho lo que dice. Un negro obeso vestido en pijama le sustituye en la pantalla. Tipas medio desnudas bailan a su alrededor, limpian un coche, se contonean. Algunos tienen suerte, piensa Cristian: follando se

les pasa el día. Después ponen la versión televisiva de la campaña contra el maltrato. Tarjeta roja. Que sí, que ya lo sabemos, que no hay que pegar a las niñas, joder, qué pesados.

Paga, deja propina, sale. En un callejón, junto a la cafetería, está el mendigo sentado a la manera hindú. Deglutiendo el último cuerno del último cruasán. Cristian se acerca a él, le da un billete de diez euros y el móvil inservible que robó la noche del delirio de Bruno con Súper Madre.

—Algo te darán. ¿Me entiendes? Búscate un sitio para no pasar frío.

—Sí, sí.

—Y anímate. Ha habido unas elecciones. Han ganado los de aquí, los buenos. Y el Barça también ha ganado. A los malos también.

—Barça, Barça, Barça... —resuena en su boca desdentada, llena de saliva y migas.

Cuando Cristian llega a plaza Castilla, Max está esperándole. En ese momento repara en que cada vez que queda con él tiene la cara marcada. Se sonríe ante la casualidad. «Así se giñará aún más», piensa Cristian. «No deja de ser un mierda. Alguien que no tiene huevos para arrancarse a una mujer de las entrañas». Pero, por fortuna para él, es también alguien con dinero para pagar por esa cobardía, por enamorarse, por todo eso.

Los sensores de Cristian le avisan de que algo ha cambiado en su extorsionado. Max lleva días sin dormir, en una suerte de delirante duermevela. No se ha peinado. Barba entrecana de demasiados días. Ropa arrugada. Manchas en la solapa. Cristian se arranca de encima la euforia y pasa a atarse, como un arnés, la precaución al cuerpo.

—¿Qué tal?

—Bien.

—¿Viste el partido?

—Sí.

—Ganasteis.

—Sé que has ido llamando.

—Ésas te las regalo.

—No era necesario. ¿Te piensas que soy imbécil?

—¿Te contesto?

—Esas llamadas eran un aviso para mí.

—Puede.

—¿Sabes...? Ya no puedes hacerme daño, porque lo he perdido todo.

—¿Has traído el dinero?

—¿No me oyes? Todo se ha ido a la mierda.

Tomar con los cubanos nunca acaba bien. Ésa podía ser una buena enseñanza. Algo que Bruno debería recordar la próxima vez que le inviten. En estos momentos está siendo conducido en coche por los mossos al hospital y luego a comisaría. Con la camiseta de la Chamizo Band desgarrada y manchada de sangre, solo suya, eso sí. ¿Qué es lo que ha pasado? Pues que la hija de puta de Brenda le ha intentado partir en dos el coco. Y todo por nada. Una confusión, un lío, un desastre de mil cojones propiciado por doña Inma, madre de Brenda, más borracha que la Virgen, y un buen montón de casualidades y tonterías a cientos. La señora Inma, según se cuenta en los mentideros del barrio, había ejercido en sus buenos años. Él lo había oído. A partir de ahora, cada vez que salga el cotilleo en cualquier conversación, Bruno va a intervenir para dar al rumor rango de Verdad Eterna.

Bruno tiene unos treinta y nada. Delgado, bajo, de rasgos achinados. Toda una fisonomía de orejas de soplillo, favorita de comisarías y testigos influenciados. Siempre lleva el mismo calzado, barato pero cómodo. Zapatos marrones de rejilla. Zapatos de viejo, como le dice siempre Raquel, su novia. Los Wrangler son nuevos. Le vienen largos. Ni él ni Raquel saben coser. Así que esta mañana ha pillado la grapadora y se ha rematado unos dobladillos. Apenas aguantaron diez minutos. En comisaría, sin cinturón, va a estar a la última, piensa Bruno.

Trata de tocarse la herida. Con las esposas es complicado. Los ojos del agente en el retrovisor le advierten que mejor no haga movimientos raros. Decide ser buen chico.

—No es tu estilo, Bruno —dice uno de los agentes.

—Esa vieja borracha no sabe beber.

—Dice que la has violado, *nen*.

—¡No jodas! Pero si mi novia estaba por ahí. ¡Además, tiene más años que una momia...!

—No sé.

—*Per què voldria mentir la senyora?* —dice el agente que va conduciendo.

—No entiendo el catalán.

—Sí que entiendes, que llevas más años aquí que yo.

—Esa buena señora había sido eh, *meuca*, señor *agent* —dice con sorna lingüística Bruno.

—Pecadillos del pasado.

—Lo que pasa es que ha estado bebiendo e insinuándose toda la noche, y cuando ha llegado su hija y la ha visto en ese estado, la vieja le ha montado el número para

disimular.

Silencio.

—Quiero pedir un *habeas corpus*.

—¿Ves como sí sabes catalán?

Risas.

Mejor así. Llevarse bien con quien te coloca las esposas y decide en qué calabozo vas a pasar la noche es buena política. Espera coincidir en la celda con alguien tranquilo y aseado. Que al menos el mal olor no le impida dormir un rato hasta que pase al juzgado al día siguiente. Quizá pueda camelarse al médico. Calmantes y una buena sobera. El costado derecho le empieza a doler. Mañana más. Seguro. Hijas de puta... Madre e hija..., ¿con qué le habían arreado? ¡Que la había violado! Vieja loca. Ya le gustaría a ella volver a sentir que alguien se la metía bien dura entre las piernas. Cierra los ojos. Ha de dejar marchar la ira o, más bien, alojarla en algún sitio para, llegado el momento, cobrarse los golpes, la noche en comisaría, el probable juicio posterior. Raquel llamará al abogado, Juan María no sé qué más. ¿Juan María Tió...? Puede ser. Aunque igual no da razón porque, cree recordar, le debe dinero. Da igual. Que venga cualquiera del turno de oficio. Es un asunto sencillo. Chico joven y con novia contra vieja ex prostituta borracha y enloquecida por la soledad, el ron con hielo, las cervezas, las pipas saladas, la ginebra barata y algo más de ron, ya sin hielo, a lo macho de las cumbres.

Podría dormir si mantuviese los ojos cerrados. No sería mala idea. También él ha privado lo suyo. Es curioso cómo empezó todo. En ocasiones, cuando el día va de fantasía, parece que tu alegría molesta a alguien, allí en lo alto, y decide retorcerte la suerte. Esta noche es una de esas ocasiones. Se palpa Bruno el pantalón en busca de los billetes. Recuerda de inmediato que se los ha dado a Raquel ante la perspectiva, más que probable, de que llegara la poli. No se queda muy tranquilo, pero perderlos es mejor que el hecho de que los perros estos se pregunten qué hacen más de mil euros en sus sucias manos de muerto de hambre. Y claro, él no podría dar una respuesta fácil. Y los *mossos* sospecharían que si drogas, que si putas rusas..., marcianadas sacadas de esas pelis que no dejan de mirar en la tele y que les llenan la cabeza de tonterías y luego les hacen sentirse frustrados por tener que patrullar entre niños, yonquis de medio pelo y carteristas de japoneses.

Con los ojos cerrados puede ver. Puede ir más allá de todo este follón. Visualiza cómo fue subiendo uno a uno los escalones que llevan hasta el bar Los Encuentros, calle Cartagena arriba, detrás del Hospital de Sant Pau. Con el sol a su espalda, el iris de sus ojos trata de acostumbrarse a la oscuridad del local. Jueves. Partida. Dinero en el bolsillo y mala baba en el cuerpo. Había discutido con Raquel. En cuanto ella veía pasta le venían ínfulas de propietaria. Aún no era el momento. Aún no. Era el momento de disfrutar el hoy; y mañana, el hoy también. ¿Por qué no podía

entenderlo? Él ya había tenido una casa y se la habían comido entre unos y otros. Además, en cuanto tuvieran algo fijo, Raquel empezaría con la batalla de tratar de que vinieran a vivir a ratos con ellos sus imbéciles y estirados hijos. Y aquello iba a ser una hemorragia de mal rollo, frustraciones y euros perdidos. Y si lo conseguía, ¿qué sacaba él? Siempre tenía la sensación de que Raquel seguiría estando a su lado mientras le necesitara, mientras él fuera su muleta y su conexión con el dinero y el futuro. Nada más tiene que recordar cómo se siente ninguneado cuando uno de sus hijos pasa con ellos una temporada. Cuando eso sucede, con un chasquido de dedos, como por arte de no se sabe qué mago, Bruno se torna invisible.

Se acercó tan decidido a la barra que parecía querer golpearse con el reposapiés de metal, cosa que sucedió y que debió de tener su gracia, porque al camarero se le dibujó rápido una sonrisa tonta. De detrás de la cortina de palos apareció el dueño. Si le reconoció, disimuló y no saludó. Esperó Bruno un rato antes de preguntarle si había partida. Pidió una cerveza y dejó las monedas sobre el cristal de la barra en señal de que no esperaba alargar la estancia. Finalmente, después de dos brevísimas desapariciones y apariciones del dueño por la escandalosa cortina, Bruno le abordó:

—¿Hay timba esta tarde?

—Eso parece.

—¿A qué juegan?

—Está completa.

«Si no fuera por Raquel, habría venido antes y habría entrado», pensó Bruno. Mala suerte, compañero. Se tomó la cerveza en una serie de dos, tres tragos, y dejó el culo para que se les calentara a ellos. Ya le habían cobrado, así que ya no hacía nada quedándose allí. Empezó a sentirse tentado por una de las tragaperras cuando, del fondo del bar donde se jugaba y se disimulaba a lo que se jugaba, apareció un tipo con el móvil en la oreja en busca de cobertura, como asaltado por una enfermedad infecciosa. Hablaba en catalán, cosa que a Bruno le seguía molestando a pesar de los años que llevaba en Cataluña. Tenía la teoría de que quien no lo hacía por pleitesía lo hacía por tocar los huevos. ¿Si todos hablaban español, por qué no hablarlo todos y se acabó el lío? La cosa, para aquel hombre, parecía grave, pero eso nunca se sabía. Él mismo había visto gente que se inventaba llamadas para salir de una partida. Pero también estaba el otro extremo. En una ocasión, a uno de ellos le comunicaron que su hijo había tenido un accidente de moto. No recuerda cómo se lo hicieron el resto de jugadores para convencerle de que permaneciera allí sentado, sorteando envites, recibiendo, por encima de tapete, puñaladas, ánimos y confianza ciega en los médicos de la seguridad social. Fue, en cierto modo, como si se jugara el alma del chaval.

El tío volvió con la cara desencajada: malas, muy malas noticias. Al rato salió en dirección a la calle. O ya no tenía nada que perder o había sido muy convincente.

—¿Puedo ahora?

El sol entraba por las rendijas de las persianas. Hacía calor, pero no agobiaba. Se levantaban casi rítmicamente rachas de viento que golpeaban el entoldado recién cubierto de brea de la parte de atrás del local. Cada cierto tiempo pasaba la hija del dueño por si los jugadores querían algo, y siempre había alguno que quería. Y muchos querían a la hija del dueño, pero no estaba nunca sobre el tapete.

De los tres jugadores que, tras la cortina, estaban sentados alrededor de la mesa, solo conocía a uno. Un tipo con una jeta horrible que se llamaba Simón. Por eso se le puso el apodo de El Santo. El amo del Encuentros —viejo a más no poder— recordaba a Roger Moore, el Simon Templar de la serie televisiva, y le dio por bautizarle El Santo. Era un jubilado vicioso, con buena renta de la RENFE y ningún hijo al que dejar herencia. A los otros dos no los conocía. Uno, de unos treinta años, feúcho, grande, de cara cuajada con brotes rosados en las mejillas, llevaba una gorra con visera, como en las partidas de la tele. Sus ojos eran pequeños y se movían rápido. El otro, un fumador con cejas luciferinas, calva rasurada y cara perfilada a lápiz del 3 parecía de esos suicidas con las cartas. Jugaban al mus. Ideal.

Horas más tarde, cuando el dios de las cartas le apretaba el empeine dolorido por el reposapiés, Bruno empezó a despedirse, dejándose ganar un par de envites. Había quintuplicado la cantidad con la que llegó. Hasta otra, caballeros.

Al salir, Bruno se despidió del dueño y le dejó un billete de cincuenta para que la próxima vez fuera más comunicativo. Una vez en la calle, al cruzar la primera esquina, echó a correr y, a la altura de la casa de los okupas, supo que aquellos tipos habían sido, después de todo, legales en el perder. Era lo que iba a añorar del Estado del Bienestar ahora que se desmoronaba. Pagando a viejos, a minusválidos y a chimpancés para que pudieran jugar a los naipes, gente como él vivía más tranquila.

Eufórico, se encontró con Hugo, el cubano. Estaba bebiendo en los bajos de Pep, un viejo pescador reubicado en el Guinardó. Era un lugar silencioso y con un comedor lo suficientemente amplio como para beber y reír, discutir de todo, ver goles por la tele y seguir privando. Anochecía. Llamó a Raquel. La puso al día de sus ganancias en las cartas y quedaron en que ella se dejaría caer por casa de Pep. Al principio, parecía enfadada, pero la pasta, como le solía pasar, siempre le endulzaba el carácter. A Raquel beber le gustaba tanto como a él. Borrachos, se entendían. Sabían beber juntos. Y a ella le encantaba que pagara él, que dejara los billetes sin contar. Como en un descuido. Con la chulería de un pirata de película, con tesoro pero sin futuro.

Pep estaba sentadito ante la puerta de su casa, en el 14 de la calle Mascaró, sillita de mimbre y botellín recalentado de cerveza a los pies. Al verles, saludó con la cabeza, ajeno a lo que estuvieran haciendo dentro. Al menos había alguien con él, y si esa noche se moría, ellos podrían llamar a los enterradores. En la casa estaban Brenda, Inma —su madre— y un cubano que Bruno no conocía. Reían y bebían, todo

casi al mismo tiempo. El cubano le echaba la caña a Brenda, que se reía por todo, y al hacerlo, entre carcajada y carcajada, le tocaba un muslo, mientras el tostado sacaba medidas al aire que revoloteaba entre sus tetas. En uno de los extremos del comedor habían instalado un ventilador de pie. En medio de la mesa se elevaba un zigurat de cáscaras de pipas. Detrás de ésta, doña Inma, con la mirada vidriosa, iba y venía a la realidad. Bruno se sentó a su lado. En la tele, Canal Latino, cómo no. El cubano se presentó a Bruno, pero éste ya se había olvidado de su nombre antes de volver a sentarse. Hugo se apuntó al acoso de Brenda. Ésta era una mujer grande, de pechos neumáticos, gafas con mucho cristal, y pelo lacio y sucio en coleta; de tal modo que frente y cara parecían estiradas, nariz incluida. Brenda era del barrio de toda la vida. En su juventud se marchó, pero volvió años después sin dar muchos detalles. Ahora tenía cuarenta y pocos. Se suponía que estaba a la espera, pero nadie sabía muy bien de qué.

—Menuda juerga —dijo Bruno.

—Sí, sí, estos chicos no paran de hacernos bromas y zalamerías —contestó doña Inma, alargando las sílabas como si fueran chicle caliente.

—La corte les hacemos, pero ellas, estrechas que estrechas...

—¡Oye! —protestó Brenda.

—Con las piernas cruzadas...

—Solo se abren para quienes lo merecen —remató la vieja.

Carcajada general a excepción de su hija, que dio muestras de conocer la deriva etílica en la que se hallaba inmersa doña Inmaculada.

—No bebas más, mamá...

—Déjala, Brenda, si tu mamaíta es muy simpática...

—Ah, si tuviera diez años menos...

—Y tú diez más...

—¡Oh, diez más!

—Que a mí me han gustado siempre los hombres y no los niños...

—¡Mamá!

—¿Qué? Déjame un poco de libertad. Por un día que me lo paso bien.

—Eso, eso, déjala...

—No me digas tú a mí qué debo hacer o no hacer con mi madre. Cuando bebe demasiado, acaba diciendo cosas que no quiere decir...

—Usted ha debido ser de rompe y rasga —cicateó Hugo.

—Uf, si yo te explicara.

—Explique, explique.

Bruno no decía nada. Había llegado demasiado tarde para coger el ritmo e intervenir. Se puso su roncito y se lo fue bebiendo de a poco. Le divertía la trifulca en la que iban metiéndose unos y otros. De tanto en tanto se palpaba los billetes en el

bolsillo y solo aguardaba a que Raquel hiciera acto de presencia para largarse a celebrarlo. El ventilador se empeñaba en no permitir que las cáscaras elevaran más la pirámide. El hielo se había deshecho. Hugo propuso ir a por más, y traer también bebida y tabaco y así de paso que circulara el aire entre ellos. Brenda y el cubano se marcharon a comprar. Hugo se fue con la pareja porque, si había reparto, él quería lo suyo. Doña Inmaculada se quedó con Bruno.

—Estos chicos...

—Sí.

La vieja le arreó un buen viaje al vaso y decidió que era momento de ir al baño. Bruno se sirvió otro vasito de ron y lo que quedaba del último cubito de hielo. Se llevó el cigarrillo a los labios y decidió que, cuando se consumiera, saldría a buscar a Raquel, porque no le apetecía seguir allí. Ojalá lo hubiera hecho.

Un ruido le advirtió de que doña Inma no había llegado al lavabo. Bruno se levantó y fue en su ayuda. La falda se le había quedado por encima de la cintura y un zapato había decidido echarle una carrera a la señora. Se tocaba la cabeza en su parte posterior. El batacazo no había hecho sino incrementar la confusión en la que se encontraba. Bragas blancas, medias marrones con la costura en medio, como las que llevaba su madre. El azotamiento de la vieja fue lo primero con lo que tuvo que lidiar Bruno. La tranquilizó, la ayudó a incorporarse y la acompañó hasta el dormitorio de Pep, una vez comprobó que no sangraba. Le calzó el zapato díscolo en el pie, a modo de Cenicienta ebria y ajada, y pasándole el brazo por debajo de las axilas, la llevó hasta el dormitorio. Las dimensiones de éste eran mínimas. Pep debería de meterse o salir de la cama por la parte inferior, ya que apenas había espacio para la mesilla y unas estampitas de la *Moreneta*. Dejó a la vieja en la cama, mientras ésta farfullaba no sabía qué. Le bajó la falda, que se le había quedado subida, y, sentado en la cama, miró el espejo donde Pep tenía viejas fotos de cuando él era joven, su esposa aún vivía y sus hijos eran niños y le querían. Bruno optó por dejar de mirar. «Pena de vidas, que no se sabe en qué momento se nos joden». Echó la que creía sería la última mirada a la vieja y vio que volvía a tener la falda subida. Además, con una de las manos, doña Inma —ojos cerrados y semblante angelical— trataba de que él la tocara entre las piernas. Bruno se desasíó de aquella maniobra, y en ese mismo momento oyó los berridos de Brenda, que hicieron que doña Inma abriera los ojos y empezara a gritar pidiendo ayuda contra el violador. Bruno trató de salir de la habitación y llegar al comedor bajo los golpes de Brenda. Una vez allí, vio que Raquel había vuelto con Hugo y la hija de la vieja borracha. Trató de decirle algo, pero de pronto notó un fuerte impacto en la cabeza. Bruno se giró encolerizado, le lanzó un manotazo a Brenda y fue a por ella. Alguien le detuvo cuando ya había enviado varias hostias con acuse de recibo. Una maraña de pelo, las gafas de turismo por la cocina, el ventilador girando su cabecita a izquierda y derecha, indiferente, y la montaña de cáscaras

desparramada por el suelo del comedor del pobre Pep, que seguía allá fuera, sin cerveza ya, tomando el fresco sin valor para mirar qué demonios estaba pasando en el interior de su casa.

Esos andares desde la rampa de salida del metro de Maragall delatan a Bruno. Raquel apura de su Nobel *light*. Exhibe largas uñas pintadas y pose de señora ofendida. El pelo, aún mojado, le huele bien. La droga le ha ido comiendo los pómulos, pero sobre ellos aún queda un risco sobre el que apoyar las gafas. Amplias, negras, tremendas. Ha pedido té con leche. Endulzado con un sobre de azúcar. Lleva puesta la coraza. Una coraza cubriendo a una cobra. Le gusta la imagen que se le ha iluminado en la cabeza. Y las cobras no le dan vueltas al ataque, ¿verdad? Se lanzan al cuello al primer descuido. O quizá sí, sí que piensan, pero ¿quién coño sabe qué tiene en la cabeza una cobra, además de veneno? Igual no tiene nada. Solo veneno e instinto de matar. ¿Para qué quiere más una cobra?

Por la cara de Bruno, no puede desprenderse si ha ido bien o mal el intercambio. Está cruzando en rojo. Sin mirar a los lados. Como siempre. Como un imbécil. Como un superhéroe.

—Ojalá le atropellase un camión.

Cristian se gira al escuchar decir eso a la mujer. Ve como Bruno da dos zancadas por la terraza y entra en el local. Se deja caer a su lado con un acorde sostenido en escay. Raquel ni se inmuta. Desde la discusión de hace unos días, Bruno no duerme en el almacén, esa nave que regentan los nigerianos y en la que los dos llevan viviendo meses. No lo hace desde el lío con doña Inma y la posterior hecatombe, cuando se enteró de que Raquel se había gastado —a él le dijo que perdió— buena parte de la pasta que había ganado en aquella partida. Raquel sabía que acabaría por volver. Que se le pasaría y volvería. Pero también era cierto que, después de sus peleas, él tardaba cada vez más en regresar, y temió que esta vez no lo hiciera. No por no volver a verlo, sino porque cuando llegara el momento del final, quería ser ella la que ajusticiara al reo y no al revés. Otra calada. La antepenúltima. Un sorbo. El primero. El pintalabios mancha el borde de la taza. Nuevo ataque de importancia con suspiro de hartura. Como, al parecer, allí dentro sigue sin haber nada que sea digno de la más mínima atención, Raquel persiste en mirar la calle.

—¿Todo bien?

—¿Qué le pasa a tu hermana?

—No sé. Pregúntaselo.

—A su hermana no le pasa nada —contesta Raquel sin girarse.

—No me pongas morros.

—No te los pongo.

—Lo parece.

—Te lo parece a ti.

—Claro que es a mí. ¿Qué te pasa?

—Nada, Bruno, nada.

—Pues si es nada, cállate, imbécil.

Raquel se gira con violencia.

—Tú a mí no me mandas callar ni me insultas.

—Te lo mando y te callas. Imbécil.

Ha bastado un rápido movimiento de brazo de Bruno para bloquear la leve intención de Raquel de golpearle. El hombre le ha agarrado la mano por la muñeca, se la aprieta, clava en ella sus uñas ennegrecidas, voltea el brazo sobre la mesa. Ella intenta arañarle con la otra mano. O quizá quemarle con el cigarro, pero éste cae al suelo, entre los pies. El hombre la detiene, veloz, efectivo, sin apenas hacer ruido, con movimientos lentos, casi acuáticos. De paso, aprovecha para cambiar rápido de sitio, sentarse al lado de la mujer y evitar su más que previsible fuga si afloja el agarrón. En cuanto puede, le quita las gafas. Los ojos de la mujer se le aparecen pequeños, hundidos, como dentro del tronco de un árbol.

—Te puliste la mitad de lo que te dejé. Hubiera sido mejor que los polis me lo quitaran. Me rehuyes como si fuera unapestado, y ahora estas maneras de gran puta, pero ¿quién mierda te crees que eres?

—Bruno, suéltala. Le harás daño.

En la barra, el camarero hace como que no ve nada. Cristian se levanta y va hacia él. Ya en la barra pide un par de cervezas y un segundo té sin leche. Al parecer, la mujer ha dejado enfriar demasiado el otro y ahora no hay quien se lo beba. Cristian deja dinero unís que suficiente para todas las consumiciones.

—No se puede fumar.

—¿Quién fuma?

—La señora.

—La señora no fuma.

—Antes estaba fumando.

—Antes todo el mundo fumaba.

—Digo hace un rato.

—No me he dado cuenta. ¿Seguro que fumaba?

—Seguro.

—Se lo diré. Está nerviosa. Igual ha sido eso: los nervios; y ha hecho el gesto nervioso de fumar pero sin encender el cigarro. A mí me pasa también muchas veces.

En la mesa, los instantes se tensan. Llega Cristian con las cervezas, con la infusión, la leche caliente con tres sobres de azúcar, de los que Raquel solo utilizará uno. Pasan los minutos. Nadie dice nada.

—Venga, dejadlo estar. Siempre estáis igual.

—¿Yo?

—Vamos, ¿qué sentido tiene poneros así, si de aquí a nada estaréis bien...? Somos familia, joder. Arregladlo ya. A ver, ¿qué pasa?

—Pasa que ella no me quiere.

—Te quiere, Bruno, no seas chiquillo.

Éste le echa un vistazo. ¿Qué mierda le está pasando a Cristian? ¿*No seas chiquillo*? ¿Ha cambiado las pastillas por la dormidina? ¿Desde cuándo ejerce de mediador social...? ¿Y a él qué le pasa? *Ella ya no me quiere*. Enseñando las cartas como un principiante. *Bórralo, bórralo ya mismo*.

—Claro que te quiere. ¿Verdad que le quieres, Raquel?

—Métete en tus cosas, Cristian.

—No iba de veras, señorita. Me importa un carajo que me quieras o no. ¿Te crees que pienso que me has querido alguna vez?

—Siempre la misma historia.

—Sí, solo hay una de historia.

—Cansa, Bruno, cansa.

—¿Ves? ¿Lo ves? ¿Quién es qué? ¿Quién hace qué?

—Venga, dejadlo.

—¿Sabes de lo que estoy seguro? ¿Sabes de qué?

—¿De qué?

—De que hay algo de mí que ella quiere. Que lo va a querer siempre.

—Bruno, siempre lo mismo. Cambia ya.

—Mi dinero, eso sí, eso sí que le gusta de Bruno.

—Don Dineros. Bruno Don Dineros.

—¿Has traído la libreta? —interrumpe Cristian.

Raquel suspira y expele el aire con la boca abierta. Echa en falta algo. Se pregunta dónde está su cigarrillo. Encenderá otro. Pero antes, piensa, lo mejor es desencallar eso, hablar de lo que tengan que hablar y, al cabo de un rato, cada uno por su lado. Busca la libreta. No puede tener la lengua quieta. La cobra. Al cuello. Todo eso.

—Por cierto, Don Dineros, Brenda y tu nueva novia andan muy ufanas por el barrio.

—Hija de...

—¿Qué tal te ha ido con el del Passat? —tercia Cristian como ensordecido, casi gritando.

—Habrá que dejarle descansar un par de meses.

—¿Y eso? —pregunta la mujer.

—Porque sí. Porque me sale de los cojones.

Raquel gesticula en dirección a Cristian. Hoy no va a ser fácil nada, piensa éste.

Bruno, de todas maneras, parece haber sintonizado el dial en una frecuencia más contemporizadora a pesar de la respuesta. Raquel se enciende otro cigarro. El camarero le hace un gesto. Ella se pone las gafas negras y ya no ve nada que no Uniera ver. Especialmente al camarero.

—Yo sé cuándo hacer estas cosas.

—Ya.

—Si ahogas mucho a la gente, la pierdes y se acabó lo que se daba.

—El filósofo.

—Deberías aprender la lección.

—Me la sé.

—¿Algún problema?

—No, solo que recuerdo a no sé quién diciendo que lo mejor es...

—Raquel...

—... darles fuerte y pronto, y luego olvidarlos.

—Éste es distinto. Cada caso es distinto. Hay que tener algo de psicología, taruga.

—Me callo.

—Además, a éste ya le hemos quitado suficiente, ¿no te parece?

—No sé. Tú sabrás.

Raquel deja encima de la mesa una vieja libreta de espiral con lapas negras en la que, Robinho, con la camiseta del Madrid, celebra un gol. Hecho esto, Raquel se desentiende. No abre la libreta, que es lo que todos esperan. Y lo esperan porque es lo que hace siempre después de dejarla en la mesa. Robinho y Cristian se impacientan. A Bruno parece divertirle la escena, que Cristian compruebe cómo es su hermana y quién es la que lo lía siempre todo. Raquel, por su parte, sabe que no ha de mantener esa actitud, pero no puede o no sabe evitarlo. Al menos, de momento. Cristian se dirige a ella en un tono muy poco amistoso.

—Niña, estate por lo que estás. Esto son negocios, ¿vale...? No juegues a novios ahora. Céntrate. Presta atención, porque si no pensaremos que podemos hacerlo sin ti, y eso no te va a gustar ¿verdad?

Raquel piensa en replicar, pero sabe que tiene razón. No ha frenado a tiempo. A Bruno sabe cómo llevarle, pero Cristian es otra cosa. Siempre ha sido otra cosa. Rebusca en el bolso un boli. Una vez encontrado, abre la libreta por la última de las páginas escritas.

—Entonces, ¿borramos la mensualidad del Passat?

—Sí.

—¿Lo doy como que ha pagado todo entonces?

—No.

—¿En qué quedamos? Te estás volviendo blando.

—Sí. No. Sí y no.

—Joder.

—Lo ha pagado todo, idiotas. De hecho, estaba tan puteado con lo de la pasta perdida que le he hecho pagar todo y un poco más.

Cristian deja escapar una carcajada antes de beberse el resto de la caña. Raquel trata de que Bruno no vea la sonrisa que se le ha pintado en la cara, así que, enseguida, baja la cabeza. Apenas distingue los números con las gafas negras, pero no se las va a quitar. Atina a tachar la cantidad estipulada para el Passat. Pone un +. Espera a que Bruno le diga cuánto le ha cobrado de más.

—¿Cuánto?

—Algo.

—Misterioso el ladrón, como siempre.

Tanto Cristian como Raquel saben que Bruno acabará por decirlo. Le encanta hacerse el fachenda. Recordarles, por si lo han olvidado, quién sabe hacer las cosas. De quién depende que la víctima no se les muera de asfixia o desaparezca antes de tiempo. Quién, en definitiva, es el amo.

—¿Algo más?

Quince líneas de cada hoja del bloc. Escrito con letra de Raquel. Marca y matrícula del vehículo. Nombre del titular. Teléfono. Dirección. En algunos de ellos, la mayoría, unas cantidades en rojo que en ocasiones coinciden y en otras no. Dos, tres, cuatro mensualidades y muerto. ¿Qué es todo eso? La gran idea de Bruno. La entrada de dinero que ha hecho posible que Raquel sueñe con la salida del almacén de los nigerianos y, para Bruno, solo una buena racha que llevará a otra mejor. Cristian se siente más cerca de él que de Raquel. Hasta hace poco, su porcentaje le parecía correcto, aunque la mujer ya ha empezado con el runrún de siempre en el corazón de la manzana. Si alguna vez, no lo quiera la mala suerte, Bruno entrara en prisión, los cobros deberían seguir haciéndose, y entonces...

—Nada.

—Hemos de decidir cosas.

—¿Qué cosas?

—Si dejamos descansar Sants y la Casona de Pedralbes.

—¿Y los otros?

—Hace tiempo que no hacemos nada en Castelldefels.

—Sí, es verdad.

—¿Hacemos algo allí? —inquire Cristian.

—No. Dejaremos un poco más Castelldefels. Lo he de estudiar. Hablaremos cuando sea el momento. Hoy no hacemos nada. Vamos a hacernos una paella a la Barceloneta, donde Paco. Invito yo. ¿Tiene hambre la señora?

Raquel guarda la libreta. Se levanta. Coge el paquete de tabaco, el mechero y el bolígrafo. Desliza la mano por su culo, no sea que el escay le haya jugado una mala

pasada con la falda, y sale a la calle. No piensa contestarle. Claro que no. Pero cuando los hombres echan a andar hacia el metro, ella les sigue, casi indiferente, con su cigarro, y con la cabellera bamboleándose como un elefante borracho. La paella le chifla, Bruno lo sabe, el muy cabrón, y Paco hace unas paellas para chiflarse. Contra todo eso, ¿qué puede hacer ella?

Con su salario, Max puede pagar el alquiler de calle Mandri, situado en un barrio de vecinos educados con fines de semana de poblado fantasma. Pero, entre eso y la pensión de los críos, apenas le queda para comer o cenar fuera de casa, zonas azules, cine viernes o sábado, móvil, trajes de la tintorería y algún que otro capricho en forma de libro o de música. Pero sabe que en estos tiempos aún se puede considerar afortunado por poder hacerse cargo de todo ello. La cuestión es que, a pesar de que cada mes se promete hacerlo, no consigue ahorrar ni un euro. Recorta aquí y allá es inútil: la póliza de crédito le sostiene más de lo aconsejable. Max trabaja en una correduría de seguros desde hace unos diez años. Gestiona su propia cartera de clientes, que ha ido menguando en los últimos meses. La suya y la del resto de compañeros. Cosas de la crisis. Como todo —lo bueno y lo malo—, ya pasará. Pero son momentos para los valientes, para los que quieren arriesgar y jugar fuerte para ganar mucho. Ésa es, al menos, la cancioncilla que suelta y casi se cree en cada visita concertada que abogados, médicos o ingenieros. A empresarios, jueces y asesorías de barrio. Es consciente de que el socavón económico le ha tocado, pero no hundido. Al menos se quitó de encima la hipoteca del domicilio conyugal. Eso sí, a cambio de renunciar a la cotitularidad. Allí vive la que ahora es propietaria única, su ex mujer, Virginia, y sus tres hijos, dos niñas y un niño.

Puede pagar el alquiler, pero para un adulto y tres críos, dos de ellos casi adolescentes, el piso es pequeño. Pero es lo que hay y, de momento, nada va a cambiar. Quizás en el futuro, pero ese lugar, el futuro está tan preñado de condicionantes que mejor no pensar demasiado en él. Eso sí, a veces no puede evitarlo. Y da vueltas y más vueltas a las mentiras y a lo que ya sabe y no quiere oírse decir que sabe. Ha de cuidar mucho cuando le da por pensar en lo que ha de venir. No ha de hacerlo en aquellas noches de insomnio con sus accesos de pánico y alcohol. Tampoco durante la tristeza inmensa que le sorprende algunas tardes de domingo, con ganas de llorar y unos inconcretos deseos absurdos de morirse de una vez solo para dejar de pagar cosas.

Diez de la noche. Miércoles con pernocta. Mañana, Max deberá levantarse un poco antes de las siete para organizar todo ese jaleo de desayunos, duchas y salidas al cole. Las dos crías —Virginia y Laia— van al mismo centro concertado. El pequeño —Lluís— a otro, éste de pago, vete tú a saber por qué, si no es más que una guardería como otra cualquiera, pero eso sí, con uniforme inglés. Esa guardería no la pagan ni su ex mujer ni él, sino su ex suegro en una muestra más de machismo rancio. Una actitud con la que Virginia decía sentirse tan a disgusto de joven y a la que se fue

acercando como a un imán irresistible de seguridad y firmeza, desde que cumplió los años suficientes como para conjugar palabras como legítima, donación anticipada y estabilidad económica.

Está Max sentado en el sofá, frente al televisor enmudecido. Un debate en el que economistas y asesinos a sueldo de la derecha atribuyen al gobierno todos los males de la especie humana, plagas bíblicas incluidas. No sabe por qué mira estos canales. En sus buenos días argumenta que lo hace para saber cómo suenan esas otras voces que no se oyen en los canales políticamente progres. En los días excelentes se dice que para cachondearse de esos rostros enrojecidos y casposos, siempre a punto de soltar el último amarre y, una vez liberado el monstruo, cantar el *Cara al sol*, disculpar a Hitler o llamar a una nueva cruzada. Y, en fin, en los días malos o pésimos, los ve porque añora una lluvia ácida que arrase con toda la civilización como aquel taxista de Scorsese. Prueba a cambiar, pero el mando a distancia está desaparecido entre cojines y niños. Renuncia a buscarlo. No quiere moverse demasiado para no despertar a sus hijas, dormidas en un ovillo a sus pies, en sendos colchones comprados en El Corte Inglés a golpe de Visa. Las niñas tienen once y doce años. Se llevan bien. En eso también ha tenido suerte. Virginia es extrovertida, buena estudiante, feúcha, igual todo va en el mismo lote. Se ha quedado dormida con las gafas puestas y el móvil en las manos. Como tiene la cabeza entre las piernas de su padre, Max puede quitarle las gafas y dejarlas en el brazo del sofá. Cuando se vaya a dormir, ha de recordar dejarlas dentro de la funda. Laia es otra cosa. Guapa y reservada para lo suyo. Nunca sabes lo que está pensando, lo que trama su linda cabecita. Es físicamente clavada a su madre. Es una verdadera putada, piensa Max. Tener la cara del enemigo en tu propia casa. Sin saber muy bien por qué, por ese péndulo de los pensamientos, su mente le lleva a esa película donde unos adolescentes exhibían una careta de Nixon y aquella otra en que los atracadores iban con la de Elvis. Debería dejar de ser un espectador asiduo de devedés pirateados y salir un poco más por ahí. Es un hombre más o menos libre ¿no? ¿Por qué no aprovecharlo, entonces?

Pereza, complejos, ruina personal. Pereza para arreglarse y salir. Para ser sociable, para quedar con alguien con quien no quedaría nunca si no fuera porque está solo y no ha de estar solo. Pereza para acudir a locales en los que, o bien parece el padre de una chica que está allí con horario limitado o bien se encuentra rodeado de gente de su edad. En el primero de los casos, la situación es equívoca, extraña, desilusionante. En el segundo, insoportable. Cincuentones que no admiten la derrota. Con su coleta, sus trajes o sus camisetas de adolescentes, sus corbatas o sus fulares, sus vestidos negros de putón o sus regateras de tetas caídas. Todos convocados a la farsa de sentirse bien, borrachos y extasiados ante la celebración de la nueva libertad. Ser joven es aguantar bebida y drogas. Ser joven es tener un cuerpo —feo o bonito—

nuevo. Ganas y posibilidades de follar, hacérselo encima de pura testosterona. Ser joven es lucir resacas y no morirte en algún momento de los tres días siguientes. Ser joven es tener la libreta limpia. Sin traumas, sin ex, sin asignaturas pendientes, compulsadas o enquistadas, sin mitos rotos, sin pensiones impagadas, sin padres agonizantes o bobos de demencia. Uno ha de ser joven cuando es joven. Punto. Después ha de quedarse en casa a ver películas de John Wayne, llamar a putas o hacer maquetismo. Los indios se iban a morir a la montaña cuando veían que eran un lastre para la tribu. Ahora —piensa Max— les darían un carné para la discoteca y un paquete de Viagra.

Pereza sí, pero también complejos y ruina personal. ¿Por qué no reconocerlo? Está por encima de su sobrepeso. El pelo le clarea. Si se deja crecer la barba unos días parece un mendigo y no un canalla. Seguía teniendo algo —le decía Merche, su amante y ex compañera de trabajo—, ¿pero qué? Que concrete un poco, por favor. Es simpático. Trabajador. Tiene inquietudes cinéfilas, literarias, políticas. Le interesa saber y entender qué pasa a su alrededor. ¿Y con el sexo? Es sabroso con Merche. Eso sí. Le apetece hacerlo con ella, pero eso —aunque ella no lo sepa— ya no es una prioridad en su vida ahora, cuando la cincuentena queda apenas a tres años.

Se deja caer en el respaldo del sofá. Con cuidado, porque tiene el propósito de airear esa camisa en el balcón y ponérsela mañana. Con el nudo de la corbata relajado, como Sinatra a la espera de las órdenes de Nelson Riddle. ¿Y si escuchara el disco de la ruptura con la Gardner? Demasiado complicado en el tetris que es su comedor en ese momento. Podría masturbarse luego, en la cama. Eso le relaja, pero se acuerda de que allí está Lluís, y esa experiencia, más que relajarle, le deprimiría un tanto. Alarga el brazo y levanta la tapa del portátil. El cedé de Sinatra está más o menos cerca. La música empieza a sonar. Baja:

*When your lonely heart
Has learned its lesson
You'd be hers
If only she would call
In the wee small hours
Of the morning
That's the time
You miss her most of all*

Uno nunca sabe —piensa Max— si ese bálsamo quema más que cura. Hay algo perversamente masoquista en la música popular. Seguro que, escuchando a Bach, uno no se enamoraba igual ni sufría de esta manera brutal en que se sufre hoy, porque hoy todo el mundo ha de ser feliz, amar, follar e irse de vacaciones lo más lejos posible.

Durante un buen rato ha tenido un ojo puesto en el portátil colocado a su lado, en el sofá. Sabe que no puede esperar un mensaje de Merche. Ya no es la hora permitida. Su marido regresa no más tarde de las ocho, siempre puntual. Ahora deben de estar recogiendo la cena, listos para irse a la cama o ver un nuevo capítulo de alguna serie de médicos o extraterrestres. Merche está casada y tiene dos hijos, varones, uno un poco mayor que la mayor de las suyas. Su marido trabaja para una empresa de reformas de baños y cocinas. Su marido, por lo tanto, arregla cualquier contingencia casera y le gusta tirársela diariamente. Al menos eso es lo que le comentó Merche cuando empezaron su relación. Después lo matizó, y ahora ni él pregunta ni ella responde. La idea le corroe el cerebro. ¿Qué hubiera hecho Frank? ¿Llamar a la Mafia? ¿Y qué podía hacer él? ¿Llamar a uno de sus amigos y soltarle —por enésima vez— las mismas penas de siempre? Bueno, Ava Gardner también folló lo suyo a expensas de Sinatra. Ponerle los cuernos a ese tipo debía de tener su qué. El padre de Max, ya fallecido, también tenía su leyenda. Siempre andaba presumiendo —ante el desespero en clave de fa de su mujer y madre de Max— de que le había quitado la novia a uno de los miembros del Dúo Dinámico. De acuerdo, no era lo mismo pero, en la mente de Max, Sinatra y su padre se mezclaban a menudo, aunque solo fuera porque uno era la antítesis del otro. Uno era cantante y el otro autobusero. Uno, millonario, corrupto y tocado por la mano de Dios; y el otro, pobre, honrado y olvidado por el concepto de Dios al completo.

No, no habrá mensajes esta noche. Quizá mañana, uno cariñoso o simplemente correcto. Es el equivalente a la llamada a primera hora con la que fantasea la canción. Antes, Merche siempre lo llamaba, pero ahora ya solo lo hacía de vez en cuando. Y es que las cosas han cambiado. Primero fueron los hechos, luego las sensaciones y ahora esta tierra de nada y de nadie en la que se halla varado.

Los hechos. ¿Cuáles son los hechos? Los hechos han venido siendo los siguientes: Virginia sospecha. Max disuade. Virginia indaga. Max niega. Virginia descubre. Max claudica. Virginia consigue una confesión a medias pero suficientemente satisfactoria. Max reconoce la existencia de otra mujer pero, fiel al pacto con Merche, no da nombre alguno. Virginia lanza globo sonda de que se trata de alguien del trabajo, pero nada más. A lo largo de esa escena, de hecho, a lo largo de varias escenas y varios momentos —pero que para Max, ahora, se concentran todas en un mismo momento y escena—, el marido infiel recuerda el vértigo de quien —como en una escena de dibujos animados— ya no tiene suelo, sino un abismo bajo los pies. No sabe planchar, no sabe amueblar un piso, ni nada sobre las revisiones médicas de sus hijos. No sabe a dónde ir, ni cómo explicar a sus familiares y amigos, o a sus propios hijos, por qué ha traicionado, por qué ha hecho lo que ha hecho. En función de qué causa ha roto el espejo, ha herido a tantos inocentes. El amor, le hubiera gustado decir. Un día llega el amor, el enamoramiento, regresa el deseo

sexual y descubres que lo que tienes es otra cosa, que no es suficiente para levantarte por las mañanas, enderezar el rumbo y que el viento pueda llevarte hacia delante. Y durante un tiempo vas con todo, porque uno somos muchos. Pero también llega el día en que la tristeza te cala los huesos y, entonces amigo, no hay nada que hacer. Las viejas ropas no abrigan; las nuevas, tampoco del todo. La traición no está en el nuevo sentir del amor. Sino en las mentiras de antes. En las mentiras necesarias para amarse. Es todo confuso y contradictorio. Para asumir la mortalidad del amor has de invocar su inmortalidad. Y para, llegado el momento, matarlo, has de haber jurado y perjurado que creías en su inmortalidad.

Merche, su recuerdo, le da fuerzas. No deja de repetirse que, antes de que su matrimonio reventara, ambos habían hecho planes para abandonarlo todo e iniciar una nueva vida. No sabían cómo, pero sí sabían que, llegado el momento, deberían hacerlo. Y buscaban cualquier momento para estar juntos. Comían, tomaban cafés, cenaban y se acostaban a la mínima posibilidad. No querían que nadie se oliera nada. Ni que los niños sufrieran o sus respectivos cónyuges sospecharan que, en el fondo, ya habían sido sustituidos. Cuando les daba por fantasear, al calor de un café con leche que se consumía en aras de no volver al hogar, a la normalidad, o bien en la cama, bajo la luz tenue, con los cuerpos aun calientes tras haberse amado, se decían que lo harían al mismo tiempo. Pondrían una fecha, la cumplirían, unos meses de descomprensión para demostrar que el clásico «no hay terceras personas» con ellos se cumplía y después, a la luz del día, formalizarían su relación, vivirían juntos y los niños de uno y otra se verían, se conocerían, se harían amigos y la felicidad sería inopinable. Una felicidad contra todos y contra todo, contra la experiencia y los consejos de amigos y familiares. Ni Max ni Merche veían que fuera una empresa sencilla, pero al menos la creían posible, y eso les liberaba de la asfixia de amarse a deshoras y entregarse luego a alguien a quien se acababa de traicionar. Tenían claro que si uno de ellos se adelantaba, en cierto modo, estaría presionando al otro para que tomara también la misma decisión. Pero, en fin, los hechos se habían precipitado. Tal vez era mejor así ¿no? La realidad toma sus propias decisiones. En cierto modo, alguien la había tomado por él. Es cierto que no opuso casi resistencia, porque no era una expulsión del Paraíso sino un atajo para alcanzarlo. Eso hizo que Virginia se sintiera más dolida y ofendida y, por lo tanto, que se mostrara más despiadada con los términos del divorcio.

Las sensaciones derivan de los hechos. Es algo que, por mucho que Merche lo niegue, Max tiene claro. Él, después de una cena de empresa, y después del revolcón un pelín alcoholizado de rigor, la puso al día de las novedades. Ella acusó el golpe con firmeza, aunque mudó la cara. No pudo evitarlo. Max trató de dejar las cosas claras, que eso no significaba que ella debería tomar una decisión con respecto a su matrimonio. Cada uno tenía que gestionar su propio tempo. La única diferencia era

que, ahora, él estaría libre todos los días y todas las noches, y sería más sencillo citarse, estar juntos. Y cuando ella quisiera dar el paso, pues que lo diera. Él tenía un montón de cosas por delante. Buscarse un piso de alquiler y amueblarlo, primera prioridad. ¿Le ayudaría ella? Por supuesto. Merche le preguntó por las sospechas de Virginia. Max la tranquilizó. Estaba a salvo: no había delatado a su amada. De eso no hace ni un año. A partir de ese día todo cambió. Merche lo niega, pero él sabe que ya nada ha vuelto a ser igual. Ella se asustó, se echó atrás, se sintió agobiada por alguien que, de repente, tenía todo el tiempo del mundo para vivir su amor. Se sintió contaminada por sus celos, sus miedos, sus angustias, su dolor, su convenio regulador, sus visitas al psicólogo infantil, sus problemas económicos. Él se lo echaba en cara y ella lo negaba. En ocasiones lo hacía de tal manera y de forma tan vehemente, que Max llegaba a dudar si no se trataría de visiones deformadas por su necesidad de pisar tierra firme, de sentirse seguro del amor de Merche, ahora que lo necesitaba tanto. Sensaciones equivocadas, en suma. También cesaron los cientos de correos electrónicos, los mensajes cariñosos al móvil, la necesidad de quedar a todas horas. Max podía entender el pánico de su amante porque, si empatizaba con ella, es más que probable que él hubiera reaccionado de forma parecida. Era cuestión de tiempo y de su pericia en pintarlo todo de colores maravillosos y acogedores. Se trataba de no presionarla, de mostrarse seguro, casi indiferente respecto a si ella le amaba o no. De hacerle creer que si no era con ella sería con otra, pero que él saldría adelante, y que Merche haría bien en no dejar pasar esa oportunidad de ser feliz que la vida brinda tan pocas veces.

Más hechos y sensaciones. Con la crisis, la correduría presentó un plan para aligerar el cuerpo administrativo. Si aceptaba voluntariamente, cobraría la indemnización íntegra y tendría lo del paro arreglado a primero de mes. Para asombro de Max, Merche aceptó. Argumentó que estaba puteada, que le pagaban una basura, que quería volver a matricularse en la universidad y acabar la carrera de Empresariales que había dejado en primero. Max se mojó, porque eso significaba dejar de verse cada día. Le parecía que era coger la primera salida de emergencia que había encontrado. Que eso solo, aislado, podía tener razón de ser. Pero, unido al cambio que él había notado en ella, les abocaba al desastre. Ya no recordaba la última vez que tomó la iniciativa de ir a su propio piso y acostarse juntos. Parecía que le apetecía más cuando todo era difícil y arriesgado. Ella, como siempre, le dio la vuelta a sus argumentos, lo tachó de egoísta y, al final, Max, aun sin estar convencido, accedió a darle la razón. Pero ¿cuál había sido el resultado? Tenían que tirar de móvil, porque el correo de casa siempre era más peligroso y sujeto a horarios compartidos con sus hijos con lo cual chatear fue una entelequia. En otro orden de cosas, pasó el plazo de preinscripción en la facultad y Raquel no encontró el momento de matricularse. Pero, según ella, no pasaba nada. Nada había cambiado. Son solo tus

sensaciones, le decía Merche, tus inseguridades, Max, que te engañan siempre. Como ahora que crees que tu pierna se te ha dormido —debido a la mala postura— e igual lo que pasa es que ha gangrenado y hedionda, está a punto de caérsete entre Laia y Virginia. Todo ello a los sonos de un muerto que recuerda la última noche que fueron jóvenes Ava y él. Y de todo hace algo así como un millón de años.

María tiene mil años, cabello blanco, ojos azules. Y en la barbilla, una empalizada de pelos irritados, como púas de jabalí. Dicen que conoció al padre del Rey, a un torero famoso, a un futbolista de regate fácil y disparo letal. Con esos ojos es posible. Ese azul de tonalidad casi imposible, que solo se encuentra en algunos glaciares y en sus ojos. Pero su mirada, desorbitada y fuera de control, hace mucho que no tiene sentido. No hay nada sensato detrás de esos ojos. María aborda a la gente siempre en el mismo tramo de calle. Balmes con Diputación. Si uno va andando, no hay problema. Apenas se le entiende y uno sigue a lo suyo. La petición, todas las veces, es idéntica. Un euro, un bocadillo. El conflicto, para los que no la conozcan, empieza si uno se detiene. Por ejemplo, para poner monedas en un parquímetro, uno de sus lugares favoritos. Entonces, María se te acerca, farfulla su petición de limosna y, si no le haces caso, simula que se desmaya, choca contra ti y, poco a poco, se deja caer al suelo. Eso sí, con los ojos abiertos, mirando de reojo dónde se deja caer. Si no la conoces, acudes en su auxilio, claro ¿qué vas a hacer? Si la conoces, sigues con lo que estés haciendo: sacando un ticket, parando un taxi, fumándote un cigarrillo... Todo eso con la vieja loca tirada en el suelo. La imagen es dura. Luego, te agachas, la enderezas y la apoyas contra una pared, te vas y que otro se haga cargo de aquello. Enseguida, cuando el desalmado se ha ido, María se endereza, e irá desmayándose aquí y allá en cuanto constate la presencia de un nuevo transeúnte. Y al recogerla, uno ve los ojos azules y los mocos colgando de la nariz. Ve el esputo y el vómito adheridos a las solapas de la chaqueta marrón. Huele que la mujer hiede a mierda y suciedad. Y sí, María quiere su bocadillo, pero también necesita captar la atención de alguien, aunque solo sea por unos minutos.

O quizá que una ambulancia la lleve a un hospital, y así estar caliente y sentirse atendida durante una hora o dos, notar que aún hay gente a quien le importa que esté viva o muerta.

Eso es lo que está pasando en estos momentos. Un vecino del barrio está esperando el comprobante de la zona azul con las piernas muy separadas. Con una de ellas aguanta a María, sentada en el suelo, como si fingiera ser una vieja dama bostoniana atacada por un vahído de melancolía. Cuando aparece el comprobante, el vecino la deja recostada contra el parquímetro y se dirige hacia su coche estacionado. Todo eso también lo está viendo Bruno, tras la cristalera de la cafetería. Su consumición está abonada y el carajillo, por mucho que él siga agitando la cucharilla en el interior de la taza, ya ha desaparecido. Solo grumos de azúcar que el metal trata de desincrustar de la porcelana. Está listo. Lleva puesta la chaqueta y la salida queda

a apenas unos dos metros de donde se halla. Bruno ve a María y a una pareja de turistas que se le acercan, y se sonríe ante la escena. Como restos de un pasado no tan lejano, piensa lo sencillo que sería dejarles en bragas. Pero eso ya no forma parte de su vida. Sus manos ya no se ensucian con tirones y robos. Todo eso quedó atrás. Y sin posibilidad alguna de retorno.

Le vibra el móvil en uno de los bolsillos del tejano. Ya sabe lo que va a decirle Cristian, pero no le queda más remedio que contestar. María, ante el nulo interés de los turistas, levanta el culo —ese trasero que, a buen seguro, besaron el padre del Rey, el futbolista y el torero— y, apoyada en la pared, espera a su nueva Caperucita.

—Me aburro, tío.

—¿Qué quieres que le haga?

—Llevan rato.

—Han pasado de la hora. Imagino que irán por el segundo. Yo estoy entretenido con la vieja del otro día, la que se desmaya.

—Ya.

—No te me distraigas, Cristian, no quiero que pase lo de la otra vez.

—No pasará, joder. Ya te expliqué que se me cruzó aquel coche.

—Por si acaso. Venga, que no debe tardar mucho.

Negocios de familia. Cristian, Raquel y Bruno. Siempre le queda el temor de que, cuando Raquel y él rompan, los hermanitos se harán con el negocio. Da igual que Raquel jure y perjure que ella jamás haría eso. Las traiciones nacen de los juramentos. Eso lo tiene Bruno más que claro. La gente te tiene en cuenta mientras tienes algo que ellos no tienen. Por eso se cuida muy mucho de explicarles todo lo que concierne al negocio. Y por supuesto, nada acerca de cómo consigue la información ni de las operaciones que se merienda él solito solo por el placer de hacer lo que le sale de los cojones y tener siempre pasta en los bolsillos.

Con Raquel lleva más de dos años. Ella tiene hijos de cuando estuvo casada. Un tiparraco de veintiocho años, un jovenzuelo de veinte y una adolescente de catorce. Raquel se acerca a la cincuentena. Se casó preñada y enamorada, pero las drogas hicieron que todo se jodiera. Al menos, eso fue lo que le explicó. La encontró cuando una mala racha le llevó a dormir en cajeros. Ya andaba con Cristian, su hermanastro, otra alma en pena. Raquel tenía clase, incluso en esas circunstancias. Iba siempre limpia y parecía un animal asustado a punto de ser atropellado en la autopista.

Cuando los conoció, a Cristian y Raquel, ella llevaba poco tiempo en la calle y algo menos en Barcelona. Los dos venían de Andalucía. Aún estaba guapa y no ensuciaba. Se colocaba con todo. Aquella vez estaba medio loca de disolvente y, de no ser por Bruno, se la hubieran follado hasta los árboles. Ella agradeció el interés y la protección de Bruno esa noche en que Cristian andaba perdido en sus guerras particulares. Durante mucho tiempo se hizo la estrecha. Era una señora. O al menos

se las daba de tal, y eso le gustaba a Bruno. Una señora, eso sí, a la que se le llenaba la boca hablando de sus hijos, allá en Sevilla. El mayor, al parecer, estudiaba para podólogo. En muchas ocasiones le daban ganas de hacerla callar. De decirle cuatro cosas, y que todos aquellos sueños de grandeza se vinieran abajo en nada, sepultados en bolsas de basura y silencios. En la calle todos son unos príncipes. Todos han tenido un pasado mítico, maravilloso, y solo la mala suerte, la maldad y las drogas los han llevado hasta allí. Y todo siempre es mentira y verdad.

Bruno la sacó de los cajeros. Primero fueron a vivir a los coches del descampado del club de fútbol sala Meiland, en el Vall d'Hebron. Era un progreso. Cualquiera que esté en la calle lo sabe. Cristian no quiso: él voló y ella eligió seguir a Bruno. Tenían un viejo Clio rojo para ellos dos y para Llort, un colega. Todo se estropeó un día en que ella y Bruno discutieron. Ella se puso celosa. Sin motivos, como siempre. Empezó con actitud impostada, como para demostrarse a sí misma que estaba enamorada. Pero acabó medio loca, desaparecida en la ciudad. Regresó más tarde de lo pactado con Llort —«a medianoche, la hora de las brujas, se cierran los coches»—, que era el propietario del automóvil, puesto que lo había heredado de un portugués. Bruno y Llort estaban dormidos cuando Raquel se presentó, borracha y con ganas de jaleo. No le abrieron. Raquel encontró una piedra de considerables dimensiones y, sacando fuerzas de no se sabe dónde, la lanzó contra el parabrisas delantero, que se hizo añicos y cayó roto en mil fragmentos sobre Bruno y Llort. Éste salió hecho una furia y fue a por ella. Bruno tardó unos instantes más, por esa estúpida manía suya de dormir con el cinturón de seguridad abrochado. Cuando Bruno llegó a donde estaban ellos, Llort ya se había desahogado con ella. Hizo lo que pudo y ella se lo agradeció, amansándose enseguida, pidiendo disculpas y haciendo promesas por todo. De vuelta a los cajeros. La suerte hizo que no pasara mucho tiempo antes de cruzarse con el negro Astatke, que les alquiló una habitación en una nave industrial abandonada, donde él almacenaba chatarra. Puso como condición, además del alquiler, que nada de drogas ni peleas ni insultos a Nuestro Señor Jesucristo, ya que él era un santurrón copto y no admitía tonterías al respecto. A ese, su nuevo hogar, empezó a venir Cristian a dormir otra vez con ellos. E incluso les fue a visitar en un par de ocasiones el hijo mayor, el eterno aspirante a toquetear pies. En esas ocasiones, Bruno tenía que dormir abajo, con Cristian y Astatke, y volverse invisible a los ojos de Raquel, quizás avergonzada de la edad o la apariencia de su compañero. Pero Bruno parecía aceptarlo todo. Al menos al principio. Ahora, a medida que Raquel ha envejecido y enfermado, cada vez piensa hacer menos concesiones.

—Me aburro.

—Joder, Cristian, hazte una paja.

—Pero...

—Espera, que hay movimiento.

La puerta acristalada se ha abierto y, en esta ocasión, la pareja sale separada. Primero el hombre. Un atlético cuarentón, con trate, corbata y gafas de sol. Cabello rubio, oscurecido de recién mojado. Tiene prisa. Está en buena forma. Bruno ha de salir ya mismo. Enseguida ve aparecer a la chica. Sudamericana, menuda, pintarrajeada, evidentemente más joven que su pareja, seguro que es su jefe, su supervisor, su tres escalones más arriba. Está a punto de llamar a Cristian y decirle que la deje estar, que no la siga, que con ella no van a ninguna parte. No tendrá pasta, probablemente estará soltera o separada, y sus amigos y familiares no serán partidarios de la salida diplomática ni del pago de un rescate preventivo. Pero no le telefona. Al menos que su cuñado corra un rato y se gane el sustento.

A Bruno la salida de la cafetería se le complica en el último momento. Un par de jubiladas tratan de entrar con sus carros de la compra para tomarse un café con leche y jugarse el cambio y algo más en la tragaperras. Bruno trata de no perder de vista al tipo, que camina rápido, abre el móvil, llama a la oficina o a casa y cruza Balmes en rojo. El cabrón quiere dejar atrás el cadáver lo antes posible. Cuando Bruno llega a la calle, la distancia es tal que si el tipo tiene el coche en un parking o aparcado allí mismo, la espera no les habrá servido de nada. De hecho, ya no lo ve. Ha de dejarse llevar por la intuición y elegir entre esa calle peatonal, seguirle por Balmes o... ¡Bendita María! ¿Quién iba a decir que Bruno tendría que agradecerle algo a esa tarada? Ha de corregir su inercia para no toparse con su objetivo. Su presa sostiene con los brazos a una vieja loca de ojos azules, fingidora de desmayos que, de paso, se limpia mocos y esputos en el abrigo beige del Pincel de las Gafas de Sol. Bruno muestra interés por el suceso.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. Esta señora se ha venido hasta mí y se ha desmayado.

—Mejor será que la llevemos a un hospital.

—Igual solo es un mareo. Esta señora tiene problemas. Es evidente. Llevará días sin comer...

—¿Tiene usted el coche por aquí?

—Sí, no... ¿Por qué lo dice?

—Para acercar a la señora...

—No puede ser.

—¿Por qué no puede ser?

—Porque no. Tengo el coche limpio y...

—Ya, pero...

—Tengo prisa. No puedo.

—Llamemos a una ambulancia.

—Sí, sí... ¿Llama usted?

—No tengo móvil. Veo que usted tiene uno —dice Bruno—. Llame.

—Sí, sí... Joder, con la prisa que tengo —contesta el tipo mientras maniobra como puede con la vieja en un intento de sacársela de encima y dejarla en un lugar donde esté más o menos cómoda.

—Deme, ya llamo yo.

Es una apuesta arriesgada. Aquel hombre está arrodillado ante María, ahora ya sus ojos azules cerrados, y le alcanza el móvil no sin antes lanzarle una experimentada mirada suspicaz por encima de las gafas. Mala espina. Lo primero que hace Bruno es marcar su propio número de móvil y colgar enseguida. Eso facilitará las cosas. Ya no es tan importante saber la matrícula del coche. Si la obtiene, de coña. Si no, ya tiene un teléfono de contacto. Lo siguiente que hace es marcar el teléfono de Urgencias. A María la molarán y asearán, comerá y estará calentita unas horas. El tipo parece inquieto.

—Me tienen en espera.

—Deme el móvil.

Bruno se lo devuelve y su dueño lo pliega en su mano, un tanto simiesca y grande.

—¿Qué hace? Si era cuestión de minutos... Esta señora...

—No pasa nada. Mire, yo haré que les envíen una ambulancia. Soy policía. Me esperan en la comisaría del aeropuerto. Le doy mi palabra de que, dentro de nada, llegará una ambulancia.

Bruno queda hipnotizado ante la placa que le ha mostrado durante unos segundos. Después, el tipo echa una mirada a la vieja —«No parece nada grave, abuela»—, le da un animoso golpe a Bruno en el brazo y se larga a grandes zancadas calle abajo. Bruno sabe que la jornada de caza ha sido un desastre. Suena el móvil. Cristian.

—Oye, es una desgraciada. No creo que saquemos nada de aquí.

—Pues el tío es poli, o sea que a tomar por culo.

—Joder, todo para nada.

Sí, todo para nada. Bruno suspira profundamente mientras se mete el móvil en el bolsillo. Le sobreviene una sensación de pereza y decepción que le aplasta contra el suelo y hace que apenas pueda moverse del sitio. Los coches bajan como disparos desde el Tibidabo hacia el centro de la ciudad. El cielo, azul e inmenso, recortado contra los edificios de la ciudad, no esconde nada, ni dioses ni nubes. Bruno debe decidir si esperar a la siguiente pareja o dejarlo para la tarde, para la noche o ya para mañana. No sabe qué hacer. Lo único seguro es que dentro de poco un expediente con la propuesta de expulsión de una chica sudamericana se perderá en las entrañas de Leviatán, que un poli se sentirá como Hernán Cortés y que María puede esperar a la ambulancia si quiere, pero que lo hará solita, porque él está harto de ella y de su puta mala estrella.

—¿Que cómo es esto?

Pues mira, a apenas unos veinte metros de la Place de la République, ya en el Boulevard Magenta, te das de bruces con el café Pierre. Siempre están mojadas las aceras en París. Cuando no es la lluvia, son los surtidores del ayuntamiento o alguien limpiando la escalera en círculo hasta el portal, ya en la acera. En el asfalto los autos guiñan luces e intermitentes. En el café Pierre puedes optar por sentarte en la terraza o quedarte dentro, tras los cristales, en los viejos pero cómodos asientos de un color que antes llamaban burdeos. Siempre suele haber gente en el café Pierre. Turistas las más de las veces, especialmente a la hora del desayuno. La gente del barrio solo se deja caer a última hora de la tarde, para sentarse y ver pasar a unos y otros por aquella intersección de la Rue du Lundy, yendo de aquí para allá, vecinos y extraños, negros muy negros, blancos muy blancos, negros pálidos, blancos oscuros que venden elefantes o tortugas de terracota a tu elección, árabes, orientales, ricos, pobres, mendigos, borrachos, estudiantes, mujeres, hombres, niños, ciclistas, algún gendarme que aún no ha decidido si está o no está de buen humor. En otro de los brazos del Boulevard Magenta, la Rue du Château d'Eau, queda una pizzería de horarios estrictos y un *fast food* regentado por un francés de Argel que, de tanto hablar en mil idiomas, probablemente ya no sabe hablar ninguno. Sirve, supuestamente, tres platos distintos. En todos ellos hay pollo y patatas fritas.

La Place de la République es como una araña.

—¿Por qué?

Me lo parece a mí, al menos. Porque abre sus patas en calles y boulevares. En las paredes hay placas que recuerdan gente abatida por los nazis, escondrijos y oscuras escaleras para guardar bicicletas y conspiradores de Vichy, héroes humildes sobre los que se construyeron piras de fotos en blanco y negro, viajes en Vespa, acordeones, cafés con cristales empañados, gente joven, enamorada. Como tú y yo.

—Debe de ser bonito.

—Lo es.

—Te lo escribo luego.

—Sí.

El hotel Exposition es barato pero limpio. Ubicado en los primeros números del Boulevard Magenta, lo regentan tres hermanos rumanos. Uno de ellos, el más pequeño, siempre está con un portátil sobre las rodillas, conectado al Facebook, como tú. Es broma. El mayor se encarga del comedor y el tercero no tiene función asignada, ayuda por aquí y haraganea por allá. El hotel tiene habitaciones con lavabo

pero diminuto, como lo es también el ascensor: apenas cabe uno y su maleta. Por todos lados te encuentras cuadros absurdos, a lo largo de las escaleras estrechas, y todos, absolutamente todos los suelos están enmoquetados de tal manera que parece que en el momento de construir el hotel, alguien, dejó desenroscar desde el último piso una moqueta de mil metros hasta la calle, y así se quedó hasta el día de hoy. Te escribo esto para que lo veas tal como lo veo yo.

La habitación número 20, la nuestra, tiene una cama de matrimonio, una televisión de plasma y un pequeño balcón que da al Magenta. El sonido del inodoro se va apagando lentamente después de haber sido usado. Tanto que es posible que no se apague nunca. La puerta del lavabo hace que no se oigan las risas de los turistas italianos, jóvenes y divertidos, dos chicos y una chica, Chiara, eso seguro, porque uno de los chavales no hace más que decir su nombre —Chiara, Chiara—, casi a modo de sortilegio. La puerta del balcón está abierta y el frescor de la tarde, recién llovido, entra en forma de brisa. Cielos oscuros que se transforman en lluvia y en unos instantes en azules benévolos, son el escenario que este mes de abril regala a París, pero ya me callo, porque no quiero escribirte nada más, hija de perra.

Sentado en un extremo de la cama, Max tiene la cabeza entre los brazos. Parece esculpido en bronce, no se mueve. Como si fuera un último momento para estar consigo mismo. Pero un último momento ¿para qué? Un último momento para nada. ¿Guarda usted el documento? Sí. No. Por el suelo de la habitación, la papelera abollada, la maleta con huellas de las suelas de sus zapatos. Max se ha dejado llevar por la furia.

Suena el móvil. Duda en cogerlo. Un instante, una chulería.

—Hola.

—¿Qué haces?

—Nada.

—Te he estado llamando.

—Lo sé.

—¿No has querido cogerlo?

—No.

—Lo entiendo.

—Es fácil de entender.

—Entiendo que estés enfadado conmigo. Que estés harto de mí pero quiero que sepas que lo siento. Mucho. No sabes cuánto.

—Si llamas por eso, quédate tranquila.

—Me gustaría estar allí contigo...

—No, por favor, eso sí que no.

—Ya lo sé, ya lo sé...

—Lo habíamos hablado un montón de veces. Habíamos buscado la mejor fecha,

los mejores horarios. Cambié las visitas de mis hijos, saqué los billetes, soñamos con todo esto y me lo dices esta mañana, a primera hora, me dices que...

—Lo sé, lo sé. Yo estaba allí, ¿recuerdas?

—No sé si estabas. Lo único que sé es que ahora tú no estás aquí y yo sigo estando aquí, solo, jodido. Como siempre últimamente, por cierto.

—Podías haberlo anulado.

—Ésa no es la cuestión, por Dios.

—Ya. Lo siento, Max, de verdad...

—Pero ¿por qué?

—No lo sé. Ahora no lo entiendo. Era todo el montaje. Tuve miedo. No podía hacerlo. Anoche hablé con él y lo vi tan vulnerable, tan ajeno a la mentira, tan indefenso. Y mis hijos en casa de mi madre, porque con él no podía dejarlos, ¿y si pasaba algo con el avión? ¿Y si le daba por llamar a...?

—Mira, si hiciera un esfuerzo podría entenderte, pero es que no quiero hacerlo. Ya no. He de pensar en mí. Y yo estoy aquí reventado, con el corazón roto y tú estás allá, cuando tendríamos que estar los dos aquí, cogidos de la mano, paseando por las calles de París...

—Por favor, por favor...

—¿No es muy tarde para llamarme?

—Él no está en casa. Había hecho sus planes y no está.

—Tan vulnerable.

—Max...

—Igual está con su novia.

—No sigas.

—¿Qué pasa? ¿No tengo ni derecho a enfadarme o a ser borde? Al parecer, yo solo me he de limitar a entender a todos y encajarlo todo.

—Tuve miedo. Eso es todo.

—Ya. Miedo de él, pero no miedo de mí.

—¿De ti?

—De mi enfado, de mi dolor, de mi reacción.

—Es distinto.

—¿Qué es distinto?

—Tú eres distinto.

—Ya.

—Por eso me gustas. Porque no eres como él.

—Pues déjale y vente conmigo. Coge un avión. Aún nos quedará un día.

—Sabes que no puedo.

—¿Qué es lo que no puedes? ¿Dejarle o venir en avión?

—No es fácil.

—Tampoco lo fue para mí.

—A ti te pillaron. Eso precipitó las cosas y...

—Haz que te pillen.

—No ha sido una buena idea llamarte. Voy a colgar.

—No cuelgues, por favor, no cuelgues.

—No cuelgo.

...

—¿Cómo es París?

Nuestro barco se llamaba Jeanne Moureau. Es, o era, una actriz. Creo que no se ha muerto todavía. Bueno, da igual. El barco pasa bajo todos los puentes de la ciudad. Los mismos que cruzaron Picasso y todos los otros, poetas, cantantes, Belmondo, Hitler, la Piaf. Unos puentes que el general Dietrich von Choltitz no quiso destruir. La carga explosiva que almacenaban no fue detonada, desobedeciendo las órdenes que llegaban del propio Führer, enloquecido. En los márgenes del río ves una serie de instantáneas que te reconcilian con tu especie y con la idea de ser libre, bueno, no sé, es algo especial. Parejas que pasean, hablan, ríen, se dejan hechizar con la escenografía. Gente solitaria, aquel chico que compone canciones con su guitarra, el niño que saluda a los barcos, el vigilante, los libreros de viejo, parejas que bailan sin música el tango en el Quai de la Seine, cerca de la estación de Austerlitz, a espaldas de las gárgolas de Notre Dame, y decenas de campanas, cada una con su nombre y su corazón destrozado. Pasan coches, motos, la policía con sus luces azules, gitanos con dientes de oro, fantasmas vivos de fantasmas muertos y *baguettes*, la barba de Zuavo, el gigante de las crecidas, los amantes del Pont Neuf, Oscar Wilde, Balzac, Jim Morrison, no sé, todos los fugitivos. Bajo los arcos de uno de esos puentes, el políglota guía sugiere cerrar los ojos y desear algo. Merche, yo deseé poderte olvidar y que tú no me olvidaras nunca. Deseé regresar a París contigo algún día, el próximo año a lo más tardar. Deseé ser fuerte y guillotinar me el brazo gangrenado. Deseé ser lo suficientemente fuerte como para seguir adelante, aunque ya no tuviera brazos ni dignidad ni lugares donde esconderme, defenderme, hacerme invisible. Era solo un deseo el que se podía solicitar, ya lo sé pero aunque a primera vista pudiera parecer que se trataba de varios deseos, si se mira bien, todo aquello es coherente, constituye un único deseo: ser feliz y serlo contigo o sin ti. Las luces iban y venían en París. Llovía y dejaba de llover. Las gotas descendían por los ventanales acristalados de la embarcación. Los burgueses de Calais lloraban gotas de metal. Alguien se prometía para siempre entre los hierros de la torre Eiffel. Asesinos y héroes, desgraciados y psicópatas, hambrientos de muerte y justicia, el espinazo se te encoge ante el terror y el olor a podredumbre y revolución, Benjamín Biolay, Rose Kennedy, Louis de Funes, Ciudadano Hijo Puta Marat, Charlotte Corday, la Maga enloquecida jugando a buscarte en el metro, bajo la ciudad.

—¿Cómo es París?

—Como te lo imaginas. Mejor aún.

—¿Qué vas a hacer? ¿Qué hora es allí?

—La misma de allá. No sé, saldré, supongo.

—Míralo todo para mí.

—Sí.

—Max...

—¿Qué?

—Lo siento.

—Eso ya lo has dicho antes.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Qué quieres que haga?

—Dime que me quieres.

—Te quiero.

—¿Por qué no me dejas?

—¿Quieres que lo haga? ¿Quieres que te deje?

—No me contestes con una pregunta. ¿Por qué no me dejas, y así acabará toda esta tortura? Estarás tranquila. Todo te encajará. No sé, pudiendo estar aquí con la persona a la que amas estás sola allí, aliviada porque él no está contigo, llamándome y preguntándome cómo es París. ¿No ves que no tiene ningún sentido?

—Quizá deberíamos dejarlo.

—Deberíamos no.

—Debería.

—Sí, quizá sí...

—Un tiempo o...

...

—Voy a colgar.

...

—No, Merche, por favor, no cuelgues, no me dejes. No hablaba en serio. Esta historia es una historia maravillosa, ¿no lo ves? Cuanto más cuesta, más fuerte es. Te quiero, me quieres y ya está. No hay nada más que eso. ¿No lo ves?

—Sí.

—Voy a salir a que me dé el aire. Es un pecado estar aquí y no hacerlo. Cuando vuelva, te envío un mail y te explico lo que haya visto, lo que expliquen los guías, lo que lea en los trípticos, en todos los papeles que encuentre por todas partes.

—No sé cuándo lo podré ver.

—No importa. No espero respuesta. Léelo cuando puedas. Mañana, cuando te despiertes.

—Vale. Buenas noches.

—*Bon soir.*

—*Bon soir.*

—*Je t'aime moi non plus.*

—¿Qué dices, loco?

—Cierra los ojos: verás París como lo veo yo.

—¿Y cómo lo ves tú?

—Bueno, a apenas unos veinte metros de la Place de la République, ya en el Boulevard Magenta, te das de bruces con el café Pierre. Siempre están mojadas las aceras en París.

Tras los primeros encuentros con Max, Merche regresaba a casa como una res que se hubiera perdido. Magullada pero viva, con el cuerpo lacerado, confusa, alegremente culpable. Con esa felicidad que solo da jugársela a lo cotidiano y vencer. Al volver, hubiera deseado ser invisible, que sus pasos no tuvieran eco ni su cuerpo dimensión. Y así evitar que Gero y sus hijos reparasen en ella y se vieran obligados a reaccionar. Impelidos a preguntar, abrazar, hablar, tocar, quejarse. Le hubiera gustado entrar en casa de puntillas, con pies de gata, para encerrarse en el lavabo o, mejor aún, meterse en el dormitorio y echarse a dormir una semana, un mes. Un «No molestar», un «Mamá está enferma, rota, agotada: dejémosla descansar». Pero nunca era así. En el ascensor, o en la misma puerta de entrada del piso, Merche mudaba su cara como una veterana comediente entre bambalinas. Organizaba sus gestos de cariño afectado y evasivo porque su personaje solo era fuerte en el ruido y en las acciones, en los besos atolondrados, en la charla inconcreta. Y es que, en aquellos primeros momentos, la mujer que quedaba bajo la máscara era muy vulnerable. Tenía los pechos lastimados, las marcas de las manos de otro hombre, su olor, su semen moviéndose como agua caliente en el cuenco de su cuerpo.

Ahora, meses, años después, Merche regresa con la culpabilidad difuminada del asesino a sueldo, la alegría mortecina de la paga pactada y semanal. Pesa sobre sus hombros la enorme pereza del engaño y el hecho de estar casada con un hombre al que no ama y al que amó y ser la amante de otro al que tampoco ama y al que también amó. Menudo negocio, se oye pensar. La aventura hace tiempo iniciada, ¿no tiene ya un tono monótono, casi matrimonial? Ella hace mucho tiempo que no toma la iniciativa, que no se siente arrebatada, pero él se conforma con cualquier cosa, es un perro al que se puede pegar y pegar: una caricia después devuelve todo el amor incondicional al amo. ¿Y si solo fuera sexo? ¿Una rutina sexual? ¿Habría algún problema en eso, Merche? Porque Max le entrega el momento extasiado en el que ya no es ella, en el que ni su pecho ni su vientre sudado, ni sus piernas enredadas le pertenecen. Cuando eso pasa, cuando eso aún está, entonces todo vale la pena. Porque con su marido, el sexo es una goma elástica, rápida y virulenta, que chasquea hoy para alargarse hasta donde ella quiera y él pueda, sin dolor, aguantar.

Teniendo a Max y teniendo a su marido, se siente deseada, querida, atribulada, solar. Eso tiene un precio. Lo paga. Ya está. Max tenía hoy una variz azulada en una de las piernas. Le dolía —¿por qué piensa en eso ahora? ¿Por qué eso ahora es importante, trascendental?—. Ella le ha dicho que pasear por la orilla del mar, con los pies hundidos en el agua fría, ayuda a la circulación de la sangre. «¿Pero eso las hace

desaparecer?» ha preguntado Max. Merche no lo sabía. Ni tan siquiera eso. Ni si le han de importar las varices de él. Si irán a peor. Si ella estará allí cuando revienten. ¿A cuento de qué le coge desprevenida esa intimidad truncada? ¿Por qué se enternece con Max mirándose la pierna, esa melancólica sensación de descubrir su mortalidad?

¿Por qué no le llama de una vez y hacen las paces? Luego, lo haré luego.

Después, sentada en un extremo de la cama, Merche se ha dicho que no quiere volver a ese apartamento. Porque allí todos los rincones la señalan con el dedo, la acusan de traición, crimen de lesa humanidad contra el amor y el futuro. Tanta cotidianidad hace daño, Max, ¿es que no lo ves? Aunque Merche reconozca que es inevitable que todo sea cotidiano después del tiempo transcurrido, Así como se han ido amortiguando la punzada de los celos, el dolor leve y ya no profundo de carnes conocidas, años que se suceden y niños que aprenden idiomas. Como será previsible el próximo verano, otro estío sin planes para nadie adulto. Sin esperanza, sin añoranza, un periodo vacacional también para los apretones del deseo y las llamadas diarias de cariño, que un día fue amor y pasión por verse, por ir y ver que el otro también ha venido para verte, y vuelta a empezar. Todo está bien ahora. Todo es tibio.

No ha sido justa con Max. Lo sabe. Y también sabe que debería llamar para disculparse. Como amantes de largo recorrido, hace tiempo que acabaron incluyendo a sus parejas y ex parejas en el aquelarre de su rutina y de su pasión. Era norma de buena educación eximir a aquéllos del crimen, pero a medida que meses y años pasaban, fueron analizados, examinados y condenados en luego cruzado después del coito. Así, por ejemplo, tanto Merche como Max habían lanzado decenas de veces el tarot amañado contra Virginia y contra Gero. Tenía todo ello algo de familiar y definitivo, como reconocer quién era el dueño que te reclamaba para sí. Ronronear una vez acaecida la certeza del cambio de guardia. Y aquella tarde Max había hecho, ni más ni menos, lo mismo que en esas otras ocasiones. Opinar. Tomar a Cero de los hombros y alzarse por encima unos centímetros, los suficientes para sentirse por unos momentos él, el amo; y el otro, el impostor. Cero se había hecho un lío con los números de inscripción del colegio de los niños. En vez de optar por las diferentes modalidades de pago, lo había sumado todo e ingresado el resultado total en el banco. Le pareció caro pero no hizo nada. Deshacer el error contable estaba resultando complicado.

—No se fijó porque nunca se encarga él.

—Ya.

—Te tiene a ti, que lo haces una y otra vez.

—Él hace otras cosas.

—Compra, va a buscar a los críos a las actividades escolares y ...¿algo más? No, nada más.

—Trabaja.

—Yo también trabajo, y cuando vivía con ella me encargaba de todo.

—Él es como es y hace lo que hace.

Nunca el nombre: es fácil traicionar a alguien que no es como tú, sin señas, sin placa identificativa, como un cadáver en un incendio.

—Él sí que sabe. Felicidades.

—No es necesario dármelas. Llámale y dáselas a él, si quieres. Es quien se las merece.

—Así lo haré.

—¿Y ella? ¿Qué hacía ella? ¿De qué se encargaba? Bueno, ya da igual ¿no? Paso al lavabo. Tengo prisa.

—¿Has de revisar facturas?

—Exacto. No todos somos como tú. Algunos nos despistamos y todo.

Max ha intentado herirla. No es tan fácil como antes. Es consciente de que ahora anda sobre arenas movedizas. ¿Recuerdas las viejas películas de Tarzán? La rama salvadora acababa por quebrarse. Así que es mejor no moverse, amigo. Antes, cuando él también tenía los pies firmemente anclados en una casa con hipoteca, una esposa solícita y tres hijos, sus palabras hacían más daño. Las amenazas podían cumplirse, las dudas lo inundaban todo y una debía ser consciente de lo que hacía y decía, si no quería perder algo que aún no sabía si quería perder. Max, antes, podía regresar a algún sitio. Ahora no. Ahora quedó a la intemperie, atrapado en la inutilidad de ser un varón que pasó de mujer a mujer toda su vida, hasta el final del callejón repleto de camisas por planchar, alopecia y menos testosterona. Sus frases enojadas no dejan mella, apenas escuecen, son solo el último ladrido del animal lastimado que sabe de quién depende tanto para las caricias como para comer. Merche sospecha que ha atravesado el límite de la crueldad, pero ¿qué puede hacer ella con la dignidad de los otros? La pierde uno, la recupera, si es posible, ese mismo uno. No cabe canje por ella. Tampoco armisticio. Y eso no tiene nada que ver con el querer, piensa ahora, mientras abre la puerta de su domicilio, con las cartas recién recogidas del buzón. Porque ella quiere a Max. Y quiere a Gero. Y a sus hijos. Los quiere a todos.

Extractos bancarios, consumo de luz y móvil, pizzas a domicilio, saldo de sartenes. La puerta se cierra tras ella. Las llaves caen sobre una pieza de porcelana que tiene algo de estanque, y aquéllas tienen también algo de peces metálicos que estallan de alegría al entrar en contacto con su elemento natural. La Visa no ha dado ningún susto, en la tele vuelven a salir los mismos catetos en busca de alguna redención. Una factura de su móvil. Revisa el listado. Algún mensaje que no debería. Alguna llamada que no debería. Con todo, nada sospechoso, ni siquiera para alguien tan dado a los espasmos celosos como su marido.

De repente, oye ruidos en el otro extremo de la casa. Consulta la hora en el reloj del comedor. Sí, alguien está en casa y no debería haber nadie. A esas horas de la

tarde, todos deberían estar fuera: trabajando Gero, en inglés y balonmano el resto de la familia. Igual es el aparato de música en la habitación del mayor de sus hijos. No sería la primera vez. Pero Merche no logra distinguir voces o música alguna sino un monótono sonido, a modo de feo diapasón. Cuando llega a la puerta de la habitación de su hijo, coge el pomo y abre sin hacer ruido. Al cabo de unos segundos vuelve a cerrar, asustada, avergonzada y arañada en un muro interior que no sabe si es de mujer, de madre o de un simple testigo que no debería haber estado allí. Vuelve Merche al comedor, al sofá, y coge el móvil. Lo tenía apagado. El aparato vibra con el nombre de Ada, que parpadea. Ada no es Ada. Ada era una divertida antigua compañera de trabajo cuyo número de teléfono, por cierto, nunca tuvo. Ada es Max, a resguardo de las indagaciones de Gero. El bueno de Max no ha tenido ni el orgullo suficiente para esperar que Merche se disculpe. No ha aguantado ni un par de horas su promesa de quemarlo todo de una vez. ¿Quién puede amar a alguien tan sumiso...? ¿A alguien que sabes que no puedes perder? No, no atiende la llamada. No es el momento ahora. No le apetece. Max travestido en una Ada. A la mente le viene aquella película: la madre de *Psicosis*... ¿Cómo se llamaba aquella mujer? ¿Tenía nombre? Seguro que Max lo sabría. Max sabe todo de todo. Tony Perkins era, está segura, Norman Bates. La imaginación de Merche juega a ser mala y le pone una peluca a Max. Cambiaría el nombre en su agenda si supiera que está escribiendo bien Bates. Le acomplejan sus faltas de ortografía, el lío del inglés con sus vocales traicioneras. «No, no es el momento, y por eso rechazo tu entrada, cariño». No es el momento, señor o señora Bates, porque Merche ha de marcar uno de sus números favoritos y baratísimos: el de su hijo mayor. Suenan dos, tres timbrazos...

—Sí...

—Cariño, soy la mama... ¿dónde estás?

—En casa.

—¿No tenías entreno?

—Ahora me voy.

—Llegas tarde.

—Lo sé, mama, no me agobies. Me había dejado la bolsa. ¿Qué quieres...?

—Nada. Sal ya o no te dará tiempo de llegar.

—Estoy en la puerta para irme corriendo. Si no me hubieras llamado, estaría ya en la calle.

—Perdona entonces. Cierra bien con llave y dame un par de besos cuando pases por el comedor.

La mentira no siempre duele: puede llegar a calentar como una caricia. De hecho, te lo hace todo fácil, soluciona las situaciones, te deja el corazón hueco y ligero para echar a volar, para dejarte caer sobre las nubes, mecida por la inexorable ley de la gravedad.

La gente, en ocasiones —en demasiadas ocasiones, sentenciaría Cristian— hace cosas extrañas, dice Bruno. ¿Por qué no aceptar la mala noche, pagar la deuda y a casita, que mañana será otro día? ¿Por qué no hacerlo fácil, joder? ¿Un problema de confianza? Bien, de acuerdo, pero igual hace falta arrojar un poco de fe en este mundo descreído sin esperar nada a cambio para que las cosas se arreglen, ¿no? ¿Tan difícil es eso?

La solución —al error, al problema— es, a criterio de Bruno, ajustada, limpia. Pero ha de intervenir la confianza en la palabra del tipo que te está extorsionando. De acuerdo, es difícil cuadrar virtud y agresor, pero cabe esa posibilidad. Si Bruno dice cuatro plazos, serán cuatro. Bien, a veces han sido cinco, seis, raramente siete, pero nunca diez, por ejemplo. Hay quien confía en él —su palabra, sus plazos, sus maneras de pedir el dinero, de despedirse casi con camaradería— y quien se pone nervioso en la primera entrega. Un remordimiento. Una cofradía de recaudación moral. Un terrible grano en el culo, pero ¿qué sería capaz de pagar uno por despertar de una pesadilla que es real, enmendar un error trascendental, liquidar una deuda...? Tienes un problema, y el problema se soluciona pagando. No hay muertos. No hay daños irreparables. El dinero limpia los pecados, sana las llagas, endereza los malos pasos. Siempre ha sido así. Como dice Astatke, cuando le da por beber alcohol y no incienso, el problema con Caín lúe que no tenía un cajero a mano.

Tú fuiste un polla brava, tú fuiste una gatita caliente. Tú te liaste con tu cuñado, con la amiga de tu novia, con tu compañero de trabajo, con tu lo que sea. La has cagado y te escondes porque eso no está bien; si no, no te ocultarías, ¿no? Porque eso, de saberse, te podría traer problemas. ¿Me sigues? Problemas que no se solucionan solo con dinero, amigo. Dolor, llantos, desahucios de casas, sofás, rincones favoritos, álbumes de fotos, vacaciones en la playa, recuerdos rotos, medidas de alejamiento. Abogados, ex suegros, ex cuñados, hijos reventados por dentro, psicólogos infantiles, profesores y otras entidades succionadoras de tu sangre. Todo ha sido un error de cálculo. Un aviso. Creías que nadie te había visto y resulta que te vieron. Te equivocaste. Y eso tiene un precio. Un precio para olvidar que te vimos. ¿Tan difícil resultaba entender eso? Al parecer, para algunos, sí.

A Bruno no le pareció necesario pedirle a Cristian que le acompañara. Fue él solito porque, si lo hacía así, siempre podía sisar algo del pago, y porque luego quería andar por aquí y allá en busca de unas buenas cartas. Ahora lo lamentaba, claro.

Cuando Bruno se apeó en el andén acordado de la Línea 1, el primer tipo ya le esperaba. No recordaba su cara. Es probable que hubiera sido Cristian quien lo

siguiera el día de la cacería. Pero allí estaba, con las trazas que Raquel le indicó. Sentado en el banco plastificado, en la plataforma entre vías, con una chaqueta beige sobre las rodillas, camisa blanca y corbata a rayas verdes y rojas. La chaqueta siempre era opcional, bromeaba Bruno, pero era muy estricto con el resto del uniforme. Una camisa blanca la tiene cualquiera en su armario. Y si no, te la compras, que van baratas. En cuanto a la corbata, bastaba con que se concretara cómo era, con colores que existieran en el mundo real y no exclusivamente en los catálogos de moda. Cuando la pagana era una mujer, se encargaba de cobrar Raquel, acompañada por él o por Cristian, y también era ella —quizá más caprichosa de lo que a Bruno le hubiera gustado— quien decidía la vestimenta.

Con paso tranquilo, Bruno llegó al banco y se sentó al lado del hombre. Esperó a que el resto de los pasajeros desalojara la plataforma para preguntarle un «qué tal» que no sonara a burla. El hombre, aparte del primer vistazo de reojo con que le había recibido, mantuvo la mirada fija más allá. No contestó hasta que hubieron pasado unos segundos, y cuando lo hizo, fue con otra pregunta:

—¿Cuándo acabará esto?

«Pero si no ha hecho más que empezar, tío», estuvo a punto de espetarle Bruno, pero no lo hizo. Como el tipo había sido puntual, aún tenía un margen de media hora antes del siguiente.

—¿Cómo te llamas? No contestas. Ya sé cómo te llamas, pero no me acuerdo. Sí, hemos conseguido tu teléfono, tu nombre y todo lo demás, pero intento no recordarlo, y eso es bueno. —A Bruno le daba seguridad hablar en plural y hacerle creer al tipo que tenía enfrente que estaba controlado por dos o tres desconocidos, y que en ese momento tenían los ojos puestos en ellos—. En fin, como te llames...

—Javier...

—Javier... ¿Tienes los nueve mil euros? Si los tienes, se acaba hoy mismo. Ahora. Me los das y ya no nos vemos nunca más.

—¿Y yo cómo lo sé? ¿Cómo puedo tener la certeza de que no volverán a por más?

—¿Te vale con mi palabra? ¿No? Porque los hombres no tenemos nada más.

—No me vale mucho, no...

—Créeme, si te digo nueve mil, son nueve mil y ya está. No me gusta ahogar a la gente. Todo el mundo tiene derecho a un desahogo. Javier... ¿crees que no le comprendo? Pues claro: que yo también soy un hombre, cojones. Además, era bonita la chica... ¿cómo se llama? Tampoco lo recuerdo. ¿Ves?

—No se lo diré. Además, ya no estamos juntos.

—Una pena.

—No sea cínico.

—No lo soy. En fin, vamos a lo que vamos.

—He venido para hablar con usted, con ustedes. Yo no puedo pagar ese dinero. Estoy en el paro y la cantidad que...

—Ningún problema. Has sido tú quien ha preguntado «cuándo acabará esto» o algo así. Creo que habíamos dicho tres pagos de tres mil quinientos. Cada dos meses. ¿No es eso...? El primero hoy, claro está.

—Eso son más de nueve mil euros...

—¿Has oído hablar de los intereses? Seguro que sí. ¿Has traído el primer pago?

—Todo no.

—Tú sabrás lo que te haces. —Bruno se levantó e hizo un teatral ademán de marcharse, pero el hombre le agarró del brazo. Bruno le miró a los ojos, negros, apagados, enseguida desviados, mientras con una de sus zarpas retiraba, casi una a una, las falanges del tal Javier—. No me vuelvas a poner la mano encima, idiota.

—Perdone. Lo siento. No se vaya. He podido reunir dos mil quinientos.

Bruno miró a derecha e izquierda del andén, por si alguien había sido testigo de la escaramuza. Nunca estaba de más evitar la curiosidad de la gente. Aprovechó para recomponerse la manga de la cazadora, subirse la cintura de los Wrangler y escenificar la falsa renuncia. Acercó su cara a la jeta del otro y le espetó:

—Te los cojo, pero de aquí a dos meses me pones encima cuatro mil quinientos, ¿lo has entendido?

—Lo intentaré, lo intento, le prometo que lo intentaré, pero no le digan nada a mi mujer, por favor...

—Mientras pagues, no te preocupes. Nosotros estamos tan interesados como tú en que esto sea un secreto.

—Gracias.

—Javier, tengo prisa. Venga. Te llamaremos. ¿Quieres un consejo? Olvida esto. Olvídalo hasta que nosotros te lo volvamos a recordar. Olvida tu pesadilla. Todo es como antes. Piensa en eso. Antes de lo que pasó y no pasó.

Con movimientos rápidos aunque algo torpes, Javier metió la mano en la chaqueta y extrajo un sobre de papel amarillento que entregó a Bruno. Éste ni tan siquiera hizo el ademán de contar el dinero. Sería de estúpidos tratar de tangarle. El metro llegaba en esos momentos. Dos paradas más allá le esperaba un nuevo cliente. Se subió al vagón y, cuando se cerraron las puertas, comprobó que Javier, o el tipo que se hacía llamar Javier, se levantaba del asiento y le miraba, lastimero y vencido. Bruno le sostuvo la mirada. Estuvo tentado de hacerle algún gesto que le convenciera de que aquello era un chantaje, de acuerdo, pero no un timo. Si él pagaba, ellos no hablarían. ¿Qué más les daba a ellos la fidelidad de los demás? Le bastaba con la de Raquel, y suponía que a ella, la de él. La mirada del pobre desgraciado que andaba a la greña con mi chaqueta beige era la de alguien que no sabe si ha sido víctima de una estafa, si ha pagado por nada. Bruno, por experiencia, sabe que es una sensación que

el llamado Javier irá perdiendo a medida que pasen los días, al tiempo que irá ganando en seguridad. Ya entenderá en dónde anda metido. En un negocio en el que ambas partes han de cumplir lo pactado. Tan sencillo como eso.

Notaba el sobre en el bolsillo interior de la tejana y casi cada uno de los billetes que contenía. Para Raquel y Cristian, la recaudación había sido de dos mil. Quinientos para él en concepto de billete de metro y desgaste de manga, se dijo con sorna mientras se apeaba en la parada convenida para la nueva cita. De este tipo si que se acordaba. Unos cincuenta y algo, pero con pinta, coche y vestimenta propia de alguien que se cree su nieto. Pelo a lo Iranzo, alborotado, probablemente con algo de injerto y mucho tinte. Nariz ancha y chata, de agujeros profundos, y ojos detrás de unas gafas metálicas de cristales relucientes que se oscurecían dependiendo de la claridad exterior.

Recordaba la fisonomía del tipo. Pero el propietario de ésta no estaba. Bruno consultó el teléfono del móvil. Eran en punto. Le daría un margen de cinco minutos de cortesía antes de pedirle a Raquel que le azuzara un poco. No fue necesario. Allí estaba, bajando las escaleras a buen ritmo. Trataba de aparentar una cierta soltura, pero era más que evidente que lo suyo no era viajar en metro.

En esta parada había más gente en el andén. Bruno esperó por si se desahogaba, pero parecía una empresa inútil. Se iban unos, llegaban más. El cliente miraba una y otra vez el móvil, nervioso, buscando con la mirada al tipo que le había citado para extorsionarle. Los ojos de uno y otro se encontraron, y Bruno tomó la iniciativa. Estaba de pie, el ceño fruncido, la mandíbula tensionada. Habría que tener cuidado.

—¿Nos sentamos? —propuso Bruno.

—Mejor de pie.

—No me lo parece. Dos tipos de pie dándose un sobre en el andén del metro..., ya se ha visto demasiado en la tele.

Dicho esto, Bruno se sentó y, al cabo de unos segundos, lo hizo el hombre:

—He venido para liquidar este tema de una vez por todas. Y con garantías. Me pedisteis una cantidad importante.

—Depende de cómo se mire. También le dimos facilidades, por si no puede...

—Métete tus jodidas facilidades donde quieras. No estoy comprando una lavadora. ¡Estoy pagando un puto chantaje!

Al contrario que con el supuesto Javier, Bruno supo que con éste debía ir con cuidado. No parecía alguien acostumbrado a hacer más de una vez al año algo que no quisiera hacer. Un tipo autoritario, un pánzer que lo aplasta todo a su paso y nunca mira hacia atrás. Pero entonces, ¿qué hacía aquí? El personaje tenía todos los números para ser un putero convicto y redimido, jueves sí jueves no. El problema que Bruno, obviamente, no conocía era que su segunda mujer, quince años menor que él, esperaba un hilo suyo y no podía dar al desguace los restos que había podido salvar

de su primer matrimonio, travesía ésta que naufragó cuando la actual esposa fue contratada como comercial en no recordaba muy bien qué promoción de servicios en una de las empresas de las que él era socio. La cuestión era por qué un tipo como aquél, que a buen seguro pagaba siempre por todo en sitios discretos, había alquilado, a plena luz del día, una habitación. La razón fue la calentura. Una calentura después de la comida. Una calentura mecida a ritmo de Cardhu y escote. La niña, con novio, tenía que cubrir resultados con contratos firmados y pocos escrúpulos en la cabeza. ¡Cómo lamentaba ahora no haberse ido de putas, no haberse hecho una paja, haber acudido, implorante, a su mujercita de pechos turgentes de futura mamá!

—Me la suda muy mucho como lo quieras llamar. ¿Tienes la pasta? ¿Cómo vas a pagarlo?

—Quiero liquidarlo de una vez y para siempre, ¿me entiendes? ¡No quiero ni una jodida llamada más, ni ninguna historia! Porque a la próxima, te juro que llamo a la poli. Tengo amigos...

—Todos tenemos amigos. Igual hasta los mismos. Pero no es una gran idea molestar a los amigos por algo que uno puede solucionar solito.

—Me da igual lo que te parezca. Si te voy a dar el dinero es porque todo ha sido muy precipitado, de repente, y no quiero jaleos. Pago para tener tranquilidad, pero solo voy a pagar una vez y ya está. Porque si me seguís tocando los cojones, te juro que le parto el alma...

—No chilles, por favor. No me gusta la gente ordinaria. Vamos a liquidar esto lo más rápido posible. Tú pagas lo acordado y yo te doy mi palabra de que nunca más sabrás de nosotros.

Lo cierto es que Bruno hablaba en serio. Sabía lo peligrosos que podían ser los leones viejos y heridos como ése. Intentó dar a sus palabras la máxima convicción posible, a pesar de que era consciente de que le resultaría imposible convencerle. De manera sorprendente, el hombre se apoyó contra el respaldo, resopló y, en un tono casi amistoso, le preguntó:

—¿Puedo fiarme de ti, de eso que me dices?

—Sí.

—Entonces vamos.

—¿A dónde?

—Al banco.

—Esto no es lo que te dijimos... —protestó Bruno sin convicción. Sabía que había perdido la ventaja inicial, aunque dudaba de si la había ostentado en algún momento. Iba a ir de lastre en cuanto se levantara del asiento, pero no tenía opción. Sabía que si había alguna posibilidad de cobrarle algo a ése era aquí y ahora.

—No querrás que baje a un andén para reunirme con gente que quiere extorsionarme con todo el dinero en el bolsillo y sin saber qué me va a pasar. ¿Y si

me hubierais robado? ¿Y si...?

—Vamos, joder, vamos *p'arriba*, que ya me está cargando esta historia.

Subieron por la escalera mecánica. Bruno iba detrás, observando la espalda del otro. Los pelillos de la nuca, sudados. No habría sido fácil para aquel fulano aceptar el pago. Quizá por ello, y con un espasmo de desconfianza, Bruno preguntó a qué entidad bancaria se dirigían. El otro se lo dijo. Banco Sanpaolo.

—¿Tendrán el dinero preparado?

—Claro. Me conocen. De hecho, soy amigo del jefe de la oficina.

«Mierda», se oyó decir Bruno. Triple mierda, de hecho. Mierda porque ese tío tenía vía libre con la pasta y se habían quedado cortos con la cantidad exigida. Mierda porque sabía que no era buena idea volver a pedirle pasta al personaje. Y mierda por tercera y última vez, porque no le gustaba tratar con gente importante. Era como cambiar de baile cuando uno ya está en medio de la pista, con los pasos aprendidos y todo eso. Cuesta pillar el nuevo ritmo, el compás no esperado sin hacer el idiota o pisarse los pies, sin sentido y haciendo el ridículo.

Salieron a la calle. Barrio de Sant Andreu. A pocos metros, había una sucursal del citado banco. No creía Bruno que en aquella parte de Sant Andreu, gris, pobre y sucia, de espaldas a las arterias importantes, el Sanpaolo tuviera muchos clientes. De hecho, la calle semejaba un escenario desierto, con carteles que anunciaban el traspaso de locales sobre persianas cerradas y bares regentados por chinos con mesas vacías en las aceras. Al lado mismo de la entidad, un bloque de pisos había dejado paso a un solar que ofertaba pisos de tres habitaciones y parking, pero la crisis había dejado la oferta con los dedos y los cojones justo debajo de la tapa del piano, a juzgar por la altura de las malas hierbas y los grafitis del muro que cercaba el acceso desde la calle. Una puerta metálica quedaba a mitad del muro, con la fecha del último exterminio de ratas.

—¿Buscas piso?

—No.

—Era una buena promoción, pero nadie tiene dinero en estos días.

—Los bancos sí.

—Los bancos tampoco.

—Pena me dais. Te espero fuera.

—Entra. Es mejor que te lo dé en el despacho de mi amigo.

Las alarmas dentro de Bruno se encendieron como un tiovivo enloquecido. ¿Cómo no había podido verlo a tiempo? Era insultante que lo hubiera tomado por gilipollas. Es decir, ¿ese Uribarri de mierda quería que él entrara en el banco, se hiciera una buena grabación de su cara, se encerrara en un despacho y cogiera el sobre? Eso eran un buen montón de años, ¿no? Atraco, extorsión, vete tú a saber. Posiblemente, ni siquiera saldría por su propio pie de la entidad. Igual tenía a un

montón de polis debajo de la mesa, jugando al mus mientras esperaban al idiota de marras. Pero ¿con quién creía que estaba tratando?

—Mira, guaperas... —le cortó con violencia Bruno, parándose en seco en la acera, a unos diez o quince metros de la puerta del banco—. Me voy a quedar aquí, apoyadito en el muro de la fantástica promoción que nadie pudo acabar y vas a salir tú solito con el dinero. Todo eso en cinco minutos. Ni uno más. Creo que hasta tú lo puedes entender.

—Oye...

—Ni oye ni oyo. ¿Te piensas que soy imbécil? ¿Tú quién te crees que eres, mamón? No tienes ni puta idea de con quién te estás jugando los cuartos. Lo de la pasta me empieza a sudar los huevos. Y lo de que se puedan enterar tu mujercita o en tu trabajo, no me pone. Lo que me empieza a motivar es que te puede pasar algo a ti que luego, ni pagando, se pueda arreglar... ¿entiendes lo que te quiero decir?

—Pero... pero...

—Espabila: cinco minutos.

Bruno vio como el tipo entraba en la oficina bancaria y él, cabreado, se dio la vuelta para cubrir los escasos metros que lo separaban del muro donde había dicho que aguardaría la entrega de la pasta. Ni tan siquiera pudo dar mucho más de tres pasos. Eso sí: hubo un instante previo en el que tuvo algo así como un presentimiento. Como si la ciudad se quedara muda de repente, como si la vieja bruja se levantara las faldas, cerrase los ojos y aguantara la respiración y todos callaron: las palomas enfermas, los árboles negros de dióxido de carbono, el zumbido de los motores, el gomoso crujir de los zapatos baratos sobre el asfalto. De repente, silencio. Expectante. Pero ese mismo instante vació de tiempo a Bruno que no pudo ni girarse al oír algo, pies corriendo quizás. El impacto le embistió por detrás. De hecho, se le pasó por la cabeza la imagen de un conductor subiéndose a la acera y barriendo todo lo que encontraba a su paso. Pero lo que sintió luego fue un golpe en la cabeza con algo duro como una caja, con un objeto cerrado, lo que le significaba la maravillosa mano del hombre en todo ello. Bruno pudo, al menos, poner los brazos frente suyo y evitar romperse la cara contra el muro. Unas manos hábiles agarraron el pomo de la puerta metálica sin cerrar y lo empujaron dentro del solar. Bruno entró, trastabilló y cayó entre la hierba alta. Algo se movió a su alrededor. ¿Una rata? ¿Un gato? ¿Un leopardo? ¿Qué importaba eso ahora...?

Al menos ahora los tenía enfrente. Dos gárrulos, dos seguratas luciendo bigote Castilla Adentro y ganas de pegar a un saco. El mismo ensañamiento sádico que les había animado en su día a tratar de ser polis, pero que, al mismo tiempo, les impidió serlo. Uno era viejo, cincuenta. El otro no llegaría a los treinta. Y los dos altos y fuertes, como para tapar el sol una hora o dos. Bruno estaba conmocionado por el golpe, pero trató de levantarse. No quería que le hicieran daño. Quería enseñar los

dientes. Devolver alguna. Romperle los huevos al banquero, pero, sobre todo, una vez vistas las cartas del envite y sabedor de que no iba a ganar ni un euro, no quería perder el sobre con la pasta que el bendito Javier le había entregado hacía unos minutos, en un momento que ya parecía tan lejano como la niñez.

Bruno quiso hablar. Amenazar. Defenderse. Pedir ayuda a la policía. Inventarse una pistola y matarlos a todos. Pero no tuvo tiempo de nada. O aquellos tipos eran rápidos o los movimientos de Bruno estaban ya en una frecuencia menor. Un puñetazo en el costado, un rodillazo en la boca y luego, ya en el suelo, patadas en cualquier sitio. Lo cual mostraba que aun siendo unos animales, no eran animales profesionales, y quizá por eso, también, no habían llegado a policías. Desde arriba, las patadas eran pisotones. En la cabeza, en la espalda, en cualquier sitio que Bruno, hecho un ovillo, no se cubriera lo suficiente. Aquello duró dos largas Navidades. Al final, como en las películas, el malo se abrió paso entre los gorilas y dijo algo. Una maldición, una amenaza, una sentida copla al eccehomo. Lo cierto es que Bruno ya no escuchaba. Se aferraba al hilo de consciencia que le quedaba y que, de manera sorpresiva, identificó con la trenza áspera y sucia de su madre, aquella vieja a la que tanto quiso y que le dejó y murió, ¿o fue al revés? Se aferraba también al sabor a tierra que le entraba por la boca, mezclado con el metalizado de su sangre, y, especialmente, al sobre que guardaba dentro de la chaqueta como mal menor. Y trataba, por todos los medios, de deslizar la cara para evitar la piedra que tenía debajo y que ya le había reventado el tímpano y un trozo de su oreja de soplillo, perdiendo el pendiente bañado en oro que se puso un verano, cuando era un crío y la asistencia social le pagó un cursillo de circo en algún lugar fuera de esta maravillosa ciudad, llena ahora de promociones por vender.

—¿Qué es lo que pasa?

—Esto es lo que pasa.

Merche esgrime la muñeca sobre la que, por descuido, se ha rulado cuando se ha dejado caer en el sofá de casa de Max.

—¿Qué pasa con eso? Aquí vive gente. Niños. Como también los hay en tu casa.

—Lo sé, joder, claro que lo sé.

La mujer esconde su cara entre las manos. Se siente aturdida, pero no tanto como puede hacer creer ese gesto, esa imagen. Sentada en el borde del sofá, en bragas, con una blusa blanca, descalza. Sigue excusándose sin saber muy bien de qué. Se siente mezquina. No ha querido herir a la propietaria de la muñeca, ni al padre de ésta. Es solo que ya no puede más con este jugar a casitas, a papás y mamás. Tras dos semanas con más desencuentros que otra cosa, se ha podido dejar la tarde libre y, cuadrando el día con Max, han quedado para comer en casa de éste y después, un revolcón agradable sobre aquella cama de divorciado, flanqueada por fotos de sus hijos, por fotos de sus padres, por fotos de otro hombre que fue niño y que se llamaba como él. Pero ha obviado todo aquello que antes le gustaba, que después no le importó y que ahora la asfixia sin saber muy bien por qué. Hoy quería quedar con él, quería hacérselo con él en secreta venganza por el apretón de anoche de Gero. Ella fingió correrse con su marido, pronto y ruidoso, pero no fue suficiente. El hombre quería fiesta. Ella ya lo había notado ante la premura por encamar a los niños. Merche se demoró algo más de lo habitual en el lavabo, pero él la esperaba excitado. En cuanto ella apareció por la puerta, Gero se levantó para encerrarla, aún de pie. Todo fue precipitado, fallido, aunque minutos después, en la cama, ya no. Merche puso el piloto automático, trató de disfrutar y se emplazó a llamar a Max a primera hora de la mañana. Gero acabó, ella fingió hacerlo. Gero fue a por una segunda taza, la tomó y Merche, resignada, trató de cenar de verdad, pero ya era demasiado tarde, así que, unos minutos después, con Gero roncando, hubo de acabárselo ella sola. Entonces, en esos momentos, sí: Max, Max, Max ¿dónde estás?

Ella levantó las piernas hasta ponerlas sobre la cama. Ésta aguantó dos, tres envites de Max, pero se desplazaba hacia el otro lado y los dedos engarfiados de los pies de la mujer sobre las sábanas no impedían el desplazamiento inevitable. Max la giró, apartó a un lado las bragas y se introdujo dentro de ella, fácil, firme. Merche no exigió preservativo, para castigar por enésima vez al pobre Gero. Estuvo bien aquel polvo. Luego se quedaron adormilados. Quizá fue eso. El duermevela sudoroso del que Merche se levantó, sucia y con la cabeza reventándole por dentro. Él le ofreció

un gelocatil. Merche lo rechazó. Buscó el viejo remedio y lo encendió rápido, con un chasquido. Max salió raudo de la habitación y volvió enseguida con un cenicero. Sin saber por qué, eso le hizo aborrecerle sin razón ni más allá.

—Pero ¿qué te pasa, cariño?

—No lo sé, Max, no lo sé.

—Será mejor que me vaya.

—¿Ya?

«Sí, ahora mismo, corriendo, sin volver la vista atrás», se dice Merche, mientras recuerda cuando la sensación era diametralmente opuesta, en el pasado. Max huyendo, de regreso a su vida ordenada, diluyendo el encuentro como si se tratase de la neblina de un sueño. El primero en ir al baño, en mirar la hora, en abrir la Blackberry, en saltar de la cama después de haberse corrido. Era ella la de las caricias, la somnolencia, el dejar que la realidad se lucra aposentando poco a poco en sus cuerpos y en sus otras vidas.

—No quiero que te vayas. No así. ¿Cuánto he de esperar para que nos volvamos a ver?

«¿Quieres que nos volvamos a ver ya mismo? ¿Mañana, esta misma noche? ¿Es que no te cansas nunca?», piensa Merche mientras deja hablar a su amante.

—Nos pasa algo. Háblémoslo claro, cariño. Es más, le he ido dando vueltas y, no sé, quizá sería una buena idea, darnos un margen, ya sabes lo que pienso de eso, pero es que hasta yo me he cansado de luchar y esperar. Me oigo quejarme y me aburro.

—Lo sé, cariño, lo sé. —Las palabras de la mujer brotan sinceras. Aunque últimamente lo trate con crueldad, Max es un hombre al que quiere, especialmente cuando toma la iniciativa, cuando no permite que ella dude de todo y elija todas las posibilidades a la vez.

—¿Un café?

La mujer asiente con la cabeza. Cuando nota que su amante se ha levantado del sofá y se dirige hacia la cocina, alza la mirada. Sus ojos se encuentran en el espejo que tiene delante. Un halo de ternura la impregna de arriba abajo, al ver la niña que ya ha envejecido. Sus cuarenta años, su cutis irregular, heredero de un acné voraz, sus ojos profundos, negros y aún vivos, su boca, suntuosa, que esconde una dentadura remozada y cara. Se ve allí, indefensa, metida en un lío del que no sabe salir. Un acertijo sin respuesta. Problemas adultos con dos caras, dos cuerpos, dos lenguas. Tiene las uñas de los pies pintadas. Son unos pies regordetes los suyos. Al contrario que sus piernas, largas. Tiene la tentación de alzarse y regresar al equilibrio que exhibe cuando está de pie. No lo hace. Max trae café:

—*What else?* —bromea.

—¿Tú no quieres?

—Tan tarde no. Me costaría dormir.

Merche se endereza en el sofá para tomar el café con un poquito de leche, que no ha tenido ni que pedirle. Un momento de cotidiana armonía. Ella cree que eso les está matando. Lo ha percibido con claridad hoy, pero también es cierto que, no hace tanto tiempo, el veredicto era todo lo contrario. Ansiaba integrar a Max en su vida, poderle contar todas las pequeñas cosas que quedaban en terreno de nadie y que no podía explicarle para no herirle, ni comentarlo en casa porque allí nadie la escuchaba. Max no pasó por alto la contradicción.

—Me estás diciendo lo contrario que...

—Lo sé, lo sé.

—Volvemos al punto de salida, o eso creo.

—Probemos otras cosas, no sé...

—¿Qué cosas? —contesta el hombre, mientras rebusca entre la fila de cedés ordenados alfabéticamente cerca del aparato de música uno que sea adecuado, distinto, personal, pero todo le sabe a relamido, convencional, anticuado y, sobre todo, mentiroso.

—Cosas como las de antes.

—No te entiendo. Las cosas echan a andar. No podemos pararlas. No podemos fingir que nos acabamos de conocer, por ejemplo.

—Ya.

—Dejemos de vernos. Un tiempo.

—¿Para qué? ¿Para dejarlo dos semanas y volver? ¿Cuántas veces lo hemos hecho?

—Demasiadas. ¿Sabes qué pienso? Que esto remontaría si yo volviera a tener pareja, una estable, quiero decir.

—¿Estable? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Tienes parejas «no estables»?

—No, no es eso. —Max ha pulsado por sorpresa la vieja tecla de los celos de Merche: injustos, desproporcionados, dictatoriales. Por eso sonríe mientras ella apura la tacita de café—. Si tuviera historias, ni te enterarías.

—Me enteraría.

—Bueno, te enterarías. Vale.

—Si yo tuviera un tercer amante, tú tampoco te enterarías.

—¿Ya somos tres?

—Siempre hemos sido tres. A veces cuatro.

—Nos estamos liando. Lo que quería decir es que el hecho de que yo me haya separado te ha distorsionado un poco, te ha presionado, lo queramos admitir o no...

—Sí, un poco sí.

—No te pido que te vengas a vivir conmigo... ahora. Tómate ni tiempo para una decisión u otra, o ninguna, pero si estás conmigo, quiero que me des lo que me dabas.

—Te lo doy.

—No, no mientas. Sabes que no me lo das.

—No empecemos. Me tengo que ir.

—No, no podemos seguir rehuendo el problema. Busquemos una solución. No lo dejemos. ¿Quieres dejarme tú? Yo no.

—Yo tampoco.

Nada de parones temporales. ¿Qué nos queda? Cuando hemos hecho planes a largo plazo, nos desesperamos. Tú toma la decisión que quieras cuando quieras. Si quieres quedarte con él, dímelo y buscaré fuerzas para dejarte, o al menos para hacerle sino a alguien más en mi vida.

—Me parece justo, pero sabes que eso no lo aceptaré.

—Pues dilo tú: ¿qué hacemos para no morirnos, día sí día no?

—Max, me cuesta expresar lo que quiero decir, porque no sé verbalizar las cosas como tú; pero me horroriza venir aquí, porque no es terreno neutral.

Merche se ha levantado. Hace un instante ha reparado que aún va en bragas, descalza, y quiere poner remedio a eso.

—No sé si me entiendes. Es tu casa. Es la casa donde yo debería estar si no fuera una cobarde. Es la casa que estás condenado a habitar para poder tener contigo a tus hijos a horas, solo porque te has liado conmigo. Es todo eso. Y además tratamos de hacer la pirueta perfecta, y convertir todo esto en nuestro nido de amor, en nuestra cápsula del sexo, y no puede ser, no puede ser...

Ella es de esas personas que encuentran la verdad hablando. Dejando que el torrente de las palabras hallen por sí solas el camino, la lucidez, como un paraguas olvidado por alguien un día de lluvia. Entre los cojines del sofá que queda frente a ellos, Max ha dejado tirada la muñeca de Laia. Merche la agarra por una de las piernas y se la muestra a su amante, que la recibe con una sonrisa.

—Me resulta difícil sentarme sobre un juguete de tus hijos. Una niña que debería ser algo mío y para la que solo soy la puta que le robó su padre a mamá. —Merche se deja llevar por la tragedia más veces de las que le gustaría reconocer—. No puedo venir aquí, Max, no puedo, entiéndeme.

—Dios mío, nunca pensé que Barbie se interpondría entre nosotros.

—Sabes a qué me refiero, idiota. Y además, ésta no es Barbie, tonto.

Bruno se encuentra mejor. Ya no anda con los huesos doloridos, más allá de verse obligado a realizar algún gesto sin brusquedad. Otra cosa son las sacudidas en el oído, que restallan sin avisar. Espasmos eléctricos, cientos de medusas que le picaran aquí y allí. Y el dolor de esas picaduras se abre dentro de él, virulento pero, por fortuna, breve. De todas maneras, dentro de poco le retirarán el drenaje y, con un poco de suerte, la herida habrá cerrado y el tímpano volverá a ser el que fuera.

También ha mejorado respecto a su furia. Fantaseó con mil posibles venganzas pero la experiencia le ha enseñado a meterse solo en guerras que pueda ganar. Trataron, eso sí, de contactar con la esposa del cabrón, pero ya habían direccionado la línea a una agencia de investigadores, y suerte que Raquel tuvo la precaución de telefonar desde una de las pocas cabinas que quedan en la ciudad y no desde el móvil o desde alguno de los locutorios habituales, porque, si no, se podría haber complicado todo aún más para ellos.

¿Qué otras cosas han pasado? Los hermanos se han hecho cargo del negocio en lo referente a los pagos pactados, pero nada de nuevos fichajes. Cristian le parece bastante legal, quizá pueda confiar más en él. ¿Y Raquel? Con Raquel ha habido de todo, como siempre. Desde inmolarsse en la misma pira que él horas y horas, a los pies de su cama, hasta desaparecer sin motivo aparente en medio de la noche para echarse unos pitos con Astatke, fuera del almacén. Cigarrillos extra largos, al parecer. No es que Bruno tenga celos del negro. Pero sí de la mujer. Raquel es pura piel a veces. Pero, por fortuna, el africano es creyente hasta el aburrimiento, además de ser, sin lugar a dudas, la persona con más querencia por eludir problemas que ha conocido nunca.

Son las dos de la mañana. Hace calor fuera pero también dentro de aquel bar. En una de las mesas, están sentados Bruno y Raquel. Es un local recurrente para ellos, en el barrio, cuando no quieren parar en la Bodega Mauri de Mireia. Barato y funcional, como otros cientos en la ciudad, parada entre sitio y sitio. Tiene un nombre del que nadie se acuerda, a pesar de figurar en el rótulo de la entrada. Nadie lo recuerda porque todo el mundo lo conoce por el bar de Joan. Joan es Wang, un chino de Manchuria. Nadie lo llamaba nunca por su nombre hasta que se le asimiló al más parecido del acerbo indígena. A Wang no pareció importarle. Regenta el bar junto con su mujer, a quien se le llama Joana, y tienen una niña de nombre Paula, pero a la que todos llaman Juanita. Nada de eso molesta a Wang mientras consumas, pagues y no armes jaleo a la hora de irte.

Raquel ha ido a la barra a por cervezas. Regresa con los botellines cogidos del

cuello, como dos gallinas que hubiera encontrado de camino al corral. Bruno la mira y se le enciende el orgullo de poseerla. Y es que ayer hubo jodienda. Y entre ellos eso se nota, vaya si se nota. «Las hembras se tranquilizan si te las follas bien», le decía Llorc una noche dentro del auto, en penumbra, con aquellos ojos cirróticos de hombre vencido por la nostalgia de demasiadas mujeres perdidas: «Se vuelven suaves. Se dejan montar como los caballos domados. Te tratan bien, porque reconocen la existencia del orden natural de las cosas, amigo Bruno. No lo olvides. Las pierdes cuando no te las follas bien». Pero Raquel no vuelve sola. Lo hace con Doña Problemas.

—¿Qué tal, Bruno? ¿Cómo estás de lo tuyo?

—Mejor. Ahora solo oigo lo que quiero.

Dolors es una desgarrada y delgada mujer de metro setenta que nunca lleva sujetador y, a juicio de Bruno, necesitaría usarlo, porque sus pechos caen como odres, y se estiran y siguen cayendo como suicidas contra el elástico de camisetas y jerséis cruzados sin mangas. De aspecto caballuno, rubia, ojos hundidos y boca enorme, tiene muchos defectos y algunas virtudes. Entre estas últimas está la deportividad con la que afronta las mil desgracias que siempre padece, derivadas de su buen tino para elegir a los hombres. El primero, yonqui; el segundo, en paradero desconocido, y el tercero, muriéndose de sida y cumpliendo la enésima medida de alejamiento, que ya parece destierro. Del primero, un hijo; del segundo, dos; y del tercero, unos bonitos anticuerpos.

—¿Cómo están los chavales?

—No me hables de eso, joder.

Bruno comprueba que Dolors está ya algo bebida, y que va a empezar y no va a parar. Raquel remata la entrada:

—¿Qué pasa con ellos?

—Me los han quitado.

—¡Joder!

—¿Quién?

—Los hijos de puta de la DGAIA.

—Tómatelo como unas vacaciones —le fustiga Bruno, molesto por esa interrupción de su noche con Raquel.

—Pero es que no puedo, Bruno, no puedo...

—Como se nota que eres hombre —indica Raquel.

—Pero más de una vez has dejado a los críos con el mayor y te has venido de farra con nosotros, ¿no? Pues ahora lo mismo, pero sin remordimientos.

—¿Cómo fue?

La puta de la vecina. Anda que no la he recogido borracha veces y la he llevado a casa. Tuve una bronca con el mayor. Subí con un amigo a casa, y eso a él no le gusta.

Me había escondido el dinero, queríamos ir a por tabaco y, en fin, la bronca normal ¿sabes? Él a mí y yo a él. Nada, que la bruja llama a los *mossos* y, a los diez minutos, yo en comisaría y los niños secuestrados.

—Ya te los devolverán.

—Pero ¿cuándo?, ¿cuándo?

—No lo sé.

—Pero si es que fue una discusión sin una sola hostia.

—Es que no sé a dónde quieren que lleguemos —se burla Bruno—. Si no nos dejan dar hostias a nuestros hijos ni chillarles, ¿para qué los tenemos?

—Es verdad, Bruno —ataja Raquel la sorna—. Imagínate qué hubiera sido de ti sin las hostias de tu madre.

—Muy simpática, putón.

—Si al pequeño me lo llevaba cada noche a la cama, y ahora no puedo ni dormirme...

—Igual te los están dejando en la puerta mientras tú estás aquí, perdiendo el tiempo con nosotros... Dolores.

—No seas cabrón, Bruno.

—¿Igual os molesto?

—No.

—Sí.

Dolors se levanta ofendida. Lleva en la mano una bolsa del Día con paquetes de pañuelos de papel. A medio euro el paquete. No son paquetes normales. Cada paquete tiene un color y cada color unas prestaciones. Además, Dolors, antes de salir de casa, les transmite buenas vibraciones con las manos. Raquel le ruega que se vuelva a sentar. Bruno se acerca la cerveza a la boca y pega un trago. La mujer no se va a ir. Por supuesto que no. La gente sola, la gente borracha, la gente loca, nunca entiende lo que se le dice. Para ellos, las palabras son círculos dentro de otros círculos, pastelillos en una bandeja inmensa, pulseras, nubes blancas en el cielo, anillos en el agua que se hacen más y más grandes, y lejanos, hasta hacerse invisibles, hasta ya no decir nada ni ser recordados por nadie.

—Bruno, no seas desagradable.

—¿Pero no ves el chándal que me lleva? Me saltan los ojos de mirarla.

—*Sóc del Barça. Què passa?* ¿Algún problema?

Bruno bebe, guardando la sonrisa en la botella.

—¿No ves que está hecha polvo? Niña, cuando me separé y el hijo de puta de mi ex me quitó la custodia...

Bruno ha perdido la batalla. Pero Dolors sabe que éste puede ser imprevisible, así que, por el momento, escuchará a Raquel y luego sacará lo suyo, expondrá los

hechos, formalizará un referéndum hasta que le digan lo que quiere escuchar: que es una buena madre y que mañana mismo le devolverán a los niños. Eso sí, no suelta el vaso de culo ancho de café con leche, de agua, de vino con gaseosa, en el que Joan le ha pertrechado un *gin-tonic* de una botella de Beefeater que contiene Larios y agua. Raquel se interrumpe para beber. Dolors toma el relevo y moquea, bebe, se suena en uno de los clínex que guarda en el envoltorio de su paquete de Fortuna *light*, sigue bebiendo, farfulla sobre trámites burocráticos, bebe, recursos de alzada, psicólogos, bebe, abogados, jueces, bebe y deja por fin el vaso sobre la mesa, medio vacío. Raquel trata de enhebrar los retazos de la conversación. Dolors sigue bebiendo. La cerveza le mancha el escudo del chándal.

Te los devolverán. Al fin y al cabo no has hecho nada malo. No te drogas...

—No...

—¿No?

—No, no me drogo, Bruno.

—Eres una buena madre, tienes trabajo...

—Ya no. La señora que cuidaba murió.

—Vaya.

—Sí, *pobreta*.

Bruno desconecta. Se gripa en un santiamén la cerveza y le dice a Raquel que haga lo propio con la suya. La mujer le pega un sorbo casi a desgana. Bruno coge entonces su botella y la deja por la mitad. Bruno ya se levanta para pagar. Al parecer, han llegado las prisas. Joan canta la deuda y Bruno la paga con holgura, mientras en la tele auguran hasta cuándo durará todo: la crisis, los glaciares, Japón y Grecia hundidos.

Una vez fuera del bar, el bochorno se soporta. Raquel protesta:

—Qué prisas.

—No aguanto a esa tía. Me desespera.

—Es buena gente.

—No lo dudo, pero me carga.

—Es un poco pesadita, eso sí, pero buena gente.

—Buena gente con mala suerte, mala gente.

—Si tú lo dices.

—Lo digo. ¿Qué hacemos?

—¿Vamos a casa?

A Raquel le ha costado mucho hablar de casa para referirse al almacén donde viven, pero ha acabado aceptándolo, como hizo cuando vivían en el coche de Llord. Ya no bebe tanto como entonces. La bebida la volvía loca. La bebida y todo lo otro que se metía. Ahora anda fina. Quiere dejar todo eso atrás. Quiere que los médicos comprueben que está limpia.

—A casa. Esa tía me ha cortado el rollo. Te quería hablar de lo de Astatke. Hoy he charlado con él y nos echa.

—¿Cómo que nos echa? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—¿No te dijo nada estos días, cuando os hicisteis tan amiguitos? Para que veas con el santón.

Lo cierto es que, en realidad, el africano sí que le había comentado que deberían abandonar las habitaciones del almacén, porque las necesitaba para unos familiares recién llegados que estaban en la calle. Además, al negro le constaba que ahora ya les iba mejor. No tenía sentido que siguieran allí. Raquel le dio la razón. Bruno, aunque seguramente conocía los verdaderos motivos esgrimidos por Astatke, no se los dijo. En pago, Raquel siguió haciéndose la tonta al respecto.

—¿Qué vamos a hacer? Podríamos...

—¿Alquilar un piso? Ni hablar. En cuanto tienes algo, te lo quitan. Eso por no hablar de las citaciones.

—Pero dime la verdad, Bruno, ¿no estás cansado de estar así? Vivimos como mendigos, cuando ya no deberíamos hacerlo.

—No vamos a alquilar nada.

—Habla por ti. Yo he ido ahorrando y podría conseguir algo, Cristian podría ayudar. Me ha dicho que me lo dejaría y...

—¿Ah, sí? Me encanta vuestro puto espíritu empresarial...

—Al menos pienso hacer algo con mi vida. ¿Qué piensas tú? ¿Qué, coño, quieres hacer...? ¿Quieres volver a los cajeros? ¿Con el bolsillo lleno de billetes?

—Cuidado con esa boca, que cualquier día nos llevamos un disgusto. Últimamente ya veo a alguno de los negritos que nos mira glotón. Y eso es porque tú largas más de la cuenta con el Astatke.

—Yo no le he dicho nunca nada —miente Raquel, que le ha explicado casi todo al africano, excepto cómo consiguen la pasta.

—Así que vais a iros a vivir los hermanitos juntos.

—No he dicho eso. Yo. Y tú, si quieres, si es que somos una puñetera pareja, que yo ya no sé... Así podría hacer venir a mis hijos más tiempo seguido y no en las condiciones de ahora. Cocinaríamos para nosotros, ahorraríamos, veríamos la tele, tendríamos nuestra intimidad, no sé, Bruno, me gustaría tener lo que tiene la gente normal.

—¿Y qué tiene la gente normal?

—Cosas normales.

—Paso. Yo no voy a alquilar nada. Y tú tampoco. Que lo haga Cristian, y nosotros vamos de visita. Que se independice, que ya es mayorcito, joder.

—Tú no puedes decirme lo que tengo que hacer... —reta Raquel en medio de la calzada de la calle, desierta a esas horas. Bruno, unos metros más adelante, se gira y

la ve. Firme, aunque asustada. Quiere ser normal. Tener maridito y casita. Y quiere que eso pase con él. Ser normales juntos. Bruno tiene una carta escondida. Sabe que si tarda en mostrarla, el puteo entre ambos será ya de tal calibre que la noche se irá al carajo, y con ella, la perspectiva de repetir lo de ayer.

—Mira, no te me pongas chula. Tú no te vas a ir a ningún piso de alquiler, porque te vienes conmigo a uno de gratis, de propiedad, por la patilla, como debe ser, en un barrio decente.

—No te cachondees de mí.

—No lo hago.

—Hijo de perra.

—Esa boca, putón. Escucha lo que te digo. ¿Me atiendes? Bruno siempre cumple lo que dice. Siempre. Y lo dije y lo cumplo.

La mujer sabe que está diciendo la verdad y estalla de alegría. Se lanza sobre Bruno y, aunque al principio tiene la idea de abrazarle, al final le da un empujón contra la pared que le hace recordar que Bruno aún tiene huesos por sanar. Él la abraza. Nota como un aviso de que el oído está a punto de darle otra descarga eléctrica, pero, al parecer, se trata de una falsa alarma. Con ambos brazos protege dentro de su cazadora tejana a su amante, como si pudiera introducirla físicamente dentro suyo del mismo modo en que, de hecho, la posee emocionalmente. Nunca ha querido a nadie como a ella. Es por ello que ha dado voces aquí y allá, y le han dejado un piso de dos habitaciones casi nuevo en las Casas Baratas, en Verneda, cerca de la avenida Guipúzcoa, de alguien que tuvo que salir sin llevarse nada y para no volver. Las carcajadas, las preguntas y los besos de la mujer quedan amortiguados en el abrazo de Bruno, que mira hacia delante para recordar lo que ya sabe y nunca olvida. Que le gusta la noche. Le gusta estar bebido de noche, cuando la ciudad es de los ladrones y los amantes, de los gatos y los camiones de la basura. Le gusta la noche en la ciudad, cuando miras arriba y no ves ni una sola jodida estrella. Le gusta la noche en que fue joven, y que es la misma cada noche, la misma, mientras él tenga bemoles para seguir bebiendo, para vivir en la calle, con una mujer que te quiere y te da por saco al mismo tiempo. Alguien como Raquel, que te mantiene vivo, despierto, alerta, porque en un instante estás bien y, al siguiente, desesperado.

—Gratis, gratis no es, porque a ti esta noche te va a costar algo.

—Pago, pago. Vas a saber lo que te va a gustar el dinero con el que te voy a pagar.

De regreso a los buenos viejos tiempos. Ésa era la consigna, y Merche ha fingido — Max está seguro de ello— disfrutar con la vieja novedad. O quizás ella tenía razón. Quién sabe. El mero hecho de que su amante intente que la relación siga funcionando es una prueba de que le sigue importando, él y lo que tienen entre manos. Ésas son buenas noticias, ¿no, Max?

De regreso a lo que antes gustaba, emocionaba, volvía loco. Después de revolcarse con su amante ha pasado por la FNAC y se ha comprado un montón de cedés en oferta, de música que ya tenía pero inutilizada en cintas de casete y discos de vinilo. Ha desenrollado la cinta de plástico —los cedés y las cajas de preservativos son los artefactos más complicados de desenvolver, y Max no acierta a comprender la razón que los une, si es que la hay—, ahora está escuchando a Prince. Su bigotillo ridículo, sus percusiones, los jadeos de sus princesas atrapadas en el Castillo, su chaqueta con la palabra «Insatiable» en letras a modo de botones dorados, sus solos de guitarra, su madre adicta a los juguetes eróticos... Qué soberana tontería parece todo ahora, ¿no? Qué puñetero majara era aquel tipo, virgen santa. Ya ni bueno le parece, y eso que es el cedé de los grandes éxitos.

De retorno a lo que antaño era tu hogar. Pero cada día es dolorosamente nuevo. No puedes volver a ningún sitio porque, vayas donde vayas, aquello ya no está. Ha desaparecido, ha mutado, ha cambiado la luz que lo iluminaba de aquella manera que lo hacía especial, acogedor, excitante. Ha estado horas antes de quedar con Merche tratando de vertebrar un discurso que fuera directo, comprensible, que no la desanimara sino que la revelara en cierta manera. Pero no lo ha hecho. Merche estaba dispuesta a que todo funcionara, a que no hubiese una sombra de fracaso en aquella empresa suya. Los teléfonos que Max guardaba de cuando alquilaban habitaciones por horas se los ha pedido ella para encargarse de todo. Un par de ellos ya no eran operativos. También ha transcurrido el tiempo para las habitaciones con ventanas tapiadas y *muzak* adúltero.

Ella se retrasa y es que hay cosas que nunca cambian. Max paga. Un tipo sudamericano le acompaña hasta la habitación. Una vez dentro, cierra con llave, se descalza y pone la televisión. Está viendo las noticias del mundo: inundaciones, pactos, incumplimientos de los pactos, el dictador diciendo chorradas, un tren que llega, un avión que despegua, los chinos, los árabes, un glaciar que va a la deriva. Suena el móvil de Max: es Merche. No lo coge. Al menos que tenga la duda de que igual llega ella primero. De todas maneras, debe estar al caer. Por eso busca el canal del porno y allí aparecen las dos chicas de rigor disfrutando cosa mala mientras un

tiparraco les da por aquí y por allá. Max se excita. Misión cumplida. La ratita pica a la puerta. Él se la abre. Un beso de bienvenida y va hacia el lavabo a mear. Cuando Max oye que está ya en faena, irrumpe en el lavabo y no la deja continuar.

Al salir, una hora después, la mujer ha mirado a un lado y otro de la calle desierta y ajena a las cuitas de ellos dos. Haya visto ese gesto o no, lo cierto es que Max, travieso, le ha ofrecido llevarla en coche, de regreso al barrio donde vive. Merche ha dudado. Antes, cuando él estaba casado, era prudente y de mente clara. Ahora no es que haya bajado la guardia, sino que en cosas así no hace sino echarle en cara su condición de en busca y captura. Pero esa tarde Merche no quiere perder lo ganado. Tomarán una cerveza y después dejará que la acompañe en su automóvil. Si los ve alguien —Gero mismo—, siempre podrá decir casi la verdad: que se ha encontrado a un antiguo compañero de trabajo y que éste se ha ofrecido a llevarla. Están buscando un bar más o menos aceptable para la coda antes de la inmersión total en el mundo convencional. A Max le da igual el local. No ha sido ninguna maravilla la tarde. El sexo bien, pero nada del otro mundo. En algunos días —como ese mismo día, sin ir más lejos— su categoría de tarea entre otras tareas le deja un poso de melancolía que solo espera no devenga en tristeza e insomnio unas horas más tarde.

Merche propone el nombre de una coctelería —¿Manhattan? ¿New York?— abierta a esas horas de la tarde y que frecuentaban en los viejos tiempos. A Max le parece buena idea, pero están yendo en dirección contraria. Gira de repente los talones en un efecto que pretende, y consigue, ser cómico. Max y Merche se han quedado frente a un tipo al que parece como si hubieran sorprendido, y que hace casi su mismo gesto de regresar por donde ha venido, en una coreografía torpe, mal ensayada. Es un chico de unos treinta, moreno y bien parecido, con una camiseta verde que dice no se sabe qué de surf, de California, de sol, 1978. Al cruzarse con ellos, baja la mirada, como si no quisiera ser visto. Max, que no tiene nada que esconder, decide no darle importancia a aquello ni decírselo a Merche para que no empiece a emparanoiarse con si la están siguiendo, con que si Gero ha contratado un detective... Max sigue adelante y solo al girar la calle echa una mirada en dilección a aquel transeúnte. Lo localiza. También se decide a cruzar la calle. No será nada. No será nadie. De todos modos, unos días más tarde lo recordará y sabrá que sí era algo, sí era alguien.

La ha dejado a un par de calles por debajo del paseo Maragall en el que casi se esconde el pasaje donde vive. Se ha despedido con dos besos en la mejilla y un apretón en el brazo que quería decir todo lo decible. Que le gustaría quedarse con él, que su vida fuera otra, que ha estado bien entre sus brazos, que la que baja del coche es ella pero otra distinta, más lejana, opaca a la luz que lo cotidiano le depara, que aquella noche, cuando haga la cena, cuando acueste a los críos, cuando se meta en la cama —sola, lejana, un nicho bajo las sábanas— no hará más que pensar en él, en sus

caricias, en la manera ansiosa y desesperada en que han hecho el amor. Aún le huelen las manos, el pelo y el cuerpo a él. Ella se ha bajado del Saab de Max un par de calles por debajo de la avenida esa que llaman paseo y en la que se esconde su casa, tras un pasaje que, si circulas deprisa, no reparas en él hasta que ya lo has rebasado. Ella vuelve a sus hijos, a su marido, y él al FNAC, a comprarse cedés de Prince y de todos aquellos fantoches que creyeron gobernar el mundo y hoy son cadáveres aterrados por la calvicie, el sobrepeso, la hepatitis y el olvido.

Son las ocho de la tarde. No quiere volver a casa. No quiere sentir aquello. ¿Qué puede hacer sino regresar, enfilarse la avenida y reparar en el pasaje que queda a su izquierda, entrar en él, flanqueado y oscurecido por unos árboles enfermos que la hacen franquear una puerta a otro barrio, otra ciudad? Así, ella traspasa mi realidad. La deja atrás. No es tan difícil, se oye decir, no solo pensar, porque últimamente ha adquirido esa manía de hombre solo, hablar a nadie en voz alta, hablar para sí, como en un intento de que el silencio que le rodea se dé cuenta de que aún hay alguien ahí, para romper en cien mil pedazos la mortaja que, como una viscosa telaraña, se va tejiendo a su alrededor. El automóvil de Max entra en el pasaje, ante la puerta de Merche y no encuentra a nadie. Gira a la izquierda y vuelve a la avenida aquella, que para Max es un paseo y bla bla bla. Como un tiburón, se mueve en círculos más y más grandes, pero sin alejarse del lugar donde se halla la presa. No pretende nada en especial. Verla, quizá. Verle a él. A sus hijos. Si Merche le viese, se enfadaría. Fijo. Aunque siempre podía negarlo. ¿Qué más da? Debe de estar en casita, preparando la cena, lustrándose la piel con estropajo para destruir hasta la más mínima partícula de él.

Hay un hueco para aparcar y Max lo utiliza. Ha tenido suerte, porque es un sitio desde donde puede ver la portería de Merche ni ser visto. Pasan tres, cuatro canciones. Max rebusca otro cedé. ¿Qué tal *Avalon*? ¿Cómo sonará después de varios mundos extinguidos...? ¿Y Springsteen? ¿Cómo decía aquella canción del «Darkness»? De repente, Max avista por la acera de enfrente a Merche, las manos ocupadas con bolsas de supermercado. La acompaña su hijo más pequeño. Lo ha visto en fotos. Es guapo, como ella. Sus mismos ojos. Su misma expresión de sorpresa. Le entenece verla así, arrastrando aquellas bolsas, hablando con el chaval. Añora haber perdido eso también. Lo cotidiano, lo familiar, lo convencional. Añora ese tipo de compañía, de estructura sólida que sabes que cada día, al salir de trabajar, te está esperando, siempre igual, siempre cálida, acogedora. Está a pocos pasos de su portería. Ella deja las bolsas, busca las llaves, las encuentra. Max marca su número desde el Bluetooth. Ella escucha el móvil. Sopesa la situación y cuelga. ¿Qué esperaba Max? ¿Qué hace allí, comportándose como un vulgar psicópata de telefilme? Ha de marcharse ya mismo y dejar de hacer el gilipollas. Haciendo cosas como ésas solo conseguirá hacerse más daño.

*Poor man wanna rich,
rich man wanna king
and a king ain't satisfied,
till he rules everything*

Con el coche ya en marcha, los intermitentes resuenan —tictac tictac— como enloquecidas campanas allá en lo alto, y entonces le ve. De espaldas, con el hijo mayor, bolsa de deporte en ristre. Y también observa el rostro de Merche iluminándose como la luna, abriéndose en una sonrisa. Max ve cómo su amante se abalanza hacia Gero, le besa en los labios y recupera su sonrisa. «Se te nota la manera de sufrir, de añorarme, de fingir lo desdichada que eres con todo lo que tienes y no quieres». Max termina de desaparcar el coche, se reincorpora al tráfico y acelera ruidosamente cuando pasa por delante de la portería en la que Merche y Gero andan cerrando la puerta y, preguntándose, acaso, qué tipo de idiota circula a esa velocidad por un pasaje tranquilo como éste, escondido de la avenida que llaman paseo, protegido por unos árboles altos, buenos, enfermos.

Max trata de tranquilizar su ánimo. Nada de lo que ha visto es extraño. También él, cuando engañaba a su mujer, interpretaba la comedia del buen padre y mejor marido. Porque Max sabe, aunque no quiera reconocerlo ahora, que, de hecho, la mentira, la estafa es siempre impura. Uno no engaña por completo. Una parte de él sigue estando ahí, en su hogar. Una parte de él sigue queriendo a aquella mujer, al tiempo vivido juntos, a esos hijos y a los cien ritos domésticos que conforman el rincón donde descansa uno cuando cierra los ojos, abre los puños, deja de apretar los dientes. Max lo sabe. Sabe que eso no significa nada, que no desvirtúa su parte de realidad. Que Merche le sigue deseando, que él sigue siendo su pequeño y apasionado secreto, el gusano que está pudriendo su vida familiar. Ese beso conyugal, esa alegría en la puerta de casa no hace mentira que Merche quisiera tenerlo dentro hace unas horas. Merche se ha enamorado de él, pero no sabe, no puede o quizá no quiere abandonar a aquel hombre, cuyo único mérito es —a ojos de Max— haber llegado antes y haberle hecho unos hijos.

No sabe cómo ha llegado al otro extremo de la ciudad. Le duelen el pecho y las muelas, en una suerte de espasmo nervioso que trata de ahuyentar aguantando la respiración todo lo que puede. Ha pensado en telefonar a Merche, en forzarla a salir de casa y coger el móvil para que le vuelva a subir la moral y le recargue el depósito con palabras huecas pero aún eficaces, promesas de amor, de un futuro difícil pero plausible. Pero no lo ha hecho. Tiene los ojos entelados por unas lágrimas que no han llegado a serlo. Conoce aquellas calles, aquel barrio, porque hasta hace muy poco eran sus calles, su barrio. Él era uno de ellos, pero ya no podrá volver jamás, porque un hombre como él solo puede ganar dinero para levantar una casa en la parte alta de

la ciudad una vez, nunca dos. Quizá, si pudiera hacerlo, a Merche le parecería más sencillo dar el salto. Podría ser. Quién sabe. Quizá, si tuviera dinero para permitírselo, él tampoco estaría tan desesperadamente ligado a Merche y sus cambios de humor, tan pendiente de sus llamadas y sus demostraciones de lealtad.

No es la primera vez que vuelve. Dejó de hacerlo cuando su mujer le amenazó con pedir una orden de alejamiento. Tenía que cambiar de coche, y cuando lo hizo, se sintió seguro y reanudó esas visitas. Aparca cerca de la que fue su casa. Ve la luz encendida en la cocina. La habitación de los niños. Todo está en orden. Como un guarda del zoo, da un último paseo para comprobar que los animales están sanos y salvos en sus cubículos, en sus vidas. A veces llama a sus hijos; le divierte y le duele que estén tan cerca, hablando con él, ajenos a la travesura, sin saber que podría colgar el móvil, andar unos cuantos pasos, llamar a la puerta e invitarse a cenar. Hubo un tiempo en que soñó en volver a ser readmitido y perdonado, en que le dejaran regresar a su reino. Pero ya no. Virginia no sabe perdonar. Ella está mejor sin él. Eso sí, pagándole él todo y más. Y es que hubo un tiempo en que el hombre heredó la tierra y gobernó sobre los animales de la tierra y las mujeres, pero ese tiempo ya pasó, se oye decir con claridad Max en el silencio que media entre una y otra canción.

Regresa al que fue su hogar como un eficaz y momentáneo placebo para tranquilizarse y encontrar la armonía que le permita saber que su vida sigue allá en lo alto, en peligro, pero con los pies aun bien puestos en el alambre. Pero hoy ni eso le sirve, y tampoco entiende por qué. Se lleva la mano a los labios, se los toca casi como en una caricia y siente que podría dibujarse ante sí mismo qué sucederá a partir de ese momento. Podría escribir la historia de aquella noche. Ahora marcará el teléfono de su hija mayor. La cría lo cogerá y tratará de ser amable con su padre mientras chatea o salva pantallas en el ordenador. Si, por culpa suya, es eliminada o no está al quite en el foro, le contestará mal, arisca, borde. Luego tratará de pasarle el teléfono a sus hermanos pequeños, que estarán castigados, cenando o duchándose. Es posible que su ex le hable de unas extraescolares que Max aceptará pagar para expiar su culpa a base de clases de violín y visitas al logopeda. Después se irá llorando de allí y elegirá alguno de los dos locales donde puede invitar, aquí y allá, a una guarra, a dos, a tres, para que entre todas ellas hagan lo que puedan, gimán, finjan excitarse mientras se la chupan y le pidan que se corra entre sus tetas, y él las dejará hablar de sus hermosos países, con nombres que él recreará en su cabeza con distintos colores y tamaños, como en un puzzle. Y todo ello mientras esa sed que no acierta a saciar mana de ese agujero en el centro del pecho, que no puede rellenar con nada, un agujero del tamaño de los cimientos de un bloque de pisos. Y al final, a las cinco de la mañana, estará decidiendo qué excusa dará en el trabajo por llegar tarde o por no ir, mientras elucubra cómo podrá pasar el resto del mes con doscientos euros y una Visa reventada en sus dos mil de crédito, concedidos graciosamente por el Señor Visa en

su fantástico Reino de Oz, allá al final de los senderos amarillos, verdes y azules de todos los cajeros automáticos que en el mundo hay.

Esta noche Bruno está alterado. Llegó eufórico del médico, que le había quitado el drenaje del tímpano. Había pasado por el registro y rellenado los impresos necesarios para conocer la titularidad de los seis vehículos que habían conseguido localizar y, aunque no todo eran buenas noticias, cuatro casi seguro podían servir. En uno de los locutorios paquis del barrio había sacado del Google los posibles teléfonos de los titulares de los coches, y ahora era cuestión de cruzar llamadas, sospechas e intuiciones y pasar por caja.

Al salir del locutorio, ha llamado a Raquel y, en el tiempo que Bruno se ha liquidado una caña, la mujer ha llegado. También ella viene de sus médicos, pero Bruno no pregunta nada porque, a juicio de Raquel, nada que no sea él, él y él, le importa mucho. Ya no se enoja cuando no pregunta, cuando no sabe, cuando no piensa que los demás pueden tener sus problemas, sus demonios, sus días malos. Y hoy es uno de esos días. La hepatitis C le está secando el hígado y, después de sus dos fracasos con el interferón, la han puesto en lista para trasplante. Lista larga, en la que la aventajan todos: niños, padres de familia, emigrantes con veinte hijos, gente decente sin pasado de toxicomanía ni de alcoholismo, hombres y mujeres que no son grupo de riesgo, mientras que ella sí, y, por eso, quizás acabará muriendo, arrugada, amarilla y seca, como una pavesa la noche de San Juan.

¿Qué hacer sino cogerse, una tajada grande y, al parecer, melancólica? De mil *gin-tonics* y, si Cristian viene, farlopa. Igual revienta, ¡que se metan por donde les quepa la lista de espera! Han pasado por el bar de Joan pero al parecer los lunes el chino cierra. «Qué pronto se adaptan éstos», piensa Raquel en un discurso y un tono que, lo reconozca o no, le debe mucho a Bruno. «Son comunistas, llegan aquí muertos de hambre, no tienen huevos de plantarle cara a sus amos y aquí lo joden todo, rompen precios, hacen despedir a los españoles, abren domingos y fiestas de guardar, todo en dinero negro, que si no, no se entiende. Como cuando yo trabajé en la zapatería. ¿Quién quiere zapatos buenos, zapatillas que no dejen marca? Pero después, quieres hacerte una copa el lunes y cerrado, los señores descansan». Ahora están en el local de Mireia, el Mauri, una sucia peña del Barça que ejerce también de bar y donde siempre, sea por una cosa o por otra, hay jaleo. La decoración es como la de las viejas bodegas de antaño, con enormes cubas de vino —probablemente vacías desde hace lustros—, fotos de modelos y cantantes —probablemente muertos también desde hace lustros—, carteles de corridas de toros y de grandes proezas deportivas del club desde el principio de los tiempos. La hija del dueño, la tal Mireia, caracolea entre las mesas moviendo las caderas como un auto de choque con esa

manera tan suya, borde pero entrañable, de atender a la concurrencia. El padre está siempre apostado en la barra para servir las cañas, ante un tirador diseñado por Lorenzo Quinn en un lejano y fracasado intento de modernizar el local que nadie se aventura a recordar. El hijo menor carga cajas, repone neveras y se dedica a apagar y avivar trifulcas con moros, madridistas y otras gentes mal vistas por aquí pero a las que se echa a faltar en cuanto no acuden dos días seguidos.

Raquel mira a Bruno, que parece alterado, y, de pronto, se tapa los oídos para no oírle ni a él ni a los demás. Le agrada esa sensación submarina, de silencio azul. Verle colorado, secundado por el hijo del dueño y gritando sin voz, escupiendo entre las palabras dichas, disparadas, contra un par de magrebíes del otro lado. Todo ha empezado con el telediario. Imágenes del Pakistán, la India, Irán..., Raquel no lo recuerda. Una multitud apalizaba a dos chavales de trece y dieciséis años hasta la muerte por haberse aprovechado del caos de unas inundaciones y robar material por valor de nada para jugar a críquet. Bruno, a quien le habían hecho esperar en el locutorio un par de marroquíes, ya no pudo más y lo sacó todo, desde los Reyes Católicos hasta la isla de Perejil. Los otros esgrimieron lo de Granada, los judíos, Palestina, Ceuta y Melilla. También aparecieron las Torres Gemelas, la Santa Inquisición, Juana de Arco, las adúlteras lapidadas, Hitler y las niñas con su ablación todas ellas, el Opus Dei, las caricaturas de Mahoma.

—¿Pero cómo podéis negar que esto os hace inferiores..., que somos mejores que vosotros? ¿Has visto eso? ¿Qué te parece eso?

—Es que eso es solo una información falsa que trata de...

—Los cojones falsa. Esos chavales están muertos. Y eran musulmanes, de los vuestros. ¿Tu dios quiere eso? Estáis en la puta Edad Media, asesinos...

—Bruno...

—¿Qué vais a hacer al ver eso? ¿Qué vais a hacer? ¿Eh? Dime, ¿qué coño vais a hacer?, ¿vais a pedir justicia como cuando os tocan las cuatro mamonas de siempre, las mezquitas y el rantanplán?

—Nada de lo que dices es cierto. La Ley es la Ley y se ha de cumplir. Los judíos, los Estados Unidos y...

—Chupadme la polla todos. Todos, todos. No se va a escaquear ni uno.

—Bruno...

—¿Les ponéis un saco a las mujeres o no? Se os van los ojos y las manos con las nuestras, pero a las vuestras, ¡cuidado! Un saco de lo feas que son, mecagüendios...

—Bruno, te estás pasando...

—Déjame en paz, Raquel, si es que estoy harto ya de tanta gentuza...

Y Raquel lo deja. En definitiva, unos y otros, todos son unos cabrones. Unos les tapan la cara, las tapan en vida, y los otros las arrojan por balcones y se las follan en cunetas. Unos las convierten en sillas, en muebles, en sacos dentro de casa, y los

otros las dejan tiradas, las dejan deslomadas trabajando, las hacen trileras del sexo, consumidas y extenuadas en el suelo del supermercado. Y ella, Raquel, que necesita un hígado. Que la vida se te acaba, niña, que se te está yendo y todo ha sido un poco menos cada día. Ella lo tuvo todo, o al menos ahora lo ve así. Tuvo una casa. Tuvo un marido trabajador y unos hijos nacidos al ritmo de las vacaciones en la playa y los cambios de coche. Tuvo un trabajo. Tuvo amigas de las de hacerse un café y veniros el sábado a cenar, pero ¿cuándo empezó a joderse todo? Ni se acuerda ya. Engañaba a su marido. Su marido la engañaba a ella. Le gustaba la noche. Se enamoró de alguien que no debía. De alguien que llevaba la palabra ruina en la cara para que todos la leyeran, menos ella, claro. Se volvió loca por alguien que la llevaba a sitios que ni tan siquiera sabía que existieran. Lugares dentro y fuera de ella, en su piel, en sus entrañas, en la ciudad. Alguien que no tenía un mañana sino un presente inmediato, fugaz, como una cerilla prendida que sabes que no vale la pena tratar de mantener encendida y miras, y disfrutas, cómo se consume, cómo te quema la yema de los dedos. Alguien que la drogó por primera vez, con ese dulce aguijón. Alguien que le reventó el culo, también por primera vez. Alguien que la quiso dejar porque no quería llevarla a donde él iba, a un pueblecito, casa de unos amigos, para regentar una tienda que vendiera muebles marroquíes o algo así y vivir al sol. Y ella quería ir con él. Porque todo aquello le sonaba al paraíso y no iba a permitir que eso sucediera sin ella. Tuvo que elegir y eligió. Y se fue con él, y se arrancó —solo serán unos meses, se decía sin creerse del todo la mentira— sus hijos, todo lo que tenía, todo lo que podía llevarse y no se llevó. Ella solo quería una pausa, quizá la libertad de los que saben no mirar atrás, de los muertos olvidados en los cementerios. Pero allí, en el paraíso, él ya no estaba. Estaba su cara, sus manos, su boca, sus palabras, pero no él. Ya no. Y un día, ni eso tenía. El negocio que montaron —un local, unos muebles, un ordenador— pasó en unas horas a otras manos, y su alguien ya era el alguien de otra. Y ese alguien que no era su alguien le aconsejaba que volviera con su marido y sus hijos, que se había cansado de ella, que le dejara en paz. Y lo intentó —abandonarle, olvidarle, tener orgullo, volver—, pero ya era demasiado tarde para todo. Una mañana, en la pensión sin pagar, se miró en el espejo del lavabo y comprobó que ella seguía estando allí, pero todo lo demás no. Su alma estaba encerrada en el cuerpo de una yonqui ojerosa, despeinada, con los ojos enloquecidos de quien ha pasado noches y noches buscando a quien no quiere estar con ella, los ojos de una mujer que ya se ha acostado con cualquiera que pudiera darle la pasta suficiente con la que fijarse un chute. Y entonces pensó en Cristian, y Cristian la salvó y se la trajo a Barcelona.

Cristian es su hermano pero no lo es. El padre de Raquel dejó a su madre y se fue a vivir con otra mujer que tenía un hijo de otro. Ese hijo de otro es Cristian. Bruno no sabe eso. No se lo dijo cuando lo conoció. Él cree que son hermanos del mismo padre. Y que por eso no han podido follar. Pero no es así. Ni una cosa ni la otra.

Un estruendo metálico. Es la manera más efectiva que tiene Mireia de conseguir silencio en su bar, echar agua fría en cualquier discusión. Los habituales lo saben y lo reconocen hasta con simpatía. Mireia deja caer la bandeja vacía en la que trae y lleva las bebidas de la barra a las mesas desde la suficiente altura como para imponer el punto y final. A Raquel, que ha vuelto a oprimirse los oídos, ese ruido le llega atenuado, no le molesta y le permite ver los movimientos de todos como en cámara lenta. Y se da cuenta. Bruno también. Son las ocho de la tarde. Demasiado pronto para que suceda algo grave en los bares, en las calles del barrio. Pero ambos ven como los magrebíes se han callado, que están jodidos y que Bruno está solo y bebido. Uno de ellos dice algo al oído al otro y éste sale del bar. Es evidente que va por más de su gente para ir a por Bruno. Raquel lo sabe. Y Bruno debería saberlo.

—Nos vamos.

—¿Por qué?

—Lo sabes tan bien como yo.

—No me van a sacar de un bar esos mierdas. Además, hemos quedado con Cristian.

—Podemos quedar en otro lado. Le llamo al móvil.

—Ya está aquí.

Cristian, ajeno a lo que ha pasado en el bar, llega sonriente. Raquel intenta adivinar, mirándole a los ojos, si esa alegría es natural o inducida, pero no puede. Sus poderes la han abandonado. Las transaminasas le quitan brujería. Seguro que es eso.

—Tío, ¿no te cambias nunca de camiseta?

—¿Ésta? —Cristian se coge de la pechera—. ¡Es mi camiseta de la suerte!

—Interesa no llamar mucho la atención.

—No te preocupes, como es verde me camufla en la selva.

—Los cojones. A ver, he conseguido los seis pero nos van a servir cuatro. De los otros dos, uno era de una compañía de alquiler de coches, sí, el Ford, el nuevo. Y el otro que conducía el larguirucho está a nombre de una tía.

—Puede ser de la mujer.

—Puede, pero, por la pinta que tenía el tío, me parecía más del imbécil solterón que sigue viviendo con su madre y conduciendo el cochecito de la vieja.

—Podemos probar.

—Sí, vale, no perdemos nada.

—¿Llamas tú, Raquel?

—¿Hay alguna mujer?

—Una.

—Hago solo ésa. Tendríamos que irnos, Bruno. Al moro le acaban de llamar al móvil.

—Será Bin Laden.

—Imposible: está muerto —se apunta Cristian a la broma.

—Paso. Tú verás, Bruno, si quieres seguir haciendo el ganso. Pero esta vez no te hago de enfermera y de mamá. Acabemos. ¿Qué pedimos?

Bruno reparte las hojas impresas a uno y otro. Su letra fea, retorcida, casi avergonzada, escrita a bolígrafo fue reconocida enseguida por Cristian y Raquel.

—Os he puesto la pasta al lado del teléfono y la matrícula. Entre la pinta que tenían los pollitos y la marca, como siempre, lo que creo que podemos sacarles.

—Somos como un concesionario —bromea Cristian.

—Un puto concesionario del amor y la jodienda.

—¿Algo más? Estoy cansada. ¿Te quedas? —le espeta Raquel a Cristian.

—Sí..., no..., no sé.

—¿Nos pedimos dos cacharros más, Raquel?

—Vámonos de aquí, Bruno... ¿Por qué no sales con nosotros, Cristian?

—¿Qué pasa, mujer? ¿No sabes salir sin tu hermanito o qué? A ver si me voy a poner hijo de puta con vosotros...

La mujer le ignora. Ella solo quiere anular su autoconciencia. Quiere saber si Cristian lleva algo, lo que sea, si va a pillar. Necesita un trasplante para vivir. Necesita beber, bloquearse hasta que nada importe, ni tan siquiera saber si quiere seguir viviendo.

—¿Vienes o no?

—Me olvidaba. El que hiciste solo tú, Cristian, porque me tuve que ir al médico, el del Saab. No le he puesto dinero. ¿Cómo era? ¿Se le veía pastoso...?

—Sí, sí, llevaba corbata, traje, toda esa mierda.

—Pídele lo que quieras. Recordad, nada de fijos y móviles; locutorios moracos, ¿vale? Voy a pagar.

En cuanto Bruno se separa de ellos, Raquel aborda a Cristian directamente.

—No, no llevo nada.

—Vaya.

—Igual pillo algo luego.

—¿Cuándo luego?

—¿No me dijiste que te ibas a portar bien?

—¿Has quedado con alguien?

—Me pasaré por la plaza del Niño del Aro a ver si hay algo allá o en el Lip's. ¿Bruno viene?

—Tiene partida, si es que sale vivo del bar. Ven con nosotros, porque se le ha calentado la boca con un par de moros y creo que va a haber jaleo.

—Joder, que no tengo yo hoy el karma para peleas.

Bruno regresa metiéndose las monedas del cambio en el bolsillo. En el otro extremo del bar, una partida de cartas ha generado una discusión y uno de los

jugadores se ha largado. Enseguida tiene sustituto. Bruno le desea la peor suerte del mundo.

—Todo arreglado. Hermanitos, el Guerrero del Antifaz se larga por los lavabos porque hay moritos esperándome fuera.

—Mira el valiente —apostilla Raquel.

Al fondo del local, una puerta de doble hoja, de madera pintada de azulgrana, funciona como faro para borrachos y despistados con ganas de orinar. El servicio de las damas es el mismo que el de los caballeros. En el cubículo, además de la puerta que da al meadero con su espejo ya opaco, su cadena de puño blanco, el váter con su asiento color madera y el suelo sembrado de serrín, están las cajas con los envases ya vacíos de cacaolats, cervezas, coca-colas, y entre ellas una puertecilla que da al pasaje de detrás del local. Es una salida que pocos conocen. Bruno duda que los magrebíes sepan de su existencia. Abre la puerta. El pasaje está desierto a excepción del viejo Tomás, con los pies en una palangana, en su sillica de cuerda de toda la vida.

—Venga, vamos, no hay nadie.

—Yo no voy, Bruno.

—Vente, mujer. Me quedaré una hora o dos y luego seguimos.

—Sabes que no es verdad. ¿Qué hago yo allí? Además, la última vez te puse nervioso y perdiste. ¿Te acuerdas o no?

—Me acuerdo. Claro que sí, joder. Casi mil euros. ¿Y qué vas a hacer?

—Me quedo aquí con Cristian, y luego me voy para casa.

—Si acabo pronto, te llamo.

—Vale.

—Un beso.

Bruno abre la boca para besar a su novia. El aliento le huele a alcohol, a tabaco, a noche. Guiño a Raquel, que le hace un gesto para que se apresure y no tiente la suerte y la ira de Alá. Ella cierra el porticón mientras oye los pasos de Bruno resonando en la oscuridad y el gemido de un viejo que serán las buenas noches de Tomás, con sus pies cuarteados y metidos en agua con bicarbonato.

Ya no se oye nada. Raquel permanece allí, a oscuras, quieta y escondida de todo, durante unos instantes, hasta que le asalta el temor de que Cristian se haya largado. Un cliente del bar entra para ir al lavabo y se asusta al ver dibujado su contorno en la oscuridad. La mujer se disculpa y vuelve a la luz. Cristian no está en la mesa. Raquel, ansiosa, mira por el bar hasta que lo ve, acodado en la barra, hablando por la reliquia de teléfono que aún conserva el Mauri y anotando cosas con el bolígrafo que la sanguínea de Mireia le ha dejado. Raquel le saluda e indica que se va a la mesa a esperarle. En cuanto Mireia se deja caer por la mesa, le pide otro de Tanqueray.

—¿Qué hace el pesado de mi hermano, niña?

—Yo qué sé. Me ha pedido un boli y todo. Le saldrá más barato mi fijo que su móvil. Igual está llamando a la novia —tantea Mireia, que pierde el culo por Cristian, cosa que todos saben y que a Raquel ya le va bien, porque así le aplica el dos por tres del Carrefour en las consumiciones y la última me la olvido. Cristian pasa de la chica, pero también se deja querer lo suficiente como para mantener el negocio y la diversión, el coqueteo, las fantasías y la mejor mesa las tardes que vienen a ver el partido por la tele. Hubo un tiempo en que los celos le metían agujas por la garganta a Raquel con todas las que rondaban a Cristian, pero eso ya pasó. Es posible que, un siglo después de aquello, hayan acabado siendo hermanos. Como Hansel y Gretel. Igualitos que ellos dos pero sin bruja.

Medio combinado más. Uno de los moros entra en el local en busca de alguien que ya no está, Cristian regresa a la mesa.

—No me digas que estabas llamando desde aquí.

—Casi siempre lo hago.

—Como se entere Bruno...

—No se enterará.

—¿Por qué no llamas desde los locutorios?

—No me gustan esos sitios. Siempre hay colas y huelen mal. Además, aquí es lo mismo. ¿Quién va a venir aquí?

—En fin, que no se entere el susodicho.

—Tranqui. ¿Cómo estás?

—Jodida. Necesito un hígado.

—Casi todos.

—No, hablo en serio, estoy en lista de espera para un trasplante.

—Lista de desespera.

—No me jodas.

—Hostia tía, no te preocupes. Estas cosas van rápidas —le dice mientras le pasa el brazo por los hombros y le sella un beso en la mejilla—. De verdad. No te agobies. Y si no, lo compramos.

—¿Estás loco? ¿Dónde vamos a comprarlo?

—En la Boquería. Allí hay de todo. Hígado de burraca seguro que tienen.

—¡Cabrón!

Raquel le da un empujón mientras estalla en una de esas carcajadas que hacen que la vida y la noche sean sitios en los que estar, en los que poder ser feliz para gentes como ellos. A lo lejos la bandeja de Mireia vuelve a resonar contra el suelo. Las noticias deportivas están a punto de empezar.

—Dame una tarjeta.

—No tengo tarjeta.

—Pues tu DNI.

—¿Para qué quieres mi DNI?

—¿Quieres una raya o no?

—Quiero.

—Pues dame tu DNI.

—¿Y el tuyo?

—No lo llevo. Joder, Cristian, dámelo. ¿Cuál es el puto problema?

Bruno podría dar más explicaciones. Quizá, si Cristian insiste en su negativa de no dejarle el carné de identidad, acabe por darlas. Él no tiene el suyo. Sabe dónde está, pero no quiere explicarle donde se lo ha dejado. Un cierto pudor, una cierta sensación de vergüenza al reconocer que ha dado su brazo a torcer, que es un calzonazos, aunque la dueña de su voluntad sea la propia hermana de Cristian. Y es que el DNI de Bruno está en uno de los cajones del departamento comercial de Ikea. Raquel quiso amueblar a su manera el piso que Bruno ha conseguido. Raquel insistió en no salir un viernes, madrugar el sábado e irse para allá, fuera de la ciudad, a uno de esos endiablados polígonos en el fin del mundo. Raquel quiso esto y aquello. Bruno le dijo que vale, que lo que quisiera, pero que no le mareara. Un paseo militar que a Bruno se le antojó una tortura lenta y desagradable, entre aquellas familias que parecían recién salidas de la iglesia, llenas de proyectos, ideas y, al parecer, dinero. Raquel compró lámparas y cubiertos, tazas y mesillas, armarios y jarrones, cuadros, vasos, estantes y salmón. Bruno quería pagar en efectivo, porque el dinero vuela y no deja huella si va así, de mano en mano. Raquel dijo que tenían que pensar con la cabeza y, si podían, ahorrar, como hace la gente; no pagar siempre las cosas como si fuera una invitación en un bar. ¿Por qué no hacerlo? Raquel quería un bonito carné del Ikea y pagar a plazos, barato, regalado. Bruno cedió. Hicieron cola, esperaron turno, aguantaron la cháchara de la comercial, rellena ron impresos, dio su DNI y... le pidieron un número de cuenta. Bruno no tiene dinero en los bancos. Bruno nunca deja que la pasta deje un rastro ni la guarda donde se la pueden tocar. Raquel sí que tiene su cuenta, su banco. Podría ser ella la titular, pero ya es tarde. A Bruno se le han hinchado las pelotas. Le duelen los pies, quiere fumar, volver a la pecera, porque aquí le ahoga toda esa gente normal, con un pasado, un presente y un futuro que pueden enumerar y recordar, adivinar, esperar, disfrutar. No le dio la gana de que Raquel fuera la titular de esos muebles. O se los llevaban pagando en efectivo o se acababa la

Aventura del Sábado Madrugador. Raquel cedió. No era el dinero, eso era evidente, era algo más que Bruno sabía pero no quería entender. Era el motivo por el cual no quería empezar todo esto. Lo que Raquel pretendía era un ancla, colocarle a él y a su historia en la jaula apropiada y, si sobraban alas, se cortarían. Compraron los muebles, regateó la mudanza con los sudamericanos de la puerta para que se los llevaran ya mismo y, a todo esto, su DNI se quedó ahí, entre los impresos a medio rellenar, a las puertas de la normalidad. Un día de éstos ha de volver a por él.

—¿Y el tuyo?

Ni se le pasa a Bruno decirle la verdad. Opta por una mentira que afiance otra mentira ya consolidada.

—El mío lo tiene mi colega del registro.

—¿Pero tu colega no puede pasarte la información sin tener que hacer todo el papeleo y pedirte el DNI cada vez?

—Pues será que no, cuando me lo pide.

La realidad es que ese tal contacto no existe. Es una de las maneras en que Bruno trata de mantenerlos alejados —especialmente a Cristian; Raquel es, al fin y al cabo, su mujer— del meollo del negocio. Lo que hace Bruno es obtener esos datos de una de las páginas web que proliferan con ese servicio: 19,25 (IVA incluido) es la oferta. Solo has de rellenar el formulario con tus datos y la matrícula de la que desees información. Tiene a mano los datos del viejo Pep, su DNI y su número de tarjeta, y hasta le ha abierto un correo en gmail para recibir los datos del propietario del automóvil solicitados. Pep nunca pregunta. Bruno se pasa por su casa y siempre se lo encuentra igualito: tomando la fresca, con la cerveza recalentada a los pies. Charla un rato con él y le da en efectivo la pasta pactada y un poco más, para que siga comprándose más cerveza que dejar recalentar. El incidente de los cubanos y la madre y la hija, olvidado.

Cristian accede y le entrega su documento. Bruno se fija en la foto y bromea. Hace las rayas y se mete una clencha rápido y bien. Mientras Cristian se agacha a meterse la suya en aquel diminuto lavabo de los Joan, Bruno echa un vistazo al documento. Cristian se lo quita enseguida de las manos.

—¿Qué miras?

—Está caducado.

—¿Sí? —Lo comprueba—. ¿Qué dices, tío? Me queda medio año.

—Me habré fijado mal.

No, no lo ha hecho. Por curiosidad, ha echado un vistazo al documento y le ha saltado a la vista que ninguno de los apellidos coincide con los de Raquel. ¿A qué juegan éstos? Cristian tiene prisa. Ha quedado, se va. Bruno pide un copazo y después otro, para decidir qué hacer a continuación. Piensa en llamar a Raquel desde allí mismo y pedirle que se vaya pensando una explicación si no tiene la verdad las

suficientes agarraderas para mantenerse en pie solita. Piensa en si tendrá el temple suficiente para hacerle mentir de veras y que no quede todo en esa tierra de nadie en que quedan la mayoría de las discusiones con ella. Piensa en muchos detalles, retazos, conversaciones, muchos hilos sueltos que ahora, desde la distancia y tras esa revelación, daban rango de telar a muchas cosas. ¿Qué tipo de relación une a Cristian y Raquel? Por mucho que ahora todo parezca decantarse hacia la traición, también — debe reconocérselo Bruno— existen razones que indican que lo que existe entre ellos no tiene que ver con una cuestión fornicatoria o sentimental. No, Cristian y Raquel podían no ser hermanos, pero tampoco eran amantes. De eso estaba seguro. ¿Entonces? Puede que sean amigos y se sientan tan unidos como para querer seguir juntos a pesar de la aparición de Bruno. Ésa puede ser una razón, sí, pero no es del todo grata para alguien incapaz de entender que un hombre y una mujer sean camaradas si no hay por medio dinero o cama. ¿Qué es, joder, qué es eso que no le han dicho a él de buenas a primeras? ¿Qué son? ¿Ex amantes, por ejemplo?

Tampoco Raquel lo sabía con claridad, y muchas veces se lo había preguntado. En el caso de Cristian, él lo interpretaba al recordarlo a su modo: mal, rápido, sin segundas lecturas. Para él seguían juntos porque eran medio hermanos y porque él la ayudó cuando estaba jodida. Ya en Barcelona, ella consigue la baza de Bruno y, agradecida, le deja compartir su buena suerte. ¿Que hubo en su día sexo? De acuerdo. Pero nada más que lo que pasa cuando dos personas comparten cama, se conocen desde siempre y, alguna noche, una o el otro están calientes.

De conocer Raquel la versión de Cristian, diría que es veraz pero incompleta. Cristian era, por un lado, lo único que le quedaba de su padre y, por otro, era alguien que le infundía calma. Bruno la asustaba. Cuando perdía el control, no había límite. Más de tina noche hubo empujones, golpes, patadas. Si su hermano estaba por ahí, el otro se contenía un poco. Los hombres funcionan así, como animales. Lo sabe. Y sí, también había ese punto de coquetería de hembra que le decía —no sabía si con razón o sin ella— que lo suyo con Cristian era absurdo, inútil, pequeño pero especial. Más de una vez se hubiera abierto de piernas ante Cristian sin muchas más pretensiones que notarle dentro y desbocado como la primera vez, en la trastienda de aquel bareto, con las canciones viejas de discoteca que antes se sabía de memoria y ahora ni recuerda, y los pies resbalando aquí y allá. Estaba aún tan coleada de aquel tío que la había dejado, que se le mezclaban la venganza, el placer y las ganas de olvidar, pero con todo, con las manos en el ensortijado pelo de su medio hermano, supo que desde niña había querido hacer eso y con ése.

Ya en casa, Bruno pregunta:

—Oye, una cosa, cariño, por curiosidad, dime tus dos apellidos.

—Ya los sabes.

—Seguro que estoy equivocado.

—¿Estás de mala leche, Bruno? Si tienes hambre, hay cordero en el horno. Caliéntatelo.

—Lo digo, lo de los apellidos, porque hoy he tenido en mis manos el carné de identidad de Cristian y, hostia puta, que no coinciden sus apellidos con los de mi mujer, y me he dicho: voy a casita a que me cuente mi mujercita de qué coño va todo esto.

Raquel no contesta. Está derrotada en el nuevo sofá, que desde hace dos semanas parece más un apéndice de la mujer que un mero mueble. Ella, que está fumando, comiendo frutos secos, viendo la tele y jugando a algún juego en el móvil, está pensando una respuesta, una acción que evite el conflicto mientras, aparentemente, sigue mirando un eterno corte publicitario. Bruno está ahora en la cocina, abriendo y cerrando la nevera. Aparece de nuevo en el comedor con un tetrabrik de leche en la mano, del que bebe directamente un largo trago que a Raquel se le asemeja eterno. Saciada la sed, devuelve la leche al frigorífico. Todo un detalle.

—¿Qué quieres, Bruno?

—¿No hay cena hoy?

—Ya te lo he dicho. Hay cordero en el horno. Yo no tengo hambre.

—¿Y dónde como? ¿En el suelo? La mesa no está puesta. El cordero es el de ayer.

—No lo vamos a tirar.

—No sé para qué tenemos una casa. No recuerdo ni una puta comida que me hayas hecho en esta bonita mesa que, al parecer, era imprescindible que compráramos.

—No soy tu criada.

—No, ya sé qué eres. Eres una mentirosa. Una puta mentirosa. Una yonqui que no sabe comportarse como una mujer.

—¡Calla!

—¡Dame el mando!

—Yo qué sé dónde está el mando.

—Pues apaga la tele.

—Apágala tú y deja de darme órdenes.

Bruno busca el mando a distancia, primero entre los pliegues y los cojines del sofá, después en algún lugar del comedor. Como no lo encuentra, trata de encontrar el botón con el que apagar la tele de plasma, pero no lo consigue. Raquel se ríe y no sabe por qué, ya que está asustada, congelada en una de esas pesadillas en las que caes en medio de la calzada, y el coche acelera y tú no te puedes mover, y esperas el crujir de tus piernas rotas por el impacto, como el principio del fin del dolor. Bruno oye o ve esa risa. Igual está puesta, piensa Bruno, la muy hija de perra. O borracha. Bruno, irritado por la actitud de la mujer, busca el enchufe y, de un golpe seco, tira del cable del televisor. Raquel se endereza del sofá, tratando de insultar, argumentar,

amedrentar al intruso en su hogar. Bruno pone su manaza sobre la cara de la mujer y la empuja contra el sofá hasta hacerla caer. Ella se desliza hacia un lado, se levanta, pierde las zapatillas en la carrera hasta la cocina. Allí apoya una silla contra la puerta para tratar de impedir, inútilmente, que el hombre entre. No sabe qué hacer, por dónde escapar. Sin saber por qué, sin saber qué podría apaciguar la furia de Bruno, la solución absurda es el cordero en un horno que aún anda caliente. Está asustada. Está colocada. Está avergonzada de no saber convertir la casa en un hogar. Le duele lo que le ha dicho. ¡Qué sabrá él! La silla cae. Jack Nicholson ya está aquí.

—¿Qué coño estás haciendo, Raquel?

—La cena.

—¿Tú estás loca o qué? ¿Quién quiere cenar?

—Tú lo has dicho antes.

—Deja eso. Estás bebida.

—No es verdad.

—¡Borracha!

—No grites, Bruno. Aquí no, aquí no.

—¡Pues no me hagas gritar!

—Estás enfadado porque tienes hambre y crees que no soy buena con la casa, pero solo hay que calentarlo. El horno aún está encendido.

—¿De qué me estás hablando? No es eso. Sabes que no es eso.

—¿Cuántos trozos quieres?

—¿Qué me escondes? ¿Cómo te llamas?

—Pero ¿de qué hablas, loco?

—Te lo has follado, ¿verdad? ¿Desde cuándo? Cómo os habéis reído de mí, ¿eh? Del pobre gilipollas de Bruno. Pues se acabó. Esta noche se va a acabar todo.

—No chilles. Los vecinos.

—Chillo lo que me da la gana, ¿lo entiendes? Y que me oigan todos, que mi mujer se folla a «su» hermano.

—Yo no me he follado a nadie, y menos a mi hermano.

—¿Aún le llamas así? ¿Pero es que te crees que soy imbécil? ¿Que no sé leer?

—Déjame que te lo explique. Cenamos y te lo explico.

—¡Deja el puto horno de los cojones!

A veces, cuando regresa a aquella noche, Bruno piensa que quiso cogerle las manos a Raquel, que ya las había metido en el horno, para que las sacara de ahí. Él no tenía hambre. No quería cenar ese jodido cordero, solo una explicación a aquello. En otras ocasiones se sincera y reconoce que quizá sí, quiso acercar el dorso de las manos de la mujer a la parte superior del horno, que ya quemaba. Pero solo un poco, nada que ver con las quemaduras que le produjo.

En el hospital, Raquel dijo que había sido un accidente doméstico. El médico dio

por buena aquella versión. El hecho de que la accidentada hediera a alcohol ayudó mucho a su convencimiento. Raquel era consciente de que podía hacer daño a Bruno si metía por medio a la poli y al juez, pero no quiso hacerlo. Sabía que esa indulgencia también la veía él, en la sala de espera, con ojillos de niño arrepentido por haber roto algo que no debía haber roto. De hecho, se invertía la culpabilidad y el juego de quién ostenta qué derechos contra quién. Y eso es una victoria, siente Raquel.

—Lo siento, lo siento, cariño.

—Eres un animal. No sé por qué me lié contigo.

—¿Te duele?

—Me duelen más otras cosas. Me dueles tú. Eres un imbécil. Te han dado tantos palos y has estado tanto tiempo solo, que no te enteras de nada. Lo jodes todo, Bruno. Todo a tu alrededor, ¿no te das cuenta?

El hombre lloriquea delante de la mujer que, apoyada en el coche, sabe que tiene la situación controlada y la va a aprovechar para ganar tiempo y espacio. Raquel sabe que ahora Bruno le dará lo que pida.

—Podía haberte jodido, Bruno.

—Lo sé, lo sé, gradas. Tendrías que haberlo hecho.

—¿Para qué? Yo no soy así. Me gusta arreglármelas sola. Mientras pueda. Pero quiero que no aparezcas por casa hasta que yo te lo diga. Hasta que se me pase el puteo, que me quema más que las manos.

—Pero ¿podrás tú sola...?

—Podré. No te preocupes. Si no, le pido a Dolors o Mireia que me echen una mano con las comidas y demás.

—Vale, vale... Te llevo a casa.

—Sí, ya es tarde. Estoy reventada. ¿Apagaste el horno antes de salir? —El hombre asiente—. Pero antes de meterme en el coche como si no hubiera pasado nada, quiero aclarar lo de Cristian y yo. Cristian es mi hermano. No llevamos los mismos apellidos, pero somos hermanos. Mi padre fue su padrastro. Mi padre vivió con su madre. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí, hostia, pero al principio tú dijiste que...

—Sé lo que dije. Y te dije una media verdad para que no empezaras con tus paranoias, tus celos y numeritos como los de esta noche. Cristian me trajo a esta ciudad. Cristian fue el único que no me dio la espalda cuando todo se me fue a la mierda. Se puede decir que Cristian me salvó la vida. Y con él, hasta que llegaste tú, me sentía segura. Es un hombre. Y está a mi lado. Siempre. —La mujer recalca las últimas palabras, porque sabe que se clavan, retorcidas y envenenadas, dentro de Bruno—. Sé lo que vale eso. Un hombre. Alguien en quien confiar, que pregunta las cosas y no le quema las manos en un horno a una mujer cuando se enfada.

—Lo he pillado. No hace falta que me lo repitas.

—¿No? ¿Seguro que no? Un hombre, joder.

—Yo soy un hombre, pero es que a veces...

—¿A veces qué?

—¿Asia?

—Asia.

Merche y Max se miran divertidos. Ahora saben que los dos lo han visto. La mujer que abre la puerta del piso, a medio camino entre prostituta y apetecible casera de película de estudiantes subida de tono, está más cerca de los cincuenta de lo que jamás reconocería. Entrada en carnes, va en pantalón corlo, una blusa premeditadamente blanca y traslúcida para que casi delectes la combinación roja de un sexy sujetador de mercadillo imposible de resistir. Está allí para atender a las parejas, pero es obvio que también para tríos o su propia intervención en el coito previo pago. Tiene la belleza gastada pero aún orgullosa de alguien a quien las cosas no le han ido bien pero tampoco del todo mal.

Y sí, lo han visto. Al pasar, a mano derecha, en lo que se podría considerar la entrada del piso. La mujer y otra compañera —«hola, ¿qué tal?»— estaban montando el belén con indisimulado placer. Aquí la burra, allá los pastores, aquí el niño, que no se nos constipe.

—Estamos acabando. Cada año nos queda la mar de bien. A los clientes les gusta. Pero lo hacemos también un poco por nosotras, para qué engañarse.

La mujer se ha percatado de la sorpresa de la pareja. Por eso hace el comentario mientras coge los billetes con el precio pactado y pregunta si quieren tomar algo, cava, un refresco, algo más fuerte, un combinado, por ejemplo.

Cuando cierran la puerta y están en Asia, se miran y no pueden sino estallar en una carcajada liberadora. Esperan que la mujer no se ofenda; en realidad, aquella hilaridad no va con ella. Es la situación. El día gélido y gris, la idea loca de Merche, la Lili Marlen interrumpiendo el curso del río de papel de plata, el desmoronamiento de las montañas de corcho alrededor de la aldea de Belén al ir a abrir la puerta... Y ahora están ahí, en lo que quiere asemejar una tienda árabe, desvistiéndose rápido para compensar la altísima temperatura de la habitación.

Merche se sienta en la gran cama que queda al bajar tres escalones. Max mira aquí y allá. Solo les quedan Europa y Oceanía. Asia es una combinación imposible de objetos procedentes de restaurantes chinos, árabes, libaneses... Una receta de cuscús enmarcada sobre una vasija roja que se enciende y apaga, una foto del Dalai Lama, un calendario de persiana con una geisha y su sombrilla, una pareja de pandas de plástico algo descoloridos, olor a incienso que emana de una pagoda.

—África estaba mejor.

Max yace descalzo en la cama. Clava la mirada en el falso techo de tela antes de

cerrar los ojos y pensar que aquel está siendo un buen día. Sí, tenía que fijarse también en los días que fluyen rápidos y eficaces, en los que se cumple lo planeado y en los que incluso lo que sucede sin avisar acaba haciendo que todo sea mejor. Un buen día que ha llegado detrás de un día feo y áspero, con aquella llamada de última hora a su casa para empeorarlo todo, para mostrar un abismo nuevo que —lo reconozca o no— aún le inquieta. Durante todo el día ha dudado en decírselo o no a Merche. Ahora ya ha decidido que no lo hará. Al fin y al cabo, estas cosas pasan, supone. Se arriesgan y eso tiene un precio, sigue suponiendo. De hecho, ya le estaría bien a Merche, para que reconsiderara su negativa a verse en su casa. Entiende los motivos de la mujer, claro que los entiende, pero ir de habitación en habitación conlleva ser más vulnerable al exterior. Y él no tiene nada que esconder. Ella aún sí.

No, no le va a decir nada de la llamada. Hacerlo sería preocuparla, y, casi con toda seguridad, eso conllevaría que se asustara, que decidiera que no se viesan durante un tiempo. Y además... el lema estaba ya solucionado, ¿no? Se le había pasado por la cabeza un montón de ideas. Que fuera un detective contratado por Gero, dispuesto a cobrar del marido engañado, del amante y de la mujer engañadora. Pero lo ha desestimado por demasiado rocambolesco. Y si fuera así, la suerte ya estaría echada y Merche, inexorablemente, acabaría por enterarse. Pero eso sería mañana, y hasta que llegara ese mañana, Max quería merendarse todos los hoy que pudiera. La opción más probable —sobretudo cuando, ante la negativa de Max a identificarse, el otro le espetó la matrícula de su automóvil— era que los habían seguido y tomado el número de matrícula, y de ahí su localización y el intento —frustrado— de extorsión. Al poco de colgar, casi podía visualizar al tipo de la camiseta verde que tuvo un comportamiento tan extraño aquel día, hacía unas semanas. Casi podía sentir el morder en hueso de aquel hijo de la gran puta, frustrado, colgando de un modo abiertamente brusco el auricular.

—No querrás que se entere gente que no debería enterarse.

—Como por ejemplo...

—Tu mujer. Tus hijos.

—¿Habla en serio?

—¿Te parece que tengo ganas de hacer bromas?

—No, la verdad es que no. Mire, acortaremos la conversación. Estoy divorciado. Puedo acostarme con quien me dé la gana. Es más, si dan con mi mujer, igual hasta se alegra de ello. Últimamente me veía como muy hundido —bromeó Max aunque le temblara la voz, superado por aquella situación inesperada pero sabedor de que tenía que aparentar firmeza, burla, indiferencia—. Saber que tengo novia, le alegrará, seguro. No tengo hijos, y respecto a mi acompañante, tampoco tiene marido ni familia.

—¿Quieres que me crea eso? —le cortó Cristian sin convicción, porque lo cierto

es que sí se lo creía, y daba ya por perdida la llamada y el chantaje.

—Me es indiferente.

—¿Por eso fuisteis a ese local? —balbuceó, sangre en la arena, el andaluz.

—¿Es usted de algún comité de defensa de la familia...? No sé de qué local me habla y, la verdad, todo esto es ridículo. Y me... me incomoda. Mucho. En cuanto cuelgue, voy a telefonar a la policía. Adiós.

Por unos instantes Max pensó en hacerlo, pero tenía la certeza de que solo conseguiría perder el tiempo y la dignidad. Además, ¿qué iba a decirles? De cualquier manera, localizó un bolígrafo y apuntó el teléfono que figuraba en el visor del inalámbrico. No estaría de más tenerlo, por si insistían o acontecía alguna cosa extraña, ya que, igual que tenían su teléfono, era más que probable que tuvieran su dirección.

Un beso convoca a los demás. Abre los ojos y ve, distorsionada por la proximidad, la bonita cara de Merche, su boca sembrando de besos la suya. En un abrazo tiene a Merche contra sí mismo... ¿Por qué no podría ser siempre así? ¿Por qué no podría amanecer con aquella cara a su lado, dormida, hermosa, confiada? ¿Por qué no podía ser su vida, dolorosamente rota en pedazos desde no sabe cuánto ya, una sola, un único recipiente donde guardara todo lo que tiene y todo lo que es?

Allí la tiene, desnudándose, a los pies de la cama, quitándose todas aquellas prendas que anoche eligió cuidadosamente para que él las viera, para resultarle apetecible. Estaría cocinando para su marido y pensando en qué bragas se pondría al día siguiente. Estaría repasando los deberes de su hijo y alzaría la cabeza y se encontraría con un espejo y se preguntaría si esos mismos labios serían buscados y mordidos mientras ellos, a su vez, también buscarían y morderían. Se gira Merche y allí está el cuerpo desnudo de la mujer, como una aparición, por más que fuera esperado. Se acerca a la cama, se sube a horcajadas sobre él y le clava los ojos mientras el collar que le regaló un día ya lejano —¿un aniversario, Navidad, una reconciliación?— se agita con su piedra azul y negra oscilando sobre él, entre los pechos de su amante, pechos en los que quiere perderse, morder, acariciar, besar, acceder a un mundo sensual, de sedosas alfombras de carne y pelo, calor animal, arañazos, mordiscos, saliva y sudor. ¿Por qué no retar a lo cotidiano y tener siempre eso al alcance de la mano?

La pagoda cambia de función. Merche enciende un cigarrillo y vuelve a la cama con aquel objeto a modo de improvisado cenicero. El hilo musical: palomas bravas, cadenas rotas, pasiones tremendas. Max se gira hacia Merche, que está sentada con la pagoda apoyada en la barriga en la que deja caer la ceniza desde una distancia que asemeja abismal. Una multitud de pecas, como un ejército en desbandada, recorre su cuerpo. Su pecho empieza alto, y eso hace que, a pesar de la edad, no se le note caído. El pubis ralo siguiendo una moda que no acaba de agradar a Max, las pulseras, las

dos almohadas —una por derecho, la otra por ocupación— detrás de ella le otorgan un rango de gata grande y voluptuosa, dueña de Max, que, si no fuera por la lumbre del cigarrillo, por la pagoda y por la pereza que le provoca la somnolencia, trataría de negociar un nuevo asalto, una eyaculación más.

—¿Qué...?

—Ya sé que no te gusta que hable de él, pero esta vez te va a gustar.

—Lo dudo.

—El otro día salimos con un grupo de amigos, y una de las que siempre venía con nosotros reapareció. Digo reaparecer porque hacía meses que no sabíamos nada de ella ni de Jorge, su marido.

—¿Cómo se llama ella?

—¿Quién?

—Ella. La mujer de Jorge. Si Jorge tiene un nombre, ella debe de tener el suyo.

—¿Qué más da? Sonia. Bueno, pues viene a la cena en plan «aquí estoy yo», ya sabes, la transformación de las separadas. Guapa, exultante, otra persona. La verdad es que la envidié. Era como si la vida, como cuando sales de un túnel de lavado con los cristales del coche immaculados...

—Sí, como poner el contador a cero...

—Sigo.

—Sigue.

—Y al verla así, pensé ¿y por qué tú no?

—Tú estarías más guapa.

—Seguro.

—Sí, porque estarías conmigo.

—Ella no está con nadie.

—Mentira. ¿Qué hora es?

—No lo sé. Aún no es la hora. Ella dice que no está con nadie. Y le creo.

—Mentira.

—¡Pesado que eres!

Merche ha acabado el cigarrillo. Con una mano deja el cenicero en la mesilla. Después coge una de las almohadas y se cubre con ella la barriga, el pecho y el pubis.

—Déjame acabar, que esto no es lo que quería decirte.

—Venga.

—Vamos al restaurante, nos sentamos y yo, como siempre, a mil kilómetros de él en la mesa, pero esa noche parece que le da igual. Porque da la casualidad de que le toca al lado de la súper recién separada, todo alegría y demás. Se pasó, bueno, se pasaron toda la noche coqueteando el uno con el otro, y yo...

—Y tú puteada. Celosa y puteada.

—¿Yo? Para nada. Con él, para nada.

—¿Y conmigo? ¿Te hubieras puteado?

—Te hubiera arrancado los ojos con el cuchillo del primer plato, muñeco.

—Menos mal. No esperaba menos.

—Pero ¿sabes qué pensaba? Pensaba que ojalá se enrollara con ella. Que ojalá encontrara a alguien y se enamorara. Es un buen hombre, un buen padre. Se merece ser feliz. Ojalá viniera un día y me dijera: «Oye, se acabó: amo a otra». Así no debería cargar con la responsabilidad, con la culpa, con todo...

—Ya. Es jodido ser el asesino de unos seres que no se han muerto, que te llaman a cualquier hora para recordarte que les has arruinado la vida, que necesitan una mochila nueva, que ese viernes no vendrán.

—Suponía que te gustaría saberlo, no sé, ahora dicho...

—Me ha gustado. Ahora quiero estar dentro de usted.

—¿Sí? Pues ya tardas.

Max se pone encima de Merche, y ella arroja el cojín al suelo. Se abre paso entre las piernas y se desliza hasta sentirse dentro. La voz de ella parece salida desde una cueva húmeda, a cien metros bajo tierra.

—¿Sabes...? A veces pienso cosas peores. Cosas que me hacen verme mala, cruel, una mierda...

—¿Cosas como qué? —Poco a poco, las caderas de Max embisten a Merche, cuyas manos aprietan los glúteos de él, sus piernas entre las de su amante como la hiedra en la verja de un viejo jardín.

—Cosas.

—Dímelas o no me correré nunca.

—Cosas como que si un día cogiera la furgoneta y tuviera un accidente, no sé, no me importaría.

—Siempre he pensado que es más fácil matar que decir la verdad.

—No puede ser.

—¿El qué?

—Escucha.

Villancicos.

—*Per qui pregunta?*

—*No ho sé.*

—*Aquest és un telèfon públic. És un bar.* Está llamando a un bar —indica Mireia, que se pasa al castellano sin mucha razón, quizá por el acento chava del interlocutor o para endurecer la conversación.

—Quiero hablar con la persona que me llamó desde este teléfono hace dos días a eso de las nueve de la noche.

—No le puedo ayudar. *Molta gent fa servir aquest telèfon.*

Pero Mireia recuerda con claridad que hace dos tardes solo Cristian utilizó ese teléfono.

—Sé que mi llamada es extraña, pero no se preocupe. Me llamó para ofrecerme un negocio. No nos entendimos, pero lo he pensado y creo que me interesa. Le dejo mi teléfono por si recuerda quién pudo ser. Hágame ese favor. ¿Anota...?

—*Anoto.*

Mireia busca bolígrafo y trozo de papel. El primero sabe dónde buscarlo, aunque esté mojado y quizá no funcione. Lo del papel ya es más complicado. En el cajón donde encuentra el bolígrafo no hay ni un miserable trozo. Sobre la barra no hay servilleteros a mano, y lo cierto es que no piensa esforzarse mucho más de lo que ha hecho hasta ahora. Ese tipo solo pide y pide, y de todo eso ella, Mireia, no va a sacar nada. Bueno, algo sí, piensa. Una excusa para abordar a Cristian en cuanto aparezca por la puerta. Un secreto quizás. Un cliente de confianza —todos lo son, porque a su bar acuden los de siempre y, lamentablemente, solo éstos—, el señor Castillo, está leyendo un diario deportivo mientras apura su carajillo, ya frío y echado a perder. Mireia regurgita algo que podría ser un «*si us plau*» y le arrebató el periódico. En la esquina de una página anota el número de teléfono, arranca la hoja marcada desde media mañana con aceite y miga de pan y devuelve el objeto mutilado a su lector, que ya no reanuda la lectura, como delatado en su miserable intento de perder el tiempo intentando enterarse de si ficharán a éste o aquél en el mercado de invierno. A Mireia le gusta ofrecer a la concurrencia detalles como éstos. Se gusta en su solvencia y desfachatez, su ausencia de modales y temores; es una suerte de Juanita Calamidad del barrio, una hembra de pies a cabeza.

—*No li prometo res.* Daré dos o tres voces. Es todo lo que puedo hacer.

—Gracias. ¿Quiere que la vuelva a llamar?

—*No, no truqui més.* Si no le llama quien le llamó es porque no he podido localizarlo o porque no quiere hablar con usted. Le he atendido amablemente, pero

aquí hay mucho trabajo y estoy sola. *Per cert, com es diu vostè que pregunta tant...?*

—*Em dic... eh... Frankie* —miente Max, ayudado por la recopilación de los ochenta que suena en su coche en esos momentos—. ¿Me puede decir dónde está exactamente el bar...? ¿En qué...?

Pero Mireia ya ha colgado. Por la puerta ve entrar a Cristian, como convocado por la llamada. No lleva la eterna camiseta verde de la suerte, lo cual puede querer decir dos cosas. O bien que ha pasado por casa de Raquel y ha dejado la ropa sucia, o bien que esta noche tiene una cita. O ambas cosas a la vez, maldita sea. Mireia se suelta la coleta antes de llamarle con un grito desde el otro extremo de la barra. Cristian otea el bar y acude.

—¿A quién buscas, *carinyo*?

—A Bruno.

—Aún no ha venido por aquí. Igual está donde vuestros amigos los chinos —asaeta celosa y empresarial.

—Son buena gente los Juanes.

—Seguro. Como Fu-Manchú. ¿Tú sabes quién era Fu-Manchú? Mi padre me explicaba películas de Fu-Manchú. Pues ellos son Fu Manchú. Todos los chinos son Fu-Manchú.

—Sé quién era, Mireia, pero, que yo sepa, Fu-Manchú no regentaba un bar ni hacía bocadillos.

—Bocadillos de carne de perro.

—Ponme una mediana.

—¿Con vaso?

—No, a gollete, como los hombres.

—Veo que hoy vamos guapos, de festejo.

—Yo ya no festejo, Mireia. Soy resto de serie.

—Seguro.

—Seguro.

—Tu cerveza, *mil homes*.

Han entrado unos operarios con monos verdes. Se sientan en una de las mesas. Hace unos días que son puntuales como un reloj. Consumen bien y se marchan a su hora. Clientes así interesan, y no toda la caterva de borrachos, desgraciados y desahucio humano que desgastan sillas y fichas de dominó, piensa Mireia, pero en este momento le puede la mujer y no quiere perder el hilo que le enlaza con Cristian. Localiza al fondo del bar a su hermano, detrás de un jugador de los que se están atracando a naipazos. Mediante un cliente interpuesto, le arranca de su ensimismamiento y, con gesto contundente, lo lanza a la mesa de los recién llegados.

—Atiende, atiende, niña.

—Que haga algo ese gandul. Estoy hasta el coño de hacerlo todo yo sola.

—Hija, cuando te pones romántica...

—Uy sí, el miembro de la Casa Real.

—¿Quién era ése?

Cristian señala una foto vieja con un autógrafo, enmarcada y colgada detrás de las botellas, en algo que recuerda quizás una cruz sobre un altar. En la instantánea, un jugador con camiseta blanquiazul de cuello de pico, pelota en los pies y carrera majestuosa.

—Un amigo de mi padre. El único perico que permito en el bar.

—¿Lo conociste?

—¿Pero cuántos años crees que tengo?

—Yo que sé, de cría...

—No.

—El *millor*: *Canito* —resuelve el señor Castillo, a quien antes le había quitado el periódico Mireia—. *Un emperador al que van arruinar les dones i el vici.*

—Ahora entiendo que fuera amigo de tu padre.

—¡Eh, chaval, para el carro!

—Jugó en el...

—Fin del Carrusel Deportivo, *senyor Castillo*.

Éste acepta el mutis. Mira a ambos lados de la barra en busca de alguna complicidad ante la mala educación de la ordinaria putilla del bar, al cual sigue acudiendo porque lo regentan gentes de toda la vida con clientes de toda la vida, culés, feos y sentimentales.

—Si ves a Bruno le dices...

—Alto, Don Rápido, que *t'haig de dir una cosa*.

—Dime...

—Cuando has entrado, hacía nada que le había colgado el teléfono a alguien que te buscaba.

—¿A mí? —La sorpresa en la cara de Cristian le parece totalmente sincera a Mireia—. ¿Quién?

—No lo sé.

—¿Entonces...?

—Era uno que quería hablar con alguien que le llamó desde este teléfono anteayer a eso de las nueve.

—Yo no llamé.

—Tú llamaste. Lo sé porque fuiste el único que llamó.

—Mierda. ¿Y qué te ha dicho? ¿Qué quería?

—Nada, que quería proponerte un negocio. Hablar contigo. Que el otro día no os entendisteis y se lo había repensado, o algo así.

—¿Te dijo algo más? ¿Su nombre, algo?

—El nombre era extranjero, no me acuerdo, con tanto follón aquí. Pero el número te lo apunté. Es un móvil.

Mireia saca del bolsillo el trozo de papel y se lo acerca a Cristian. Él mira los números como si a través de ellos pudiera desairar el futuro o la verdad de la verdad. Está tentado de romperlo, pero decide que antes será una ventaja que una desventaja.

—¿Le has dicho que sabías quién le había llamado?

—¿Por quién me tomas? Soy una chica discreta. Sé guardar secretos.

—¿Puedo confiar en ti?

—*La pregunta ofèn.*

—Lo sé, *maca*. Mira, si vuelve a llamar, nada de nada. Que no sabes quién le llamó y que nos deje en paz.

—¿Mal rollo?

—No, no es nada grave, pero no hay ningún negocio que ése me pueda ofrecer que sea bueno para mí. ¿Un tío extranjero, has dicho?

—Sí, el nombre, sí.

—¿Ruso? ¿Sudaca? ¿Moro?

—No, inglés...

—No conozco a ningún inglés.

—Él no tenía acento guiri. Era *charna*. Solo el nombre..., eh..., espera... ¡Frankie, se llamaba Frankie...!

—¿Frankie? Tampoco conozco a ningún Frankie. Bueno, da igual: ni mú.

—Vale, *nen, ja ho he entès*.

—Otro favor, Mireia. —Cristian pronuncia de forma premeditada el nombre de la chica, que agacha la cabeza y la adelanta un poco por encima de la barra, esperando la nueva confianza No digas nada de esto a Raquel ni a Bruno, ¿vale? Tengo mis motivos.

—Muchos favores pides tú.

—Sé pagarlos.

—Mal pagador me has resultado hasta ahora.

—Estoy liado pero... ¿quieres que salgamos por ahí el viernes o el sábado, cuando *plegues*?

—No hemos de esperar a eso. Puedo pasar de venir. Me tienen esclavizada. Que se espabilen sin mí una noche.

—¿El viernes?

—Vale. Pero que no pase como la última vez, que a mitad de la noche me dejaste en casa y luego me enteré de que habías seguido la fiesta.

—Ya te expliqué lo que pasó.

—Sí, mentiras para tontas. El viernes a las ocho. Dúchate.

—¿Y eso?

—Por si acaso.

Risa descacharrante a vajilla rota, a accidente de coches.

—Mira, aquí llega Bruno.

Unos días después, Max se presenta en el bar. No le ha sido difícil localizarlo. Una llamada haciéndose pasar por alguien que no era y un viejo que descuelga, restos de antiguas imposturas —de cuando hace muchos años trabajó como cobrador de impagados—, le allanaron el camino. Sabe que las posibilidades de conseguir lo que pretende son mínimas. Para empezar, no está seguro de que su plan tenga pies ni cabeza. Sí, lo ha ido madurando, gestando todos estos días, desde el primer chispazo de inspiración, cuando volvía de su encuentro con Merche, cuando, como siempre, no pudo acercarse demasiado al círculo protector de su hogar, cuando volvió a la rutina de las llamadas perdidas y no atendidas, a la espera de la espera, la eterna espera de nada, de menos que nada. Guardó aquella idea para desenroscarla, horas más tarde, tendido insomne en su cama de matrimonio, en la que se pasaba casi toda la vida: comer, dormir, leer. Todo menos hacer el amor con Merche. Allí, calado por una lluvia invisible de realidades y evidencias, un relato helado de medias verdades y reglas de tres diabólicas, trazó el camino y lo vio claro, limpio, definitivo. A la mañana siguiente, seguía ahí la idea, imantada en él. Pero ahora no sabe, no puede, no quiere dejar de decirse que es una locura, que es una apuesta envenenada contra la infelicidad.

Ira consciente de que existía un riesgo pero desconocía la naturaleza del mismo, y eso le hacía vulnerable. ¿Qué podía pasarle? ¿Que le descubriera Merche? El plan era tan disparatado que ni ella podría creerlo si llegara a enterarse. ¿El dinero? El dinero solo era dinero. Apuraría la póliza de crédito, dejaría en el aire muchos seguros de clientes pequeños. Eso le era indiferente. ¿Su integridad física? Haría bien en ir con tiento. A buen seguro, esa gente era peligrosa. Mejor haría en no olvidarlo.

Max está allí, sentado a una de las mesas, bebiéndose una cerveza sin alcohol con desgana. De hecho, le apetecía más un poleo o cualquier infusión, pero el ambiente le robó la personalidad en cuanto aquella chica se le acercó y le preguntó qué iba a tomar. En cuanto apurara el Agua de Moritz se iría y se olvidaría del asunto. Es consciente —ahora de manera palmaria— de que proyectos como el suyo solo pueden acabar en el más absoluto desastre. Quizá por eso, ahora preferiría no encontrar al hombre a quien busca.

¿Cómo sabrá quién es? Ésa es otra de las incógnitas enloquecidas de su plan. Max cree que la persona que le llamó con la pretensión de chantajearle es la misma con la que casi se tropezaron tras una de las encamadas con Merche. Recuerda la pinta de Cristian, su camiseta verde. Quizá no podría describir sus rasgos distintivos pero, llegado el caso, podría reconocerle, lista completamente seguro. Todo ello no viene

sino a cimentar la fuerza que le ha hecho llegar hasta esa mesa. Existen tantas posibilidades de que nada encaje, de que se haya equivocado de bar, de que el tipo que le llamó hubiera pasado por este bar por casualidad y que nunca más volviera a poner sus pies por aquí, dique no fuera quien creía que era Max, e incluso de que estuvieran uno al lado del otro sin saberlo. Todo ello, esa única probabilidad entre un millón, hace que Max se autoconvenza de que, si la conexión funciona, es que el plan es bueno, y el objetivo que busca es probable, eficaz, un auténtico golpe en el mismo trasero del Destino.

Max acaba la cerveza y se plantea volver mañana, pasado, los días que haga falta, pero debería hacer guardias de semanas para desechar la posibilidad de toparse con aquella cara que él identifica con una voz y una llamada. No dispone de tanto tiempo, así que se arma de valor y se dirige a la barra. Paga la cerveza a Mireia y la aborda:

—Hola, soy Frankie.

—Hola, Frankie.

—Llamé el otro día.

—Sí, y le dije que ya le llamarían.

—He pasado a tomar una cerveza. Nada más.

A Max le tiembla la voz, pero espera que no se le note. Trata de hacerle creer a esa chica que tiene un mensaje claro, que no va a admitir réplica ni matiz alguno.

—Mira, entiendo que quien llamara tenga una cierta, ¿cómo decirlo?, suspicacia, que sospeche, vamos, pero solo quiero hablar con él, proponerle un negocio, algo que creo puede beneficiarle.

—A él y a usted, claro.

—Sí, claro. Solo le pido que me llame. No soy policía ni nada raro. Que vaya a una cabina, marque mi número, escuche lo que le quiero decir y ya está. Si me dice que no, pues es no.

—Yo no le he dicho que sepa quién le llamó ni si le llamaron de aquí.

—Solo en el caso de que lo sepa.

—Vale. ¿Y si no?

—Vendré todos los días aquí, por si le veo —miente Max. Ha decidido que ésa es su última intentona—. Puedo ser muy pesado.

—Frankie...

—Sí.

—Nadie se llama Frankie.

—Yo sí.

—Ya.

—Bueno, es un apodo —trata de congraciarse Max—. Por lo del grupo aquél, Frankie goes to Hollywood... Tú eres muy joven para recordarlo.

—Frankie Apodo Hollywood, déjame el teléfono.

—Ya se lo di.

—Lo perdí.

Max busca en su cartera una tarjeta de cualquier cosa que no le implique ni proporcione más información de la que ya tenga el chantajista. Localiza una vieja tarjeta de visita color crema de alguien que ni llegó a ser su cliente y escribe por detrás el número de su móvil. Luego se lo entrega a Mireia y sale del bar sin apenas le en que le llame alguien, quien quiera que sea que deba hacerlo.

—Hola, Javier.

Pero Javier no dijo nada. Javier seguía con la mirada ausente, el impermeable negro y barato empapado de la tormenta que estaba castigando la ciudad. Llevaba la barba a medio rasurar, por desidia o por olvido, con clapas aquí y allá, las gafas con gotas de lluvia, y un olor a cerrado, a suciedad cuarteada que emanaba de su cuerpo enjuto y que hizo que Bruno arrugara la nariz y estuviera tentado de decirle algo, pero finalmente lo dejó pasar. ¿Estaba Javier viviendo en la calle? Al fin y al cabo, ése no era su problema. El suyo era cobrar y punto.

Pero Javier no era el mismo de hacía unas semanas. El pobre desgraciado aquel que le había preguntado cuándo acabaría todo eso, que le había dado un sobre con menos dinero de lo acordado. La lluvia lo estaba liando todo un poco, pensó Bruno. Después de este cobro, Bruno debía volver al barrio a por el coche, recoger a Cristian y largarse a Castelldefels. Hoy volvían a hacer provincias, bromeaba aquél, como si de una *troupe* de comediantes se tratara.

—¿No dices nada? Un tipo callado. Misterioso. Javier el Misterios.

Cruzaron el andén un par de mujeres, regordetas y fuertes, asidas a sus bolsos. Pasó una adolescente con su iPod atronando de un modo amortiguado, un hombre de traje que miró, cegato, la pantalla de su móvil por encima de las gafas. A sus espaldas, se detuvo el metro con un inconfundible lamento metálico.

—Bueno, Javier el Misterios, ¿has traído la pasta, tu segundo plazo de la tranquilidad?

Javier seguía sin contestar. Pasó por delante de ellos un niño de la mano de su hermana, su canguro o quizá su madre, ¿quién podía saberlo...? Un retrasado mental con las manos en los bolsillos del pantalón y una mochila cargada de libros, que iba preguntando a todo el mundo si les caía bien. Javier y Bruno no fueron una excepción. Les caía bien. Mucho, muchísimo. La hostia de bien.

—No tengo todo el tiempo del mundo. ¿Has traído la pasta?

Javier por fin reaccionó. Volvió la cara hacia Bruno y le miró, pero sus ojos no decían nada, no querían ir más allá de eso, de enfocar al tipo al que le estaba entregando un sobre blanco, mojado por la lluvia, arrugado en uno de sus bordes. Bruno cogió el sobre, lo sopesó y notó que no había mucho ahí dentro.

—¿Cuánto hay, Misterios? No quiero bromas.

Pero Javier, de repente, echó a correr por el andén sin que a Bruno le diera tiempo de retenerlo. Abrió el sobre y, sí, su experiencia le había dicho lo correcto. No había dinero. Solo un papel con HIJO DE PUTA a mano, en azul, pulso firme, tres palabras

que eran una concreción de todo lo que quería decirle. Algo breve, que no pudiera ser interrumpido: un escupitajo a los ojos, a la boca de su extorsionados Javier pasó entre el deficiente y sus libros, el niño y su hermana, la canguro, la madre, y se dirigió hacia las escaleras mecánicas con los faldones de su impermeable a modo de aletas aerodinámicas, negras, baratas. Bruno se conjuró para joderle las entrañas hasta que descubrió que la carrera de Javier no iba dirigida hacia donde él suponía.

No lo supo hasta que vio saltar a esa figura como un cuervo desgarrado, un Batman de chiste, a las vías y enfrentarse a los faros encendidos que venían por el túnel. Apenas un suspiro antes de la colisión, Javier se encorvó, se hizo niño, quién sabe si quiso volverse invisible, desaparecer, despertar de su pesadilla o ajustar su cuerpo a toda la maquinaria que, supone, tendrá debajo una de esas máquinas que sirven para trasladar multitudes, desmenuzar suicidas, esconder ratas e indigentes.

Bruno quedó conmocionado unos instantes. Pocos. Miró a su alrededor, por si alguien le estuviera observando, señalándole con el dedo o acercándose para preguntarle por qué Javier el Misterios había querido parar un tren. Pero no había nadie. Todos estaban mirando al vacío que quedaba por debajo de aquella máquina. La mayor parte del tren había quedado en el túnel. Hubo gritos, curiosidad, gente que buscaba ayuda a un lado y otro. Bruno sabía que en nada todo aquello se iría llenando. El corazón le golpeaba en la sien, como si se hubiera desplazado a latidos desde el pecho hasta su cabeza. Trata de encontrar algo, un argumento, una cornisa a la que agarrarse para no caer, también él, al foso. En la cadena de circunstancias de ese pobre tipo, él había interferido, se había cruzado, le había abocado a acabar con su vida de esa manera, en una maraña de sangre, mierda y metal. Bruno lo tenía claro, pero en ese mismo momento decidió que ésa no era su guerra. Javier era un pirado, un débil que no había soportado la presión, que no había sabido cómo solucionar un problema, cómo conseguir dinero, cómo camelar a su esposa del alma... ¿Era eso culpa suya? No. La cadena de circunstancias, el motivo que llevó a Javier el Misterios a retrasar la circulación de la Línea 1 durante la próxima hora no eran otros que haberse dejado llevar por la glotonería de su polla. El resto de sucesos, personas y acciones habían sido arrastrados por ese anzuelo clavado en el paladar de Javier mientras se hundía y hundía en lo más profundo.

Decidió tomar el siguiente metro que circulara en la dirección contraria. No tardó en llegar. Se subió al mismo tiempo que el crío acompañado con su hermana, canguro o madre. Ambos se miraron, hasta que Bruno retiró de él sus ojos y se agarró a una de las barras. Se percató entonces de que aún llevaba el sobre en la mano. Sacó la hoja y se la metió en el bolsillo de la cazadora. Arrugó el sobre al tiempo que volvió a leer aquel HIJO DE PUTA. Fueron pasando las paradas a una velocidad que a Bruno se le asemejó mayor de lo usual, como si sus propias ganas de alejarse diesen alas al convoy. El niño seguía frente a él, mirándole como mi maldito Damien justiciero.

Quizás el alma de Javier ha ido u parar a la de este pobre crío, pensó tontamente Bruno. En apoyo de esa idea cogió la hoja de papel, dobló una y otra punta e hizo un avión de vuelo ligero que dejó en la mano del crío antes de bajarse en la parada donde le esperaba su BMW de segunda mano. El avión HIJO DE PUTA aguardaba que su nuevo propietario lo hiciera volar de un momento a otro.

Todo eso había pasado hacía siglos, un par de horas atrás. Bruno no se lo ha explicado tal como ha sucedido a Cristian. Sí a su manera, de tal forma que éste no se lo ha creído, sino que ha interpretado que el tipo no había aparecido, cosa que pasaba más veces de las esperadas.

—Ya no habrá más cobros. Está muerto, el muy cabrón.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé porque yo estaba ahí. Viendo cómo se moría.

—¡No jodas!

—Jodo, jodo. Tengo un muerto más a mis espaldas.

—Déjate de rollos, Bruno.

—Me da igual que me creas o no —le contesta éste, apartando la mirada de la carretera, apenas insinuado su gris acuático bajo el aguacero que, eso sí, empieza a amainar en la autovía.

Sigue un silencio. Bruno pide que le encienda un cigarro. Baja la ventanilla. Cristian pone la radio y pregunta:

—¿Y tú cómo estás?

—Bien.

—¿Cómo es eso de cargarse a alguien?

—No es el primero —miente el fachenda, y señala la guantera—. Mira ahí, y verás que nunca voy solo.

Cristian lo hace. Una pistola entre los papeles del coche, cápsulas duras de cedés, un ambientador vacío. «Cógela si quieres. Lleva el seguro». Cristian obedece. La sopesa, la maneja, apunta al frente, pregunta cómo se quita el seguro. Bruno se lo explica. Es fácil.

—Hay cosas más difíciles que matar, tío. Matar es un poco niño quitarte algo de encima. Como cagar. Algo así.

—Ya.

—Algo así, sí.

El silencio pasa entre ellos. Cristian enciende la radio. Bruno tira el cigarro por la ventanilla, pero la deja abierta. Ha dejado de llover y una brisa fresca y agradable le golpea la cara.

—Tengo que comentarte una cosa, Bruno.

—Dime.

—Es una historia algo extraña.

—¿Tú también te has cargado a alguien?

—No.

—Vale. Tampoco te iba a creer.

—Te explico. Llamé a uno de los de la última lista ¿okey? El tío se me puso tonto. Más que nada porque está divorciado y le suda el rabo que se sepa que tiene novia. El pavo hasta me vaciló un poco con que se lo dijéramos a su ex y tal. Vale. Pero antes de que acabara la conversación, el tipo le da la vuelta al calcetín.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que el tío nos propone pagarnos pasta para que se lo digamos al cornudo.

—¡No jodas!

—Sí, Bruno, la hostia.

—¿Cuánto?

—Mil euros.

—Una mierda de mil euros. Tres mil.

—¿Tres mil? Coño, si lo asustamos se va a ir con la gran idea a otros.

—Ya.

—¿Qué dices?

—Digo que no me gusta. Me huele mal. Tiene toda la pinta de ser una trampa de la poli ¿no?

—No me lo ha parecido, la verdad.

—¿Cómo se llama?

—Frankie.

—¡Joder, Cristian, es poli!

—No, no lo creo. El nombre es falso, fijo.

—Poli.

—Que no.

—Poli.

—¡Los huevos poli!

El sonido del intermitente señala que ya han salido de la auto vía. Las ruedas del coche escupen agua cuando cortan los inmensos charcos que se han formado en apenas unos minutos. Todo está igual que estaba hace dos meses, cuando dejaron de vigilar estos bloques de pisos. Aquí ya no se trata de hoteles o de apartamentos, sino de pisos francos que alguien alquila, a veces sin saberlo sus dueños, que en muchas ocasiones están en el extranjero. Las parejas llegan en un único coche, nunca a pie. Y lo dejan aparcado fuera o dentro del garaje privado de los apartamentos. Sea como fuere, han de localizar los coches y sus matrículas sin ser vistos. Dejaron de vigilarlo, porque lo que era en su día una actividad casi amateur de porteros y gente de confianza depositaría de las llaves había acabado en manos de rusos y otros rubiales

del Este, quienes a veces controlaban el ciclo completo: alquilaban las habitaciones, ofrecían vicio —droga, chicas— y, quién sabe, si del posterior chantaje. Un portero apartado del negocio, y resentido por ello, le había mandado un recado de precaución a Bruno, y éste le había dado la credibilidad necesaria para abandonar las provincias por un tiempo.

—¿Sabes qué...? Que sigue sin gustarme esto, pero ¿qué tal hacer un pleno absoluto? Chantajeamos a la chica y, una vez que la hayamos exprimido, vamos y se lo soltamos al marido.

—Si vamos a por la chica, el amante lo sabrá y él no pagará.

—Vale, y perdemos mil euros, o sea, una mierda. ¿Cuál es el problema?

—No tenemos el teléfono de ella ni el de su casa.

—Nos lo dará él.

—No, el cabrón es listo. Solo nos dará el móvil del marido.

—Lo seguimos y sabremos dónde vive.

—¿Cómo vamos a seguirle con el número de móvil? ¿Somos la Nasa ahora?

Bruno se da cuenta de que lo que acaba de decir no tiene sentido. Con el móvil solo tendrán eso, el móvil. La propuesta está ahí. ¿Qué puede ir mal? Si es sincero consigo mismo, nada. Pero dirá que no, porque le molesta el hecho de que Cristian haya elaborado todo ese plan y se lo haya servido así, como el que no quiere la cosa, ya maduro. Es eso lo que no le gusta, lo que le ha encelado, lo que le incomoda. No le gusta que a él o a Raquel les dé por pensar, por tener iniciativa, por tratar de adelantarse por la derecha.

—No me gusta.

—¿Por qué?

—No sé. Me sigue pareciendo una trampa. No lo haremos.

¿Haremos?

Bruno continúa:

—Pero te agradezco que me lo hayas dicho, Cristian. Lo valoro.

—No hay de qué, tío. Somos familia, ¿no?

—Huy, sí, casi no me acordaba: la familia unida tralalá.

Bruno conduce sobre la grava hasta aparcarlo a trescientos metros de la entrada metalizada del edificio que van a vigilar. Los de las parejas o bien se aparcan fuera o bien dentro, en cualquiera de las cuatro paredes de cemento que rodean el bloque de apartamentos.

—Bueno, tomo vamos de confianzas... Apaga esa mierda un momento.

Cristian baja el volumen de la emisora de música clásica que había conseguido sintonizar media hora antes, liso de familia..., así así ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Raquel me lo explicó todo, ¿vale? Así que menos mamonadas de familia y todo

eso. No pongas esa cara. No pasa nada. Me lo explicó, lo sé y ya está.

—Vale. Yo estuve más de una vez a punto de explicártelo, pero yo qué sé, no sabía cómo ibas a reaccionar. Eres muy celoso, y aquello pasó una o dos veces, no más, y desde entonces, como una hermana carnal. De verdad.

Bruno se concentra todo lo que puede para que Cristian no se dé cuenta de cómo ha cambiado algo en su jeta, en la disposición de los músculos de su cara, en el brillo de los ojos. Siempre has de ir con tino por donde pisas, amigo Cristian. Siempre. Y tú confías demasiado en lo bien que te ha ido en la vida con tu cara bonita.

—Pero todo eso ya pasó hace mucho tiempo ¿no?

—Joder, si hace...

—Pues eso. Olvidado. Espero que no te llueva.

—No llames al mal tiempo.

—El mal tiempo ya está aquí, cuñado, lo llames o no lo llames.

—Podías haber hecho más.

—No he podido.

—¡Podías haber hecho más, joder! —grita Cristian, mirando por la ventana para ocultar las lágrimas que han acudido sin ser convocadas, antes de bajar la voz un par de cientos de tonos—. Podías haber hecho más, Bruno, mucho más.

¿Podía? Sí, Bruno supone que sí. Ha estado lento, ha estado premeditadamente lento, pero solo buscaba darle un susto, una pequeña venganza por el engaño de Raquel y él, hace una inmensidad de tiempo, sí; probablemente otra mentira más. Quién sabe si la otra noche —o la otra o la otra— se lo volvieron a hacer a sus espaldas. Lo que le duele no son las consecuencias para Cristian —la boca partida, la nariz hinchada, un ojo empequeñeciéndose, latiendo como un diminuto corazón en la cabeza de un alfiler—, sino que, primero éste y después Raquel, y después el barrio y después el resto del mundo, si nos atenemos a la boca del andaluz, sospechen que lo suyo ha sido cobardía. No, no lo ha sido. Ha sido hijoputez, ha sido inteligencia, ha sido pillería, venganza, sí; pero cobardía no, eso no.

—Si no hubiera sido por mí no sales de ésta, *cuñao*.

—Ah, ha sido por eso.

—¿El qué?

—Ya lo sabes, cabrón. ¡Tus putos celos idiotas! ¡Me has dejado tirado, tío! ¡Los has tenido que ver cuando venían! Solo tenías que hacerme luces. Solo eso.

—No he podido. El bajito había estado conmigo hacía nada y he tenido que marcharme de allí.

—¡Hostia puta...! ¿Tienes un pañuelo?

No, pero sí un trozo de tela que quizá fuera una camisa o una bandera blanca de rendición y, aunque sucia de grasa y polvo, le sirve a Cristian para no seguir manchándose de sangre. Bruno piensa una pulla, pero se calla. Es cierto que había tenido que dejar el puesto de vigilancia. Es también cierto que no tenía previsto jugársela tan pronto a Cristian. Pero, llegado el caso, la situación se presentó ante él cuando la sangre le hervía aún por lo que, en un descuido y por su mal olvidar, Cristian creía que sabía Bruno.

En el coche, una vez Cristian hubo salido, Bruno se quitó el cinturón de seguridad y buscó una puñetera emisora que le gustara hasta que renunció a encontrarla. Desparramados por el interior del coche, había cedés de música maquinera y una carátula de Extremoduro y otra de los Velvet Candles que resultaron estar vacías. Radio Marca era una buena solución, aunque antes la había desestimado esperando

algo mejor que no encontró.

En ello estaba cuando vio salir, no supo muy bien de dónde, a aquel tipo achaparrado y en forma de trapecio, un sudamericano con traje de mafioso heredado de su padre rinoceronte. Le separaban de él los suficientes metros como para poder poner en marcha el coche y largarse. Tendría que haber lanzado en ese momento la ráfaga de luces pactada. Pasar de inmediato por donde estaba Cristian, recogerle y dejar estar aquel envite. Pero no hizo nada de todo eso. En unos segundos pensó que él podría quitarse de encima al tipo, con buenas palabras y mejores excusas, y entonces el tipo, en alerta y suspicaz, se pondría a buscar otros posibles intrusos. Fácilmente encontraría a Cristian y después... Ya no podía aventurar mucho más. Que le diera un susto, un par de hostias, daba igual. Ya buscaría la manera de recuperarle una vez hubieran acabado con él. Era posible que hubiese más vigilantes, pero, una vez desaprovechada la opción de largarse, el plan era improvisar, salvar el propio culo y poco más. En definitiva, poner cara de palo, que las cartas fueran llegando y ver qué se podría hacer con ellas.

El individuo tenía la tez cetrina, los ojos negros y pequeños, y mi bigote paciente que era sesgado al llegar a la mismísima comisura de los labios. Bruno, inspirado por tardes de niño persiguiendo pervertidos en los parques, se desabrochó los pantalones y se bajó la bragueta. El traje andante se mostró casi sorprendido al llegar a la altura del coche, y abrió la puerta con violencia. La carátula de los Velvet Candles cayó al suelo quedando para futuro enigma arqueológico.

—¿Qué haces por aquí, pajarito?

—Nada, nada —contestó azorado Bruno, mientras fingía abrocharse de un modo atolondrado el pantalón—. Ya me iba. Me encontraba mal. He comido mucho y...

—Te la estabas meneando con las parejitas, ¿no? Pero ¿dónde están las parejitas? Yo no veo parejitas por aquí, maricón hijoputa...

—No, no, yo no...

Lo había engañado. Bruno había conseguido llevar a buen puerto la primera parte del plan improvisado que había urdido. La segunda era sacárselo de encima, y no tenía ni idea de cómo hacerlo.

—¿Así que te la pone dura eso? ¡Serás cabrón! —El sudamericano miró a un lado y a otro, por si había algún coche aparcado con alguna pareja dándose el lote. No había ninguna—. Pero si no hay nadie, idiota.

—Vienen luego, luego vienen —farfulló Bruno, interpretando su papel, aunque lamentando no tener a mano la pistola. Una cosa era solventar el asunto y otra llevarse alguna hostia.

—¿Sabes? No sé si creerte, mi amor.

Pensó en cambiar, de repente, su papel y hacérselo de agresivo, pero la partida se le había plantado mal. El fulano mantenía la puerta bloqueada con su brazo y, aunque

Bruno le asestara una patada, no iba a suceder nada. Él estaba sentado y su nariz quedaba a una distancia muy corta de las manos de topo del tipo sudamericano.

—Mira, te voy a dejar ir, pero antes vas a tener que convencerme. Sácatela.

—¿Qué...? No, no, yo no, yo no...

—No me hagas enfadar. Sácate el pingajo y hazte una... ¿cómo la llamáis aquí? Una paja. Eso es, venga.

Bruno lamentaba todas y cada una de las decisiones que había tomado aquella tarde. Debería haberse largado. Eso era obvio. Pero con esa certeza no ganaba nada. Le seguiría el juego. Igual se cansaba pronto, se daba la vuelta y, en marcha el coche se lo llevaría por delante en cuanto le diera la espalda. Pero, de momento, lo tenía ahí, como un gato relamiéndose los bigotes.

Bruno se metió la mano por debajo de los calzoncillos y se sacó la polla, dejándola a la vista del tipo.

—Venga, ámate, que no tengo todo el día.

Bruno empezó a manejársela. La furia le iba cegando por momentos. Tenía la mente ofuscada. ¿Qué podía hacer? Nada. Como no se le ponía dura, el sudamericano le dio un golpe con la palma de la mano en la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Quieres que te ayude, maricón? ¿Es eso lo que te pasa?

Bruno estaba a punto de contestar cuando un grito llamó la atención del tipo. Éste lo reconoció enseguida y perdió todo interés en Bruno y su más que improbable eyaculación. «Venga, largo de aquí, desgraciado. Que no te vea nunca más», y se largó hacia el origen del chillido. No era una petición de ayuda. Era el aviso de alguien que ha encontrado algo que andaba buscando y que quiere compartir. Algo como un tipo entre la maleza apuntando matrículas, por ejemplo. Bruno supo que aquello significaba lo que significaba. El del traje amplio se perdió por un sendero y, a diez, doce pasos, giró a la derecha. Bruno también creyó atisbar otra cabeza, y otra más, quizá la de Cristian. Puso en marcha el coche. Fue en dirección a ellos y... claro que pensó en coger la pistola y rescatar a Cristian. Eso es lo que, a buen seguro, hubiera hecho apenas un par de horas antes. Pero no ahora. Hasta piensa en abandonarle, pero no, no ha de cegarse hasta ese extremo. Una lección, una buena tunda de palos bastará. Llega hasta una explanada. Charcos de barro aquí y allá. La lluvia otra vez. Da la vuelta, los neumáticos giran en el agua sucia, manchando de esquiras los bajos del BMW. Ahí enfrente están esos hijos de puta dándole una paliza a Cristian. Esperaría aún unos momentos. Nada. Menos que nada. Lo suficiente como para que dejaran a Cristian la cara como un mapa. Y en segundo lugar, con la esperanza de que abandonen la maleza y bajen al camino. Allí les resultará más cómodo pegarle, y la escenografía —los charcos, el cuerpo nítido en un entorno despejado, donde las patadas, los puñetazos impactan donde tú quieres que impacten

— es más adecuada y cinematográfica ahora que, otra vez, más que llover, diluvia.

En efecto, el fardo rodante de Cristian, no tarda en llegar al camino. Detrás, el sudamericano y un chaval con chándal del cuerpo de paracaidistas, pelo a cepillo, cara sanguínea y madre viuda y desesperada. No parecen llevar armas. Puño americano, y el joven, una barra de metal. Bruno saca de la guantera la pistola y la deja sobre los muslos, no sin antes quitarle el seguro. Las hostias caen sobre Cristian. Sin saber muy bien si necesita una banda sonora, sube el volumen de Radio Marca, que emite musiquilla antes del siguiente noticiario. Bruno, fanático de las apuestas y los juegos, se emplaza a intervenir solo cuando acabe la canción. Afortunadamente para Cristian, el tema se corta de cuajo: novedades en Valdebebas.

El coche se desplaza sin luces, lento, a ritmo de valium bajo los monzones. Los cabrones están empapados. Cuando se percatan de la presencia del coche, Bruno ya les está apuntando con la pistola.

—Chicos, ¿por qué no lo dejáis? Chaval —nunca nombres cuando se trabaja—, sube al coche.

Éste deshace su ovillo y, arrastrándose por delante del coche, llega hasta el asiento del copiloto y deja caer su porte de eccehomo de una sola embestida.

—Ya sabemos quiénes sois. Vamos a ir por vosotros —amenaza el héroe del ejército español.

—Tú no vas a ir a ningún lado, imbécil. Nos habían dicho que erais rusos, pero veo que las cosas están muy mal, ¿no? Un Machu Pichu enano y un recluta tarao. Nene, aguántame un momento el volante.

Cristian saca fuerzas de la rabia que le quema. Espera que les mate, que les reviente de una puta vez. El coche se desliza bajo el mando único de los pies de Bruno, que apunta con la pistola a esos tipos empapados y algo asustados.

—Te hemos ligado la matrícula y trabajamos para los rusos.

—Los cojones, los rusos, mierdas. Miraos, por favor, miraos, hijos de puta, qué pena de raza y de viaje de Colón. En fin, adiós, amigos. ¡A tomar por culo!

Bruno apunta a la cabeza del sudamericano porque quiere hacerle sufrir. No va a matarlo. Claro que no. Nunca ha matado a nadie, y cuando lo haga, quiere que sea por algo que no sea una tontería como ésa. Ve moverse al chaval con la barra metálica en la mano. Bruno apunta y le frena. Luego, ya sin tiempo de reacción, apunta a una de las piernas del sudamericano. Dispara y se la agujerea. Ya puestos, a uno no nacional, ¿no? Luego asegura el arma, se la pasa a Cristian y acelera mientras toma el mando del volante.

—¿Estás bien?

—¡Joder, joder, joder!

Minutos después están a punto de llegar a la ciudad. Bruno sabe que va a tener que vender el BMW ya mismo. Mañana se pasará por Barnauto con Pep, que es quien

consta como titular, y se cambiará de vehículo. Pero hay que tomar más decisiones. Atento a las señales, el hecho de que el día haya empezado con el suicidio de Javier el Misterios y con este desastre acaecido le lleva a la conclusión de que es momento de tomar decisiones.

—Hemos tenido suerte.

—Especialmente yo.

—Suerte de que no fueran armados. Pero es un aviso. Hemos de parar.

—¿Parar?

—Sí, tenemos palomos a los que ir cobrando. Dejemos el juego unos meses. Quizá nos hemos excedido las últimas semanas, y será mejor que nos olvidemos de lo de fuera de Barcelona. O nos vamos bien lejos o nada.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Tío, vivir, quedarnos quietos. Como los putos osos.

—¿Qué puta mierda hacen los osos?

—Duermen meses.

—No me jodas, Bruno.

—¿De chaval no veías el oso Yogui?

—No.

—Mal hecho. Seguro que ya andabas robando coches...

—Joder, tú tienes pasta, pero yo...

—Si no te la esnifaras y bebieras...

—No es eso. Te recuerdo que de los tres soy el que me llevo menos, y me expongo igual que tú.

—No es verdad. Raquel y tú...

—Raquel se lleva lo suyo y lo que le das tú...

—Si quieres que te dé lo que le doy a ella tendrás que follar conmigo.

—No, gracias. Por cierto, Yogui, se te está viendo tu ridiculez de polla: vas con la bragueta abierta:

Llevaba días sospechando. En sus visitas de protección —como le gustaba llamarlas—, ese Ford Focus metálico y reluciente aparcado todos los martes y jueves enfrente de la que fue su casa. Pero, por algún motivo absurdo, fuera de toda lógica, se resistía a aceptar que hubiera alguien en la vida de Virginia con el suficiente peso como para compartirlo con sus hijos. Al menos no hasta que él tuviera concedida su porción del paraíso. Max les había preguntado, especialmente a su hija mayor, pero todos, espías y contraespías, estaban bien aleccionados con secretos y medias verdades. No, mamá no se ve con nadie. Habla mucho por teléfono. Sale con amigas, eso sí. Siempre con amigas. Nada más. Y de repente, aquello.

Sus hijas retrasaron el momento de bajar del coche mientras el pequeño marchaba corriendo hacia casa. Max les preguntó si pasaba algo. Había sido una buena tarde. Habían estado comprando material escolar. Después, en el Decathlon, camisetas, unas Reebok para el chaval, la merienda de rigor y el viaje en coche, sin prisas, escuchando buena música y las cosas que, sobre todo la mediana, no paraba de explicar torrencialmente. Ahora, con lo que ya sabe, puede pensar que todo había sido demasiado perfecto. Las crías habían estado cariñosas y atentas, no por un ataque repentino de afecto hacia su padre, sino en previsión de cómo reaccionaría éste cuando supiera lo que aún no sabía. Por eso habían esperado hasta el último momento para decírselo, sin dejarle más opciones que encajar la noticia y fingir que no pasaba nada.

—¿Sí...? ¿Y con quién?

—Con un señor... —dijo una.

—Ya me lo imagino —sentenció Max con el golpe en la boca del estómago y forzando una sonrisa en su cara vuelta hacia la niña que estaba sentada en el asiento posterior del coche.

—*Sembles tonta* —le riñó la otra—. *Es diu Jordi*.

—Es profesor de universidad. Escribe libros.

—¿Y desde cuándo lo conoce?

—Hace un mes y...

—Hace un año.

—¿Un mes o un año? —A ver si las tramposas se ponen de acuerdo—. ¿Y cómo es que me entero ahora? ¿Por qué no me habéis dicho nada?

—Mamá nos dijo que no te dijéramos nada.

—Por si te enfadabas.

—Me enfada un poco que me lo ocultarais, que me mintierais.

—No te mentimos. Tú no preguntabas y nosotras no te contestábamos.

—Eso es mentir, Laia. Pero es igual. No me enfado. Vuestra madre tiene todo el derecho del mundo a rehacer su vida. ¿Cuándo es la boda?

—*No ho sabem. No hi ha boda, encara.*

—*Es queda a dormir i tot això.*

—Sí.

—No.

—*És normal. Us tracta bé?* De verdad que me alegro. No me miréis como si fuera tonto. Tu madre y yo somos adultos, ¿no? Quiero que le digáis que me alegro. Y ya que estamos en confidencias, os tengo que decir que yo también tengo pareja.

—¿Sí? —contestaron al unísono ambas crías—. Papá, ¡qué bien! ¿Cuándo la conoceremos? ¿Cómo se llama?

—Todo a su debido tiempo. Sin prisas. Pero igual, dentro de poco, tenéis un nuevo hogar y una nueva familia.

—Dinos cómo se llama, venga.

—¿Dónde la conociste?

—Mercedes, Merche.

—*Té fills?*

—Sí, dos.

—¿Niñas?

—Niños.

—*Són guapos?*

—¿Qué edades tienen?

—*Prou, xafarderes!* Un *petó* y largaos, que vuestra madre me meterá la bronca si os entretengo más.

Cierran la puerta. Las ve alejarse al trote, dejando tras de sí ese aroma tan peculiar suyo, que Max reconocería en cualquier lugar. Se llevan consigo las carteras, las bolsas con las zapatillas y una mentira que su padre les ha colado como una cuña, en el último minuto, a la desesperada. Y ahora cuánta tristeza, cuánta soledad. Hoy como siempre, hoy como nunca. Trata de llorar, ya de regreso en el coche. Aparecen la mueca, el gesto, pero no las lágrimas, que parecen haberse secado en la sal de tantas mentiras. Y por último, un amago de dolor, como de querer ver arrancándose los ojos. Tenía que pasar, era inevitable. Que ella encontrara a alguien. Y ese alguien —¿cómo habían dicho que se llamaba el hijo de perra? ¿Jordi? Profesor universitario. Claro. Por fin Virginia colmaba sus ínfulas idiotas— se encontraría con la carambola perfecta. Una mujer con ganas de creerse las fantasías viejas como nuevas, una hembra con ganas de follar, con unos irrefrenables y despiadados deseos de revancha y victoria. Y con ella, unos hijos ávidos de novedad tanto como de normalidad, un parsimonioso cóctel de excentricidad y rutina. Y todo ello, envuelto y con un lacito,

en una maravillosa casa de dos plantas pagada en su mayor parte por él, un ex, mezquino, ajeno, sin rostro ni nombre, perdido en la bruma de los malos tiempos, de errados senderos que ya nadie quiere recorrer, ni mucho menos recordar. Alguien que se equivocó, Alguien que una vez le puso una mano encima, un empujón apenas, cuando ella no le escuchaba y él necesitaba que le escuchara. Alguien que, de hecho, se equivoca en todo menos en teclear el número de cuenta donde ingresa las pensiones de alimentos.

Ojalá tuviera un cáncer. Ojalá una pistola. Ojalá una bomba en cada uno de los dedos de sus manos. Ojalá. Y acabar con aquello que le produce dolor, que no le permite ser feliz, ser libre. Una bomba para todos ellos. Una bomba para su mujer y sus hijos. Una bomba para la casa. Y solo así, acabando con todo, los testigos y causantes de esa ridícula tragedia que es su mera existencia, acabaría con el dolor, con el vértigo, con aquel miedo. Pero no hay pistola, ni cáncer, ni bombas. Solo el tener que levantarlo de nuevo todo —cada mañana al despertar—, desde abajo, a pulso, contra el mundo, a favor de nada ni de nadie. De nuevo. Y así un día y otro, y otro.

Una llamada entra por el Bluetooth: número oculto.

—Tres mil.

—¿Quién eres?

—Tres mil euros y tienes lo que quieres.

Ahora Max ya sabe quién le llama. Su voz parece otra, y es que a Cristian le cuesta respirar. La nariz va recuperándose poco a poco, pero sigue siendo difícil e incómodo eso de respirar. Está llamando desde una cabina, lejos del barrio, lejos de Bruno.

—No tengo tres mil euros.

—Pues no tienes nada. Adiós...

—Espera...

—¿Qué?

—Tres mil euros por hacer una llamada me parece excesivo. Puede que el marido no te haga ni caso.

—Puedo ser convincente. Depende de lo que me des, puedo serlo más o menos.

—Mil quinientos en cuanto nos podamos ver. Te daré su móvil, nada más. Ya te lo dije. No necesitas nada más.

—Dos mil.

—Mil quinientos. De verdad que no dispongo de nada más.

—De acuerdo, han llegado las rebajas pero los quiero ya.

—¿Cuál es la próxima vez que os veis?

—No, no sé... No hay próxima vez, de momento. Nos llamamos y...

—Haz que la haya.

—Déjame que lo piense.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Un par de días.

—Te llamo de aquí a dos días.

Ha colgado. Durante el viaje hasta casa ha mudado de color. Ya no le quema el hecho de que su mujer vaya a darles otro padre a sus hijos. La sensación de derrota se ha desvanecido como una canción en el aire. ¿Por qué no luchar? ¿Por qué no dejar de esperar que llegue la felicidad e ir allí donde está y cogerla por las pelotas? En el tablero con Merche, desde hace ya demasiado tiempo, todas las figuras están paradas, en su casilla, sin moverse hacia ningún lado. La partida está en tablas y él, a la intemperie, fuera del juego, a expensas de terceros, siempre pendiente de otros... Así que, ¿por qué no sacudirlo todo? Si Gero sabe que Merche le es infiel, propiciará que el mundo empiece a rodar cuesta abajo para él. O bien toma la iniciativa Gero y rompe su matrimonio, o bien adopta una posición —sea la que sea, desde víctima a inquisidor— que le permita a Merche coger la puerta y empezar una nueva vida con Max. Una situación que ella nunca plantearía por sí misma —incapaz de asumir el papel de culpable caníbal que solo piensa en su estómago—, podía ser aprovechada por ella para cortar de cuajo con ese viscoso vínculo de cariño, fiestas de cumpleaños y actividades extraescolares.

Max sabe que a esas horas ya no puede llamarla. La persiana ha sido bajada. No molesten fuera del horario de oficina. Ahora son los niños y, de aquí a nada, el regreso del marido. Es el momento de los mensajes escritos. Max, a través de su móvil, le pide una cita para acostarse juntos. Ella le contesta ofreciendo dos tardes libres. Max exige algo más. Una noche. Pasa el tiempo y no hay respuesta. Max va dando vueltas y más vueltas alrededor de su propia casa, en busca de un hueco donde aparcar el coche. Está tan distraído con el teléfono que no ha atinado y se le han escapado un par de sitios. Finalmente, alguien quiere salir. Intermitente y espera. Está maniobrando para aparcar cuando llega el mensaje. Aparcado, con el motor detenido, lo lee. El jueves de la semana que viene podría. Qué bien, cariño, buenas noches. Buenas noches, amor mío. «El jueves en el Monte de los Olivos», dice amarga y socarronamente Max.

Cuando cuelga, trata de reconocer qué siente. Si existe algo en esa traición que le haga sentir mal. Pero no encuentra nada. Excitado, en guardia ante los nuevos acontecimientos. Es consciente de que, si Merche lo supiera, le odiaría, rompería con él. Seguro. Por eso no va a darle a ese tipo nada más que el móvil y, como mucho, el nombre de pila del marido. Nada más. No quiere que el juguete le explote en las manos. Y es preciso hacer algo. Que pase lo que tenga que pasar. Es necesario. Porque si él no interviene y se apodera de lo que es suyo, nadie va a reparar en él ni se lo va a dar. Ésa es de las pocas certezas en las que aún cree.

Recoge las cosas en el coche. Descubre una lucecita parpadeante. Una de sus hijas se ha dejado el móvil. Entra con facilidad en la bandeja de llamadas y de mensajes y comprueba lo que ya sabía. Que su hija ya no es suya, sino de nadie. Que tiene un novio que se llama Andreu, de rasgos orientales, y que una tal Miriam es una cerda envidiosa. Desde ese aparato llama a la que fue su casa. Coge el teléfono, sorprendida, su ex mujer.

—Hola, soy yo. La niña se ha dejado el teléfono en el coche. Mañana os lo dejo en el buzón si no puede esperarse al fin de semana. Vale. Entonces no me preocupo. Otra cosa: me lo han dicho las niñas. Felicidades. Espero que seas muy feliz. Te lo mereces.

Cuando Max cuelga, casi está convencido de que se alegra, de que espera que todo le vaya bien. Él es bueno. Si a él le está permitido ser feliz, él quiere que los demás lo sean. El horizonte se ennegrece cuando los otros tienen su parte del pastel y él no tiene nada. Nunca le ha gustado quedarse a solas con el frío, la soledad, con esa insoportable necesidad de amor y de justicia jacobina.

A Max le hubiera gustado que las cosas fueran distintas. Pero no ha sabido encontrar otro camino. Lleva mucho tiempo ante la puerta de su dueña, temeroso, de que la hoguera se hubiera apagado durante la noche anterior. Y éstas son horas antes de la decapitación de una reina. Horas antes de que la vida de Merche, hasta ahora una dócil placenta de cotidianidad, pase a ser una superficie rugosa y sólida. Una pared llena de aristas, bordes y esquinas sobre la que uno no puede, por mucho que lo intente dormir, hablar, esconderse. Todo será a partir de mañana distinto, peligroso, muy hostil para ella. Sentarse a la mesa con su marido y sus hijos, de repente, será un instrumento afilado. También lo serán, y mucho, una cartilla de ahorros, unas llaves, unos niños a las cinco en la puerta del colegio. Pero, para que eso ocurra, la reina debe perder la cabeza y no sospechar que está a punto de perderla.

De perfil, Merche, inquieta hasta hace muy poco, mira por su ventana con el deseo de atisbar algún coche conocido antes que éste la descubra a ella. A medida que dejan la ciudad, su nerviosismo empieza a decaer. Volvería luego, lo sabía, ya de regreso. ¿Y si tenían un accidente? ¿Y si Max bebía más de la cuenta y lo paraban en un control de alcoholemia? ¿Y si...? Y si nada. Ya estaba hecho, ¿no? Merche había aprovechado una convocatoria de ex alumnos de COU, organizada a través de una red social, para urdir la coartada. Cuando se enteró, supo que no acudiría. No hubiera ido de todas formas ya que apenas recordaba cosas buenas de aquel curso.

Enseñó a Gero la tarjeta de la convocatoria para que no empezara con las preguntas habituales e inocuas que el engaño convertía en trascendentes y delatorias. Fue curioso que le costara tanto hacerlo. Y no se trataba de la dificultad en mentirle, tampoco la llaga o el remordimiento; era algo más cercano a la pereza de practicar un ritual sin fe. Sin un dios detrás del mismo, sin un volcán al que pretender dejar de enojar.

Del mismo modo, en un signo contrario, la ilusión y las ganas de pasar la noche con Max se oscurecían a medida que caían las horas previas al encuentro. Aquéllas iban mutando en algo completamente opuesto al deseo que las hizo nacer. Un ansia asfixiante por quedarse en casa con cualquier mala excusa y renunciar a la aventura de Max de aquella noche. Una aventura en la que había creído como si fuera el único conjuro antiguo e infalible con el que conseguía dar vida a la muerte. Ahora y hace una hora y hace dos deseaba echar a correr y no parar. Escapar tanto de las cadenas como de la salvación. Pero ya conoce esas sensaciones. Luego, después de unas copas, se relaja y disfruta de la cita, pero antes y después la tentación es conformarse con una sola vida y un solo credo. Pero Merche siempre acaba por sincerarse:

¿porqué renunciar, si puedes tenerlo todo? En el fondo, si una no puede seguir más de una semana una dieta ¿cómo va a renunciar a estar de nuevo enamorada, de nuevo deseada, de nuevo viva...?

—¿Estás bien?

—Sí, sí, ya sabes... Nerviosilla, pero bien.

Max había llamado a Cristian y le había dicho que aquella noche él y Merche saldrían. Le preguntó adónde. No se lo dijo. Una cosa era que Gero lo supiera y otra que los descubriera. No sabía si el marido engañado tenía a mano elementos para saber dónde, cuándo y con quién había quedado supuestamente su mujercita para realizar las comprobaciones de rigor, pero eso era lo máximo que le iba a dar a aquel chantajista. Eso y la mitad de lo estipulado. Max había propuesto quedar en el bar donde le llamó la primera vez, pero el tipo aquel —«No tengo nombre. ¿Cómo quieres llamarme? Llámame Ramón, Pepe, como quieras»— se negó. Finalmente quedaron en un banco de un parque de la plaza Castilla, cerca de Universidad. Hormigón, una iglesia cerrada y palomas. «¿Cómo nos reconoceremos?» «Lleva la misma camiseta que la otra vez». «¿Qué otra vez?» «La vez que nos seguiste. Una verde. Con letras y números». Silencio. «A las seis. No te preocupes. Hoy por hoy soy bastante reconocible».

Ambos fueron puntuales. Y, ciertamente, la cara de Cristian no pasaba desapercibida. No llevaba la camiseta verde que podía identificar Max. Al parecer, ya no le daba buena suerte. Vestía un chándal blanco y una camiseta de color marrón con un logo antiguo de Disneyworld. Max, por su parte, pasó por casa para quitarse el traje con el que iba a trabajar y adoptar una imagen más dinámica y que implicara luchar menos contra el estereotipo. Pero mientras que él se sentía disfrazado con sus vaqueros y su polo de marca, Cristian parecía un lagarto contento de sentirse en mi propia piel bajo cualquier temperatura, ya fuese de día o de noche.

Max llegó con la consigna de decir lo mínimo, de andarse con tino y, sobre todo, de no parecer un gilipollas pidiendo a gritos ser timado. No era ajeno al hecho de que podía acabar él mismo siendo objeto de chantaje. Por eso se cuidó muy mucho de dar datos sobre Merche o sobre dónde vivía ella con su familia. Se limitó a dar el nombre de Gero y su número de móvil. Nada más que eso. Un número que Max había sustraído de su amante en uno de sus últimos encuentros, aprovechando una ausencia de minutos.

—¿Y si me pregunta el nombre de su mujer? ¿Me lo invento?

—Hemos quedado el próximo jueves por la noche. Llama entonces. Si sabes eso, sospechará. Seguro.

—¿A dónde vais?

—Nada de eso. No quiero una escena desagradable. Tampoco que sepáis quién soy yo.

—La pasta.

—Te he traído la mitad.

—No, me la has traído toda.

—Pero cómo sé yo que...

—No lo sabes. Me pagas, te arreglo la vida y sanseacabó.

—Pero...

—Nada de peros... Y si la cosa no funciona y quieres que siga, volveremos a hablar, así que rómpete la imaginación. No sé, es la primera vez que me encuentro historias así... románticas —se burló Cristian, mostrando unas encías oscuras, con un agujero en una de ellas que debería taparse con un injerto lo antes posible—. No sé, fotos en la cama, yo qué sé...

Max no había pensado en todo eso, pero le entregó a Cristian el dinero que pedía. El mismo hecho de que lo llevara encima reflejaba su nulo grado de confianza en la negociación. Tampoco le importaba mucho. Era consciente de que debía arriesgarse. Si ese tipo no llamaba o daba mal el chivatazo, ¿qué perdería Max? Solo dinero.

Lo cierto es que no había ni reparado en el resto de cosas, las fotografías y demás, y no estaba seguro de querer hacerlo ni de poder llevarlo a cabo. Estaba convencido de que bastaría con lo de la noche del jueves. ¿Para qué pensar en nada más?

Merche y Max han ido a cenar a un chiringuito junto a la playa. Luz de velas y sonido de guitarras. Viejas canciones: Neil Diamond, Beatles, Dylan, Leonard Cohen, aquellos buenos tipos. Una pareja de hippies colgados al fondo del establecimiento rasgúan sus acústicas. Tienen la mirada fija en un punto, quizás en los acantilados de Moher. Ella tiene el pelo color remolacha y es bonita, con sus mofletes y sus pecas. Él es un gato viejo. Tiene cien años más que la chica, lleva una coleta de escoba, pulseras de cuero en las muñecas y una cejilla en el tercer traste. Sus voces son cálidas. Merche se gira de tanto en tanto para regresar con una sonrisa a la cena con Max. Está en una de esas burbujas que suele crear para ella su amante. Le está agradecida porque, cuando está viviendo momentos como éstos, es cuando los ojos miran, brillan y ven. Una visión limpia, nítida, que percibe los contornos, los objetos, la realidad tal como era antes de las renunciadas y las obligaciones. Está donde quiere estar. Está con quien quiere estar. Si llegara el fin del mundo, alargaría uno de sus brazos unos cuantos kilómetros hasta conseguir alcanzar a sus hijos, los traería enseguida en un abrazo y, juntos, buscarían un lugar en el pecho de Max. Entonces le resultaría indiferente que los cielos se vinieran abajo, que se abrieran simas bajo sus pies. Le gustaría decirle todo eso a Max, pero el camarero llega, interrumpe, se va. Y ella deja la confianza del momento para los postres, para cuando estén follando, para cuando se despidan, para la próxima vez que se llamen, cuando vuelvan a quedar.

—¿No te gustan? Cantan bien.

El vino les ha ido entonando. Parecida inquietud a la de Merche tenía Max durante el viaje en coche, pero consiguió quitársela de la cabeza. ¿Por qué iba a seguirle aquel hijo de puta cuando con una llamada de cincuenta céntimos podía ganarse mil quinientos euros? Si quería extorsionarle, bastaba con no hacer la llamada y asegurarle que la había hecho pero que el tal Gero estaba tallado en hielo y tenía una fe inquebrantable en su mujercita. Pero no. Eso no iba a suceder, porque no podía suceder.

Se acercan a la playa en medio de la noche. Los ecos y las luces de los locales quedan a sus espaldas, como amigos y velas de un pastel de fiesta de cumpleaños que titilan y canturrean detrás de ellos. Merche se quita los zapatos para sentir la arena y el agua encrespada que las olas dejan a sus pies. La mujer va al encuentro del mar mientras Max se tumba en la arena, fresca, acogedora, a cierta distancia de la orilla. La brisa es agradable. La noche maravillosa, con todas aquellas estrellas y el ronco hablar de las olas. Max decide cerrar los ojos, porque las estrellas seguirán allí mil años después, no el goloso reloj de algodón, empapado y ebrio, que se le ha formado dentro de la cabeza. Los días siguientes serán duros, difíciles, pero él sabrá estar a la altura de lo que se le exige, y hoy celebra todo eso: la noche antes del segundo advenimiento.

—No te dejaré caer, Merche. Nunca. Voy a estar ahí, a tu lado. Algo que yo no tuve, que tú no me diste —dice en voz alta, sabiendo que la mujer ya no está con él.

Pasan los minutos y Merche no regresa. Max se percata del peligro enseguida, más aún porque parece que se ha quedado dormido cinco, diez, vete a saber cuántos minutos. Se levanta y, mientras se sacude la arena del pantalón, mira y mira, pero no consigue ver a Merche. La luna, como un agujero, está allí mirándole, cruel y burlona. Toma el bolso y los zapatos de la mujer y se acerca casi corriendo a la orilla, hasta que las olas le mojan los zapatos, los calcetines y los bajos del pantalón. Allí, hasta donde le alcanza la vista, Merche no está. ¿Y si se ha metido en el agua y se ha ahogado? No, no es posible. Merche no parecía estar tan bebida. Además, su ropa no está por ningún lado. No se hubiera metido en el agua vestida sabedora que algunas horas después debía volver a casita con papá. No es muy lógico llegar oliendo a mar de una fiesta de ex compañeros de estudios. Vale. De acuerdo, todo eso es muy lógico, pero entonces... ¿dónde demonios está esa idiota...?

El pánico se va apoderando a gran velocidad de Max. Se quita zapatos y calcetines, los deja junto a las pertenencias de Merche y se adentra en el mar. Quizás, al acercarse, podrá atisbar aquella cabecita, aquella testa retrasada que nunca hace nada bien. En esos momentos no le importa que Merche se haya ahogado. Si se moría, se acababan sus putos problemas. Lo que le aterra es que se haya muerto mientras estaba con él, de esa manera, de la más jodida forma que puede morir una mujer que engaña a su marido. Ése es el sentimiento. Un sentimiento que parece tan

fuerte como el que lo embargaba hace unos minutos. Amarla, defenderla, vivir con ella, sí, todo eso.

Desiste de encontrarla. Definitivamente, ha desaparecido. El mar se la ha tragado, joder, me cago en mi estampa, se oye decir. Hace más de tres cuartos de hora ya. Max se agota de ir de aquí para allá, como un muñeco al que se levantan acabando las pilas. Al cabo de una hora, no solo teme que ella haya muerto, sino las consecuencias de ello. La policía investigará de quién es ese cuerpo abotargado y azul que los peces no llegaron a comerse del todo. Descubrirán quién era. Sabrán que su marido la buscaba. Sabrán que no había acudido a una fiesta de ex alumnos. Sabrán que un tipo había llamado para decirle que su mujer tenía un amante. Localizarán al tipo y les dirá quién le pagó para decir lo que dijo, con quién estaba la mujer que se ahogó, o que ahogaron, la otra noche. Así de fácil. La araña comida por la mosca. Fin de la maldita fábula que nadie ha escrito.

¿A dónde ir ahora? ¿A comisaría? ¿Escapar? ¿Buscarse una buena coartada? Los han visto juntos decenas de personas. En el restaurante, en el bar, antes de la cena.

Decide volver al coche y pensar con serenidad, a resguardo del mar, la luna y las estrellas, en un entorno humano, mecánico y predecible. Cuando está a una veintena de metros del coche, ve a Merche apoyada en éste, saludándole tontamente con la mano. Max acelera los pasos, la cara y el ánimo crispados. Se acerca gritando, insultándola. Ella trata de hacerse entender. Estuvo andando. Se perdió. Se equivocó de local. Regresó al aparcamiento. No tenía móvil. No... La mano de Max se dispara con la velocidad de una sonrisa. La cabellera sana y brillante de Merche se abre como en un precioso anuncio de champú. Luego, el hombre se abalanza sobre la mujer y le pide disculpas, le da explicaciones por haber perdido los estribos, aunque ha encogido la mano y ella se ha asustado y amagado sin razón, después de todo. Creía que había muerto. Creía que se había ahogado. Creía. Ella llora. Lágrimas de alcohol y culpabilidad. Él también llora. Lame sus propias lágrimas torpes, asustadas. Besa los labios de la mujer que no niega aquellos besos. La calle está desierta. Él se apoya contra la mujer y ésta contra el coche. Quiere que sienta su miembro endurecido contra ella, entre sus piernas. Le levanta las faldas, se saca la polla, desliza las bragas hacia un lado y trata de penetrarla. Cuesta. Merche trata de excitarse un poco más. Finalmente, la miel le mete en el tobogán y la embiste allí mismo, de pie, con los zapatos llenos de sal y arena. Un coche entra en la calle y los ilumina con los focos. Max esconde su cara en la cabellera de Merche. Los chicos del coche les jalean. Cuando desaparece el vehículo, él vuelve a embestirla hasta que el semen se dispara contra la luna, que ya no parece ni cruel ni burlona, sino alcahueta, vieja y acaso cobarde.

De vuelta a casa, apenas palabra.

Cero, despierto, espera.

—¿Quieres tomar algo?

—No, no quiero tomar nada, Raquel. Quiero que me digas qué ha pasado.

—Todo y nada. Lo de siempre.

—Raquel desaparece por la puerta que da a la cocina. Cristian tiene la tentación de seguirla. No lo hace. Se toca la nariz por uno de los lados y trata de arrastrarla por la mejilla para comprobar hasta dónde le llega el dolor, si ya es capaz de aguantarlo. Echa un vistazo al comedor, sucio, desordenado. Una botella de zumo en el suelo, a los pies del sofá. Cojines cosidos a lamparones. Colillas en vasos de té frío. Un gato atigrado aparece, elegante y regio, le mira y se enreda entre sus pies. Luego, tal como ha venido, se va. Alguien tira de la cadena del váter en el piso de arriba. Alguien sube de dos en dos las escaleras. Alguien bate huevos para una tortilla. Raquel está de vuelta.

—¿Qué miras? ¿La casa? Me tengo que poner, pero no sé cuándo ni para qué. Todo esto es una mierda.

—Es un pisito. Nada comparado con lo que tenías, Isabel Preysler, pero no está mal. ¿Te acuerdas de todo aquello...?

—Ya casi no recuerdo nada. A veces parece que alguien me haya ido contando mentiras y yo me las he acabado creyendo. Si no fuera por mis hijos, pensaría que nada de aquello existió.

—El piso está bien. Piensa de dónde venimos. De los putos cajeros. Solo hace falta que te hagas con la casa y que la limpies de tanto en tanto, niña, eso sí.

—No vengas a sacar faltas. Y tú, ¿por dónde paras? ¿Con Mireia? Eso dicen, que el patito feo ha encontrado su príncipe.

—No exactamente.

—Explícate —dice Raquel mientras se sienta en el sofá, frente a Cristian, que lo ha hecho en una silla, al lado de la mesa. Antes le ha ofrecido un botellín—. No están muy frías.

Cristian acepta. Antes le había dicho que no, pero ella nunca escucha las negativas a la primera.

—¿Por qué tengo que darte explicaciones? Me has hecho venir deprisa y corriendo. Habla tú.

—Como quieras, samugo.

—Pero te conozco. No pararás hasta saberlo. Mireia vive con sus padres, o sea que, como entenderás, no vivo con ellos. Me ha dejado un agujero que no pueden alquilar, un agujerillo cerca de su bar, en Amílcar, casi dando a plaza Catalana. Por el

momento estoy ahí.

—Y ella se pasa por ahí.

—Sí.

—Ya.

—¿Y a ti qué te importa? También puedes venir tú.

—Seguro.

—Pero con el mismo ánimo positivo. A limpiar y ordenar.

—Entre otras cosas.

—Entre otras cosas.

Risas, un trago al unísono de las cervezas. Cristian se da cuenta de que la de Raquel es sin alcohol. No le dice nada. Está enferma, así que mejor que se cuide. Aunque, con la mierda que se está metiendo, ¿a quién pretende engañar? Con todo, no puede evitar el sarcasmo.

—¿Estás de régimen? Ésas engordan igual.

—Lo sé. No estoy de régimen. ¿Me estás llamando gorda?

—¿Estamos picajosa hoy?

—Bueno, ¿qué ha pasado? ¿Problemas con el gilipollas de Bruno? Yo también los tengo. El mundo entero los tiene. ¿No hay una medida de alejamiento? Hazla servir.

—No la pedí.

—Tonta.

—Ya. Sabes que nunca he sabido estar sola. Además, me da pena. Siempre le han tratado mal. Le acabo por perdonar siempre. Me quiere mucho. Eso sí. De verdad. Nadie me ha querido así, pero...

—Tú no le amas. Fin de una historia vieja como el mundo.

—¿Qué importa eso? ¿Qué importan amoríos y otras tonterías, no?

—Eso digo yo. La cuestión es estar bien, en paz, Raquel. Tranquila. Acuérdate de lo loca que has estado.

—Bueno, nada, que hoy la hemos tenido. Se ha largado.

—Mejor, más tranquila. ¿Y cuál es la novedad?

—No sé, que igual vuelve, igual no...

—Repito: ¿la novedad?

La mujer se restriega las manos, pega un trago a la cerveza, se aclara la voz y pregunta:

—¿Has traído algo?

—No me lo has pedido.

—No, se me ha ocurrido ahora, y solo era...

—Y aunque me lo hubieras pedido, no te hubiera traído nada.

—Cabrón.

—Raquel... Ibas bien, joder. Yo soy alguien que maneja la droga, me pego mis

tiritos pero sé muy bien que no te puedes despistar. Yo nunca he sido un yonqui. Tú, sí. Tienes el hígado malito. Cuídate. Mala pinta tienes hoy.

—Gracias.

—Ya entiendes.

—El hígado me lo van a cambiar. Seguro. El médico me ha dado esperanzas. Y ya puestos, a reventarlo, ¿no? No aguanto más todo esto. Mi vida, lo que veo en los ojos de mis hijos, todo lo que fui, lo que soñé cuando cría, lo comparo a lo que veo a mi alrededor, con quién estoy, lo que tengo, la tipa esa del espejo... No hay segundas oportunidades. No las hay. Para mí no. Estoy jodida, Cris.

—Vale. Quieres darte la gran hostia antes de resucitar.

—Sí, no, no sé... ¿De verdad no tienes nada? —Su interlocutor niega con la cabeza, da un largo trago a la cerveza. Tiene prisa. Quiere irse de allí, dejarla otra vez sola—. Después del trasplante será otra oportunidad ¿no?

—Sí.

—Lo dejaré todo. A todos. A esta ciudad de mierdas y maricones. ¿Sabes que me han quitado el Pirmi?

—¿A dónde irás?

—No lo sé.

—Sí que lo sabes: irás a donde vaya la próxima polla de la que te cuelgues.

—Hijo puta.

—¿¡Pero si es verdad!?

—Vete a la mierda.

—Me voy, pero no allí.

—Déjame algo.

—Tabaco. Te dejo el paquete.

—No te vayas. Aún tengo que explicarte qué es lo que ha pasado.

Solo unas horas antes, en el dormitorio, el olor húmedo de unas sábanas sucias y acartonadas, un cigarro humeando en el cenicero, en la mesilla de noche. Enfrente de Raquel y Bruno, tumbados en el lecho, un par de acuarelas en sendos marcos comprados en, los chinos. Una era un amanecer, la otra igual un crepúsculo. O un incendio, o quizás el fin del mundo.

—Hazme una paja, al menos.

Raquel se la hizo, pero eso no deshizo la nube negra que tenía Bruno en la cabeza.

—Esto es un asco.

Un animal cegado de ira y miedo ante el final del túnel, ahora tapiado, inexorable, sin cerrojos ni llaves. Bruno sabe que pasa algo. ¿No quería un piso? ¿No quería una seguridad? ¿No quería lugar a papás y mamás...? ¿Por qué siempre quiere más,

siempre más lejos, siempre otra cosa? ¿Por qué no es feliz? ¿Por qué no está nunca contenta, como al principio...? ¿Por qué finge orgasmos, le da un sexo triste y desconsolado? Si lo que ha pasado, pasado está. Le había perdonado. Él es bueno otra vez. ¿Entonces...? ¿Qué cono quiere? No, no puede ser él. Raquel llevaba días, semanas, meses fuera, ida, en otro sitio. Y ya no se iba a creer que esas señales en los brazos, en la parte interna de los muslos, en los tobillos eran araños del gato. No, no: volvía a ser una puta yonqui. Ella lo negaba. Ahora le sale con que está enferma. Que le iban a cambiar el hígado. ¿De qué me estás hablando, Raquel? ¿Un trasplante? ¿Te vas a morir, Raquel? ¿Te estás muriendo o solo es la puerta de emergencia para darle la vuelta a esta discusión? Armas bien melladas y templadas de vieja drogata. Y ahora su boca húmeda, el tabaco le sale de ella y parece que el sexo se le humedece y se abre, y eso es amor ¿no lo ves? Eso es que te quiere, Bruno, ahora te quiere y quiere excitarte, y tú la amas, pero es una yonqui, o está moribunda, o se está tirando a otro. ¡Te quiero, Bruno! ¿No querías follarme? Pues fóllame, y así no me araño más el gato. Si tú me amas, si me proteges, nada más de todo esto. Folla a este animal que te lo suplica, pero ¿por qué creerla ahora? Si soy feliz, Bruno, no necesito las uñas de los gatos. Si te tengo dentro, abriéndote como un arco iris, no me moriré nunca. Pero no puedo creerte, Raquel ¿quién te da la mierda? ¿Cristian? Nadie. ¿No vas a follarme? No, me voy, porque si me mientes en eso me mientes en todo. Me voy, porque si me quedo te haré daño. Me voy, porque te miro y te veo vieja, embustera, una puta yonqui, y no te queda ya nada de la dignidad que tenías cuando te encontré, nada de la mujer con la que soñé tener hijos, esa hembra para un solo hombre. Me voy, me voy a reventar la ciudad, a abrirme la cabeza hasta que la bilis negra deje mi corazón. Me voy, pero me llevo la pasta que te he ido dando y que guardas en la caja de las galletas, junto con las cartillas y las viejas fotos de cuando aún eras alguien, cuando tus manos no eran trapos ni tu boca un desagüe de mentiras, mi amor. Me voy. No volveré. No me creas. Créeme. En cuanto se me pase, vuelvo.

Bruno se marchó sin saber a dónde ir. Tomó aquí y allá, y acabó donde la Mireia, y allí encontró a Dolors, que estaba borracha y casi puesta, hablando de los hijos que nunca le acaban de devolver y que ya casi ni echa en falta, que a todo se acostumbra una. Y él, Bruno, le miraba las tetas y sabía que por el camino recto no iba a conseguir nada. Ella era amiga de Raquel. Eso era casi lo más atractivo de ella. Pero Bruno le dijo que le ayudaría con los niños, pagó las cervezas, la invitó a un tiro en el lavabo, a más cervezas, conoce a un tipo en la DGAIA que sabe acelerar los expedientes, ¿por qué no me lo has dicho antes...? Raquel es celosa, me pidió que no me acercara a ti, ¿cómo pudo hacerme eso a mí? Las mujeres enceladas son peligrosas, eso ya lo sabes tú. Sí. Ella sabe que me gustas, que me pareces muy atractiva. No digas tonterías. No las digo. ¿Vamos a otro lado? ¿A dónde? A cualquier sitio. ¿Nos pegamos otra? ¿Cuándo podrás hablar con tu amigo? ¿Qué amigo? El de

la DGAIA. Amigo no es. Un abogado. El puto amo, eso sí. ¿Quieres que le llame ahora mismo? Pégalata primero tú. ¿Qué colonia llevas, mujer? Nenuco, la de mis hijos, así me acuerdo de ellos, así no se me van de la cabeza. Tres meses ya. Telefonéo. Oye, ¿cómo te apellidas? ¿Cómo se llaman los críos? Hola, soy Bruno. Tengo una amiga que necesita recuperar a sus hijos. Se llama Dolores Rodríguez Esma y los niños Edgar, Héctor y Jordi. Distintos apellidos de padre. ¿Eso no importa? Ok. ¿Quieres hablar con la madre? No, mejor que no. El contacto siempre yo. No hay problema. ¿Ves...? Si ya le decía yo a Raquel que me dejara ayudarte. Hija de puta. Hay un nuevo local en el barrio ¿vemos qué tal? Una más. Parece increíble que con tres partos tengas este tipo. Cuatro. Una de mis parejas me hizo abortar. ¿Sabes que aún me acuerdo de ese cuarto crío? Igual era la niña. Pasa, pasa, que me acerco. ¿Quieres que te llame el lunes, para que no te olvides? ¿Cómo quieres que me olvide? No olvidaré nada de esta noche. Así que puedes ser simpático cuando quieres. Simpático y cariñoso. ¿Tienen reservada habitación? No. Síganme. Oiga, he estado a punto de ir a otro local. ¿Por qué, señor? Me han dicho que hay gente a la que le revientan los clientes, que les siguen, que les llaman a casa. No haga caso. Nadie me ha comentado nada al respecto. Yo solo hago este turno, pero sé que se han extremado las medidas de seguridad. Es un alivio. No lo digo por mí, pero la señora es casada. ¿Quieren tomar algo? No, gracias.

La puerta entreabierto y Dolores empieza a mear. Abre de inmediato el grifo del lavabo para evitar que Bruno oiga el chorro contra el agua del inodoro. Sus braguitas a la altura de los tobillos como una niña elefantiásica, su mano larga, de muñecas estrechas, frágiles como cristal, en busca de un trozo de papel higiénico. Y luego, ya en el dormitorio, con ese gran espejo frontal y la tele de plasma que Bruno ha puesto en marcha, con mujeres y hombres frotándose y follándose, dándose cachetes en las nalgas enrojecidas.

¿Quién lo iba a decir?

Dolores se tumba en la cama y levanta los brazos como Lázaro ante Jesús. Bruno se quita los pantalones y la camiseta para que ella contemple sus músculos, el viejo tatuaje de adhesión a su país, la marca de su calzoncillo. Le quita los pantalones a la mujer, las bragas y trata de entrar dentro de ella. Le hurta las tetas, esas grandes tetas caídas de cabra, pero él desgarrar la blusa, se las ve y nota una cierta repulsión, pero se las pone en la boca, como una bolsa de plasma entre los dientes de un moribundo. Hija de puta, haz algo. La mano se le suelta y ella se aplica. Dentro de la mujer, como dentro de la bolsa más grande de El Corte Inglés más grande de la ciudad más grande de España, Bruno embiste contra Raquel, contra la perra vida, contra aquella mujer que chorrea sangre de la nariz mezclada con moca y cocaína. Se hace la dormida, se hace la muerta, se hace la bien follada.

—Ya volverá.

—Eso no me preocupa. Es un facha con lo de la droga.

—Es un facha en todo, Raquel.

—Pero a veces...

—A veces nada. Ya se le pasará. Pero mira, si quieres que sigamos siendo amigos tú y yo, por favor, no me vengas con tretas. Querías que viniera por si tenía mierda. Y además gratis, si es verdad que Bruno se te ha llevado la pasta.

—No es verdad.

—Me quedo con la duda. Raquel, cuídate. Lo del trasplante...

—Me ha dicho el médico...

—Déjame acabar. Puede tardar. Tienes una oportunidad. No la cagues. No soy experto, pero mejor llegar a la operación con un hígado que te medio funcione a hacerlo con uno deshecho. Y cuando lo tengas, lárgate de aquí, Raquel, déjalo todo atrás. Yo lo voy a hacer. Aún no se lo he dicho a Bruno y guárdame el secreto, pero os dejo. Paso de esta historia. Voy por libre.

—Ah, vaya, qué bonito. ¿Ya mismo?

—En nada.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—A la primera oportunidad.

—¿Y a dónde?

—A ninguna parte en especial.

—¿Y yo, y yo...?

—Tú cuídate. Has de cuidarte. Aquí.

—¿Lo sabe Mireia?

—¿Qué cono le importa eso a Mireia?

—Yo solo te he preguntado si lo sabe.

Al salir de casa de Raquel, se percata de que Bruno le ha estado llamando varias veces. Está contento de haberse marchado a tiempo. Raquel está tonta. Busca cosas que no quiere. Ya no siente ningún tipo de atracción hacia ella. Y duda que ella sienta atracción hacia nadie, pero necesita sentirse deseada, creer que sigue en las estanterías, que aún es visible, medible, apetecible. Si tienes a Bruno colado por ti a tu edad, ¿qué más quieres? Podía habérsela tirado, podía haber alargado ese beso que a modo de caucho caliente le colocó la mujer en los labios. Notó su lengua, notó la imaginación girándole por dentro y recordando cómo fueron aquellas otras veces. Raquel desnuda, bañada por la luz de su habitación a primera hora de la mañana. Raquel dormida en bragas, en su cama, después de una buena noche de vicio y risas. Raquel, al día siguiente, detrás de las gafas de sol, calentándose las manos que envolvían su té con leche. Raquel, siempre mariposa alrededor de la lámpara encendida, letal, peligrosa, al filo. Pero notó su lengua y era el látigo de piedra de una enferma, de una tipa con droga en las venas, una mujer que olía a piso en desahucio, a habitación sucia, a vino barato. Notó su barriga floja en la cintura buscando su miembro, y la vio bajo una bata verde esperando un hígado, vieja y desnortada, tomando el sol en el parque, negada por sus hijos y sus antiguos amantes, probándose pulseras alrededor de las muñecas contra los cristales de casa. Un beso y adiós. Ella no le ponía. Ya está. No le des más vueltas, Cristian, ¿vale? No pienses que a pesar de todo eso, en otras circunstancias te la hubieras tirado. No. Porque ahora ya sabes que nunca has obtenido placer más allá de un desahogo. Tú te has limitado a darles placer para notar el sabor a victoria, a vanidad, a arrogancia que sientes cuando una gatita gime y grita en tu oreja que la has llevado hasta donde quería llegar. Pero los años pesan. Y la droga. Y tantos años sin dejarte hacer, sin buscar tener, sin pensar en dar, han hecho que el sexo acabe siendo para ti algo que casi rehuyes. Como anoche con Mireia. Y hoy con Raquel, la vieja Raquel, la drogata Raquel, la moribunda Raquel.

Bruno está llamando al móvil. Puede pasar, pero no le interesa tenerlo puteado. No solo ha llevado por su cuenta lo del cornudo sino que ya le ha levantado un par de parejas. Sabe que el asunto es tierra quemada, pero lo quiere quemar él antes de largarse de aquí, de esta ratonera, de esta angustiosa humedad que abrasa esas noches, en las que a la cabeza le da por pensar y no puedes conciliar nada que se parezca a aquello que una vez llamaste sueño.

—¿Qué pasa, tío?

—¡Joder, Cristian, me cago en la virgen! ¡Llevo llamándole toda la noche!

—Lo he visto. Estaba en otras cosas. —Piensa en mentirle, pero acabará por

enterarse y necesita su ingenuidad durante un tiempo más—. De hecho, estaba en tus cosas. He estado con Raquel. Está preocupada por ti.

—¿Sí? ¿Has estado en casa? ¡Que se vaya a la mierda esa yonqui hija de puta...! ¿Tú lo sabías?

—¿El qué?

—¿Le pasas tú el asunto? Bueno, no me lo digas. No quiero saberlo ahora. ¡Me importa un carajo!

—Vale. Captado. ¿Qué...?

—Estoy en un lío de cojones. Necesito que me ayudes.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo...? ¡Ahora mismo!

—Hostia, Bruno, me iba a...

—Es grave, Cristian, grave... ¿lo pillas? Mejor te lo explico cuando vengas. Digamos que tengo un problema grave, Cristian, ¡¿vale?! Necesito que me vengas a buscar a uno de los lugares que vigilamos.

—¿Qué pasa...? ¿Dónde estás? ¿Te han pillado?

—No, nada de eso. El de la calle Bailén, cerca de Sagrada Familia. No recuerdo el número. Es en aquel bajo, ¿te acuerdas? Hemos trabajado allí...

—Ya sé cuál es, pero qué...

—No alucines. He venido como cliente, y necesito que vengas ya mismo, hostia puta. Cógete el coche. Vuelve donde Raquel. Las llaves están en la entrada y lo tienes aparcado donde siempre.

—Pero dime, ¿qué pasa?

—¡Me cago en todo, Cristian! Tengo una muerta en la cama, coño. Me he follado a una tía y se me ha muerto.

Cristian acelera el paso, echa a correr. Vuelve a casa. A Raquel la ilusión le dura lo que tarda él en decirle que viene a por el coche para sacar a Bruno de un fregado. Nada grave. Cartas, una turca, pasta. Luego, en nada, ya está en el coche. Mira la hora en el salpicadero. Una hora, quizá dos, para amanecer. Esos dos le van a volver loco. No ha dudado ni un segundo en echarle un cable a Bruno. Mientras más deudas y secretos tenga a su favor, mucho mejor. Bruno es un tipo con el que no se puede hablar, de reacciones primarias, y la traición es una de sus espoletas favoritas. Así que mejor tenerle con las manos lejos de esa bomba.

La calle está desierta. Aprovecha para meterse un tiro. Luego, a toda mecha, hacia Bailén. Los semáforos son amables y se doblan en rojo al verle llegar. El resto de automóviles, lejos, espaciados, de colores simpáticos, como en un juego de Micro Machines. Es poco más de diez minutos está allí. Ha aparcado casi en la puerta. Si han de sacar un cadáver, es imprescindible meter el coche hasta la cocina. La puerta del local, un bajo de cristales cromados, se abre enseguida. En el mostrador, un

mexicano con cara de haberle caído aquella noche siete años de mala suerte, está de pie junto a Bruno, a medio vestir. Un televisor, en un rincón, retransmite sin sonido un partido en diferido de los Vikings.

No se cruzan una palabra. Bruno y el vigilante suben delante de él las escaleras. Una fuente barata hace las veces de sofisticado adorno en lo alto de los escalones. En las paredes blancas con estucado veneciano, cuadros idiotas de hombres y mujeres desnudos besándose, entrelazados en abrazos bajo sauces y columnas. Suena el teléfono, el sudamericano maldice, baja a la centralita y le dice a la pareja que aún no pueden salir, que ya les avisará. Bruno avanza y Cristian le sigue. Habitación 9. Cuando la puerta se abre, es grotesco visualizar todas las imágenes a la vez. El porno en el plasma, el desorden de almohadas, ropa y cojines, el cuerpo de Dolors sobre la cama, tapada hasta el cuello con una sábana.

—¿Es sobredosis?

—¿Por qué has tardado tanto?

—Repito la pregunta: ¿sobredosis?

—No sé, no creo.

—¿Por qué la has dejado dormirse?

—No ha avisado. Se ha quedado así al correrse, y ya no he podido despertarla. Está fría. Está jodida.

—Sí.

—¿De qué ibais?

—Farlopa.

—¿Cuánto?

—No mucho. De verdad que no. A menos que ella ya fuera puesta.

El mexicano, en el umbral de la puerta.

—He llamado a la policía y a una ambulancia.

—¿Que has hecho qué? ¿Tú eres gilipollas...?

—He hablado con mi jefe y me ha dicho que lo haga. Nosotros no hemos hecho nada ilegal y...

—Cristian, venga, vámonos, que se quede esa mierda aquí y le explique el sudaca de mierda a la poli cómo coño ha llegado esa tipa aquí, drogada y jodida.

—No se vayan. No pueden irse ustedes.

—¿Ah, no? Pues mira cómo nos vamos.

—¿Tienes colonia, ambientador, algo potente...? —interrumpe Cristian.

—Sí, sí...

—Tráelo.

—¿No está muerta?

—Creo que no. Aún no.

Ambientador de pino. Instrucciones en inglés y en chino. Made in Ningún Lado.

Dolors va a volver al mundo de los entes vivos o perecerá para siempre, envuelta en aromas de pinar mediterráneo, piensa Cristian. Le tapa los ojos con una mano y le rocía la cara con el ambientador casi a quemarropa. Dolors no tarda en toser, en enderezarse, en ponerse a escupir y vomitar sobre las sábanas, un reguero de lava blanca entre las tetas, por el costado estriado de su cuerpo hasta la cama. Abre los ojos, trata de enfocarlos, de verbalizar algo, eructa y les da la espalda y el culo, cortado en acantilado, para seguir durmiendo.

—Nos hubiéramos portado mejor si no hubieras sido tan imprudente, amigo, le dice Cristian al vigilante.

—No pueden irse. Esperen que...

—¿Estás loco? Nos vamos ya mismo. La chingaste. ¿Se dice así, manito? Explícale a la poli que les has llamado para que vinieran a ver cómo duerme una borracha.

Bruno ya ha recogido todos sus vestigios de la habitación y se dirige a la puerta. Precavido, ha tomado ya posiciones ante cualquier movimiento de ese tipo. De hecho, Bruno lo vio claro. El mexicano era un jugador parsimonioso, de intenciones grabadas en la cara. De esos a los que les ves los envites fuleros desde el primer segundo. Los quería dejar encerrados en la habitación. Pero se ha movido con demasiada lentitud. Es tan torpe como para dar ideas a gente que hace peores las malas ideas. Con una mano agarra del cuello al tipo y lo empuja contra la pared. Bruno ya vuelve a ser Bruno. Le indica a Cristian que pase, cosa que éste hace enseguida. Las llamadas de las parejas se agolpan, histéricas, en centralita. Parece como si todas quisieran salir al mismo tiempo de allí, enjauladas en sus niditos de amor, asfixiadas de laxitud postcoital, con prisas por volver a la superficie y comprobar si todo sigue en orden ahí fuera.

Bruno le quita la llave y el móvil al mexicano. Lo zarandea y lo arrastra por la pared, sin dejar que el brazo permita una bajada de tensión. Luego lo tira al suelo, se da la vuelta y cierra la puerta.

Bajan las escaleras en dos, tres zancadas. Bruno está eufórico. Hace nada tenía una muerta entre las piernas y ahora tiene una nueva aventura que explicar y un móvil última generación con un salvapantallas de una tipa y dos niñas. Las llamadas a la centralita siguen. Travieso, descuelga el teléfono:

—No, no bajen por favor. Hay un marido con una pistola que quiere subir a las habitaciones y no podemos contenerle...

Cristian ya está fuera. De los *mossos* ni rastro. Suben al coche y se largan de esas calles. El sol pinta calabazas de Halloween entro los edificios. Al cuarto de hora deciden parar y tomar un café.

—No sé si preguntar nada.

—No, no lo hagas.

Cristian acepta la llamada. Es Mireia. Está puteada y celosa, celosa y puteada. Cristian trata de calmarla. Dentro de nada volverá a casa. Está con Bruno. «Sí, seguro. ¿Quieres que te lo pase?»

—¿Tú con Dolors, tío? No te entiendo.

—No me entiendas. Y ni una palabra a Raquel o te mato. ¿Qué le has dicho?

—Nada. No te preocupes. Pero se enterará. Fijo.

—No, no se enterará. Además, estaríamos en paz. Ella se ha vuelto a meter y yo me he follado a otra tía.

—No sé si ella se ha vuelto a meter.

—Sí que lo sabes. Espero que no se lo pases tú.

—No.

—Será el Bicho o la Asun. Cualquiera puede ser.

—Ten paciencia con ella. Ha sido bonita. Está enferma.

—No soporto a los yonquis. Ya tuve una yonqui y se me murió. No quiero más. Son unos mierdas. No tienen huevos para enfrentarse a nada. No tienen huevos para dejarlo. Para pegarse un tiro en la boca. Solo piden, piden y piden. Mienten, se arrastran y vuelta a pedir...

Los cafés llegan. Uno solo para Bruno. Uno con leche para Cristian. Éste tiene el cuerpo hambriento. Igual lleva veinticuatro horas sin comer. De hecho, ni lo recuerda. Bruno tiene las tripas desatadas. El miedo y la adrenalina le están bajando todo hacia el culo, como le suele pasar. Pero se esperará a tomar el café y hacerse el cigarrillo.

—Me refería a lo de la hepatitis.

—¿Y eso va a mejorar metiéndose droga? Acabará con una barriga como un tonel, con ojos de pez y muriéndose como una puta perra en la calle. Pero, para eso, que no cuente conmigo.

—Vas de farol.

—No, no faroleo. Pero si lo fuera, tampoco lo sabrías.

Sonrisa de lobo triste y silencio. Cristian hace ademán de largarse, pero Bruno le interrumpe.

—Tenemos que inventarnos algo o cambiar de ciudad con lo de las parejitas. ¿Qué te parece?

—Inteligente.

—Lo hablamos.

—Lo hablamos.

—Me voy a cagar. Espérame, que yo soy un reloj y rápido como la muerte. Ah, y toma: te lo has ganado.

Le deja el móvil y se acerca a la barra a preguntar dónde están los servicios con un cigarrillo en la boca, la camisa por fuera y un remolino en la parte trasera de la cabeza. Cristian tiene un nuevo juguete: un trozo de ladrillo con las últimas

novedades. En ese momento parece que se le han contagiado las ganas de hacer travesuras y aprovecha la estancia de Bruno en el lavabo para buscar el teléfono de Max y llamarle. Son las seis y poco de la mañana Buenos días, capullo.

—Hola mi amor, yo soy tu lobo. ¿Te acuerdas de la canción? ¿No? Oye, me he portado bien. He llamado y todo. Le hemos ir ventado la vida a ese tío. Quedó desencajado. Pero si necesitan que lo rematemos, sigo siendo tu hombre. Sí, puedes llamar aquí Por el momento. Y si no, ya te llamaré yo para ver cómo te van luí cosas. Si te has casado. Si eres feliz. Esas cosas. Es broma, claro que es broma.

Max interpreta la imposibilidad de hablar con Merche como lo que es. La bomba ha estallado. El móvil desconectado y en el fondo ¿no es mejor? No vaya a ser que al marido le dé por hacer comprobaciones de números y facturas. Al mail y al messenger le ha escrito mensajes en clave y no le consta que los haya abierto. Dejará pasar unas horas. Ya dará señales de vida cuando pueda darlas. Pero pasan las horas y no hay rastro de Merche. Max ha llamado desde cabinas en la calle y en los bares, pero el móvil, que ahora ya está conectado, sigue haciéndose de rogar hasta que en un tobogán le envía al contestador automático con la triste voz metálica de su amante. No es hasta casi mediodía cuando Merche atiende al teléfono.

—¿Qué pasa, cariño? Te he estado llamando toda la mañana y no has contestado.

—No puedo hablar. Ya te llamaré yo —responde la mujer con voz nasal y agotada, arrastrando la paciencia en cada palabra.

—¿Cuándo?

—Cuando pueda. Hoy no.

—Pero ¿por qué? ¿Ha pasado algo?

—Sí.

—¿Qué? Dime algo. No me dejes así. ¿Algo malo? —sigue diciendo Max con cinismo—. ¿De los críos?

—No, ninguna desgracia. O sí, no sé, pero nada de los críos. —Suspira, o quizás fuma y ha dado una calada larga y profunda—. Gero lo sabe. Anoche me estaba esperando y tuvimos una trifulca que duró toda la noche. No hemos pegado ojo. Se acaba de marchar a trabajar.

—Joder. Pero ¿cómo...?

—No lo sé. Mira, no tengo ganas de hablar. Voy a tratar de dormir un poco. Creo que de momento será mejor que no nos llamemos, ¿vale?

—Pero... No me dejes así.

—¿Cómo quieres que te lo diga? No tengo ganas de hablar. Ha sido muy desagradable.

—Me lo imagino. Sé que lo es.

—Supongo que ya estamos en paz, ¿no?

—Merche...

—¿Qué...?

—¿Lo has reconocido?

—Mierda, al principio no. Luego, sí. Le he dicho que estaba con alguien pero tranquilo, no le he dado tu nombre ni pistas al respecto.

—Eso no me importa.

—¿Seguro? Tal y como estaba ayer, te aseguro que te hubiera importado. En fin, tremendo. Se ha ido a trabajar, pero no creo que dure mucho en el trabajo. Está destrozado. No sé qué puedo hacer. Max, te llamo cuando me vea con cuerpo. No llames tú. Y nada de mails ¿vale? No está el horno para bollos. Te llamaré. Te prometo que te llamaré.

—Vale. Oye, Merche.

—Dime.

—Que estoy aquí. Que te quiero, y mucho.

—Te llamo.

¿Por qué no le ha regalado un «yo también» como siempre? ¿Tanto le costaba? ¿Y eso de que su marido estaba destrozado, así como con compasión? ¿Qué creía que se siente cuando te engañan...? Max se dice que haría bien en no emparanoirse y dejar de descifrar los signos que Merche emita a partir de ahora. Todo ha reventado desde su mismo centro, desde la confianza, desde la lealtad. Necesita su tiempo para reubicarse, para saber dónde ha de colocar el siguiente paso, y el otro y el otro, hasta desactivar la telaraña conyugal. Max, forzosamente, ha de ejercitar su empatía y recordar aquella desagradable sensación de sentir abrirse el suelo bajo los pies. El odio soterrado, las recriminaciones, las armas arrojadas a todas horas, por cualquier excusa.

Ese día no llama Merche. Tampoco al siguiente. Ni al otro. El fin de semana, impensable. Desgraciadamente, tampoco le toca el turno con sus hijos para distraerse. La nueva semana, vacía. Días tranquilos suceden a histéricos días arriba del alambre, imaginando todas las escenas posibles en casa de Merche y Gero, las mil maneras de herirse, de derrumbarse o reconciliarse. Para empeorar la situación, su ex le propone un nuevo cambio de fin de semana y que asuma nuevos gastos del dentista. Él acepta. Pero ha decidido que el cocodrilo que esconde el sábado no le cogerá lento ni frágil al lado del río. Así que ese día lo dedica a cambiar los muebles de sitio, en previsión de una nueva inquilina. ¿Por qué no dejarse llevar por la ilusión, lanzarse al sueño ahora que está tan cerca? También solicita una nueva Visa por internet, ahora que ya no necesitará buscar consuelo con olor a ron, a ambientador y a laca. Ordena libros, discos, películas y ropa. Papeles, cajones y hasta el armario de cocina, especias, macarrones, pan rallado y pastas Avecrem languidecían, unos aún comestibles y otros ya momificados. Por la tarde, llama a un amigo pero no puede quedar. Tampoco con el siguiente ni con el otro. Todos huyen del apestado. Del solitario, del que se equivocó. ¿Y si Merche no llama porque...? No, no debe seguir el hilo de esos pensamientos para nada. ¿Cómo se puede recalentar un guiso que se ha dejado echar a perder años y años? ¿Acaso pudo hacerlo él? No. ¿Entonces...? Le entran dudas, sudor frío, ansiedad. Libro de autoayuda que en su día le recomendaron y que tantos

estadios como ése le ha salvado. TE AMO. Su autor, un gran tipo, un sabio de decirte lo que quieres oír: Francesco Alberoni. Otros títulos suyos: *El optimismo*, *Valores*, *El vuelo nupcial*, *Los envidiosos*. Max sabe dónde encontrar lo que busca. Página 127. La renuncia egoísta. La renuncia altruista. Da igual la renuncia que elija: todas llevan a la petrificación. «*La renuncia es siempre la elección de la alternativa que prefiere lo viejo a lo nuevo, la institución al estado naciente. Renunciando, el sujeto realiza un acto moralmente gravísimo. [...] Genera sensación de soledad, de vacío total. Todo se vuelve vacío, carente de valor, espectral. Se siente una marioneta, una autómatas*». Max recupera el ánimo, acude a los cedés. Suena «Town called Malice». Baila. Resuella. Gira. Casi como veinte años atrás.

Lleno de energía, enciende el portátil y engarza su Facebook. Allí localiza a Txé, una vieja amiga, loca y despechada por otro hombre, claro está. Quedan para verse a las diez. Hasta esa hora ve la tele. Concha Velasco. Siempre le recordó a su madre. En esa época todas eran un poco parecidas ¿no? Se fuerza a ducharse y afeitarse. Ya no quiere acudir a esa cita, pero sabe que es necesario salir, cansarse, añorar la tranquilidad del hogar para poder transitar por el peligroso terreno del domingo, a todas luces, minado. Además con la chica con la que ha quedado no hay peligro de complicaciones. Pasó una vez. Pero no volverá a pasar ni una vez más.

Al salir de la ducha busca el móvil, que se ha llevado hasta el lavabo, para ver si ha llamado Merche, comprobación que en los últimos días ha hecho casi cada cuarto de hora. Y no, no ha telefoneado, pero hay dos, tres llamadas de un número que reconoce. Antes de secarse hace una rellamada y espera. Cristian contesta.

—Hola.

—¿Pasa algo?

—No. Depende. ¿Cómo ha ido todo?

—Me consta tu llamada.

—Soy hombre de palabra.

—Gracias por todo y...

—¿Quieres que haga algo más?

—No, no es necesario.

—Yo sí que quiero que hagas algo por mí. Que me sueltes seis mil euros más.

—Acordamos que...

—Denúnciame ante el Estatuto de los Trabajadores. Mira, si no quieres problemas, paga, y acabemos esto.

—No tengo ese dinero. ¿Por qué me haces esto? Habíamos llegado a un acuerdo y...

—Tío, me largo de aquí. No es nada personal. Necesito dinero. Solo es eso. Si no pagas ya mismo, la semana que viene, por ejemplo, tu novia sabrá quién ha montado todo esto.

—Ya lo sabe.

—No te creo. Además, ¿sabes qué? Si me mientes o haces el gilipollas como ahora, te subo el impuesto. Sé cómo llegar a ella. Puedo llamar al cornudo y pedirle que me la pase. Mira qué fácil.

Silencio. Las gotas del cabello enjuagado de Max caen al suelo. El vaho del espejo va retirándose, dejando enfrente suyo la cara asustada y furiosa de alguien muy parecido a él.

—¡Eo! ¿Me oyes? Nos vemos el martes que viene en el mismo sitio de la otra vez, a las diez. Te prometo que me pagas y me largo. Estaré más presentable. Más guapo y todo. ¿Vale?

—Eh, déjame que...

—No te dejas nada. El martes. A las diez. No me hagas el tonto y sé puntual.

¿Qué esperabas? ¿Qué coño esperabas, imbécil? ¿Un pacto entre caballeros? Por mucho que quieras pensarlo y repensarlo, sabes que solo tienes una posibilidad: pagar y esperar que aquel tipo se largue lejos, al fin del mundo, y pierda tu puto teléfono.

Max llega tarde a la cita. Txé, su amiga, le disculpa. Luce un nuevo peinado, corto, a dos colores. Colonia cara, ademanes rápidos, resueltos, de niña abandonada. ¿A dónde ir? ¿Qué hacer? Max está noqueado. El penúltimo asalto. Grogui, sin posibilidad no ya de devolver algún golpe, sino ni tan siquiera de levantar las manos y evitar que te sigan martilleando. Trata de recuperarse. Está en el baile, ha de bailar. No puede hacer otra cosa. Detrás y a los lados, el abismo. La chica propone un restaurante de moda, céntrico. Max desestima la iniciativa sin saber muy bien por qué. Se le pasa por la cabeza uno de esos pensamientos erráticos de esclavo. Ahora que está tan cerca de su objetivo, un encuentro con Merche sería una verdadera mala suerte. Conociendo sus celos, eso la haría retroceder mil pasos lo andado y, en las actuales circunstancias, quién sabe si con resultado fatal. ¿Por qué ha tenido que quedar con esa tía? Es un imbécil que va dando bandazos aquí y allá, se dice Max. ¿Qué tal pensar un poquito las cosas?

En un oriental del barrio de Gràcia, Max ve alejarse a Txé al lavabo y le mira el culo. Recuerda a ese culo desnudo sobre su cama. Se lo ha operado. Pero da igual: está inapetente. Solo el culo de un ser vivo. Como él mismo, no se engaña, que también tiene culo. Ya de vuelta, sigue hablando aquella mujer. No ha parado de hacerlo, y a él ya le está bien. Max sonrío y pregunta aquí y allá cosas que sirven para apuntalar la narración, para no dejar que decaiga en ningún momento, como madera para el fuego de un hogar. Txé es maestra. Los niños son imposibles. Nadie lee ya buenos libros. Tampoco se escriben. Su hermana ha tenido un hijo, o sea, que ya es tía. Txé está sola y se siente mejor así. No necesita a nadie. Los sábados se ha apuntado a un grupo que hace excursiones. Los domingos pinta en casa. Ha vuelto a pintar. Como ahora tiene tiempo, pues eso, pinta. No ha renunciado a tener hijos. Pero

sin varón. Nada de hombres. Nadie hace ya buenas películas. Series sí, eso sí. ¿Has visto *Mad Men*?

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Cómo te va todo que solo hablo yo.

—Pocas novedades. Trabajo, los niños, y bueno, mi ex tiene novio fijo.

—Vaya. ¿Y qué tal? ¿Cómo te ha sentado?

—¿A qué viene esa pregunta? Hace tiempo que nos separamos.

—Porque te conozco. Aunque hace siglos que no nos vemos, sé cómo eres.

—La gente cambia.

—Querido, la gente nunca cambia.

La camarera coreana trae cervezas, luego vino, y más tarde aquellos pollos y terneras con salsas rojizas, espesas como la sangre. Luego llega un paquistaní con rosas. La mujer se enreda más y más en su propio monólogo. Max puede entonces ir pensando de dónde va a sacar el dinero. Podría sacarlo de sus fondos pero se quedará casi sin nada. ¿Qué más da? No tiene alternativa. Si no lo hace, perderá a Merche y entonces sí, todo será un desastre, una vida de mierda sin nada a lo que agarrarse. Sin ella no hay nada. Ése es el drama. Ni tan siquiera puede aferrarse —como ha hecho en alguna ocasión— a la idea de regresar a casa, con su mujer y sus hijos. Sin Merche, la mejor opción es una bala de plata en el paladar. Así de claro.

—¿A dónde vamos? ¿Te apetece ir al cine? —le pregunta su acompañante mientras acerca su escote rebosante de colgantes, purpurina y sudor a la mirada de Max.

—Vale.

—¿Qué quieres ver?

—Me da igual. Cualquier cosa. Hace mucho que no voy al cine.

—¿La de Woody Allen?

—Bien.

Del bolso, su amiga saca una Blackberry con la que trata de saber si en los cercanos cines Verdi programan la película elegida. Tienen suerte. El vino de la cena y la verborrea oceánica de la mujer han hecho que Max se haya destensado. Aunque su situación es delicada, tiene la ventaja de que no es negociable ni susceptible de poder tomar carreteras secundarias. Es lo que hay y punto. Paga, calla y reza. Por este orden.

En la cola que llega hasta la calle peatonal a estas horas, le parece ver a Merche. No es extraño. Le ocurre siempre. La ve por todos sitios, a todas horas. Con la salvedad de que en esta ocasión es ella. Hace cola, un puñado de gente queda entre ellos. Y a su lado un hombre. Callado, alto como un poste de teléfono. Lo más probable es que sea Gero, su marido. Max ve su nuca recortada. Su calva reluciente.

Su abrigo beige. De complejión fuerte y enérgica. Está mirando hacia delante mientras su mujer, Merche, habla y habla y habla. ¿Está tratando de distraerle o haciéndose perdonar? Una semana y media después de saber que tu mujer se la ha estado comiendo a otro tío, ¿te vas al cine con ella a ver una deliciosa comedia de Woody Allen? ¿Qué está pasando aquí?

Max puede ver su perfil, ya que Gero se ha girado hacia Merche y ha bajado la cabeza para escucharla. Es feo, una res derrotada, se dice para darse ánimos, ansiando tener a Alberoni a mano, en formato bolsillo, en su pantalón. De repente, su amante pasa un brazo por detrás de su marido, y éste no lo rechaza.

—¿Te pasa algo?

—No, no... Creo que no quiero ver la película.

—Pero entonces...

—En serio. Es que me parece que ya la he visto. Vayamos a tomar algo. De verdad.

—Ya tenemos las entradas, Max. A ti te ha pasado algo. ¿Te ha sentado mal la comida?

—No, no es eso. Está bien, entremos. ¿Qué más da si la he visto? Llevo veinte años viendo la misma película de Woody Allen.

—A mí *Match Point* me gustó.

Max no sabe si quiere que Merche le vea. La cola llega a la taquilla, la supera. Luego, entran en un largo pasillo que conduce a las salas. Max albergaba la esperanza de que fueran a salas distintas, pero no es así. De pronto, Merche deja la fila para ir al lavabo. Gero decide entrar ya. Max y su amiga entran en la sala, pero él decide también ir al lavabo. Se queda la entrada. Sabrá llegar hasta su asiento. Seguro. Es un chico listo.

Pero Max ni siquiera entra en el lavabo. Está lívido. Las ganas de llorar, de vomitar, de dejarse llevar por el desespero son tantas, que apenas sabe cómo puede andar y respirar a la vez. Al salir, Merche ve un fantasma inmóvil frente el aseo de mujeres que le recuerda a Max.

—Ho... hola. ¿Qué haces por aquí?

—Voy al cine, ¿y tú?

—También —Merche, inquieta, mira hacia el interior de la sala—. Qué casualidad, ¿no?

—¿Qué está pasando, Merche? ¿Qué es todo esto?

—Nada. Voy al cine con Gero.

—Quizá me he perdido algo por el medio. Estaba preocupado, me dijiste que...

—Ya hablaremos, Max. Por favor, no compliques más las cosas.

—No, dime qué pasa. No entiendo nada. ¿Qué coño es todo esto?

—Te llamo y hablamos.

—¿Cuándo?

—Te llamo el lunes y quedamos. Te lo prometo.

—Hazlo.

—Te juro que te llamo. Quedamos por la tarde y hablamos de todo, ¿vale?

Y dicho esto, se dirige al interior de la sala, de forma apresurada. Max duda si hacer lo mismo. Si debería entrar también él y sentarse en la butaca, al lado de su vieja camarada, a la que le une no sabe ya qué ligazón ni desde cuándo ni por qué. Piensa en marcharse y dejar colgada a Txé. Piensa en esperarla fuera y enviarle un mensaje con su ubicación detrás de un *gin-tonic* y con ojos de niño malo. Pero no hace nada de eso. Sino que entra en la sala, y cuando sus ojos se adaptan a la oscuridad, ve unos brazos de maestra que reclaman su atención. También nota otros ojos que aunque no sepa dónde están sabe que le siguen, le observan alterados y curiosos.

Ya sentado, su amiga le sonrío mientras, con timidez, se pone unas gafas que, según ella, le permiten leer los subtítulos. Max le devuelve la sonrisa. Ella no lo sabe, pero se la va a tirar. Le va a romper la cadera hasta que pueda, en la medida de lo posible, apagar todo ese inmenso dolor. Un dolor que le está anegando el pecho como si fueran las bodegas de aquellos viejos barcos de madera, cuando una bala de cañón les abría una vía y se hundían con todo dentro.

La partida es en el bar de Mireia. Ésta se pasea entre las mesas, con sus clásicos grises y su camiseta de Benneton negra, ceñida y poco agradecida. No puede evitar mirar hacia la entrada. Espera ver llegar, de un momento a otro, a Cristian. Bruno le ha asegurado que vendrá. Éste pide otro coñac y ella se lo trae a la mesa donde se están jugando los cuartos además de él, el tonto mallorquín de pelo largo, camisa abierta y ex mujer y ex trabajo en la Nissan, un abuelote, sólido pasador de fichas de dominó y no tanto de naipes, y el último jugador, el Moro, simpático dientes de oro y mirada oscura que Mireia, cuando ve que él la observa, nunca sabe si es porque le gusta, porque le recuerda a una hija que se quedó en el Magreb o porque está decidiendo en qué lugar de la cabeza le lanzaría la piedra. Juegan a flor.

—Tarda.

—Vendrá. No te preocupes. Hemos de hablar de cosas. Así qué vendrá.

—Como si a mí me importara si viene o no.

Y tanto que le importa. Se siente dolida, abandonada, mal querida. No sabe en qué momento se desvaneció la magia. Parece que, manto más lo intenta, más se enfría Cristian, más vueltas le da a sus intenciones, como si solo esperara la primera excusa para desaparecer, para no estar a su lado. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? Igual otra mujer. Cristian siempre es todo misterio. Podría tener treinta novias y no habría manera de averiguarlo. Mientras que ella está atada a ese bar y a esa familia como si fuera una condena de por vida, él pulula por la ciudad con sus negocios turbios, sus trapicheos y su polla brava. Una polla que ahora le rehúye, no se la quiere follar, cuando antes lo hacían a todas horas, en la trastienda del bar, de cualquier manera, en el suelo y todo bien. Pero ha sido tenerlo en casa, en una cama, y no volver a pegar un polvo decente. Ella hace como que no se entera, le recibe con la boca, entre las tetas, ¿qué más quiere? Igual es inexperta. Nadie nace enseñado. Igual es que hay otra tía. Igual es que todo es una mierda.

El otro día le dijo lo que pasaba, pero ella no le cree. El otro día se lo dijo para hacerle daño, pero ella no le cree. El otro día se lo dijo, primero aquello, luego lo otro, pero todo mentira: ella mi le cree. Le dijo que tenía los anticuerpos, pero ella no le cree. Ante su actitud de estar a su lado, Cristian subió la apuesta, pero Mireia tampoco le creyó.

—Pasa que no me gustas. No me pones. No me excitas. Eso es lo que pasa.

—No te creo.

—No me creas. Me da igual. Dame un par de días y me busco casa.

—No te vayas.

—Es lo mejor.

—No te vayas, por favor.

—Pero...

—No. Por favor no. No me dejes. Aún no. Por favor.

Cristian sigue teniendo las llaves del piso de la calle Amílcar. Aparece por ahí. Ella le plancha las camisas, le dobla camisetas y calzoncillos. Le deja comida hecha que trae del bar. Solo tiene que calentarla. Le encanta el atún. Le rebusca en los bolsillos, le mira en el móvil, en la cartera: mucho dinero y poco más; de hecho, nada más. No hay otra mujer. Él volverá a sus brazos. Un día, ambos irán al sur. Conocerá a su familia. Será su mujer.

La partida va bien para Bruno. No es la primera. Está en buena racha. Nadie sabe cómo suceden esas cosas, pero suceden. Hay quién es supersticioso y trata de convocar o alejar la buena o mala fortuna. No es su caso. Él la espera hasta que viene, y cuando la tiene, la aprovecha. Y cuando se va, no desespera: ya regresará. No hay más. Con Raquel vuelven al punto de partida. Ella ha jurado no volver a meterse nada más y él a ser más paciente y a acompañarla a los médicos. La cuidará. No quiere perderla. Pensar que puede morir le pone de mala leche. A veces la cabeza se le va hacia allá y se le nublan los ojos. ¿Qué haría sin ella? ¿Con quién se la estará jugando?

—*Recoranta putes sagrades!*

—¿Vas o no vas, ensaimada?

El Moro ríe. A Bruno le gusta que le rían las gracias, aunque sea un árabe. Éste le cae bien. Hasta remueve la muñeca para verse la hora y para que todos vean su banderita española en la cadena.

—Abuelo ¿qué hacemos?

—Pasar.

—Y tú, Mohamed, ¿qué haces?

—Espera.

—¿Eres creyente?

—Claro.

—Pues entonces tranquilo, porque te voy a poner para la Meca. ¿Ves o pasas?

—¿Y yo, *pardal*?

—Eres tan lento que te dejé atrás. Di: ¿qué hacemos?

Su racha de suerte es tan potente que hasta le sacó del atolladero con Dolors. Antes de que ésta pudiera hacer o deshacer, decir o no decir, irle con el cuento a Raquel o a cualquiera que la quisiera escuchar y creer, recibió una llamada al punto de la mañana del lunes mismo de la DGAIA en la que la emplazaban para el último trámite en decidir si le devolvían o no los críos. La mujer creyó que se debía a las gestiones de Bruno y dio por bueno todo lo que pasó aquella noche, también su

despertar, abandonada por Bruno y con aquel sudamericano, bruto y grosero, mojándole cara y cabeza en el lavamanos del baño.

Cristian entra. Mireia está al quite y se hace la atareada, la coqueta, la distraída y la mosqueada en el mismo rictus y la misma actividad. No se miran. Cristian da una palmada en la barra y la chica dice hola sin dejar de fingir interés por lo que aparece en el televisor.

Bruno le ha visto, pero sigue sin levantar la vista de los naipes. Tiene en la mano una última flor, una escalera de tres cartas que le permitirán pedir un receso, otro coñac y saborear la humillación de los otros, especialmente del mallorquín, que, prácticamente, está fuera de la partida. Doscientos euros para hacer boca esta noche. Cristian lo sabe y no les molesta. Se sienta en una mesa próxima a esperar el parón.

—¿Te pongo algo, Cristian?

Es Mireia, desarbolada y ofreciendo su rendición como paso inevitable hacia la tregua y la derrota.

—Birra.

¿Por qué se siente así? Solo es otra mujer. Una más, joder. Pero ¿a qué ese sentimiento de que ella le podría curar? De que, por alguna extraña razón que no acierta a comprender, ella le cuidaría, le defendería, le permitiría todo y más. Le tienta llevarla con él. Pero solo es un pensamiento fugaz. Escapará solo; también de ella. Espera que no se vaya de la lengua. Mireia es discreta. Mireia se culpabiliza, y eso lo va a explotar Cristian. Pero ha de cubrirse mejor las espaldas.

—¿Qué cuentas?

—Bien, por aquí. Como siempre. ¿Nos veremos luego?

—No lo sé.

—Eso es no.

—Eso es no lo sé.

Bruno se levanta de la partida un poco menos feliz de lo que esperaba. El Moro tenía mejor flor que él. Eso le ha jodido. Pero aún le ha jodido más esa expresión de satisfacción, esa risa debajo del bigote que le ha helado la cara al descartarse y que ha captado todo dios en la mesa.

—¿Qué tal?

—Hasta ahora bien.

—¿Hasta ahora?

—Ná, que me he distraído y el moro lo ha aprovechado. Nada de mucha importancia. La buena es esta noche.

—¿Qué tal Raquel?

—Bien. Raquel bien.

Bruno, de revisión, estira el cuello hacia atrás, gripándolo a un lado y otro. Espera que cuando vuelva a mirar a Cristian, éste sepa que no quiere más preguntas sobre

Raquel. No al menos en ese tono. Tiene la camisa pegada por el sudor a la espalda, la boca narcotizada por el alcohol y los nervios vivos. Todo va relativamente bien, pero empiezan a pasar cosas que no entiende, que no le gustan.

—Quiero hablar contigo de nuestro asunto. Vamos a aquella mesa, la de las reuniones importantes —indica Bruno, señalando la redonda de mármol, bajo una inmensa cuba vacía de vino—. Cada vez tengo más claro que tenemos que largarnos a otro sitio con esta película.

—Completamente de acuerdo.

—Claro.

—¿Todo bien?

—He ido cobrando de aquí y de allá. Restos.

—¿Cuándo liquidamos?

—Veremos. Pásate por casa un día de éstos. Así ves a Raquel, aunque igual la mando a dar una vuelta para que se airee.

—¿Por qué? Ésta es una historia de tres. ¿A qué vienen ahora estos misterios?

—No lo sé. Tampoco sé si esta historia es de tres.

—No te entiendo.

—¿Seguro?

Aunque le parece increíble, la sospecha, antes leve, regresa ahora a Bruno con pesadas patas de plomo. Desearía que sus ojos fueran ráfagas de láser que identificaran el rostro de Cristian para descubrir algo que le delate. No, no había pensado en él seriamente, pero ¿por qué no? Sería lo más lógico, lo más fácil. Raquel y él. Él y Raquel. Decide jugar fuerte.

—Noté algo raro en un par de primos. Uno que en los anteriores pagos estaba manso, se me subió a la parra. Otro me dijo que ya había pagado. No le creí. No le di ni cinco minutos a esa mierda, ¿se lo tengo que dar?

—No lo sé. Es cosa tuya, Bruno. —El andaluz trata de descubrir quién es el hijo de puta que, a pesar de su amenaza, se ha ido de la lengua—. Pueden haberte engañado. Podría ser cualquiera que nos haya seguido, ¿no?

—Todo eso lo pensé yo, pero mira, ahora te veo y yo qué sé..., Cosas más raras se han visto. Como Caín y el otro, el niño bueno.

—No sé por dónde vas.

—Piensa un poquito, guapete.

—Vale. Lo pillo. Sería lo más lógico. Pero yo no he sido. Ni se me ha ocurrido. Es algo de lo que tú te acabarías enterando.

—Sí. Es algo tonto y desesperado. De final de partida. Cuando acometes con todas las fichas de la mesa. ¿Estás desesperado, Cristian? ¿Estás tonto?

—Vete a la mierda. ¿Lo entiendes mejor ahora?

—Eh, tranquilo. No le creí antes y no quiero creerle ahora.

—Me da igual, lo que creas o no. Yo no he sido. Pero piensa un poco. Te estás volviendo paranoico, ¿no te parece? Cuando no son los celos de Raquel, te imaginas no sé qué con nosotros. Tío, es como una hermana. Y ahora que te estamos puenteando. Qué pronto olvidas las veces que te he salvado el culo. La última no hace tanto tiempo.

—No lo olvido.

—¿Ya está todo?

—Espera. ¿Qué explicación le das?

—Mira —empieza a decirle Cristian mientras saca un Lucky de su cajetilla y se lo introduce entre los labios como si fuera un termómetro a reventar de mercurio enfebrecido—, empezaré por los hechos que yo sé. Yo no he sido. A partir de ahí, lo edificamos todo.

—Vale.

Cristian sabe que ha de ser convincente. Que ha de quemar la tierra que le quede por quemar, coger el máximo de dinero y largarse antes de que a Bruno le dé por dejarse llevar por lo que, más que sospechas, son certezas que el encoñamiento de Raquel no le deja ver.

—¿Algo más? —interviene inoportuna Mireia, recogiendo el vaso vacío de Cristian con la sombra de la espuma deshaciéndose tras los bordes del cristal.

—Nada, Mireia. Si queremos algo te lo pediremos —contesta Cristian con indisimulada hartura. La chica lo capta, se traga el llanto y el odio para mejor ocasión, marchándose.

—No la trates tan mal, cabrón. Te quiere la desgraciada.

—A veces que te quieran es un coñazo.

—Está enamorada, Cristian.

—Creo que no eres el mejor consejero para decirle a nadie cómo tratar a las tías.

—Eso es verdad —rompe a reír Bruno.

—Sigo con lo que importa. Hay dos opciones. Primera: el primo o los primos te han engañado con la esperanza de que no los cobraras.

—Pero es que nunca me había pasado.

—Eso no quiere decir nada. Siempre hay un primer «nunca me había pasado» —dice Cristian, aunque le resuena más íntimo y traicionero de lo que quisiera.

—No deja de ser mucha casualidad. Demasiada. No me lo creo.

—O bien alguien lo sabe y se aprovecha. Alguien que nos haya seguido y...

—No puede ser. Son citas que nosotros montamos.

—Ya. Pero es que entonces todo pasa por Raquel. Es ella la que concierta las visitas ¿no? Si hay algo raro, ella está metida. —Cristian sabe que debe sacrificar a la mujer para ganar tiempo y presunción de inocencia—. Pero sería idiota por su parte cobrar a un tío y luego concertar la cita para ti o para mí, que veríamos algo raro.

Eso era, ni más ni menos, lo que habían acordado Raquel y Cristian. Que le pasara nombres, teléfonos, citas, nada muy descarado, con lo que Cristian fuera acumulando dinero para largarse. Esos nombres, teléfonos y citas nunca se los facilitaría a Bruno, con cualquier excusa. Que habían cambiado de móvil o cualquier tontería creíble. ¿Qué sacaba Raquel? Droga. Tenerlo cerca y contento. Pero existía otra posibilidad, y Cristian se da de bruces con ella en ese momento. Que los contactos no solo estuvieran en poder de Raquel y su mágica libreta de espiral con la figura de Robinho. Que Bruno dispusiera de toda o parte de esa información, apuntada en otra libreta, de hecho bastaba una simple hoja de papel, de manera que pudiera gestionar los cobros como le diese la gana.

—Eso es evidente. Pero es que Raquel no me ha dado esas citas.

—Entonces eres tú quien va por libre. ¿Cómo sabemos cuánto cobras y a quién, y...?

—No podéis. Pero soy legal, no te preocupes.

—Y una mierda, Bruno. Esto apesta.

—No os he hecho ninguna pirula. Solo comprobaciones.

—No te creo.

—Estamos en lo de antes: ahora es tu problema.

—¿Lo sabe Raquel?

—No.

Cristian se deja caer contra el respaldo de la silla, con la mirada perdida a lo lejos, como si el mundo, de repente, le resultara ajeno, imposible de aprehender. Sus Nike, limpias y brillantes, su chándal blanco y verde y su camiseta negra debajo son disfraces que ahora no le protegen de nada. Quiere correr. Huir. Dormir mil años. Darse por vencido. Morir. Pero el instinto le guía hasta la sangre y la herida.

—Estoy pensando.

—Piensa.

—Si lo que dicen los primos es verdad, Raquel le pasa la historia a un tercero y ese tercero trata de robarnos.

—Que no lo hace. Solo encarece el pedido, por decirlo de alguna manera.

—Pero no me veo a Raquel traicionándote...

—Traicionándonos.

—Ya, pero el negocio es tuyo, y compartís cama.

—¿Sabes...? Ahora, una vez hablado todo esto me parece una memez. No me imagino a Raquel haciendo eso. La única posibilidad sería que lo hiciera contigo, y tú me dices que no.

—Exacto.

—¿Entonces?

—Los picha bravas me han querido engañar.

—¿Te dieron alguna identificación del tipo o la tipa que les cobra además de nosotros?

—Sí.

—¿Y? —pregunta Cristian, sacándose el cigarrillo aún sin encender de la boca.

—Clavados a ti, pero en guapo.

—¿Ves como mienten? No hay nadie más guapo que yo.

—Ni más imbécil.

Max dudó de que Merche llamara, pero lo hizo, llamó. Y ahora duda que acuda a la cita. Propuso que se vieran en Enrique Granados, nada de los rincones del extrarradio donde quedaban hasta ahora. En un local acogedor, una cafetería repleta de cuadros con fotografías en blanco y negro de mundos pretéritos, época dorada, en la que la gente era feliz por poder tomar un café, llevar sombrero o bailar el sábado por la noche. En la parte de atrás, una exposición de cuadros con colores vivos, como los del ala de una mariposa.

La camarera llega con su pedido. Es una diminuta chica, pálida y de sonrisa infantil de la que deja escapar un acento —¿sueco, alemán, holandés?— que Max no acierta a descubrir. No le devuelve la mueca amable. No está hoy para ser multicultural. Tampoco para aguantar a la diabética de la Fitzgerald cantando, en estos momentos, a Cole Porter como si el mundo no hubiera sufrido cien mutaciones desde los años cuarenta. Le sorprende la taza humeante que tiene enfrente. Una pieza blanca de forma rectangular con una infusión. Pero sí, ahora lo recuerda. Pensó tomar una cerveza y decidió tomar un café, pero pidió un poleo menta. Y ahora quiere una cerveza.

Repasemos la estrategia. Dejarla hablar. Eso seguro. No ponérselo fácil. Aún no sabe cómo va a reaccionar él, porque todavía no sabe ante qué ha de reaccionar. Está dispuesto a fingir creerse todo lo que ella le diga. A aceptar sus disculpas, sus ronroneos, sus incomprensibles razonamientos, porque necesita sentir que pisa terreno firme, que aún puede abandonarse en su nombre y creerse fuerte e invulnerable, o, al menos, un hombre normal en un mundo de hombres normales.

Apenas ha podido conciliar el sueño las últimas noches. Hoy, debido a los nervios de esta cita, no ha acudido al trabajo. Una excusa rutinaria y poco elaborada del lumbago que ni le importa saber si se han creído o no. En los mejores momentos de su tejer y destejer pensamientos, teorías y delirios que han ocupado todas las horas desde el encuentro en el cine, Max quiere entender la reacción de su amante. Todo ha estallado y ella ha optado por reconducir las aguas en vez de aprovechar la ola y romper las cadenas que la unen a su marido. Lo entiende, pero ¿no es triste, no es cobarde esa manera de rendirse, de traicionar? Max recuerda y guarda como si fueran amuletos todos aquellos amargos comentarios de Merche sobre su marido y su vida de casada. Que si lo único que le ataba a Gero era que se trataba del padre de sus hijos. Que si apenas mantenían relaciones sexuales y que, cuando ella las consentía ante el asedio del macho, cerraba los ojos y pensaba en él y solo en él. Que ojalá encontrara una novia y se largara. Que no lo soportaba. Que todo en él le

desagradaba.

Pero entonces, se pregunta Max, ¿quién demonios era la mujer cariñosa de la cola del cine? En su pantalla privada visualiza una y otra vez momentos, conversaciones, complicidades. No es un estúpido, sabe cómo cambian las cosas cuando lo hace la luz. Las situaciones de debilidad, las dudas, el opresivo sentimiento de ser el único y caprichoso dios culpable que ocasiona la tragedia y el desamparo en tus seres más cercanos, a los que juraste fidelidad y ahora traicionas. Él ya vivió eso y lo puede entender. De repente se vio despojado de todo. Sin embargo, Merche sabía que le tenía, que no iba a perder nada. Ni hijos ni casa. En su comedia salía de escena un personaje del que nadie esperaba ya nada y entraba otro para hacer nuevo lo viejo, nuevo lo no hecho, nuevo lo esperado. En la comedia de Max, el personaje que salió haciendo mutis fue él. El nuevo acababa de llegar en un Ford Focus gris y metalizado y está ahora con Virginia y sus hijos.

Merche se ha asustado, y el miedo hace que trate de recomponer el espejo roto. De acuerdo, concede Max. La herida será lenta pero igual de mortal. Uno y otro tratarán de limpiarla, de curarse. Inútil todo. La gangrena seguirá su curso por el miembro purulento hasta la definitiva amputación. Eso es así, se asegura Max, eso siempre es así, ¿verdad...?, pregunta a nadie, a sí mismo, al sabio de la autoayuda, maese Alberoni. Nunca cabe rehacer la confianza.

Merche se ha asustado. Eso es todo.

Anochece. Las sombras van esperando fuera. Los días se acortan. Los relojes adelantan o atrasan sus horas. Max coloca las manos alrededor de la taza. Es agradable ese calor. ¿Será capaz de no presentarse? Tiene el móvil en el bolsillo y se castiga mirándolo cada dos minutos. Los brazos de Merche, como armisticios tendidos hacia su marido. Abrazos en cama de matrimonio. Subiendo la apuesta y descartándose de Max a la hora de cenar. Todo está abierto aún. Ella ha de venir. Ha de darle una explicación. Igual le pide tiempo. Un siglo o dos. Será paciente.

Abre la tapa del móvil. Ha decidido telefonarla, pero Merche responde a la invocación entrando por la puerta y dirigiéndose a la mesa donde la espera Max. Lleva un abrigo verde, tiene cara de ir al dentista y, después de saludar a Max, acude a la barra para pedir una cola.

—Hola.

Se quita el abrigo. Lo deja en la silla que queda a su lado, pues ha elegido sentarse frente a Max. Rehúye mirarle a la cara. Amantes como muros que hay que afrontar y saltar. El hombre duda entre mostrarse irónico, dejarse llevar por el enfado o fingir que todo va bien, que aquello sigue siendo divertido, posible, relativo. No sabe qué papel interpretar para que ella, además de aclarar dónde están y a dónde van, sane con una sola palabra la llaga terrible que se le va expandiendo por el pecho y la mente.

—Hace frío.

—Yo no tengo.

—¿Y el abrigo, entonces?

—En la calle sí, claro.

Llega la coca-cola. Max da un sorbo a su infusión.

—¿Qué tal la película? —dice Max con mala fe.

—No estoy para puyas.

—No lo era.

—Bueno, pues entonces digamos que no quiero hablar de cine.

—Vale.

—Tenemos que hablar.

—¿Tenemos? Eres tú la que tiene que hablar. Yo me quedé en una noche en la playa. No sé más. Sí, que vi a una persona que no reconocí.

—Yo soy así.

—¿Cómo?

—Como me viste.

—Y cuando estabas conmigo, ¿quién eras?

—Supongo que también yo.

Silencio. Ella continúa sin mirarle. Max reconoce en ese preciso instante que ya ha perdido aquella guerra. De nada le sirve tener razón, ser el ofendido, la retahíla de agravios y dolor. Y ahora él solo quiere que si las cosas no pueden ser mejor, al menos que sean como antes. Quiere escuchar de los labios de Merche que le ama. Quiere cerrar los ojos en un abrazo. Quiere olerla, sentirla, saberse seguro dentro de su mundo. Lo intentó y falló. Ya está. Nada más. Sigamos a lo nuestro.

—¿Por dónde empiezo? A ver... Alguien llamó a casa la noche que salimos. Le dijo que le estaba engañando. Gero no se lo creyó, pero se quedó con la mosca detrás de la oreja.

Gero. Ha dicho su nombre. No ha utilizado el pronombre para omitir convocarle delante de su verdadero amor, como si los nombres provocasen que las cosas no fueran lo que parecen.

—¿Dijo dónde estábamos? ¿Con quién...?

—No dio datos. Supongo que no los tenía.

—¿Pero quién podía saber qué...? —se ve obligado a decir Max.

—No lo sé. Como comprenderás le he ido dando vueltas y más vueltas. Gero me dijo que había sido un hombre.

—No digas más veces Gero.

—¿Por qué? Se llama así.

—También se llamaba así hace una semana o dos, y le llamabas «él».

—Quizá sea momento de llamar a las cosas por su nombre.

—Es posible que sí.

—Yo creo que sé quién ha sido. Tu mujer. No sé cómo, pero lo ha descubierto. Igual nos ha puesto un detective.

—No lo creo. Es imposible.

—¿Por qué es imposible?

—Porque a ella ya no le importa nada lo que yo haga. Si no quiere ni que me acerque a ella, ¿cómo coño le va a importar qué hago un miércoles por la noche?

—Igual está tan dolida que ha querido vengarse. Tarde pero bien.

—No. De verdad. No puede haber sido ella. Por muchos motivos.

—Es demasiado buena persona, ¿no? En fin, sea quien sea, me ha destrozado la vida. Gero, o «él», si lo prefieres, hizo sus indagaciones. Comprobó que no había acudido a la cena aquella. Cuando llegué, empezó a hacerme preguntas y yo caí de cuatro patas.

—Lo siento.

—Ya. Sea quien sea, no tiene suficiente. Lleva dos días llamando a Gero y colgándole. Si es tu ex, dile que lo deje estar ya.

Max no contesta. Puede ser una casualidad, pero no lo cree. El cabrón ese va llamando para enviarle un claro mensaje a él, no a Merche ni a su marido. O paga o habla. Gana tiempo y da otro sorbo al poleo, que de frío ya está imbebible.

—¿Pero llama a Gero a su móvil?

—Sí.

—Entonces ¿cómo quieres que sea mi ex? Un móvil no se localiza así como así.

—Supongo que si has pagado a un detective, sí.

—Eso es pura paranoia.

—Entonces explícamelo tú.

—No sé. Igual tu marido se lo ha inventado.

—¡Sí, hombre! Sea como sea, ya lo sabe, porque yo se lo he dicho.

Merche sigue hablándole sin casi ni mirarle a los ojos. Está nerviosa. Con ganas de soltarlo todo, marcharse y afrontar la nueva etapa. Y lo antes posible.

—A ver cómo lo digo.

—¿El qué?

—Lo que tengo que decir. Es difícil.

—Difícil ¿qué?

—Dejarlo.

Ahora sí. Merche clava los ojos en la cara de Max, casi en un tic morboso. Quizá para notar cómo una noticia así, que ella creía que él podía esperar, resulta inesperada. Los rasgos faciales de Max se han alargado como dibujados con pincel y acuarela, los ojos se le humedecen, ha palidecido, no sabe si llorar, gritar o golpear la mesa.

—Hablé con Gero. Al principio lo negué todo, pero la situación no se aguantaba. Aún tenía los zapatos llenos de arena. Olía a ti, no sé, me vine abajo... Sí, tenía una aventura. No dije tu nombre. No dije nada más. Él preguntó y yo contesté. Acabé por decirle la verdad.

—¿La verdad?

—Sí.

—¿Qué verdad?

—La de ese momento. Siempre ha habido muchas verdades, Max. La que sentíamos cuando estábamos juntos y la que sentía en Navidad, cuando estaba con Gero y los niños. La de los remordimientos. La de los sueños. He de madurar, Max, y tú también. No somos adolescentes. Hay compromisos. Deberías intentar volver con tu ex. Esta locura debe acabar. No lleva a ninguna parte.

—No quiero ni puedo volver a ningún lado. En su momento ya elegí no vivir una mentira.

—Qué afortunado.

—Es fácil.

—¿Sí?

—La verdad es la que le dijiste a Gero, ¿no? Que has estado follando conmigo todos estos años, que deseabas que te dejara él, que no soportabas que te tocara...

—No seas cabrón.

Ahora es ella la que está a punto de dejarse llevar por las lágrimas. Tenía un papel, un discurso, pero desde que ha visto a su amante sabe que no será tan fácil como parecía hace tan solo unos minutos. Ha de defender algo que, probablemente, si es sincera consigo misma, no desea defender. No quiere curarse de esa enfermedad. Asumir que nunca más consumirá esa droga. ¿Quién podría entenderla? Gero le ha concedido la oportunidad que ella suplicó entre llantos y gritos. Nunca quiso herirle, propiciar ese dolor. Y el precio propuesto para evitar eso parecía asumible. Ajusticiar al rehén que nadie reclamará nunca: Max.

—Dije lo que tenía que decir sin necesidad de hacer un daño extra.

—La verdad es que me da igual.

—No sé, mira, es difícil para mí todo esto. Créeme, no puedo seguir así. Rota por la mitad. Sin estar en ningún sitio. Las circunstancias me han hecho elegir y lo he hecho.

—Y has elegido lo fácil, lo cómodo, lo convencional.

—Lo que creo que me puede hacer estar en paz.

—Yo te puedo hacer feliz. Tú eras feliz conmigo, a solas...

—Max, estás gritando y...

—¿Todo ha sido mentira?

—No...

—¿Entonces?

—Entonces nada.

—No lo entiendo.

—Sí lo entiendes. No es tan difícil. He tomado una decisión.

—Con la cabeza.

—Sí.

—Con la cuenta corriente.

—No vayas por ahí...

—¿Por qué no has elegido estar conmigo? Yo lo hice.

—Y fue un error. Para ti y para mí.

—¿Cuánto tiempo crees que podrás andar con las cuatro ruedas pinchadas?

—Voy a intentarlo, Max. Respeta mi decisión, por favor. Ayúdame, si es que me has querido tanto como decías.

La mujer llora. Ha estado resistiéndose a ese impulso, pero ahora ya no puede más. Lloro por la tensión. Lloro para hacerle ver a Max que no es insensible. Lloro por tener que estar ahí, contestando preguntas cuyas respuestas sabe que son sensatas pero que le devuelven una imagen de sí misma —fea, cobarde, vieja— que no le gusta.

—¿Quieres que te ayude? ¿Y en mí? ¿Quién piensa en mí?

—Estamos dando el espectáculo. Salgamos a la calle. Ve fuera y espera, ya pago yo.

En la calle, la oscuridad lo ha cubierto todo. Max busca un pañuelo para secarse los mocos. La ciudad tiene pinta de película de espías. Los edificios mudos con bocas oscuras se han ido iluminando en los pisos, luces en las ventanas. A apenas veinte metros de allí, ya en calle Diputación, distingue las últimas casetas de libros de viejo de la ciudad. Son unos caparzones verdes, cerrados a cal y canto para guardar toneladas de revistas y vídeos porno. Enfrente queda el seminario de teología. Pescadores de almas, vendedores de pajilleros. A Max le gustaría entender y divertirse con el chiste, pero no puede. Está furioso, triste, vencido.

—Demos una vuelta.

Merche ha salido del local y le ha cogido del brazo. Le encantaría irse a cenar con él, arreglarlo todo, estar de repente en un mundo con distintas coordenadas al real. Pero se impone pensar en Gero y en sus hijos. Así que solo tratará de que Max se tranquilice. Que entienda su decisión. Que acate su ejecución y perdone al verdugo. Luego se irá para siempre.

—Te estás equivocando.

—Max...

—Yo soy en quien piensas cuando te vas a dormir. En quien piensas cuando te despiertas.

—Pues eso no puede ser ¿es que no lo ves?

—¡No! Déjame si quieres, pero dime la puta verdad. ¿Me quieres o no me quieres?

—Max.

—Dímelo si es verdad. Lo necesito. Es importante. Dímelo.

—No.

—¿Ni eso puedes darme?

Max tiene a Merche delante de él. Está tentado de darle un beso en los labios. El último de los miles que le ha dado. Ella también cree que va a hacerlo, pero Max renuncia a su última gracia como condenado a muerte. Se separa de la mujer. Quiere acabar con esto, pero no a cualquier precio. Quiere algo de dignidad. Ella ya ha elegido. Entonces, ¿para qué la última adulación? Se arrepentirá. Le añorará. Volverá a él. No, Max presiente, sabe que esta vez no.

—Me voy, Merche. No quiero compasión. Quiero tu amor. Quiero tener a la mujer que estaba conmigo a solas. Si no es eso, no quiero nada. Me voy. No sabrás más de mí. Si te preocupa eso, tranquilízate. Ni llamadas, ni correos, nada. Que viváis vuestra vidita familiar de puta madre, pero solo te pido una cosa. Dime que no puede ser pero que me amas. Y que si no estuvieras con él estarías conmigo. ¡Dímelo!

Una teatral ráfaga de viento cruza entre ellos. Merche percibe el final de todo aquello. Es su parte del diálogo y ha de estar a la altura. Ha de ser justa y hermosa. Con ella. Con Max. Con el amor.

—Te lo digo: te amo. Te digo que he sido feliz contigo. Te digo que si no estuviera con Gero estaría intentándolo contigo.

Max asiente —«vale, vale, vale»—, se gira y sube por la calle peatonal, sin saber muy bien adónde va. Merche se queda quieta, de pie, y le ve marchar. Luego camina en dirección contraria hasta la parada del bus. Llegará a casa antes de lo que se imaginaba. ¿Qué hará hoy de cenar? Los dos, de un modo absurdo, esperan que un director dé la orden de «corten» para abandonar sus papeles y volver a ser otros. Pero nadie les dice nada y siguen con las máscaras puestas el resto de la noche.

—¿No me oyes? Todo se ha ido a la mierda.

Max mira a Cristian detenidamente y deja que se le dibuje una sonrisa. No se lo esperaba. Ahora es él quien toma la iniciativa. Cristian lleva una bolsa de viaje que al sentarse a su lado ha dejado junto a sus pies. También viene esta vez marcado: un araño le cruza la mejilla hasta la comisura de los labios.

—Pues entonces no te importará que llame al maridito y le pregunte por su mujer. O mejor aún, que se lo diga a él y que sea el cornudo quien se lo diga a tu amiguita.

—Hemos roto. Me importa una mierda lo que hagas. Se acabó.

—No te creo.

Pero es mentira: le cree. Conoce Cristian esa mirada. La de alguien que no tiene nada que proteger ni, por supuesto, que perder. No va de farol. Contaba con ese dinero. Pero, en fin, ya intentará darle un último mordisco a la desesperada a la libreta de Bruno o...

—¿Cuánto me habías pedido?

—¿Qué más da si todo se ha acabado, tipo listo?

—¿Cuánto?

—Seis.

—Seis por seguir llamando.

—Sí.

—Te he traído tres.

—Pero...

—Y doce más cuando acabes.

—No entiendo. ¿Te has vuelto majara? Me dices que ya da igual y me ofreces...

—Mira, idiota —dice Max, embriagado por ese momento de poder gestionar la ventaja, de ir unos metros por delante de los pensamientos del chantajista, aunque le da miedo haberlo insultado. No debería olvidar que es un tipo peligroso, violento, dañino.

—Cuidado con la boca, hijo puta.

—Te lo voy a decir claro para que lo entiendas. No me vas a sangrar más. Te voy a pagar para que hagas algo, y luego vas a desaparecer de mi vida y yo de la tuya. Querías ganar seis. Te ofrezco quince. Ni un euro más. No trates de negociar, porque no hay nada más.

Max mira a derecha e izquierda. A esa hora, palomas y borrachos están ajenos a todo. A unos metros, a la entrada de calle Tallers, un pub irlandés a media persiana escupe gente vociferante y de morro duro que cantan, juran y acaso rezan en algo

parecido al inglés. Max baja la voz. La sensación de irrealidad es total y le sirve para anestesiar sus heridas. No sabe si es inteligente o hábil. Si ésta es una gran idea o un suicidio. Pero lo que sí sabe es que las columnas del templo van a ser sacudidas.

—Esto ya no va de llamadas.

—No.

Pasa el tiempo. Cristian no entiende y Max teme oírsele decir, pero quiere fijar él el eje del mundo.

—Quiero que lo mates.

—¿Qué...? ¡Estás loco! ¡Eres un puto hijo de puta loco!

—Quince mil euros.

—Olvídate.

—Bien.

Cristian se ha puesto en pie. No deja de mirar a la cara a aquel tipo. Es una locura. Son quince o nada. Es una estupidez. Son quince o nada. Es el típico envite de cartas al que nunca iba y que ganaban otros. Son quince o nada. Es solo cruzar una línea. Es solo largarse el sábado y comprarse un futuro. Son quince o nada.

—Buscaré a otro. No tengo prisa. Pensaba que necesitabas dinero rápido.

—Levántate. Vamos hacia allí.

Max obedece. Cristian abre la ruta. Toma por uno de los lados de la iglesia de Sant Pere Nolasc y la bordea. Hay una puerta metálica, un vado y, al lado, un pasaje por detrás del teatro Goya. A unos cincuenta metros, una puta se la está chupando a un guiri recién salido del pub. Éste los mira y levanta su lata de cerveza a modo de saludo. Cristian no contesta. Igual cree que son dos tipos que se lo van a hacer allí mismo, o dos polis de paisano, pero le da igual. La prostituta les echa un ojo, los cala y sigue a lo suyo.

—Levántate la camisa.

Max obedece. Al principio le coge por sorpresa, pero entiende que Cristian sospecha que podría estar grabando la conversación. Le vacía los bolsillos de la chaqueta. Mira el móvil y le pide que lo apague.

—Bájate los pantalones. Los calzoncillos. Aquí nadie se va a asustar.

Max lo hace. El guiri grita en señal de aprobación. Cristian le hace una señal internacional de vete al infierno, que aquél entiende y acepta tras un trago de cerveza. Al rato, gime, se corre, se muere, quién sabe con certeza.

—¿Los zapatos?

—Vale.

Max obedece. Luego vuelve a vestirse.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—¿Por qué lo haces?

—Eso es asunto mío.

—Ella no quiere irse contigo.

—No es eso. Él la tiene aterrorizada. La maltrata —miente Max en busca de fundamento justiciero a su decisión.

—Ya.

—¿Aceptas o no?

—Si acepto ha de ser antes del viernes por la noche.

—Es precipitado.

—Eso o nada.

—¿Lo harás?

—Depende. Me vas a ayudar tú. No sé de qué manera, pero si estamos ensuciados de mierda los dos, no podrás ir de listo y hablar.

—Me parece justo.

—¿Justo? Suena gracioso en un asesinato.

—Sí, bueno, no lo sé, nunca he matado a nadie.

—Ahora vas a hacerlo. A través de otro, pero vas a hacerlo. Quiero que tengas eso claro. Ese tío va a morir porque tú quieres que muera.

—Sí...

—Mira, quiero seis ahora y...

—No. El acuerdo es el que te digo. —Max no quiere perder el control de la situación. Esta vez no—. Ya me la has hecho una vez. No me la harás una segunda. Yo te ayudo. Te diré dónde y cuándo, para que todo salga bien. Pero las condiciones económicas las pongo yo y son las que te he dicho. Tres ahora y el resto cuando lo hagas.

Cristian calla. La gente empieza a ocupar las calles. También los guardias urbanos. Repara en la bolsa de viaje, allá en el suelo, a miles de kilómetros de distancia del próximo viernes.

—Vayamos a un sitio más discreto. Aquí cerca hay un bar, el Groucho. Hablamos allí.

—De acuerdo.

Caminan hacia allí sin decirse nada. La idea de asesinar a alguien se les asemeja a una montaña que les va a caer encima si siguen a campo abierto. Oírsele decir es convocar una maldición, pero a cubierto —piensan— el ángel de la muerte pasará de largo. Max rompe el hielo:

—¿Te vas lejos?

—Sí.

—¿A dónde?

—Tú eres la última persona a quien se lo diría. Lo entiendes ¿no?

—Sí, supongo que sí.

—Te daré un margen de confianza: me voy a Brasil. Con mi novia —miente Cristian—. Ella tiene familia allí. Los pasajes son para el viernes por la noche.

—¿Brasil?

—Sí. Éste es el bar.

—Bien.

—¿Sabes cómo aprenden a bailar de ese modo las brasileñas? Desde niña lo hacen sobre troncos. Y follan igual que bailan. Sobre troncos.

Su propia broma le ha hecho gracia. Entran en el Groucho y, aunque el local está vacío, suben al piso de arriba no sin antes pedirse un par de cafés. Éstos llegan enseguida. El malcarado camarero con tatuajes en brazos y cuello, parece reconocer a Cristian pero sin ubicarlo en ningún sitio.

—¿Qué has pensado?

—No lo sé.

—¿Quién es? ¿De qué trabaja? ¿Tienes una foto suya?

—No.

—Pues tío...

—Estamos a martes y tú te marchas el viernes. Tenemos dos o tres días. Son pocos para...

—Suficientes si las cosas se hacen bien y aparece la ocasión, claro.

—Voy a vigilarle estos días que quedan. Trabaja solo. Es paleta o pintor. Un chapuzas.

—Alto, bajo, fuerte...

—Normal. No es un mazas. Como yo, más o menos. Quizá más alto. Calvo. Feo.

Cristian se lleva el café a la boca. Nota la vibración de su móvil. Lo saca del bolsillo y ve mil llamadas de Mireia, una de Raquel y otra de Bruno. La bomba está haciendo tictac bajo sus pies. Tiene que empezar a desactivarla. Cables azules primero, luego rojos, más tarde los naranjas. Podría pasar e irse ya. Podría coger los tres mil hoy mismo y desaparecer. Pero se dejaría en el tapete doce mil. Matar a alguien. La gente lo hace cada día y a nadie le importa nada. Ese tipo, Max, no le denunciará. Si lo hace bien, nada podrá relacionarle con el muerto.

—Estos días me pegaré a él. Tampoco me conoce. Estableceré un patrón de comportamiento. Había pensado en el parking. Sé que a veces llega tarde. El parking está debajo de la casa. Se puede acceder por la calle o por el ascensor, desde los pisos. Si pasa ahí dentro y no hay nadie, podrías hacerlo e irte sin que nadie lo sepa.

—¿Y cobrar?

—Después.

—No.

—No quiero arriesgarme a que no lo hagas y digas que lo has hecho...

—Ni yo a hacerlo y que luego no quieras pagarme.

—Pero...

—Mira, tengo una idea. Has dicho que a ti no te conoce ¿no? —Max asiente—. Vamos los dos. Ves cómo lo hago y me pagas.

—No, no...

—No hace falta que estés allí en ese momento. Necesitaré que alguien me cubra las espaldas si vamos a hacerlo en el parking. Tú puedes estar escondido.

—Pero...

—No es una petición: es o no es.

—Bueno.

—La pasta.

Max, que no ha probado su café, mete la mano en el bolsillo y entrega el sobre con los tres mil euros.

—¿Dónde puedo localizarte?

—Aún no te he dicho que lo haré. Si no lo veo claro, me abro. No voy a jugarme el culo por quince mil euros ¿vale...?

—Sí.

—Igual tendríamos que darnos los nombres, ¿no crees? Yo me llamo Gero —dice Max.

—¿Gero? Es nombre de perro.

—No eres muy original. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Cuál es tu nombre?

—¿El mío? No debería dártelo, amigo, pero me has caído bien, Geronombredeperro. Yo me llamo Bruno —contesta Cristian mientras paga los cafés en un acto de extraña generosidad por su parte.

—Bruno.

—Sí, Bruno. ¿Puedo hacerte una pregunta, Gero?

—Sí.

—¿Tan buena está la tipa?

—No es eso. La amo. Nos amamos.

—Ya, pero ¿está buena?

No toda la suerte le llegaba negra. Al parecer, a nadie se le había quemado la casa ni se le habían roto las tuberías encima de su cabeza o le habían reventado la puerta de treinta cerrojos. Al menos a ninguno de sus clientes. Esos pobres desgraciados, guardados en los archivadores y carpetas de Max, seguían pagando cuotas que, desde hacía tiempo, no tenían correspondencia con seguro alguno. Pagaban por estar tranquilos. Por prevenir si les pasaba algo. Y si no les pasaba nada, todo estaba en armonía ¿no? Max se sintió como su ángel protector. Les había robado pero les cubría con sus alas para que no les pasara nada. Y mientras eso continuara así, todos contentos. Ellos y él.

Un ángel de la guarda cuya cara rota y poligonal, reflejada en los espejos del bar Sheik, encima de la ronda del Guinardó, se le figura el rostro de alguien a quien conoció y que ya no está. Max, al verse tan ajado y cansado, reventado por la tensión y el dolor, la derrota y la expectativa de triunfar de entre los muertos, se recuerda más a su padre que al hombre que era hace una semana, un mes o un año. Es Dorian Gray, maldita sea. Es un villano de Marvel con la cara arrasada por el ácido, que ha atravesado la línea de lo correcto y se encuentra en el lado oscuro, pergeñando su venganza contra la ciudad.

Si le devolvieran su felicidad, Max se daría por satisfecho. Solo quiere eso. Lo que es justo. Si lo recuperara, conmutaría la pena máxima contra Gero. Sería bondadoso y magnánimo con Metrópolis. Bastaría con una llamada. Con que Merche entrara por esa puerta, envuelta en luces verdes y rojas, contoneándose al son de esa estúpida canción de los ochenta —¿«Dolce Vita»? ¿«I like Chopin»?—, le tomara de la mano y le dijera: «Vámonos a casa, cariño. Ya pasó todo. He hablado con mi marido. Sé con quién quiero estar. Venga, ya está bien. Yo pondré mi mano en tu frente y te sanaré. Yo cuidaré de ti». Bastaría con eso. Pero eso es imposible, y las cosas imposibles suelen no suceder.

Lo que sí sucede es que se acerca la chica colombiana que se había marchado al lavabo y que le había dicho que los solitarios están para encontrarse y hacerse compañía. Se llama Leila. Tiene sed de caballo y, a su parecer, él tiene unos ojos preciosos, almendrados, de miel.

Max trata de ahuyentar la soledad, de amortiguar la verdad. Mañana seguirá con su seguimiento a Gero. Mañana irá al banco y, con los poderes que se lo permiten, cobrará y liquidará las cuotas que pueda para cubrir el dinero que ha de pagar para matar al marido de su amante. Vamos, un día como otros, bromea Max. ¿Cómo dormir con todo eso? Mejor el Sheik, ¿no?

Leila llega y habla. No tiene muy buenas tetas, pero se las ha dispuesto de tal manera que te resulta imposible no mirarlas y remirlas. Habla de ella misma, su tema favorito. Estudió periodismo. Solo a veces viene al Sheik. A conocer a gente interesante. A charlar. No hay tanta gente interesante. Gente como él, claro. Max le pregunta su edad. Ella le miente. Leila le pregunta el nombre a Max.

—¿Qué nombre quieres?

—El tuyo. Por el que te llaman en casa.

—En casa no me llama nadie. Vivo solo.

—Tus amigos.

—No tengo amigos.

—Tu novia, tu mujer.

—No tengo novia ni mujer. Tengo amante. Una mujer casada.

—Ah, vaya, lo siento.

—No importa.

—No lo entiendo. Teniendo algo como tú, ¿por qué sigue con su marido?

—Apenas me conoces para decir eso.

—Si tienes un amante, no quieres marido. Y si el amante es un tipo amable y con esos ojos, sinceramente, no lo entiendo. ¿Tiene hijos?

—Sí.

—Será eso. ¿Tú no tienes sed? ¿Te importa que me pida otra copa de cava? Es más económico si pedimos una botella. Me encanta el cava. Me pone un poco loca, pero lo adoro.

¿Quería Max echar un polvo? Sí. No. ¿Quién sabe? Suben al piso de arriba, se cruzan con otras putas y sus clientes y, en una estancia diminuta, calcada de alguna película con puta y glamour barato, Max oye que Leila, casi con dulzura le pregunta qué quiere que le haga.

—¿Te la chupo? ¿Pido algo para beber? Nos hemos dejado el cava abajo.

Leila desaparece de la estancia una vez comprueba que el teléfono de la habitación no funciona. La puta ha apagado la luz, así que solo ilumina la estancia un artefacto con un líquido que, a modo de émbolo, sube y baja, y proyecta luz verde kriptónica. Si cierra los ojos, se dormirá. Lo sabe y no quiere hacerlo. Anoche se quedó hasta las tantas mirando pelis antiguas grabadas en la memoria externa. Vio aquella de Cristo que renuncia a morir, se casa y tiene hijos. Sus hijas. Ayer habló con ellas. La mayor le preguntó cuándo conocerían a su novia. La pequeña necesitaba gafas nuevas. El niño quiere la Wii. María Magdalena, tatuada, recibe clientes. Una cincuentena de hombres se sientan en la misma habitación donde la Magdalena folla, uno a uno, con todos ellos. Solo les separa una cortina de seda en la que se dibujan las siluetas. Cuánta tristeza. William Dafoe deja pasar su turno. Será el último y no se la tirará. Ella le castiga y él se castiga. Él era su novio y la dejó para seguir lo que le

decían unas voces en la cabeza. Ella se hizo puta. Imbécil de Niño Dios. Renunciar a la felicidad por la Salvación del Mundo. Cuánto dolor en esa pobre mujer ultrajada, reventada por machos cabríos.

Leila vuelve con una cubitera, una botella de champán, dos copas y una bolsa de pistachos. Se desnuda. A diferencia de la Magdalena, solo tiene un par de tatuajes. Un delfín en una de sus nalgas, una cenefa en la muñeca opuesta. Estrías en el pecho. Labios rojos. Depilación brasileña.

—¿Bebemos algo?

—Sí.

—Y bueno, explícame algo de ti. ¿De qué trabajas?

—Soy detective.

—Vaya, qué emocionante.

—No creas. Por lo general es un trabajo muy aburrido.

—Ya. Supongo que una tiene la idea de las películas.

—Sí. Lo peor de esta profesión es que estás todo el día esperando y observando la cara más sucia y falsa de la gente.

—¿Te importa que fume?

—Prefiero que no.

—Como quieras. ¿Qué quieres que hagamos?

—¿Quieres follarme?

Leila sonrío. No entiende la pregunta. Tampoco le sorprende. Escucha demasiadas cosas de gente pirada, hombres desesperados.

—¿Qué quieres decir con eso? Me gustas. Si no, me hubiera hecho la loca y hubiera dejado que otra de las chicas se hubiera acercado a ti.

—¿Eso son pinchazos?

Max ha reparado en sendas tiritas transparentes en la comisura de los brazos. Ella se pone nerviosa, retira la cara para que no se le dibuje la mentira. Poco importa ya la respuesta para Max.

—¿Esto? No. Nos hacemos análisis de sangre. Nos quieren sanas y limpias.

Abajo se oyen palmas, música de rumba, gente que canta o baila, o todo a la vez.

—¿Eres creyente?

—Oye, si eres uno de esos tipos que van por ahí convirtiendo a...

—No, tranquila. Te diré quién soy. Sírreme un poco de champán, venga. En primer lugar te diré que no soy idiota. Y sé que tanta sed es para poder cobrarme una consumición de cojones. No, no lo niegues, por favor. Lo acepto. Te diré quién soy. Soy un tipo al que le han roto el corazón. Nada muy original. Alguien que tenía una casa, unos hijos, una mujer, un sitio donde volver y refugiarse. Un lugar en el que poder extraer las fuerzas necesarias para sentirse fuerte y digno de estar vivo. Alguien que llegaba a casa después del trabajo y sus hijos corrían por el pasillo y se colgaban

de su cuello. Y una mujer con la que ya no te acostabas pero que te hablaba de sus cosas, te mecía con una rutina cariñosa y confiada. Te pedía que le arreglaras esa cerradura, que te acordaras de comprar leche y pan, que la llevaras en coche a casa de su madre. Pero también soy alguien que un día se enamoró de otra mujer. Y se dio cuenta de que hay una realidad paralela en cada persona con la que te cruzas por la calle. Y amó a esa mujer y la deseó, y supo que era ella quien tenía que estar en aquella casa y ser la madre de sus hijos, pero los dados no habían venido bien. Mala suerte. De haberla conocido antes, estaría con ella. Sin duda. Así de claro. Pero ella también se equivocó y está casada. Y tiene hijos que corren por el pasillo para colgarse del cuello de otro hombre que la lleva en coche a casa de su madre, le arregla esa cerradura, le compra leche y pan. Y que igual no se acuesta con ella. Y bueno, abren una brecha en los días para vivir su amor y se refugian bajo las sábanas, donde tiempo y espacio no existen. Soy alguien que cuando entraba dentro de esa mujer entendía a Dios, entendía la vida, lo entendía todo. Alguien que, llegado el momento, eligió, y eligió el amor. Habló con el corazón, como indican las canciones y las películas. Y el premio fue quedarse solo. Y ser desdichado. Pobre como las ratas. Y ya no tuvo hijos colgados del cuello. Ni cariño, ni compasión, ni un hogar. Todo enloquecido, difícil, arrancado del hueso ¿me entiendes? Pero cuando ella, su amante, tuvo que elegir, eligió al otro y no a él. Y fin de la historia. Ése soy yo. Un hijo de puta imbécil que se muere de rabia, de celos, de estar solo y engañado.

—Pero esa historia no es así, mi amor.

—Sí que lo es.

—Pues entonces no acaba así.

—¿Cómo entonces?

—Ella regresa al lugar donde ya no era feliz. Regresa sabiendo lo que hay allí fuera. Regresa sabiéndose fea, cobarde, mala. Y el arroz que la alimentaba antes ahora le aburre, es un engrudo que no se puede comer. Y los hijos se irán, se quedará con el tipo que tenía plata y se pasará los días y las noches pensando en ti, en lo feliz que era contigo, en tu fantasma.

—¿Lo crees?

—Lo sé.

Se callan. Max está tentado de hacerle confidencias, explicar cómo cree que cambiará el escenario dentro de pocos días. Pero, claro está, no lo hace. Al cabo de unos instantes, Leila recupera la máscara que había dejado caer y le pregunta:

—Señor detective enamorado... ¿qué quiere que le haga?

—No sé. Tu número especial.

La chica no es bonita. No es fea. No es alta. Tampoco baja.

—¿Estás en algún caso importante?

—Sigo a un tipo.

—¿Todo el día?

—Más o menos. Quiero saber cuándo sale, por dónde sale con su mierda de coche por la mañana, dónde come, a qué hora vuelve, por dónde vuelve a entrar.

—¿Y él no te ve?

—Ahí está la gracia. Él no te conoce y tú sí. Podrías matarlo y no sabría por qué lo matas.

Leila, ya desnuda, se gira en una vuelta rápida de inspección de mercancía. Luego, de un modo afectado, se acerca a él como un felino a cuatro patas por la cama en la que Max sigue tumbado, vestido, a la espera de ser excitado. Pero entonces, la imagen cinematográfica de la Magdalena tumbada en el camastro, recibiendo polla tras polla a la vista de todos, le asalta y le derrumba. Leila se lo trabaja hasta que se corre.

—He estado bien, Leila.

—La minga nunca se enamora, compañero.

De repente, Max nota que Leila no es amable. Ya no ha de serlo. Es un ídolo pétreo que se viste y, ahora sí, enciende un cigarro sin pedir permiso a nadie. Deja pasar los minutos y al irse, le recuerda a Max que ha de dejar el cubículo en cinco minutos y pagar abajo.

—Ella me quiere, ¿verdad? Ella no podrá olvidarme.

—Claro que sí: ella siempre te querrá. Nunca te olvidará —contesta Leila mirándole por última vez, recordándose que ha de ser agradable con él porque no hay tantos clientes fieles como había antes. Luego, sale de la habitación y baja las escaleras. Mierda: han puesto a Juanes. Y no sabe si le ha dicho la verdad o no a ese pobre infeliz. Qué importa lo que queda en el corazón de una mujer cuando renuncia a lo que ama y antepone lo que dice su cabecita. Ella hizo todo lo contrario y míratela ahora, aguantando a borrachos, mierdas y detectives enamorados.

Todo está siendo demasiado precipitado. No puede salir bien. Es cierto que Max ya ha decidido dónde sucederá: en el parking de debajo de casa de Merche. Cada noche, algo más tarde de las ocho, llega Gero con su furgoneta y la aparca en el tercer subterráneo, plaza ciento cincuenta y ocho. Al aparcamiento se puede acceder por la puerta metálica y lateral que da a la calle y que al parecer siempre anda abierta o bien por el ascensor, desde los pisos. Hay otros coches aparcados. No muchos. La crisis también ha propiciado que la gente deje sus coches en la calle y que pasen días sin moverlos. Max lo siguió el mismo martes que había quedado con Cristian, y también lo hizo el jueves. Todo como un reloj. El miércoles no pudo, porque le tocaba estar con sus hijos. Las niñas volvieron a insistir en que querían conocer a su novia, y él les dijo que era cuestión de tiempo, que ya tendrían días y días para conocerla y quererla. Fueron al cine. Una película de Ben Stiller que no le hizo ni la más mínima gracia, porque papá estaba distraído en sus cosas como matar al marido de su novia, por ejemplo.

¿Cómo lo haría Cristian? Suponía que con una pistola, pero lo cierto es que no lo sabía. ¿Debía preguntárselo? Habían quedado el viernes y se habían emplazado a que aquello tendría que ocurrir ese mismo día o ya no podría ocurrir nunca. Pero hay más cosas que atormentan a Max. El hecho de asesinar a alguien. ¿Puede salir uno indemne de eso? ¿Cómo cambiará algo así una vida? ¿Cómo le cambiará a él? ¿Podrá soportarlo? Debe hacerlo. Ahora o nunca, ¿no? Es evidente que de no estar Gero en la vida de Merche, ella estaría con Max, ¿no? Es así, ¿no? Seguro, ¿no? Sí. No dudes de todo, Max. No, al menos ahora no puedes dudar. Podía dejarlo correr. Claro que sí, pero ¿entonces qué? ¿Qué le espera? Vivir esperando que Merche le añore, que le eche de menos, que le venga a buscar. ¿Volver a enamorarse? ¿Dejarse llevar por esa inerte noria de trabajo, hijos, fulanas, alcohol, pérdida de trabajo, de hijos, de dinero, de dignidad...? Ya está decidido. Es una pesadilla y solo despertará de ella cuando deje de pensar y repensar, y actúe de una maldita vez, cuando incida en la realidad y la cambie. Quizá no salga bien, pero al menos se habrá hecho justicia. Si yo lo he perdido todo, si se me ha roto todo, tú también lo perderás todo y se te romperá todo. Nadie te hará feliz, nadie será feliz a tu lado si no soy yo. Es justo que sea así.

Cuando consigue aparcar su auto y se dirige al apartamento, le asalta el pánico a que algo salga mal. Teme que pillen a Cristian y que éste le delate. Iría a la cárcel. Se jodería la vida. Perdería a sus hijos. Ése sí es un peligro real y más que probable. Y de hecho, ese terror se apodera de él cuando asciende por los escalones hasta la puerta de su casa. Pero, a pesar de todo, de una manera a todas luces irracional, la

pérdida de la libertad, la vergüenza, lo que se puede encontrar allí dentro, en las celdas, no lo disuade de la decisión tomada. Quiere que pase algo. Quiere —por una vez en su vida— hacer que suceda algo. Si lo atrapan, será el final de algo y el principio de otra cosa. La maldición es el libre albedrío y ejercerlo.

Pero, además del pánico, le asalta una nueva duda. En un escenario en el que todo salga bien. En el que Cristian mate a Gero. En el que Cristian desaparezca. En el que nadie llegue a descubrir nunca qué es lo que ha pasado ni le relacionen a él con el asesinato. En ese escenario, ¿quién le dice a Max que Raquel no sospechará que ha sido él el asesino de su marido...? Nadie. De acuerdo, no sospecharía de alguien como él, pero ¿qué sentido tendría matar a un lampista en su furgoneta a las ocho de la tarde de un viernes? ¿Cómo solventar eso y que parezca otra cosa? Un robo, un error.

Podría quedar con ella a la misma hora en que Cristian está matando a Gero. Podría intentarlo. Pero Cristian quiere que esté a su lado, indicándole con un dedo quién es la víctima, para que no olvide nunca quién fue el que ordenó la ejecución. Podría disuadirle, convencerle para que le deje encontrarse con Merche en el otro extremo de la ciudad, pero será inútil. ¿Qué otra cosa puede hacer...? Max se tranquiliza pensando que, si no reaparece de inmediato en la vida de Raquel, ésta no tiene por qué sospechar nada. Con casi toda probabilidad, ella acabará por llamarle, por venir a contárselo, por cruzar la línea invisible que ahora los separaba, porque ya no existirá ningún motivo para no buscar refugio en un lugar conocido en el que ella fue feliz.

Cierra la puerta tras de sí y echa un vistazo al piso. Ya ni recuerda cuándo viene la asistente ni qué día de la semana pasada dejó de acudir a la corredería. Ha alegado que ha empeorado de la lumbalgia de la semana anterior. Pasó por el banco, rebañó hasta el último euro y ya tiene todo el dinero en su poder. Debería comer algo. En la nevera todo está a medias, cuando no caducado, cuando no poco, nada muy apetecible. Los platos amontonados en el fregadero. La ropa revuelta en la cama. Dos o tres lavadoras por hacer. Max quisiera cerrar los ojos y dormir de muerte. Un coma inducido que le limpiase el cuerpo y el corazón, la mente y el alma. Se deja caer en el sofá. Enciende el televisor y enseguida lo enmudece. Le están llamando. Cristian.

—Di.

—Cada día, a eso de las ocho de la tarde, llega en su furgoneta y aparca en el parking de su casa. En su planta no hay muchos vehículos.

—Dame la dirección. Iré mañana por la mañana a echarle un vistazo. Si no es seguro o no lo veo claro, olvídate.

—Es seguro.

—Dame la dirección.

Max se la da, así como las indicaciones para entrar y el número de plaza de

aparcamiento. Sabe que está alargando la conversación para no plantearle la posibilidad de no estar con él todo el tiempo. Al final lo hace.

—No. Ésas fueron mis condiciones. Tú, conmigo.

—Pero...

—Tú, conmigo. Quedamos un par de horas antes. ¿Dónde?

—En la esquina de abajo hay una iglesia.

—Yo estaré esperándote. Tú llegas, pasas por delante y yo te sigo. Quedaremos en la misma planta del parking. Me das la pasta y esperamos.

—¿Cómo... cómo vas a hacerlo?

—A besos.

—No, en serio. Has de tener en cuenta el eco y...

—Mañana nos vemos.

Cristian cuelga.

—Bruno, Bruno...

Su voz suena lastimera. Lo envuelve la oscuridad, rota solo por las luces de las ventanas vecinas, ojos abiertos en los que puede atisbar la vida de la gente corriente que no ha de matar para retener lo que le corresponde. Unas sombras que van siendo engullidas por el aparato de televisión, con sus colores y caras que hablan sin entender nada de lo que dicen, mudos gesticulando, escupiendo contra el viento.

Max se levanta y va a su habitación. Busca en el armario una caja de cartón decorado con un cuadro impresionista, todo nenúfares y azules. En él guarda las cosas que más quiere. Las fotos de sus hijos, los dibujos que le han regalado todos estos años. También un puñado de fotos de cuando él era un crío. Instantáneas de una vida que no era sino otras vidas vividas por otros con su mismo nombre y apellidos, nada más. Ha abierto la caja para sentirse ligado a eso, pero el efecto es el contrario: se siente ajeno a todo ello, como si ya hubiera cruzado el umbral y fuera otro.

Y es que, piensa Max, hubo un tiempo dorado antes del primer beso y del primer dolor. Un camino directo hacia las cosas. Una manera de ser lo que eras y de tener lo que querías o podías tener. Pero ya no está en ningún sitio ese tiempo, esa manera de andar. Ha de aceptarlo. Ahora eres un hombre. Nunca más un niño. Piensa en llamar al móvil de sus hijas. En hacérselo con alguna fulana. Conectar el Canal Clásico y perderse en una de esas maravillosas películas en blanco y negro dirigidas por muertos, con actores y actrices ya muertos diciendo diálogos de guionistas muertos, y es que todos estamos muertos esta noche menos Gero, menos los hijos de Gero que serán huérfanos, todos menos el mundo alrededor de Gero, que es esa noche nítido y brillante como una estrella en medio del chaleco del sheriff que a toda costa trata, en televisión, de asesinar y no ser asesinado, de conservar la dignidad y el cargo, de ahorcar a quien robe un caballo, mate a indios por la espalda o violente a la mujer de otro.

Quizá siempre estuvo equivocado. La vida no es un drama ni una comedia de situación de veinte minutos diarios. Tampoco una tragedia. La vida, su vida, es un western que no tiene guión la mayor parte del tiempo.

Cristian corta la comunicación. Memoriza el nombre de la calle, el domicilio, el barrio. Preguntará a alguien qué metro coger para llegar hasta allí. Está en el bar del chino Joan. Sentado a una de las mesas, dejando pasar el tiempo. Estos días son días de liquidación. Ha vendido toda la farlopa que tenía. Ha cobrado todo lo que tenía que cobrar, menos a un par de hijos de puta que no ha podido localizar. Ha ido al comedor social Reina de la Paz, en la plaza Sant Agustí. A comer caliente y sano. A que le vean por ahí y recoger la correspondencia. Carta de su madre y una citación en Tafalla. Bruno y Raquel ya no se dejan ver por esos sitios. Como son casi propietarios y casi respetables, esos comedores se les han hecho apestados. Quizá Bruno está dejando de ver con claridad, piensa Cristian. Si tu única dirección es un comedor social, las citaciones llegan siempre manchadas de sopa, decía y se jactaba el Bruno lúcido de los primeros días. Ahora la pasta, Raquel y quién sabe qué más le han obnubilado la visión y ya no ve más allá del arco de su meada. Al Bruno atento y malpensado, al Bruno más listo que el hambre, duda Cristian que le hubiera podido levantar clientes y pagos, engañar como le ha engañado, birlarle la pistola como se la va a birlar, sin saber muy bien cómo.

Su paso por el comedor social le ha dejado una sensación extraña. La de abandonar la ciudad minutos antes que entren en ella los bárbaros. De que la población diezmada, envejecida y derrotada se queda atrás y él sale en el momento preciso. Porque no es que estén los de siempre, las personas solas, los tarados, los inmigrantes, los desahuciados, los abueletes enloquecidos, las viejas con mocos, dignidad y abrigos limpios pero viejísimos. No, éstos están, claro que están, multiplicados por diez. Sino que además se ve a otros, a los que estaban del otro lado hasta hacía apenas nada. Familias enteras que han perdido el trabajo y la esperanza, con esa carita de no entender qué ha pasado y por qué y en dónde están quienes eran. Familias que han perdido su casa por no poder pagarla. Que se han de mezclar con la chusma que antes solo veía en el salón de su hogar, dentro del televisor. Cristian no entiende a la gente. Por qué es tan jodidamente mansa. Por qué no afila los cuchillos y marcha hacia la parte de arriba de la ciudad. Por qué no entra en el Parlament, en los bancos, en las grandes empresas, en los platós de televisión, en las canchas de fútbol y pasa a todo dios a cuchillo. Por qué no roba ni saquea ni mata ni destroza el mundo a su alrededor. Por qué, al contrario, baja la vista, hace cola, pide la vez y sigue, mansa y vencida, la hilera de los fusilados, queriendo ser siempre la tela con la que se cosen los ricos y los poderosos, la silla donde dejan sus culos y sus pedos.

Como un príncipe ausente de su reino, Cristian llegó, se hizo notar, comió

caliente, recogió sus cartas y se marchó. Hizo cola detrás de los viejos y los nuevos parias sabiéndose más listo que ellos, la excepción a las nuevas reglas. Él tiene suficiente dinero para irse al sur y vivir bien unos meses, hasta que controle la zona y sepa dónde y cómo montárselo. Pero eso significaría volver al lumpen, al trapicheo, a la mierda de siempre y no tiene claro si no le tienta más buscar algo legal y asentarse de una vez. Cádiz, Sevilla, Huelva y la costa son más amables que esta inexpugnable pared de cemento que es Barcelona. Aquéllas son sociedades pequeñas en las que los mismos que se ayudan, se joden pero en las que es más fácil encontrar trabajo, a un lado y otro del Código Penal. Para el tiempo preciso en un bar y alguien te ofrecerá ayudarlo a recoger naranjas, hacer una mudanza o darle una paliza a un tío. Menos la Virgen y el señorito, nada es sagrado allí. Y después de este yermo territorio sin dioses ni amos que es Barcelona, a Cristian le asalta la duda de hasta qué punto encajará otra vez allí, si no le asfixiará la atmósfera de ese mundo pequeño.

Pero si quiere conseguirlo necesita tener pasta. Más. Mucha más que le permita tirar unos cuantos meses sin pasar agonías. Solo por eso aceptó la propuesta de aquel tipo. Solo por eso mataría a un hombre al que no conoce, del que solo sabe que está casado con una mujer amada por otro hombre. Debería matarla a ella. No, eso no lo piensa en serio. A ella la entiende, porque él siempre entiende a la primera a quien escapa, se disfraza y disimula, de la misma manera que no puede llegar a comprender a quien espera, se queda, se conforma, es fiel y se sorprende cuando no le devuelven el dinero que ha prestado.

La niña Juanita y mamá Juana llegan y besan a papá Joan. No está mal el bar. El problema es que acaba recogiendo con sus redes la morralla que deja atrás el bar de Mireia. Todos aquellos que han sido echados de allí, que han dejado una cuenta pendiente o, como en su caso, han hecho daño a la putilla acaban viniendo aquí. En los Juanes todo es peor: el café, el alcohol, las tapas... pero mucho más barato. La televisión también es peor. Sobre todo el fútbol. Se les llena el bar, pero es evidente que no entienden de qué va todo aquello. Andan, eso sí, enganchados a telenovelas sudamericanas con actores y actrices hermosos y gilipollas, escenificando pasiones románticas de mierda, piensa Cristian mientras trata de olvidar que eso que toma es, o debería ser, un carajillo de anís que ni del Mono es.

Oye al chino Juan saludar en un tono más agudo de lo normal. Cristian presiente la visita. Mireia en territorio prohibido. Tras las filas de la competencia. Si Cristian estuviera por la labor, entendería que se halla ante una gran demostración de amor.

—Hola.

—Hola.

—¿No me dices nada?

—No. Estoy con la tele.

—No la estabas mirando.

—Ahora sí.

—Venga, Cristian, tenemos que hablar —dice la chica mientras se sienta en la silla que está a su lado—. ¿Cómo está el arañazo?

—Ahí.

—Lo siento.

—No te preocupes. Supongo que me lo merecía.

Cristian, al verla allí, ha tenido el presentimiento de que no es nada inteligente enterrar tijeras en la arena. Necesita amigos, cómplices, poseedores de parte de un mismo secreto, para que entre todos le dejen marchar, se confundan y estorben unos a otros en su huida. Mejor tener a Mireia como la tiene. Tener que hablar luego con Raquel y pedirle las llaves del coche de Bruno y, con esa excusa, agenciarse la pistola con la que matará al tipo y vete a saber qué hará después con ella, si está registrada o no, todo eso se le escapa y, joder, será el puto problema de Bruno y no suyo. Eso le exige —ahora lo ve con claridad— seguir siendo encantador y embustero hasta el final de la función. No es nada inteligente tener a sus espaldas a una bestia inquieta como Bruno y a dos hembras enceladas a sus espaldas.

—Ha venido Bruno preguntando por ti. Ayer y hoy.

—Estoy en su casa y tengo móvil.

—Dice que no lo coges.

—Seguro que marca mal.

—¿En su casa? ¿Con Raquel?

—No empecemos, Mireia, y menos con Raquel.

—No me gusta esa tía.

En el otro extremo del bar, una conversación ha adquirido rango de discusión. Joan va con su sonrisa extintor y voz de gato zalamero. Al parecer, si Adán y Eva eran los únicos humanos de la tierra y solo tuvieron dos varones, Abel y Caín, éstos debieron de tirarse a su madre para procrear y poblar la tierra. Alguien más letrado y charlatán trata de situar la Biblia en su contexto histórico pero otro descreído del coñac no entra en razones. Si Caín se folló a su madre, ¿por qué no Cristian con su medio hermana Raquel? Le leyó esa misma idea en la cara a Mireia.

—Mira, nunca hubo historia con Raquel. Nunca. Es mi hermana. No es una mujer, es mi hermana.

—Entonces ¿hay otra?

—Mireia, por favor, no empecemos. No hay otra.

—¿Es verdad lo que dijiste?

—Dije muchas cosas.

—Sobre mí. Sobre nosotros. Sobre nosotros en la cama.

—Déjalo. Estaba de mala leche. Me habías tocado los cojones mucho rato. Uno

saca el aguijón y dice cosas que no son.

—O verdades.

—¿Quieres algo, Mileia? —pregunta la china Juana.

—No, gracias —contesta—. No quiero morir de triquinosis.

Mireia añade estas últimas palabras dirigiéndose a Cristian pero en un tono que indica que no le importa que la oriental las escuche.

—Solo te pido que me digas algo que pueda entender. Si estás con otra te arrancaré los ojos, pero lo entenderé. Me consumiré o te odiaré, pero quiero entender. Es fácil, ¿no? Lo que no puedo entender es que hace unos días, unas semanas, todo fuera tan bien y ahora...

—Las cosas no son tan sencillas.

—Sí lo son. El problema es éste: que las cosas son siempre como son. Pero si no nos gusta como son, les damos vueltas y más vueltas. He trajinado muchos años con borrachos y pringados para saberlo. Cuando no hay salida no la hay *i punt*.

—*I punt!*

Cristian se siente sorprendido. Tanta lucidez, tanta disección madura en Mireia era algo que nunca había pensado que pudiera albergar aquella mujer. Tampoco se ha esmerado mucho en investigarlo, la verdad.

—Tienes razón. Pero a veces uno no lo sabe todo, y eso hace que...

—Dímelo todo entonces.

—¿Qué quieres saber?

—La razón por la que me dejas. Por la que te vas. Por la que estás en esta mierda de bar. Por la que te anda buscando Bruno.

—No sé tantas cosas.

En ésas suena el móvil de Cristian. Bruno. Contesta. Que está con Mireia, y que sí, que sabe que le anda buscando. Bruno está en el descanso de una partida, en un bar del extrarradio. Cuando acabe, le llamará y se verán. Seguro, sí.

—¿Quieres que te pase a buscar?

—Vale. Pídele la llave del coche a Raquel y venme a buscar a eso de la medianoche. No antes.

Golpe de suerte: coche, guantera, pistola.

Cambio de humor: suelas de goma, pista rápida, deslizante.

—¿Bruno?

—Sí.

—Por fin. Así dejará de dar por culo por el bar.

—¿Por dónde íbamos?

—Ibas a explicármelo todo.

—¿Todo?

—Sí.

Cristian cierra los ojos en un gesto teatral. Se echa hacia atrás en la silla y decide que se arriesgará con un *gin-tonic* chino. Mireia accede a tomar una infusión porque sostiene que, al menos, hervir agua sí sabrán. Cristian mira a la mujer y decide empezar a arreglar lo que le queda de vida en esta ciudad. O sea, apenas un día y medio.

—Te explico todo. A ver, me largo de aquí. Acabo una historia que tengo entre manos y me largo. No es que no quiera llevarte conmigo. Es solo que no quiero joder más vidas, ¿entiendes? Me vuelvo abajo, a mi tierra, y si me sale mal no quiero llegar a casa y ver una carita polaca echándome en cara su frustración...

—Yo no lo haría.

—Lo harías. Yo lo haría. Cualquiera lo haría. Mira, me gustas. Te he cogido cariño, eso es verdad. —Cristian miente con tal convicción que incluso podría engañarse a sí mismo—. Pero hasta que no esté allí y vea que la cosa va bien...

—Es mentira. No lo harás. No llamarás.

—Cuando sepas qué es lo que quiero, sabrás que es verdad.

—Dime.

—Conozco gente. Tengo pasta. Y quiero llevar un chiringuito de un colega, uno en la playa. Quiero sol, luz y playa, y quitarme de una puta vez toda esta mugre de ciudad que llevo encima, todas estas cadenas que me llevan atado a este palo de mierda desde que era crío, ¿lo entiendes?

—Sí, pero no llamarás.

—Yo no sé llevar un bar y tú sí. Y un chiringuito, que yo sepa, es un bar.

Un trago de colonia que el chino vende como ginebra se desliza por su garganta. Sabe que todo eso que está diciendo es una mentira en la que nunca antes había pensado. Es una buena idea a no ser que sepa Cristian que en la distancia, la catalana no tendrá nada que le haga llamarla, pedirla que se venga para allí.

—¿Lo sabe Bruno?

—No.

—¿Se lo vas a decir?

—No.

—¿Y Raquel?

—Ella sí.

—Pues ella se lo dirá a Bruno. *És el seu home*.

—Confío en ella.

—*Mal fet*. Una pregunta que se me acaba de ocurrir: ¿de dónde has sacado la pasta?

—De aquí y de allá.

—¿Con Bruno?

—Yo también tengo mis bisnes privados.

—Ya veo. ¿Y cuándo te vas?

—El viernes. Mañana cierro el último negocio y me largo el viernes a medianoche.

—¿Qué negocio?

—Uno.

—¿No vas a decirme más?

—No. Bueno, algo más sí.

—¿Qué?

—Quiero follarte. Ahora.

—*Burro!*

Cuando Cristian llega a casa de Bruno y Raquel, ella está sentada en el sofá frente al televisor, apagado, igual que todas las luces del apartamento. Si no hubiera llevado su propio manojito de llaves no habría podido entrar, ya que duda mucho que ella hubiera hecho el esfuerzo de salir de su ensimismamiento, andar hasta la puerta y abrirle. Raquel está en uno de esos días sin escapatoria. Ya ni los recordaba Cristian. La mujer le ha visto llegar, coger su bolsa, las cuatro cosas suyas del lavabo, decirle que esa noche la pasará con Mireia y que ha quedado con Bruno. Ella no ha contestado. Ha seguido allí, mirando nada. En la mesa del comedor una carta del Hospital Clínic anulando una visita reprogramándola meses después. De no conocerla, de no saber lo que le pasa en esos días a Raquel, uno podría pensar que esas malas noticias pueden haber ocasionado el estado de Raquel. Pero Cristian cree saber que no es así. Ni tan siquiera le ha pedido droga. Llevaba algo para ella, por si tenía que presionarla para que le diera las llaves del coche como paso necesario para conseguir la pistola. Y ahora que el mismo Bruno le ha sentado en el asiento del conductor ya no es necesario. Cristian no renuncia a regalarle una última dosis. Un último pago a los servicios prestados. Pero ella no se lo ha pedido, se ha limitado a darle las llaves del coche, y él conservará la papela.

El auto está aparcado donde Bruno le ha dicho. Cristian se siente feliz y seguro por todo lo que ha acontecido en las últimas horas. Por haber bloqueado a Mireia. Por haber hecho las paces con ella y por habérsela tirado bien. La había apalancado en la trastienda de su propio bar, en recuerdo de los buenos tiempos, breves pero gozosos. Ha dejado que ella comprobara el estado de la unión con sus propias manos, con su propia boca. Luego, la ha girado y la ha montado por detrás. Donjuanesco, le ha prometido que esta noche, en casa, repetirán. Y que la llamará cuando esté en el sur. Que no la piensa olvidar. Y es que ya puestos, una vez que el alud ha sido voceado y convocado, ¿para qué ponerse tibios y correctos...?

Se cierra la puerta como si fuera la de una nevera, dado el frío que hace dentro del coche. El Nuevo Coche es un Viejo Coche. Huele mal. A tabaco, a sudor, a hombre viejo, a fin de fiesta borrachuza. Deja su bolsa en el asiento de atrás y se dispone a poner en marcha el vehículo porque no quiere llegar tarde a la cita con Bruno. Quiere hacerlo antes de que la impaciencia de éste le telefonee. Pero antes de eso comprobará que la pistola sigue allí. Abre la guantera y no está. Fin de la buena suerte.

Decide volver al piso y preguntar a Raquel. Esta vez sí que ha de pulsar el timbre, porque ha dejado las llaves encima de la mesa, junto a la carta del Clínic. Para su

sorpresa, no ha de insistir mucho. Raquel abre y no le recibe, sino que va hacia la cocina como arrastrada por el cigarrillo encendido que le prende en los labios. Cuando Cristian entra en la cocina, Raquel tiene los brazos cruzados bajo sus pechos caídos. Lleva una de las camisetas favoritas de Bruno, llena de lamparones, y un pantalón de pijama blanco, quizás amarillo. Va descalza.

—¿Qué se te ha olvidado?

—Una cosa.

—¿Qué cosa?

—Una. Oye, de lo nuestro ni una palabra.

—De lo nuestro... —La risa de la mujer amarga hasta las sombras que los circundan.

—Vas descalza.

—Lo sé. ¿Qué quieres? ¿Saber si me iré de la lengua? Puedes estar seguro que no. Cabrón, sabes perfectamente que, por la cuenta que me trae, *no diré res de res*.

—Hay algo más. Mañana me voy.

—Eso también lo sé. Te repites mucho, Cristian. ¿Has venido a darme las noticias de ayer? ¿Las que ya sabe todo el mundo? Explícame qué mentiras le has contado a la tonta de la catalanufa para que te deje marchar vivo.

—No empieces. Solo será un hasta luego.

—Y yo soy tonta.

—Joder, Raquel. Contigo sé que no puede ser un hasta nunca. Hemos vivido mucho juntos, desde criajos. ¿Desde qué año nos conocemos?

—Demasiados, supongo. Pero tú te vas y yo me muero.

—No digas eso.

—Es la verdad. En el hospital me dan largas. Soy una yonqui. Soy una mierda. Soy pobre. Soy blanca. Soy todo lo que no tengo que ser.

—Si te dan largas es porque no estás grave.

—Mañana quizá piense eso, pero hoy sé la verdad. Hay una razón. La veo, es lógica. Y yo soy una gilipollas. Me he ido metiendo mierda y he esquivado los controles como he podido, y ellos me castigan. ¿Por qué darle un hígado a alguien que ni sabe cuidarse, que no cumple con lo que le decimos, que ni recuerda a qué hora ha de venir?

—No te vas a morir.

—Sí, y tú también. Hasta Bruno se morirá.

—Necesito una cosa, Raquel.

Cristian calla. Ella aprovecha para llevarse el cigarrillo a sus labios, inspirar toda la nicotina que le cabe en los pulmones y después dejar la colilla en uno de los vasos sucios que hay en el fregadero. Cristian sigue sin hablar. Raquel opta por hacer lo mismo. Pasa un tigre.

—He de acabar con uno de nuestros asuntos. Mañana. Pero tengo miedo. He de llevar compañía. Necesito la pistola de Bruno.

—Palabras mayores, Cristian.

—Sí, bueno, solo es por precaución.

—Si la necesitas, si la vas a necesitar, te matarán. Tú nunca has disparado a nadie.

—Espero no hacerlo.

—¿Por qué no la has cogido? Está en el coche.

—No, he mirado y allí no está.

—¿Dónde has mirado?

—En la guantera.

—¿Y no está?

—No.

—Pues estará en el maletero. En el hueco de la rueda de recambio. Si no está en un sitio, está en otro.

—Ah, joder.

—¿Ya está? ¿Ya te vas?

—No tengo droga.

—No quiero droga —dice la mujer en una última brasa de dignidad.

Pudiendo dejar ordenados todos los cajones en la ciudad, ¿por qué no éste? Los camellos pagados. La droga repartida. La pasta engordando en su bolsillo. La bolsa hecha. La pistola. El último golpe mañana, a eso de las ocho de la tarde. Mireia bien follada y tranquila. ¿Por qué no? ¿Por qué no Raquel bien follada y tranquila? Puede porque quiere, y quiere porque puede.

Se acerca a la mujer, que le sostiene la mirada. Sabe lo que quiere hacer y sabe que es una despedida. No porque la desee, o quizá no solo por eso. Se la quiere tirar porque se va. Porque no la va a volver a ver y quizá no habrá posibilidad alguna de hacérselo con la vieja Raquel. Se la quiere tirar porque Cristian es un hombre y ella una mujer, y, de momento, él no ha encontrado mejor manera de pasárselo bien que ésa. A pesar o quizá por eso, a ella le halaga que se la quiera tirar. La boca —piensa Raquel— me debe oler a nicotina. Demasiados días de la última ducha. Ésta no es la estación preferida de los héroes, parece excusarse Raquel. Pero él le quiere ver las tetas y ella se las quiere enseñar. Quiere sentirlo dentro de ella porque, aunque no le ame, aún sigue encaprichada con él y le putea que se folie a la otra. Y también quiere tirárselo porque presiente que para ella también es algo parecido a una despedida. Porque, ése sea quizá su último polvo deseado. Quizás haya más con Bruno. Quién sabe. Pero sabrán a odio, gratitud, armisticio, a cualquier cosa menos a diversión, menos a «¿por qué no?».

Cristian la besa, pero abandona enseguida los labios para hundirse en su cuello. Introduce sus manos frías bajo la camiseta, por la espalda, puro disimulo para ahuecar

la tela y griparle los pezones hasta que la mujer reacciona con un mohín de dolor. La polla de Cristian aún anda embadurnada de Mireia y eso le gusta, esa perfidia privada de mezclarla con el barro de la gata Raquel.

La camiseta de Bruno pasa a ser XL con la cabeza de Cristian por allí dentro. Allí, en un mundo nuevo, flojo y pálido, las tetas de Raquel a las que chupa y manosea mientras le baja el pantalón del pijama, que finalmente resulta ser blanco. No lleva bragas y la orina ha tintado la entrepierna. Puede olerlo. Se baja Cristian el pantalón porque nota ya la erección, y empuja a la mujer al suelo. Está dispuesto a entrar en ella, pero recuerda que uno ha de ser muy imbécil para follarse a pelo a una yonqui. Ella, que ya lo atrae hacia sí, entiende la renuncia. Se levanta la mujer, saca el único pie que aún guardaba fidelidad al pijama y se dirige a la habitación, agarrando con fuerza la mano de Cristian, como si temiera que, si la soltara, él daría marcha atrás, se lo pensaría mejor y se largaría sin echar ese último clavo. La sensación es tan notoria que Cristian le dice que esté tranquila, que no piensa marcharse...

—... hasta que me pegues un buen polvo, niña.

El dormitorio es un revoltijo de ropa y más ropa, sucia, limpia, arrugada, de invierno, de verano, restos de comida en un plato, manchas en la pared, ceniceros llenos y un penetrante olor a humedad. Solo hay una ventana. Cerrada. Tapiada en vida. Raquel anda rebuscando en su cajón de la mesilla. Da con un preservativo. Rompe la funda con los dientes y trata de ponérselo a Cristian, que en el paseo por el piso ha perdido parte de las ilusiones. Raquel se la mete en la boca. Succiona, lame y, al rato, se echa hacia atrás y le pide a Cristian que entre en su ciudad entregada.

El último viaje, piensa Cristian de manera sorpresiva, el último viaje en los autos de choque. Aquello le recuerda un verano, de crío, en que su padre le dio una última moneda para el último viaje del verano en los autos de choque. Ahora es lo mismo. Y lo es porque, igual que entonces, sabe que las palabras no saben mentir cuando se llega al final. Al final de verdad. El final de los finales. Sin rendición ni prórroga. El próximo verano no será igual. El amor se enfría en la distancia. El amor solo sirve si es tóxico, si te anula, si te quita el aire a tu alrededor, como el aire que rodea a un suicida que, aunque quiera respirarlo, no puede hacerlo. El amor no pide espacio ni respeto: lo fagocita, quema por completo el oxígeno que le rodea. Y Raquel está ahí, debajo de él, buscando un estertor, y él quiere regalárselo como despedida, como carta de recomendación para futuros empleos, notas de agradecimiento, flores de funeral.

Porque esta noche de víspera acaba todo. Mañana matará a un hombre al que no conoce. Mañana tendrá dinero, y después escapará a un lugar en la playa y cambiará de nombre, de pasado, de vida, y se olvidará de que un día fue un tío follándose a su media hermana yonqui, desahuciada y triste.

Raquel gime y agarra del pelo a Cristian. Él se deja ir y desgarró la camiseta de

Bruno con una furia absurda, solo porque quiere ver esas tetas que tanto le gustaron y que ahora le miran, cirróticas y maternas, con una expresión de admiración, como de reencuentro en la calle después de tantos años.

—¿Y ahora qué le digo a Bruno que le ha pasado a una de sus camisetas favoritas?

—Dile que he venido a por su pistola, que hemos follado y se la he roto yo.

—Sí, creo que eso es lo que haré —remata Raquel entre risas—. Como bien sabes, es un tipo comprensivo.

Para Merche, las tardes son mucho peores que las mañanas. De hecho, las mañanas no son malas. Cuando consigue arrancar a sus hijos de casa —desayunos, duchas y carteras—, aún le queda un rato para un café tranquilo en el bar de la esquina, hojear prensa, comprar algo y, de vuelta, tele, leer, escuchar en la radio canciones o las noticias del mundo, que, como siempre, parece caerse a pedazos.

Siempre come sola. Un gazpacho, un trozo de queso, nada muy elaborado. Una dieta perfecta, si no fuera porque luego se pasa la tarde picando de todo, al albur de la programación televisiva: chocolate, traiciones, frutos secos, tetas de silicona, hijos ilegítimos, yogures, amores apasionados, doritos y cuernos aquí y allá. Luego van llegando sus tres hombres y la casa se convierte en una especie de campamento de avituallamiento y almacén de ropa sucia. Y, a eso de las nueve, la cena, en la que siempre sobra algo que va a parar a su plato.

Deberían —el desamor, los nervios y la crisis— haberle hecho perder peso, pero no ha sido así. Las heroínas de libros y películas lo hacen. Enloquecen, se desmayan sobre clavicordios en salones brillantes o sobre diminutos libros entre raíces de sauces llorones. Todas ellas pálidas y flacas. Pero ella engorda y se siente grande, pesada, vieja, pero eso sí, fiel y correcta.

Los días después de que dejara a Max fueron parecidos al periodo de convalecencia que sigue a una enfermedad. Cuando reconoces que tu cuerpo ha extirpado de sí el virus que estaba bloqueando defensas y energías, debilitándote. Días de nuevo vigor, luminosos. Merche cambia de símil, porque la sensación no era del todo física, sino también espiritual. Como cuando niña y creía en Dios, y las monjas la llevaban a confesar. Después de levantarse —ese olor a cirio y madera, ese crujir al ponerse de rodillas, ese eco de los pasos— y salir al patio, tenía la certeza de que, si a Dios le daba por enviar otro diluvio, ella estaba limpia, pura, preparada para morir, expiadas las culpas, castigada y, por lo tanto, redimida.

Pero Gero no era Dios, ni estar sana significaba no estar enferma. Enloqueció ante la perspectiva de perder todo, pero una vez conservado, ¿qué? No quería dejar a Gero. No tenía fuerzas. No tenía fe en una nueva vida, en Max, en el futuro, en aquel amor que, en el fragor de la tempestad, le pareció poco más que un capricho. Y rogó, mintió y lloró a Gero un perdón por algo que —¿por qué no?— también fue culpa suya. Y fue perdonada, ¿y ahora qué?

Merche abre la nevera.

Un poco de algo, mucho de nada.

Pero eso sí, *light*.

A Merche le gustaría poder hablar de todo esto con alguien. Explicarse, más que explicarlo. Reescribir la historia hasta que el relato se adapte a ella y se sienta cómoda y fuerte. Ha hecho lo que debía. Ha hecho lo correcto. ¿Dónde está entonces el premio? ¿La paz?

No estaba tan completamente empapada de amor por Max como para dejarlo todo atrás. Por eso no se desmayaba sobre sauces y clavicordios. Por eso no perdía peso. Eso era así. Ésa era la verdad. Sí, de acuerdo, pero ¿qué hacer con la verdad por las tardes, a eso de las cuatro y media, a las seis, a las siete?

Pone algo de música.

Cualquier cosa que no le recuerde a Max.

Cualquier cosa que no hable de amor, de gente que se ama y escapa, de gatos en callejones, cuando aparece como un tiro en el cielo la luna.

Rebusca y rebusca.

Cualquier cosa que no sea nostálgica, que no hable de ella, de los traidores, de los cobardes.

Bee Gees. Beethoven. Bob Marley. Nada.

Sensación extraña ésta de volver, mezclarse con los suyos, yacer con su hombre para darse cuenta de que ella ya no es ella. La traición, la deslealtad le ha robado algo y ya nada volverá a ser igual. Como si le hubieran extirpado la fe o la credulidad. Una vez que has visto, puedes cerrar los ojos pero no creer que eres ciego.

Nunca pensó Merche que la vida en el taller del taxidermista fuera tan insípida, de latido tan lento, tan falta de luz.

Merche lucha. Debe luchar. Y lo hace porque, igual que ha habido días en que se ha sentido fuerte y apenas ha pensado en Max, es lógico que haya días en que el dios engañador le diga que lo blanco es negro y que dos más dos no son Gero.

Pero ¿y si solo ha sido el miedo quien ha elegido por ella? ¿Y si lo llamara ahora?

No. No puede. No debe.

Pero quiere. Llamarle.

No, tampoco es que quiera.

Solo escuchar su voz y, sin ella saberlo, salvar a Gero.

Un café con leche. Tostadas con fibra.

Borró el teléfono de Ada, que era Max, que nunca llegó a ser finalmente señora Bates. Juró a Gero que no volvería a hablar con su amante, con ese desconocido a quien dijo haber conocido en su último trabajo, que la acosaba y por eso, por salvar su matrimonio, dejó empleo y seguridad. Borró su teléfono del móvil pero no de su cabeza.

Puede marcar el teléfono de memoria.

Pero, precavida, decidió hace un par de días apuntarlo en la primera página de algunos de los libros que Max le regaló, todo aquel ejército silencioso, atrapado tras

las líneas enemigas, amputadas todas las hojas dedicadas, sin una lágrima ni un reproche.

Puede llamarle para saber cómo está. Para tantear el terreno, para saber si aún la espera. Así, de buena persona, buena amiga, civilizada ex amante, perfecta hija de puta.

En el lavabo, sentada en el inodoro, mea y se mira en el espejo. Hace muecas. Es atractiva. Claro que sí. Llamará. No. Pasa por delante de la televisión y va de canal en canal. Todo igual. Hoy es viernes y la programación cambia un poquito. Antes, los viernes eran días mágicos, llenos de posibilidades. Ahora depende de lo que den en televisión. De si su hijo mayor después del entreno quiere salir con amigos y novia o no. Un documental sobre la construcción de la torre Eiffel. No, no, no. París, no. Debería haber ido con Max aquella vez. Quizás eso la hubiera decidido. En un sentido o en otro. Y hubiera estado en París.

Ayer hizo el amor con su marido. Es ella quien le busca como pago a sus pecados. No le apetecía pero... No quería pero... No se corrió pero... Su olor acre, su cuerpo grande, peludo, fibrado. Siempre le satisfizo lo a gusto que Gero se llevaba con su envoltorio, probablemente porque le ayudaba a trabajar, a ser él mismo, a diferencia de aquellos que trabajan con las ideas, con las palabras, con la ficción. Él la miró con ese brillo canino en los ojos, como a punto del entendimiento, de la alquimia, cuando ella gritó su orgasmo, que no llegó a ser tal. La miró y le dijo con la mirada que sabía que fingía pero que no importaba, que haría como si no, que le llenaría el cuerpo de su semen hasta que abrasara todo rastro de otro hombre. No era dulce ni tierno ni paciente, como solía ser Gero, sino duro, rápido, nervioso al eyacular. Pero ella entregaba el tributo pactado. No le apetecía pero... No quería pero... No se corrió pero...

En la tele alguien grita, alguien se ofende, alguien llora, todos mienten.

¿Qué hacer para cenar? ¿Judías verdes y pescado? ¿Tortilla de patatas? ¿Y si propusiera a Gero y los chicos acercarse al centro comercial e ir de cine y pizzas? Una gran idea. Llamará a Gero, porque a él no le van nada los hechos consumados, las ocurrencias de última hora.

El móvil está cargándose en la mesita de noche de su cuarto. Le echa un vistazo. Hay llamadas perdidas y mensajes, pero no de Max. ¿Cómo puede aguantar tanto? ¿Por qué, esta vez, la obedece y no telefonea? ¿Qué haría él si ahora ella le llamara? ¿Cómo reaccionaría ella si él la telefonease? La cama está hecha de esta mañana. Merche se abandona. Una siesta le irá bien. Las sábanas la acogen sin cariño porque siempre son las prendas que tardan más en perdonar traiciones y manchas de vino y café. En el móvil marca el número de Max. Inclina el aparato para visualizarlo, tumbada. La ropa de Gero, doblada y planchada, aterrorizada y chivata, queda sobre una silla. Se apaga el dispositivo. Merche pulsa otra vez. Cierra los ojos. Se masturba

visualizando a Max. Luego permanece unos instantes sobre la cama, se levanta, rehace las sábanas y, móvil en mano, va hacia el comedor. Mientras mira la tele — alguien grita, alguien se ofende, alguien llora, todos mienten— marca el número de Gero para decirle que sea puntual y, así, poder llegar cenados a la última sesión de cualquier película que les distraiga.

No, hoy no llamará Max.

Un día más ganado a no sabe qué.

Quizá mañana o pasado. Quizá nunca.

Tiene sed. Una cerveza, pipas saladas.

La duquesa de Alba se casa.

Por amor.

Cristian aparca el coche en una de las arterias del polígono industrial donde está el bar en el que tiene lugar la timba. Le ha costado tanto encontrarlo que hasta ha tenido que conectar el GPS. De todos modos, Bruno no le ha telefonado, así que ha tenido margen de tiempo antes de que empezara a ponerse nervioso. El bar tiene un letrero de Coca-cola apagado y la persiana, tras la puerta, a medio abrir. El crujir de las ruedas sobre las piedras. Mata coche y música. Antes de salir vuelve a pensar si ha sido o no buena idea coger la pistola y pasarla del maletero a su bolsa, escondida entre la ropa. Es arriesgado, pero igual después no hubiera podido hacerlo. Antes de apearse del vehículo echa una ojeada al exterior. Nadie. Abre la puerta y sale. Más allá de las farolas que iluminan esa calle y poco más, la oscuridad lo engulle todo. Hace frío. Sale vaho de su boca. Abre una de las puertas de los asientos traseros y deja caer la bolsa al suelo del coche. Si Bruno no lo ve, no preguntará, y si no pregunta, él no tendrá que mentir.

Mira la hora en su móvil. En menos de veinte horas, un tipo que ahora debe andar dormido o follando con su mujercita, estará muerto. Ser Dios debe ser algo así, ¿no? Esa sensación fantástica y terrible de poder y crueldad. Pulsa el timbre. No tardan en abrir. Un mequetrefe de poco más de veinte años le abre, vestido con un disfraz de camarero de los que ya solo se ven en carteles de carretera ofertando el menú del día. La partida ha acabado. Bruno se halla agarrado a una copa en la barra, departiendo con una bestia compacta y pequeña, una suerte de Ángel Cristo última época. En el plasma, las brujas al teléfono.

Se acerca Cristian a Bruno, y éste, al verle, le pasa la mano por los hombros sin dejar de hablar con aquel tipo.

—Tómame algo.

Cristian se pide un Cardhu con hielo y se resguarda tras la espalda de Bruno, que parece entonado y dichoso. No hace falta ser muy listo para saber que las cartas le han ido bien. En el fondo de la sala ve una vieja máquina de millón apagada.

—¿Funciona? —pregunta Cristian.

—Sí —contesta un tipo detrás de la barra, de mayor rango que el que le ha abierto la puerta, que no lleva uniforme alguno—. Hay un interruptor debajo. Va con monedas de cincuenta céntimos. ¿Quieres cambio?

—Tengo.

Cuando lleva dos partidas con más pena que gloria, a excepción de una bola extra, llega Bruno.

—Deja.

Le pide uno de los mandos de la máquina. Aunque ninguno de los dos se conocieron en esa época, en la niñez de ambos hay muchas de esas partidas a medias, camaradas contra la bola plateada que bajaba, que caía de repente y se colaba entre las piernas, desesperadamente. No deja de ser un momento de intimidad que para Cristian es también un momento elegíaco. Hoy eres mi amigo. Pasado mañana me odiarás. Te preguntarás a dónde me he ido, por qué he hecho lo que he hecho. Quizá Raquel te diga toda o parte de la verdad. Quizá la pistola esté registrada, y cuando la poli la encuentre en el suelo, al lado de un tipo con un tiro en la cabeza, te vengán a preguntar. Tendrás suerte si tienes una buena coartada, Bruno, eso no lo sabes tú, pero yo sí. Por eso esta noche yo soy tu amo y tú no lo sabes.

—¿Cómo ha ido la partida?

—Mal. He perdido.

—Siempre dices lo mismo. Siempre pierdes y siempre estás ganando.

—¡Mierda!

La segunda de las bolas se ha ido por el lateral de Bruno. Iba tan deprisa que apenas la vio llegar.

—Me estás haciendo perder la partida.

—Tira otra.

—Última bola.

El percutor suena como un disparo. La bola gira y gira, se golpea, asciende por raíles en círculo, se mete en agujeros de los que es escupida después de un pequeño terremoto de luces y melodías.

—Seguro que has ganado, cabrón.

—Un montón de pasta. Pero ése de la barra, el chaparro, también se ha llevado lo suyo.

La bola golpea el cristal y es bien defendida por Bruno un par de veces y otra por Cristian, y cuando regresa a los dominios de aquél, da una sacudida tan violenta a la máquina que bloquea la partida.

—Hijaputa.

—No hay buena partida de máquina que no acabe con un *tilt*.

Bruno se adelanta hacia la barra para pagar la consumición. Cuando ambos están en la puerta, el tipo le dice:

—Acuérdate de lo de la poli.

—Sí. Gracias.

Bruno mira para ver dónde está el otro bienaventurado con las cartas, pero no lo encuentra. Debe estar en el lavabo meándola. Fuera, junto al coche, Cristian le pregunta:

—¿Qué es eso de la poli? ¿Hay controles de alcoholemia?

—No. Abre el maletero.

—¿Qué pasa con el maletero?

—Abre.

Cristian obedece. Todo se le derrumba. Solo queda la esperanza de cómo el azar irá colocando las cosas en los próximos minutos. Se desplaza hasta la parte trasera del coche, donde, efectivamente, Bruno está buscando la pistola.

—¿Qué buscas?

—La pipa.

—¿No la tendrás en la guantera?

—No, allí la llevo cuando he de utilizarla. La metí aquí, en ese hueco.

—Pues aquí no está.

—Eso ya lo veo.

Bruno remueve las cosas que se hallan en el interior. Trapos solidificados en grasa, bidones de anticongelante y aceite, un paraguas, bolsas con cables, una caja de herramientas, el parasol con el que fueron aquel día de hace mil veranos a la playa Raquel y él. Bruno alza la cabeza y clava los ojos en Cristian, que los rehúye poniéndose también él a buscar.

—¿Qué querías hacer con la pistola?

—Dejarla en alguna papelera por aquí, enterrarla, no sé, y volver mañana. Se ve que hay un control de los *mossos* en la carretera por un tema de pase de farlopa, y no me interesa que me hagan muchas preguntas sobre nada, ni que encuentren el cacharro.

—¿Y no puede ser que te la subieras a casa?

—No, me acordaría. ¿Dónde cojones puede estar?

—Seguro que la tienes debajo de la almohada.

—Si nadie ha tocado el coche. Raquel no lo ha cogido. Fijo. Me lo hubiera dicho. Solo tú, hoy.

—Pero yo no la tengo.

—Eso ya lo sé, *retrasao*. Bien, vamos, que me estoy enfriando. Igual iba tan tajado que la subí a casa y ni me acuerdo.

—Pues con el desorden que tiene Raquel montado, mejor que la dés por perdida.

—¡Se lo diré, gilipollas!

Suben al coche. Cristian sabe que ha salvado un punto de *set*, pero poco más. Bruno llegará a casa y no encontrará la pistola. En un momento u otro acabará pensando que la única posibilidad es que haya sido Cristian quien la haya cogido. Pero ése no es un gran problema, o no lo será si no lo descubre antes de las ocho de la tarde del día de hoy. El gran problema es si se topan con un control de la policía y miran dentro de la bolsa. Algo que, si les paran, harán.

Cristian enfila la salida del polígono y decide agotar carreteras poco frecuentadas que llevan a la autovía y, con retraso, a Barcelona. Sus oraciones interiores se han

mezclado con las quejas del recalculando del GPS en el fondo de la guantera, donde un día estaba la pistola que ahora reposa entre sus calzoncillos y sus útiles de aseo. La fortuna le sonríe: no topan con ningún control.

Es de madrugada, pero Cristian sabe que, lo quiera o no Bruno, la fiesta debe continuar, porque quiere que al día siguiente Bruno est  durmi ndola y no buscando la dichosa pistola entre las cosas de su casa y sospechando de él.

Remiso en un primer momento, Bruno accede y van de bar en bar, whisky a whisky, hasta que, a las siete de la mañana, Cristian est  llevando coche y propietario a su casa. Aparca a dos calles de ésta. Bruno ha estado todo el último tramo del trayecto muerto en su asiento, con la boca abierta y unos ronquidos que rivalizaban con todas y cada una de las canciones que el locutor anunciaba y estropeaba desde la emisora que Cristian tenía encendida en el auto. Le tienta no despertarle. Dejarlo en el vehículo, pero entonces, con las primeras luces y los ruidos de la ciudad, se despert r  mucho antes que si lo deja en casita. Así que sale del coche, coge la bolsa y se la cuelga al hombro. Va hasta el asiento del copiloto y trata de despertar a Bruno. Finalmente lo consigue. Cierra el coche. Le mete las llaves en el bolsillo de la cazadora. Repite dos, tres veces la dirección de la calle en la que se halla aparcado el automóvil. Luego lo acompaña hasta la puerta de las casas baratas donde vive. Se cruzan con críos que vuelven de una farra desfasada que, a su vez, se cruzan con sus padres que van a trabajar, oliendo unos a alcohol, colonia y sudor, y los otros a café, sueño y quizá jabón.

Bruno se despide. Quiere decir algo. Pero ya ha bromeado bastante con la vuelta de Cristian al redil de Mireia, de modo que no cree que le quede mucho más que decir al respecto. Abre la puerta de la portería y se arrastra hasta dentro. Farfulla algo que puede ser una maldición pero que, probablemente, sea una despedida. La puerta se cierra y con ella la última visión que Cristian tendrá del que fuera su compadre, el tipo que le facilitó su porción de buena suerte, su puerta de salida. No puede evitar sentirse un Judas. No puede evitar sentir que es el hijo de puta más listo de la ciudad.

—Cuídate, amigo.

Luego gira sobre sus pasos, se ubica y busca la primera calle con suficiente tráfico como para coger un taxi que le permita volver a casa, dormir un poco al lado de Mireia, comer algo, pillar la pasta, matar a un tipo e irse a la estación a esperar su salida definitiva de este laberinto de ratones ciegos.

Son casi las dos del mediodía del viernes cuando, como la estaca de madera clavada en el pecho de un vampiro, algo afilado se introduce en la mente de Bruno, lo dobla en dos y le hace levantarse de la cama. Raquel no está a su lado. Se habrá despertado mucho antes o, quizá, cuando él llegó ya no estaba en la cama sino en el sofá, alelada ante el televisor. Volvió muy borracho. Ésos son los indicios, al menos. Pero durante el sueño ha recordado algo. Más que recordar, ha entendido algo, y ese algo se ha metido en la laguna de su sueño, lo ha agarrado de las pelotas y le ha hecho regresar bruscamente. Y lo que ha entendido, lo que le ha hecho despertar es que la pistola la tiene Cristian. Así de sencillo. En esa jodida bolsa de viaje con la que decía que se iba a casa de Mireia. ¿Cómo ha podido ser tan imbécil?

La vejiga le revienta. Llega hasta el lavabo casi a tientas. El lavamanos está sucio de restos de pasta de dientes y sangre de las encías de Raquel. Abre la puerta del armario sin saber qué busca. Lo cierra. Abre el grifo y deja que el agua fría le haga recuperar el tacto de las manos y más tarde, la conciencia en la cara. Pero no es suficiente. Se mete bajo la ducha. El estómago exige evacuar. Desde que le extirparon la vesícula por piedras, a poco que se pase con el alcohol, le asolan tremendas descomposiciones. Diez minutos más tarde está en la cocina, con el propósito de servirse un café. Raquel anda ya viendo la tele. A lo lejos, el tambor de la lavadora va dando por saco. Resaca complicada. Alka-seltzer. Eructos, reacción, vuelta a la vida.

—Hola.

—Hola.

—No te oí llegar.

Hay café recién hecho. Se lo sirve en una taza.

—¿Sabes tú dónde está mi pistola?

—¿Qué...? No. Supongo que en el coche.

—Allí no está.

—Pues yo qué sé.

Bruno anda unos pasos hasta ponerse al lado de Raquel. Ella está sentada. Él de pie. La mujer le mira un instante:

—¿Qué?

—Nada.

Sigue mirando la tele, pero ya no se entera de qué va lo que aparece en ella.

—¿Tú sabes en qué anda Cristian?

—Supongo que en sus trapicheos de siempre. Siempre ha sido así.

—Me dijo que había vuelto con la catalana.

—Eso me dijo también a mí.

—No me lo creo.

—¿Por qué no? Ésa aguantará carros y carretas.

El brazo de Bruno se alarga hasta la tele y la apaga. Raquel no tiene más remedio que volverse hacia él.

—¿Es que no puedo ver la tele sin que...?

—¿En qué andáis?

—En nada, Bruno. No te vuelvas paranoico.

—¿Tienes claro dónde está?

—Yo creo que con Mireia. Vamos, lo supongo, que yo no soy su madre.

—Ni su hermana.

—No empecemos, por el amor de Dios, Bruno. Llámale al móvil y habla con él. Mira qué sencillo.

—Puedo hacerlo, pero estoy tan convencido de que no va a contestar que ni lo voy a probar.

—Tú sabrás.

Bruno siente que se enciende por dentro. Le gustaría estallar, dejarse ir como otras veces, pero prometió por enésima vez portarse bien y quiere intentarlo, no quiere perder la cabeza. No quiere coger ese televisor y estamparlo contra el suelo. No quiere zarandear a Raquel y ver dentro de esa mirada amarilla lo que ya ha visto últimamente en demasiadas ocasiones. No quiere sentirse una bestia mala. Además sabe que si quiere descubrir qué está pasando a sus espaldas debe actuar con inteligencia y no a hostias. Y además debe hacerlo rápido. Mientras toma el último sorbo de café, se le ocurre algo que quizá funcione.

—Tengo que hablar con él. A mí no me cogerá el teléfono, pero a ti sí. ¿Dónde tienes el móvil?

—Está descargado.

—Pues ponlo a cargar.

—No sé dónde está...

—Mira, Raquel. —Bruno se pone en cuclillas a un lado de la mujer y se coge del brazo del sofá como si fuera un perro cariñoso, un niño encaramándose a su curiosidad—. Te voy a hablar claro. Sé que está pasando algo. No sé qué, pero lo sé. Me lo puedo imaginar. Igual es que Cristian está levantándose clientes.

O que los dos me estéis levantando clientes.

—¿Pero qué dices, *chalao*?

—Lo que oyes. Puedo parecer tonto, pero no lo soy.

—Yo hablo por mí, y te digo...

—Me da igual eso. Te lo digo en serio. Ya hablaremos un día de veras, Raquel. Tú y yo. Pero ahora hay cosas más importantes. Te diré cómo lo veo yo. Acércate, no

me tengas miedo.

—No te tengo miedo.

—Es que esto es tan importante que te lo tengo que decir al oído.

—Pero si estamos solos...

—Por favor...

La mujer obedece. Acerca la oreja a la boca de Bruno, y éste, de rodillas en el suelo, la aproxima con un abrazo. «Todo huele a humedad —piensa Bruno—, hasta nosotros olemos ya a planta». Entonces le susurra:

—Eso es un problema, pero no es el puto gran problema. El problema lo tiene Cristian, ¿y sabes por qué? Porque ha ido de listo. Si me hubiera pedido la pistola en vez de robármela, le habría dicho una cosa importante. Pero el muy cabrón no me ha dicho nada, ¿y sabes por qué? Porque no quiere que sepa para qué cojones puede necesitar él una pistola. Porque necesita una pistola para amenazar a alguno de los tipos que me ha levantado.

O para matarlo, para que no hable. Y si es para amenazarlo, no te digo yo que no. Pero si es para matar con esa pistola, no va a poder hacerlo. No. ¿Y sabes por qué?

—No... no...

—Claro que no. Pues porque está descargada —miente Bruno—, porque está hueca, es de juguete.

El semblante de Raquel le convence de que ha dado en el clavo. Ella sabía lo de la pistola. Ella le dijo dónde encontrarla. Ella debe saber para qué la quería. Debe saber dónde se esconde ese hijo de puta.

La mujer se levanta y va a su habitación. De allí sale con un móvil y el cargador. Teclea la contraseña.

—Eres una zorra.

—¿Qué dices?

—Me has estado engañando.

—No es verdad. Él vino diciendo que le habías llamado tú y que dónde estaba el coche. ¿Era eso cierto?

—Sí.

—Y me preguntó si la pistola estaba en el coche, y dónde, y yo se lo dije. Ya está. Final de la historia.

—Y una mierda. Marca.

—Ya voy.

—¿Dónde está?

—Con Mireia.

—Dime una verdad.

—Ésa. Supongo. ¿Para qué iba a engañarme con eso?

—Dime otra. Esa bolsa de viaje. ¿Se va?

—No lo coge.

Raquel se siente agobiada al enfrentarse a una certeza de la que, extrañamente, no había sido consciente. Y es que, con la marcha de Cristian, se queda sola. Absolutamente sola. Se queda con Bruno, desarmada y atada a él. Se queda atrás. No habrá más estaciones en su tren, ya no va a ser visitada por nadie, ni sorprendida por la vida. Y es entonces cuando piensa que no quiere que Cristian se marche. Que ha de impedirlo como sea. Y que ha de hacerlo sin delatarle, sin delatarse, porque Bruno sigue siendo imprevisible.

—Nada, que no contesta.

—Lógico. No confía en ti. Soy idiota, pero me sabe mal que por ir de listo lo acaben matando.

La mujer mira a Bruno con expresión sorprendida, sintiendo algo parecido al agradecimiento hacia ese otro Bruno bueno, cariñoso, de hace tanto tiempo ya. ¿Y si la intención de Bruno fuera quitarle la pistola pensando más en la integridad de Cristian que en la traición, que ya conoce más que sospecha? ¿Por qué esa necesidad de avisarle?

—Mira, voy a ir a casa de la Mireia. ¿Sabes dónde vive?

—Si están juntos, no están allí. Estarán en un piso de los padres de la Mireia cerca de la bodega, por plaza Catalana. No sé qué número. En el Mauri te lo dirán.

—Vale. Voy para allá. Si hablas con Cristian dile que me llame, ¿lo harás?

—Sí.

—Voy a buscarle. ¿Qué hora es?

—Casi las tres.

—¿Tienes algo más que decirme?

—Te diré todo lo que sé.

—¿Y eso?

—Es que quiero acabar con todas estas suspicacias. Sé que Cristian se va mañana.

—¿A dónde?

—Vuelve a casa. A Cádiz, creo. Tiene unos amigos que tienen un bar en la playa. Él ha ido pillando pasta, mucha pasta en poco tiempo...

—¿Con lo nuestro?

—No creo. Yo pienso que ha sido más con la farlopa.

—¿Qué quiere decir que no crees? O le has pasado tú los...

—Yo no le he pasado nada, y él ni siquiera sabe dónde está la libreta. Yo no te haría algo así. Solo lo sabemos tú y yo, y yo no se lo he dicho y tú supongo que tampoco.

—O sea que va a dar el golpe de gracia a alguien y se pira. ¿Y por qué no me lo dice a mí? ¿Por qué no me pide que le ayude? Él nunca ha disparado un arma.

—Tendría miedo de tu reacción. Como yo. Últimamente, con tus celos y demás,

todos te tenemos miedo, Bruno.

—¿Sabes una cosa? Tenéis motivos para tenerme miedo. Y también otra cosa. Si lo que me has dicho es verdad, tu responsabilidad es poca, pero puede ser que él me explique otra historia que me guste menos.

—¿Qué coño quieres que te explique? Si te explica otra cosa, se lo inventa, ya te lo digo yo.

—Pero yo sí que te voy a ser sincero. Me da igual que me haya estado estafando o no. Me da igual que hayáis estado follando a mis espaldas o no lo hayáis hecho. Esto que ha montado. Esta espantá, con todo lo que me debe, es de hijo de puta. De cobarde hijo de puta y, si lo pilló, se va a enterar, ¿lo entiendes?

—Supongo que sí.

—Supones que sí, hija de puta.

Le dieron la dirección exacta del piso. Y el hermano de Mireia le confirmó que Cristian pasó la noche con ella en aquel piso. Al menos eso le había asegurado ayer por la tarde. O sea, que existían muchas posibilidades de que Cristian siguiera allí. Bruno ha decidido no abordarle de inmediato. Espera que Raquel no haya conseguido hablar con él. Si lo ha hecho, ya sabrá que lo de la pistola descargada era una trampa para localizarle y desenmascarar las mentiras de los dos. ¿Qué pensaba hacer? Si lo aborda directamente, no conseguirá otra cosa que tener la oportunidad de romperle la cara. Y romperle la cara a alguien que lleva una pistola cargada nunca ha sido una gran idea. Así que ése no iba a ser el plan. Si la suerte le acompaña y Cristian está aún en aquel piso, le seguirá hasta donde vaya con su pistolita, averiguará de qué coño va todo esto y, según cómo, hasta podría tenerle comiendo de su mano, con la amenaza de denunciarlo a la poli. Reconoce Bruno que esto último es muy rebuscado, pero en algo tiene que entretenerse, no en vano son ya las cuatro pasadas, demasiado temprano para manejar pistolas.

Bruno también quiere demostrar quién es el listo y quién no. Y recuperar su pasta, por supuesto. Quiere destruir al tipo que aún tiene a Raquel lo suficientemente hipnotizada como para protegerle, como una madre protege a su hijo de los ojos del padre iracundo.

En esta partida parece que la suerte está con él. No cabe duda.

Desde el lugar donde se encuentra puede ver sin ser visto. Y ahora salen Mireia y Cristian. Éste mira hacia un lado y otro. Eso puede ser una señal de que Raquel ha hablado con él. Sin embargo, va tranquilo. Es posible que solo haya sido un gesto instintivo y que aún confíe en que Bruno sigue durmiendo la farra de anoche. Vibra el móvil de Bruno. Es Raquel. Le dice que Cristian no contesta. Perfecto.

—No insistas. Ya he hablado con él y hemos quedado en la bodega. No, tranquila, no pasará nada. Hablaremos y ya está.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Seguro que es un error. Él no ha hecho nada malo.

—Deja de defenderlo. Me pones de más mala leche.

Mireia y Cristian se dirigen a la bodega, pero se despiden en la puerta con un beso largo. Es un beso de despedida. De ninguna manera, un beso de luego nos vemos. Tampoco cualquier otro. Un beso de hasta siempre, bonita. Después, Cristian sigue andando mientras que Mireia no se decide a entrar en la bodega, como queriendo conservar esa última imagen en sus ojos. Finalmente lo hace, entra y cierra la escena

de despedida. Cristian en ningún momento ha echado la mirada atrás. Bruno lo tiene claro. Se va. No piensa volver.

Le sigue desde la otra acera. A buen paso. Se dirige a la parada del metro. Bruno se salta el turno: no piensa empezar a pagar precisamente hoy. En los vagones, Cristian no lo descubre. Unas cuantas paradas después, ambos están de regreso a la superficie. Diez minutos más tarde, Cristian se saca un papel del bolsillo. Está comprobando una dirección. Es allí. No se dirige a la puerta principal, sino que toma la rampa de bajada que lleva al interior del parking. Abre la puerta lateral y entra. Bruno duda. Si le sigue, es evidente que se delatará. Decide esperar. No le gusta ninguna de las cartas servidas. Si pasa lo que tenga que pasar sin su mirada, no sabrá qué es, qué demonios le están ocultando y para qué quería Cristian una pistola. Un Nissan Terrano desciende por la rampa. El conductor baja la ventanilla, alarga el brazo e introduce una tarjeta. La puerta se dobla. Se alza la barrera. Bruno entra en el aparcamiento tras el coche. En la primera planta no hay rastro de Cristian. Tampoco en la segunda. En la tercera, sí. Lo ve a lo lejos, mirando hacia un lado y otro. No parece nervioso ni contrariado por la tardanza en una cita. Bruno extrae la conclusión de que lo que tenga que pasar no va a pasar ahora. Cristian está inspeccionando el lugar. Luego se acerca a una puerta en la que un letrero indica la salida al ascensor. Bruno se da la vuelta y echa a correr por las rampas. Ha de llegar antes que Cristian y continuar siguiéndole.

Lo consigue. Cristian hace una llamada. Luego otra, y otra más. Después entra en un bar y decide comer algo. Un bocadillo. Un carajillo. Dos. Son ya las cinco de la tarde y Cristian camina con paso firme. Bruno ya está cansado. La noche anterior empieza a ganarle la batalla. Tiene hambre, sed, y el estómago no ha decidido por dónde evacuar hasta que opta por el esfínter. Pero Bruno no puede pedirle a Cristian que se pare unos minutos porque él ha de ir a cagar. Y no lo hace. Lo ve meterse en la estación de metro y le sigue. Quiere volver a colarse, pero un guardia de seguridad, con solo una mirada lo disuade de hacerlo. Oye el metro que llega. Cristian sube. Lo ha perdido. Todo para nada. Entonces Bruno se acerca al de seguridad:

—Me estoy jiñando, tío. Necesito un lavabo.

El tipo le indica el camino y Bruno se encierra en el servicio. Empieza el tsunami. Era muy difícil. Eran muchas horas. Quizá sea mejor así, porque hubiera acabado por darse cuenta de que le estaba siguiendo. Si hubiera hecho lo que tenía planeado hacer al llegar al aparcamiento... Pero no fue así. Y ahora lo ha perdido.

Al cabo de diez minutos, Bruno, pálido y sudoroso, rehace el camino. Aún le queda una oportunidad. Una sola. Hay un as y está por repartir. Bruno tiene una corazonada, y eso es sagrado para un jugador. Sea lo que sea lo que tenga que pasar, pasará en el aparcamiento. Y pasará en las horas que van desde ahora a la salida del tren, del autocar o del avión que vaya a coger Cristian. Así que Bruno decide volver a

las inmediaciones del bloque de pisos y esperar.

Un par de horas después los ve venir. A Max no lo conoce. No parece del gremio. Tampoco del barrio. Apenas hablan entre sí. Al llegar a la puerta del piso, Max pulsa varios timbres. No contestan. Repite el intento. Correo comercial, por supuesto. Mientras, igual que Bruno unas horas antes, Cristian baja por la rampa y entra en el aparcamiento. Abren a Max. Es obvio que ambos bajan al aparcamiento, uno por el ascensor y el otro por las escaleras. Bruno llega hasta la puerta del bloque de pisos. La puerta está cerrada. Golpea el cristal con los dedos para que el acompañante de Cristian se dé la vuelta y acude a abrirle. Lo hace. Trata de no mostrar la cara abiertamente. No quiere que le recuerde. Está ocultándose. Bruno lo sabe. Van a robar a alguien. Van a matar a alguien en aquel aparcamiento. Conservará en la memoria esa cara.

Max se dirige al ascensor. Ambos esperan. Bruno disfruta como un gato juguetero ante un menú asegurado. Bigotes relamidos. Entran en el ascensor.

—¿A qué piso va usted? —pregunta Max.

—Al parking. A la segunda.

Max pulsa el botón de la segunda y tercera planta de los aparcamientos. Bruno se baja una planta por encima de donde están los otros dos y busca en las escaleras un lugar que le ofrezca buena visibilidad. Y espera. Pasan los minutos. Media hora. De vez en cuando entran coches. De vez en cuando, salen. En la tercera planta no hay muchos aparcados. Una media docena a lo sumo.

El estómago le sigue pidiendo guerra. En el otro extremo de la planta atisba un lavabo. Intentará aguantar un poco, pero no cree que pueda mucho más. Sus gases llevan avisando desde hace que la cosa está asquerosa. Pasan unos minutos y uno de ellos se convierte en agüilla que le mancha los Klein, joder. Así que anda hacia la puerta del lavabo y se encierra en él, a deshacer el retortijón y secar el calzoncillo antes de que la sensación sea aún más desagradable.

En la tercera planta, Cristian y Max están de pie, tras sendos coches, uno al lado de otro. Max prevé que Gero está al caer, pero lo cierto es que está tardando. Es viernes, un día propicio para las improvisaciones, piensa pero las otras veces que ha venido, el martes y el jueves, el tipo ha sido un reloj. Al final no ha llamado a Merche. Sería demasiado sospechoso que lo hiciera el mismo día que asesinan a Gero.

Continuamente está tentado Max de disuadir a Cristian de la idea, pero ninguna de las veces lo hace. Le ha dado el dinero. Tenía miedo de que, si se lo entregaba todo, el otro se largaría. Antes tenía miedo de eso; ahora lo hubiera preferido. ¿Por qué sigue con eso ese tipo? Podría empuñar esa pistola que guarda en la bolsa contra él y exigirle el dinero y largarse. Pero no lo hace, y a él no le hubiera importado que lo hiciera. Porque ahora no quiere estar ahí. No quiere que pase nada. Y siente de una

manera unívoca y definitiva que ya no quiere a Merche: que solo quiere a sus hijos, su vida convencional, todo lo que está a punto de perder por una locura.

Mientras, detrás del otro coche, Cristian aún no ha decidido qué va a hacer. Ha sacado la pistola de la bolsa y la ha cubierto con una de sus camisetas. Max no puede apartar la mirada de la pistola. Más grande, más hermosa, más mate que las que salen en el cine. Las apuestas en la cabeza de Cristian hasta hace poco estaban a la par y así siguen. Sí, quizá lo mate, o quizá no. Tiene el dinero consigo. Por una vez, va a llevarse todo el dinero de la mesa. En serio, ¿ha de hacerlo? ¿Por qué? No, no lo hará. Improvisará. Eso se le da bien. Llegado el momento, quién sabe. Cuando llegue el tipo, igual manda a Max al piso de arriba, se pone a hablar con la víctima y fingen su asesinato. Disparos y demás incluido. Sí, eso hará. Será brillante. Irá hasta la ventanilla del coche, le mostrará la pistola y le dirá: «Me han mandado que te mate, pero no lo voy a hacer. Me manda un imbécil que se llama Gero y que se está tirando a tu mujer. Ella no sabe nada. Así que voy a disparar dos tiritos y me voy a ir. Mientras, anota este teléfono. Es del que me paga para matarte. Mañana vas a la poli, si quieres. Hasta mañana no hagas nada o me enfadaré. Y si me enfado, vendré cuando menos te lo esperes y te reventaré la cabezota. ¿Lo entiendes? ¿Estamos de acuerdo?». Le dirá todo eso y se largará con la pasta y sin un asesinato a sus espaldas. Hasta es posible que le devuelva la pistola a Bruno. Eso es lo que va a hacer. Pero si el maridito hace cosas raras, la ficha volverá a la casilla de salida y ¡pum! te mato.

—Oye, tío. Esto va a ser desagradable. Si quieres largarte, lárgate. Vete. Al piso de arriba o, mejor, a la boca del metro. Espérame allí. Pero creo que es mejor que desaparezcas.

Oyen descender un vehículo. Ambos saben de quién se trata.

—Mierda.

—Con disimulo, ponte de pie y sube por la rampa al piso de arriba. Quédate ahí o en el metro. Te busco. Venga, largo.

Max dice que sí, pero está paralizado. No se levanta, sino que ha decidido moverse en cuclillas hasta el próximo coche y hasta el otro, y desde allí enderezarse y largarse. Cree que así no lo verá y, aunque su mente le dice que tantas precauciones son absurdas ya que Gero no puede reconocer a quien no conoce y además Gero va a morir y fin de la historia, joder. A pesar de todo eso, el pánico le gana la partida y Max se aleja de esa guisa, como un malo de opereta.

Desde el último coche ve cómo Cristian ha dejado tras de sí la bolsa de deporte y va derecho hacia la furgoneta de Gero. Lleva la pistola envuelta en ropa. Le indica que baje la ventanilla. Gero obedece. Max no puede verle la cara. Le gustaría poder verla y no sabe por qué. Se endereza y empieza a subir la rampa hasta la segunda planta. Allí se dirige a la zona de ascensores.

En el lavabo, Bruno oye los pasos de Max y sabe que quizás ha llegado tarde.

Caen los minutos. No puede parar ahora: está de mierda hasta las orejas. Al rato suenan los disparos. Uno, dos, tres, instantes después, un cuarto disparo. Se limpia el culo mal, como puede, un apaño, y sale. Echa a correr hacia la rampa. Quiere saber qué ha pasado en el espacio de una cagada.

Un año después, Bruno, furioso con una carta abierta en las manos, se encuentra ante el mostrador de espera e información del Hospital Clínic. Tiene a dos personas delante de él. No le gusta esperar. Siempre renuncia al camino fácil si éste implica hacer cola o esperar turno. Pero esta vez, después de perderse por escaleras, ascensores y puertas, esperará. ¿Quién sería ese tipo?

Se ha cruzado con un hombre de unos cuarenta años, trajeado, afeitado y estirado como una escoba. Bajaba las escaleras de la entrada del hospital cuando él las subía. Ha mirado esa cara. Le ha parecido reconocerla, pero sin saber de qué, de dónde, de quién. Luego ha mirado a las personas que lo acompañaban, para tratar de completar el puzzle, pero no ha habido suerte. Eran una mujer y un niño pequeño, de unos diez o doce años, cogido de la mano de la que supone sería su madre.

En un primer momento algo en su cabeza le ha dicho que retuviera esa cara. Por eso se ha girado para mirar, por si el desconocido también lo hacía, generando la evidencia de que se conocían, aunque no supieran de qué. Pero el desconocido no se ha girado. Bruno piensa que ha conocido a tantas personas... Seguro que a demasiadas. Ya en la cola, llega a la conclusión de que seguro que se trataba de uno de aquellos infelices a los que sacaban el dinero después de pillarlos en alguna cama que no les correspondía. Aquello dio dinero. Mucho. Dinero que se fue en un montón de malas noches y malos negocios que no quiere ni recordar. Debería poner orden y volver a montar otra vez aquel negocio. Rehacer la cofradía. Pero ahí se acaban todas sus fuerzas. Mañana, mejor mañana lo empieza a reconstruir todo. Su vida. El puto negocio. El futuro.

Aquella mañana nació de una noche que Bruno forzó que fuera tranquila. Sabía que debía mantener la cabeza serena y la lengua dispuesta, como los dedos de un pianista, a tocar la tecla adecuada. A primera hora pasó por el albergue. Se duchó y afeitó. Desayunó allí y fue a hablar con la asistente social. Luego pasó por donde Mireia y se metió un copazo. Le tranquiliza visitar la bodega. Mireia y él se hacen en cierta manera, compañía, aunque apenas han vuelto a cruzar palabra desde que pasó todo aquello.

Ya es su turno. Está tan convencido de lo que va a hacer, que hasta se lo ha comentado a la asistente social. Ésta le ha dicho que le parece bien, pero que no pierda los nervios. Ha de mantenerse dentro del ámbito de lo que significa relacionarse socialmente. Bruno ha dicho que sí. Últimamente a todo dice que sí. Pero sabe que será por un tiempo. El monstruo está dormido dentro de él. En ocasiones has de dejar pasar unos cuantos envites hasta que te ves con corazón de

subirte a un farol o aprovechar las cartas que te llegan, y entonces el hambre vuelve y el lobo, enloquecido, detrás.

—*Què desitja?*

—Es sobre esta carta.

La chica que le atiende acerca con sus largos dedos el sobre abierto con la carta.

—Raquel Llopis. ¿Es familiar suyo?

—Mi mujer.

—¿Qué quiere saber? —pregunta aquella carita feúcha con un *piercing* dorado en el labio superior—. Se cita a la señora Raquel para una serie de analíticas y pruebas de cara a trasplante.

—¿Cómo lo van a hacer?

—Su médico la informará. No querrá que aquí le expliquemos cómo se practica una intervención quirúrgica.

—No, imbécil, niñata de mierda... ¡Solo me gustaría que me explicaras cómo vais a trasplantarle el hígado a una mujer que lleva seis meses muerta! ¡Solo eso!

La compañera de la chica que atiende a Bruno llama a los de seguridad. Al parecer, es lo primero que se aprende en ese oficio.

—Lo siento, señor, las programaciones y los listados...

—¡Me sudan la polla sus historias! ¡Mi mujer esperó y esperó, y vino y vino aquí, y siempre le daban largas...! Le pasaban por delante todo Dios. Sudamericanas, moros, gente de pasta, seguro, y para ella nada, que se murió como un perro... ¡Y encima me escriben esta carta para cachondearse de la muerta! ¿Es eso? ¿Es eso? ¡Pues cuidado con volver a recibir otra carta como ésta, señorita...! Porque yo estoy tranquilo hasta que ya no lo estoy, y ya me da igual todo, pero que todo ¿lo entiendes, guapa?

—Tranquilícese, señor, por favor.

Los de seguridad no llegan. Están paseando sus porras y sus relucientes perros entre gitanos y magrebíes, impresionando a cualquier grupo de niñatos que traten de fumar en los jardines del hospital.

—¿Sabes lo que es ver a tu mujer hinchada como un pescado...? ¿Bañarla, limpiarla, mirarle a los ojos y ver que ya no está, que habla sola, que ve cosas que no están? ¡Y todo por no hacer bien vosotros vuestro trabajo, por no daros prisa, coño!

Bruno oye a alguien a su alrededor que dice que ya vienen los de seguridad. Podría quedarse y ver qué pasa. Podría enfrentarse también a esos mierdas, pero no quiere problemas. Con los antecedentes que tiene, su situación es delicada. Por eso opta por coger sobre y carta y perderse entre la gente, por cualquier pasillo, subir a ese ascensor que ha abierto sus puertas, ascender al tercer piso, meterse en una sala de espera y echarle cinco o diez minutos al tiempo.

Se quita la cazadora y se sienta a ver la tele. Hay un vejstorio haciendo lo mismo

que él. Al entrar, Bruno le saluda. El viejo le mira y contesta a sus buenos días. La escena no deja de ser cómica, ajuicio de Bruno. ¿Qué está haciendo ahí? Raquel se reiría con toda su aventura. Llegaría a casa y se lo explicaría. Igual exagerara un poco. Siempre lo hacía. Una pelea con los seguratas. Una patada en el culo del pastor alemán. Igual le diría que la bronca no se la había echado a la niña de recepción sino al mismísimo director, al Señor Clínico en persona. Ella se reiría. Sí. Y también, si pudiera verle, se sentiría orgullosa de él. De su hombre. Seis meses después de su muerte, aún la añora. Todavía no se ha acostado con nadie. Aún tiene ganas y fuerzas para coger el metro, venirse al hospital y montar un cirio por lo que considera una injusticia hacia su esposa, su mujer, su compañera. Ella tendría que seguir con vida. Tendría que haber llegado a ese trasplante. Pero no fue así. No llegó. Murió. Se marchó, y con ella su buena suerte, sus ganas de vivir.

Le queda el saber que ella supo que la amó. Mucho. Que cuando llegó a sus últimos días, él estaba a su lado. Raquel, sudada y amarilla, intoxicada e ida, le cogía de las manos. Sus hijos vinieron a ver a su madre de ojos de pez y barriga hinchada, pero lo hicieron solo para poder dormir bien, para que no se dijera que no estuvieron a la altura. Pero no la querían. Quisieron a una mujer que no era ella; otra, si acaso, pero no la verdadera. Es fácil querer a quien no te da problemas. Con quien no te discutes ni te engaña. Es fácil querer a quien no está enfermo, que no se pincha, que no es una pura ruina. Es como querer a Jesucristo. Querer a alguien que no se equivoca, que se deja matar por ti, que nunca peca, que te lo da todo a cambio de nada; eso es fácil. Por eso es tan sencillo amar a una madre y tan difícil amar a una mujer, a una moribunda, a una vieja y enferma que es hermosa, divertida y excitante cuando olvida que lo fue. Y no lo olvida nunca.

—Te quise tanto, tía, tanto.

Bruno arruga sobre y carta. Y llora. El viejo se gira al oír aquellos hipidos y lloros, y acto seguido sube el volumen del televisor.

Max sí que lo sabe. De hecho, fijó la mirada en él enseguida y supo que el tipo dudaba. Siguió bajando las escaleras lo más rápido que pudo. No se giró. Tomó un taxi de la fila de la puerta del hospital para enfilarse Villarroel abajo. Merche quiso protestar, pero él insistió. El pequeño David se mostró encantado. Dentro del vehículo, Merche le pregunta por qué anda tan callado.

—Por nada. Mis cosas.

Max no quiere preocuparla. Hace muy poco que va saliendo del túnel. A ratos. Nunca un día entero. Así que se fuerza a hablar y a olvidar al tío aquel del ascensor, quién sabe si el único testigo de aquella tarde de viernes.

—Pensaba hasta qué punto es una pérdida de tiempo lo que estamos haciendo con él.

—Lo hablamos luego. En casa.

—Si está con la maquinita y no se entera.

—Se entera.

—No confío mucho en los psicólogos. Cuando eres niño, todo está confuso pero ellos te lo encajan. Hay cosas que no entiendes pero da igual. De mayor tratas de darle un sentido a todo. Como si tuvieras que crear un relato de tu vida. Una película.

—Pero creo que es bueno que el chaval venga y hable con la doctora.

—No digo que no, pero no sé, por hacer unos cuantos dibujos en los que tú sales con siete dedos en la mano, su padre con un sombrero y yo al fondo del folio fumando un puro... No sé si eso va a arreglar nada.

—No seas cínico.

—Cuando era niño creía, y no me preguntes por qué, que mi madre, un día, había sido suplantada por un enano. Un enano disfrazado de madre, claro. Y sí, habían rasgos por los que yo distinguía que mi madre no era mi madre. El delantal. El nudo del delantal. Yo creía que eso era un pliegue del disfraz de madre que el enano se había encasquetado.

—¿Y tu madre?

—Mi madre estaba escondida en el garaje. En casa de mi abuela había una escalera siniestra que bajaba al garaje. Pero bueno, como el enano se portaba como una madre, yo no fui por detrás a desatarle el delantal ni bajé al garaje a rescatar a mi madre.

—Siempre has sido un comodón.

—Seguro. Lo que quiero decirte es que, si me llega a pillar un psicólogo en esa etapa de mi vida, me ingresa.

—Esto es muy distinto.

—Sí, claro.

—A veces dudo que lo entiendas.

—Lo entiendo, pero entiende tú que a veces mi papel es difícil.

—Lo sé.

—Te quiero, Merche.

—Sí.

—Mucho, muchísimo.

El taxi dibuja senderos por la ciudad. Ni Merche ni él viven en donde vivían hace un año. Primero ella se trasladó fuera de Barcelona, con su hermana, y hace dos meses alquilaron un piso en Font d'en Fargues, entre el barrio del Guinardó y el Carmelo, lejos de todo lo que le pudiera recordar cualquier cosa.

—Yo también te quiero mucho, vida.

Merche busca un hueco bajo los brazos de Max, que levanta uno de ellos y lo pasa por encima de los hombros. Ella se arrebujaba en ese hueco y él le da un beso en la cabeza. Le encanta cómo huele. Ese maravilloso champú de aloe con melocotón, kiwi

o lo que sea. Con la mano del brazo que ha alargado rasca la cabeza de David, quien levanta la cabeza, le sonríe y vuelve a su Mario en la DS.

Cristian gira la cabeza a un lado y otro, para ver si se ha colado en la escena algún actor ajeno a la compañía. En una de sus manos, como si se tratara de un muñón ensangrentado, la camiseta desgarrada de Bruno envuelve una pistola preparada para disparar. Una pistola que, aunque solo lo sepa quien no la lleva en las manos, no quiere ser disparada.

Cuando a uno le han telefoneado unos desconocidos varias veces. Y cuando has descolgado el teléfono y te han dicho que tu mujer te engaña, que saben dónde está, que la espían, que os están espionando, que saben tu número de teléfono, el del móvil. Cuando suena el teléfono y ya no quieres cogerlo. Y cuando lo descuelgas y el silencio tiende un puente colgante hacia ningún lado. Y ellos te tienen a ti y tú no a ellos. Cuando todo eso pasa y aparcas el coche en tu plaza de aparcamiento, y estás solo en la planta y se acerca un tipo al que no conoces de nada, un tipo que se bambolea y lleva una mano cubierta con una camiseta, te quedas a la expectativa para decidir qué vas a hacer a continuación, en los instantes más importantes de tu vida. Si vas a esperar o vas a actuar. O si vas a hacerlo hasta saber si el peligro que percibes está solo en tu mente o vas a atajarlo de golpe, sea o no sea un peligro.

Cristian se acerca al coche y hace gestos a Gero para que baje la ventanilla. Éste, con sus manos llenas de pintura, yeso y cal a pesar de las veces que se las lava y relava, obedece. El tipo empieza a hablar.

—Hola, escúchame bien y no te pasará nada...

Cristian utiliza el tono y las palabras que cree que le permitirán establecer los cimientos de un acuerdo irrenunciable con el hombre que iba a ser su víctima y ahora ha de ser su aliado. El mismo tono que le ha servido para levantar faldas. El mismo con el que servirá mojitos y combinados, alargando los brazos hasta las manos de chicas en bikini. Con sus pies —los suyos y los de ellas— siempre descalzos sobre los tabloncillos húmedos del chiringuito, con el bramido del mar a lo lejos —solo audible entre canción y canción de los Amador, de Camarón, de Eros Ramazzotti, y la música disco, que también le mola, con sus luces amarillas, rojas y azules—, noche y día sirviendo copas, besando a mujeres, riendo y respirando salitre y sur. Así recordaba todo aquello. Y lo recordaba mal, porque le dolía, porque lo había añorado siempre. La misma camiseta en la que oculta la pistola podría ser el trapo con el que se secará las manos y el mostrador. Y la ventanilla bajada del coche podría ser la barra desde donde preguntará «¿qué va a ser?». Si sus manos hubieran sido más rápidas y hubieran llegado hasta la puerta, quizá todo habría sido distinto. Pero no llegaron a tiempo.

Gero abre la puerta aferrando con todas sus fuerzas el pomo interior de ésta. El impacto golpea en la cabeza a Cristian con tal violencia que le descompone el gesto y la maniobra. El metal impacta de lleno contra la frente y un segundo embate golpea sus piernas cuando ya está cayendo al suelo y dejando caer la pistola envuelta en tela, como un regalo especial que se hubiera quedado sin abrir.

Gero sale de la furgoneta y se acerca a aquel cuerpo, aún sin saber si ha actuado bien o mal. La ceja escandaliza con su sangre. El tipo trata de enderezarse pero desiste enseguida. La clave está en ese bulto. Lo desenvuelve. Coge el juguete. Le asesta una patada en el costado y otra en la cabeza a Cristian, que anda en un mundo privado con las paredes de su cabeza que sin él saberlo alguien se ha apresurado en forrar de algodón y cloroformo. ¿Qué coño ha pasado? ¿Qué ha salido mal? Cristian no puede fijar la vista, así que opta por quedarse en tierra el tiempo suficiente hasta que todo haya pasado, pero no, no es eso. Quiere dormir, soñar lo que ha pasado, fingir que el error ha sido un mal paso dado en otra realidad. Podía haberle matado. Podía haberse marchado con el dinero. ¿Qué ha pasado entonces? ¿Cómo ha podido confiarse tanto? ¿Por qué, cuando abre los ojos, no ve nada con nitidez? ¿Ves, papá, ves como no es verdad? Haciendo el bien no se llega a ningún lado, pero, joder, el viejo siempre tiene razón. ¿No era también él quien decía que pudiéndolo hacer bien por qué hacerlo mal? Pudiéndolo haber matado, ¿por qué ha improvisado su salvación diez minutos antes...? Esta partida ha terminado. Bastaba con no haberse descartado una manga antes. Pero ahora ¿qué más da? Nada de esto es real porque, si lo fuera, lo vería, en vez de oír solo gritos, golpes y voces, ecos de voces, ecos de ecos de ecos de voces.

Gero sujeta la pistola envuelta en la camiseta. Lo de las huellas es de lo primero que uno aprende si ha visto mucho la televisión. Siempre había pensado que los escritores y pelicularos hacían un flaco favor a los delincuentes enseñándoles cómo evitar que les incriminasen. Los asesinos no miran la tele, le dice siempre Merche. Quizás ella, como en todo, también tenga razón en eso.

Apunta hacia el cuerpo de Cristian.

No disparará si no intenta levantarse o atacarle o gritar.

¿De dónde ha sacado ese valor? Él sabe de dónde y por qué.

Ve llegar a alguien. Alguien que le habla. Alguien que trata de decirle algo y lleva un móvil en la mano. Ese alguien es el hombre que ama a su mujer. El hombre que ha pagado para que lo maten. Pero Gero no lo sabe, y al ver la pinta de ese tipo se tranquiliza. No tiene una cicatriz en la mejilla. No lleva sombrero de ala ancha. No es extranjero.

—No se preocupe. Estoy llamando a la policía. No se preocupe.

—Yo, yo... Él vino y yo...

—Tranquilo. ¿Esa pistola que lleva en las manos es suya?

—No, no...

—Démela.

Así que esas manos que le entregan la pistola envuelta en la camiseta son las que agarran por la espalda a Merche. Las manos que la desnudan, las que le cubren los pechos, las que le sirven el desayuno, las que manejan el volante que la lleva de vacaciones, las que parten el pan en la mesa donde ella y sus hijos comen. Esa boca tiene los besos y la lengua de Merche. Y ese cuerpo es el que ella besa. El que ella conoce y evalúa cuando lo tiene encima. El pulso y el olor, las palpitaciones, los jadeos, el abrirse para que él entre en su avenida de la victoria.

Son ésas las manos. Es él su dueño. Max desearía presentarse pero no debe. Todo lo contrario. Ha de pensar rápido y bien. Cristian ha de escapar o morir. Y luego, desaparecer. O pasar por héroe. Pasaba por aquí y salvé a tu marido. No, no tiene mucha consistencia. Sería casi una confesión de culpabilidad.

—No, no...

—Tranquílcese...

—Llame, llame...

—No se preocupe. Hay poca cobertura. He dado a emergencia. Ellos llamarán. Si no, salimos fuera y desde allí.

Max siente el peso de la pistola. Todo ha salido mal. Era previsible, ¿no? No se puede matar a alguien así como así. Por eso hay profesiones y profesionales, ¿no? El arma no pesa nada. Quizá no esté ni cargada. No sabrá si tiene puesto el seguro hasta que lo compruebe. Y lo comprueba.

La camiseta amortigua el disparo, que impacta en una de las paredes del aparcamiento, desconchándose en un eco que podría ser un tiro, un portazo o un cuerpo cayendo como un fardo.

—Pero ¿qué hace...? Tenga cuidado, joder.

—Lo siento.

Es obvio que ha sido un accidente. No pretendía herir a nadie.

Se le ha resbalado el dedo en el gatillo. Solo quería saber si el seguro estaba puesto o no. Y resulta que no lo estaba. Igual eso del seguro es también cosa de las películas. En el fondo, todo película. En la realidad nada es real; a lo sumo, verosímil.

—Hola, Gero...

—Pero...

—Sí, soy yo. Y sí, me ama.

Bang.

El cuerpo de Gero cae hacia atrás, contra el coche, con la cara reventada por el disparo a bocajarro. Uno se muere por algo así. Siempre. También sale en las películas.

¿Por qué lo ha hecho? Podría haber salido de ese embrollo de otra manera, pero

pudo más la pereza de medrar y pensar. Está harto de las carreteras secundarias, de las sombras. Quiere toda la luz del sol para sí. Está tan cansado de esperar.

Ha de actuar con rapidez. Efectúa el siguiente disparo contra la cabeza de Cristian, que rebota y se queda ahí, quieta, como una pelota en el punto de penalty. Su dinero está en la bolsa. No olvidar la bolsa detrás del coche. No olvidar. Tampoco el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

Una vez mató a un gato. Lo atropelló con el coche. Era el gato del encargado del aparcamiento. Lo sabía porque el viejo le dejaba aquí y allá potes con agua y comida. Una mañana fue a sacar su automóvil. Puso marcha atrás y notó que los neumáticos pisaban un bulto. Por el retrovisor vio como el gato saltaba con el espinazo roto arriba y abajo, se propulsaba con el cuerpo a una altura de más de un metro y medio. Cuando llegaba al suelo lo empañaba de sangre. Parecía una carpa, un salmón. Todo el mundo muere como un pez, después de todo. Boqueando. Salió del aparcamiento. Saludó al viejo encargado y echó a correr por la ciudad, sin sentido, aterrado. Aquella noche dejó el automóvil en la calle.

Piensa Max en ello. En sus parkings y en sus muertos.

Tiene que marcharse rápido. Hacerlo todo mejor que bien a partir de ahora.

Oye un gemido. Como un sonido de esos que solo perciben los perros. Como una emisora mal sintonizada en el dial. Como la vibración de un móvil. Y entonces mira y ve. En el interior del coche. Aquellos ojos y aquella mirada. Esos que a veces ve en su madre. Esos que trata de no recordar. Allí está, con la bolsa de entrenamiento de los viernes sobre las piernas, paralizado por el miedo, máscara de acné y posibilidades, de opciones, televisión y canciones, de sueños de niño y de hombre.

—No, no, por favor, no me mate.

Bang.



CARLOS ZANÓN (Barcelona, 1966) es poeta, novelista, guionista, articulista y crítico literario. Publicó sus primeros poemas a principios de los ochenta y ha editado hasta la fecha cinco volúmenes elogiados por la crítica especializada entre los cuales destaca *Algunas maneras de olvidar a Gengis Khan* (Premio Valencia de Poesía 2004).

Como novelista, debutó en 2008 con la obra *Nadie ama un hombre bueno*, a la que siguió un año después *Tarde, mal y nunca* (Premio Brigada 21 a la Mejor Primera Novela Negra del año y finalista del Memorial Silverio Cañada 2010) que ha sido traducida y publicada en Estados Unidos, Holanda, Francia e Italia.